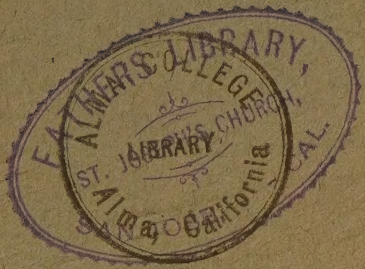
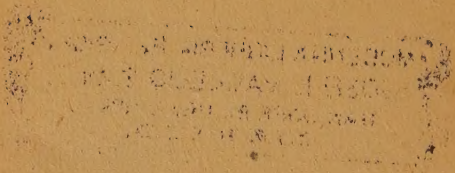
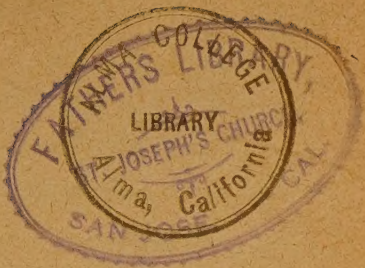
P. Garzón

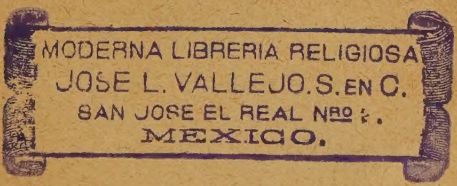
Meditaciones Espirituales


ST. MARY'S COLLEGE
LIBRARY
Almaden California





MEDITACIONES ESPIRITUALES



MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO QUINTO

Contiene los meses de Septiembre y Octubre.

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California

ALMA COLLEGE
FATHERS LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH
Alma, California
SAN JOSE.

MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44974

Imprimatur

Matriti 1 Januarii 1905.

JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54.

COLLEGE
LIBRARY
FATHERS LIBRARY
Alma
ST. JOSEPH'S CHURCH
SAN JOSE, CAL.

MES DE SEPTIEMBRE

Prosiguen las meditaciones sobre las parábolas de Cristo N. S., y sus aplicaciones.

DÍA PRIMERO

Parábola del sabio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena.

Preludios.—Oye á Cristo N. S., que dice: "El que oye mi doctrina y la guarda, es como un hombre sabio que edifica su casa sobre piedra ó peña viva, y aunque vengan sobre ella lluvias, vientos y ríos, no se cae. Pero quien oye mis palabras y no las guarda, es como un hombre necio que funda su casa sobre arena, y viniendo las lluvias, vientos y ríos, se cae con pérdida muy grande„. Pide á Cristo N. S. luz y fortaleza para fundar tu perfección sobre la roca viva de las virtudes sólidas y perfectas.

Punto I

Explicación de la parábola.

Considera cómo Cristo N. S. claramente supone que entre los que oyen su doctrina y la creen, unos son sabios y cuerdos que la ponen por obra, y otros necios y locos que se contentan con creerla. Con mucha razón los llama necios, porque no hay mayor necedad, ni más desatinada locura, que creer lo que Cristo dice y hacer lo contrario; ni hay mayor sabiduría y discreción que, creyendo en su celestial doctrina, ponerla por obra. Admírate de ti mismo,

cómo creyendo lo que crees, vives como vives; cómo creyendo que hay infierno, para quien quebranta la ley de Dios, la quebrantas, como si no la creyeras; y, creyendo que Dios está presente en todo lugar, le ofendes, como si no lo estuviera. Y esta locura pasa por innumerables hombres, porque, como dijo Salomón, «infinito es el número de los necios». Y Cristo N. S. comparó la Iglesia á diez vírgenes, de las cuales cinco eran locas. ¡Oh buen Jesús! Líbrame de tal locura por tu infinita misericordia; y pues me diste gracia para creer lo que me dices, dámela también para hacer lo que me mandas.

Luego pondera cómo todas las casas ó sea las conciencias, así de cuerdos como de necios, son combatidas de tres géneros de tentaciones y tribulaciones, figuradas por los ríos, por los vientos y por las lluvias. Porque todos sentimos tentaciones y tribulaciones que nacen de nuestra carne, y de los hombres terrenos con quien conversamos, ó tentaciones que proceden de los demonios, ó pruebas que vienen del cielo por secretos juicios de la divina Providencia para nuestro ejercicio. Así, por ejemplo, desconsuelos interiores, sequedades de espíritu y otros varios infortunios, y á veces persecuciones que suceden por medio de hombres buenos, con buen celo pero no según ciencia.

También los cuerdos y los necios son tentados de tentaciones de sensualidad y avaricia, figuradas por los ríos; de vanidad y curiosidad, figuradas por los vientos; de soberbia y ambición de dignidades y grandezas, figuradas por las lluvias, que todo lo arrastran, conforme á lo que dijo San Juan: «Cuanto hay en el

mundo es concupiscencia de la carne, codicia de los ojos y soberbia de la vida». Finalmente, como los ríos, los vientos y las lluvias baten la casa por todos lados, así unas tentaciones nos combaten al principio de la vida y de la conversión, otras al medio y otras al fin. Unas al que comienza á servir á Dios, otras cuando aprovecha en la virtud, y otras cuando ha llegado á la cumbre, para que todos en cualquiera edad, tiempo y modo de vida, estemos apercibidos para la tentación.

De aquí sacaré, que la diferencia entre los malos y los buenos, los perfectos é imperfectos, no está en que los unos son combatidos y los otros no, sino en que los cuerdos se aperciben y edifican sus casas de modo que no se caigan, previniéndose para las tentaciones, y los necios descuídanse de esto, y así son vencidos. Y por consiguiente, las tentaciones no hacen al hombre malo, sino descubren qué tal es, si es cuerdo ó necio en el labrar el edificio de su perfección. Y de aquí también sacaré, que es grande ignorancia huir de la vírtud y del estado religioso, á que Dios tal vez me llama, por temor de las tentaciones y tribulaciones, pues también los malos y los seglares las padecen, y á veces muy mayores; porque, como dice Job, «huyendo de la helada, les coge la nieve, y por huir de las armas de hierro, son heridos del arco ó tiro de bronce», cayendo en mayores tentaciones por huir las menores; y así, la prudencia está en abrazar la virtud y el estado á que Dios me llamare, previniéndome con la divina gracia para los combates que tuviere.

Punto II

Los flacos en la virtud, edifican sobre arena.

Considera cómo la casa de los necios se cae por estar fundada sobre arena. Y esta fué su necedad más calificada, edificar sobre tan flaco cimiento, sabiendo que el edificio había de ser tan combatido. En lo cual se ha de ponderar qué es edificar sobre arena, y qué cierta es la caída del edificio que se funda sobre ella.

Edificar sobre arena es fundar tu vida en sola fe, contentándote con creer lo que Dios dice, pero sin propósito de cumplirlo, ó con un propósito muy flaco y mudable. O es fundarse en la fe, mezclada con la tierra movediza de nuestras aficiones á cosas terrenas, como son hacienda, honra, regalo; y como la arena no es buena para cimiento por tener sus partes desunidas, así no lo es el corazón dividido en varias aficiones que no están unidas en Dios. Finalmente, es fundarse en la propia voluntad y naturaleza, estribando en las propias fuerzas y en la mutabilidad de la propia voluntad y del propio juicio y parecer.

De aquí procede que los necios son vencidos de la tentaciones y peligros, y se cae su casa porque no tienen fuerzas para sustentar el peso de ella. Y como la estatua que vió Daniel, aunque tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro; pero como los pies eran parte de hierro y parte de barro, una sola chinita que dió en el barro, la derribó toda; así aunque nuestra vida sea muy levantada y esclarecida

con dones de sabiduría humana, con grandes dignidades y aun con gracias de profecía y de hacer milagros, si se funda en sola fe, sin obras de abnegación y mortificación, y mezclada con arena de las cosas dichas, cualquier tentación la derribará. Y es grande la pérdida, porque se pierde la gracia y amistad de Dios, los dones del Espíritu Santo, las virtudes morales infusas que acompañan á la caridad, y á veces el religioso mal fundado en el espíritu de su instituto, pierde la vocación y el cristiano viene á perder la fe en que se fundaba, por la mala mezcla que juntó con ella; y la caída suele ser con grande estruendo, por ser grande el escándalo que causa. Por tanto, alma mía, mira bien cómo fundas la casa de tu perfección para que no se caiga. No la fundes en amor de cosa movediza ni terrena, porque te moverás continuamente con ella. No estribes en tu prudencia ni en tu propio consejo, porque te despeñarás tras él. No te fundes en sola fe aunque hagas milagros, porque el día de la cuenta te dirá Cristo que no te conoce, ni se divida tu corazón entre las criaturas como arena, porque morirás muerte eterna. Fúndate en las virtudes sólidas, en la humildad y desprecio de ti, en el santo temor de Dios, en el recogimiento y vida de oración, porque si no á cualquier peligro caerá con estrépito el falso edificio de tu perfección.

Punto III

Los sabios y perfectos levantan el edificio de su perfección sobre piedra viva.

Considera cómo la casa de los sabios no se cae, por estar fundada en piedra ó peña durí-

sima, esto es, en la fe viva, pero junta con la caridad, en la cual tiene dominadas y unidas todas sus aficiones y arraigadas todas sus virtudes. Además, los perfectos se fundan en la mortificación y abnegación de sí mismos, de su carne, de su amor propio, propia voluntad y propio juicio, como quien cava para sacar del corazón todo lo terreno y movedizo hasta llegar al conocimiento de su nada, sobre la cual está fundada su perfección con tanta firmeza, que no se moverá jamás. Y finalmente, se fundan en un propósito firme y estable de hacer lo que Dios manda, no estribando en sus fuerzas, sino en la divina gracia y en la virtud de Cristo N. S., que es la piedra viva y el fundamento seguro de toda santidad. Por esto se atreven á decir con San Pablo: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación ó la angustia, ó el cuchillo? Cierto estoy que ninguna cosa me podrá apartar de la caridad de Dios, que está fundada y arraigada en Cristo-Jesús». Eso es ser sabio con la única sabiduría que merece ese nombre. Eso es saber edificar, poniendo siempre por piedra angular de toda virtud y perfección la imitación de las virtudes y obras de Cristo N. S. Mira, pues, si fundas tu perfección sobre la arena movediza de tus caprichos, antojos y amor propio; si pones la virtud en actos exteriores que satisfacen tu falsa devoción, ó si más bien de tal modo te das á la abnegación de tu juicio y voluntad, á la práctica de las virtudes interiores y sólidas, á la mortificación, humildad, paciencia y despego de todo lo terrenal, de modo que vivas vida de espíritu. Si esto postrero haces, edificas

sobre piedra; si no, los hombres te tendrán por bueno y aun por santo, pero Dios, que mira al corazón, te tendrá por falso y fingido devoto, y cuando permita que venga sobre ti la tentación y la prueba, ó te pongas en peligros, vendráse abajo con estrépito y ruina el edificio flaco de tu virtud, como que estaba fundado en la arena movediza de una falsa apariencia de santidad.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, que como Dios y hombre sapientísimo, fundaste tu Iglesia sobre piedra viva, con tanta firmeza, que las potestades del infierno no podrán prevalecer contra ella! funda el edificio de mi alma sobre Ti mismo y sobre la imitación de tu vida santísima, para que ni los ríos furiosos, ni los vientos fuertes, ni las lluvias tempestuosas, ni las potestades del infierno, ni los peligros del mundo, del demonio, ni de la carne, prevalezcan contra ella, sino en tu virtud permanezca firme hasta la vida eterna.

Propósitos.—Huir de las falsas apariencias de la virtud, y darte á las virtudes sólidas é interiores.

2 DE SEPTIEMBRE

Sobre la debilidad ó solidez de las virtudes.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la debilidad y flaqueza de las virtudes.

Considera cuánto te importa saber si eres de los que edifican la torre de la perfección sobre arena, ó mejor sobre roca viva. Porque si eres de los primeros, corres gran riesgo de perderte para siempre jamás, porque cualquier tentación ó peligro dará en tierra contigo y parará en ruinas lo que tan falsos ci-

mientos tenía. Pues para poder juzgar de ti mismo sin peligro de engañarte, recuerda que el alma que edifica sobre arena puede llegar á un estado tan débil y enfermizo, que los efectos que produce la suma debilidad ó anemia en el cuerpo, esos mismos, y aún peores, se produzcan en el alma. Considera estos efectos, y de ahí podrás deducir el estado de tu espíritu. El primer efecto del estado débil y enfermizo del cuerpo es el hastío de los mejores manjares, y algunas veces un apetito desarreglado de los dañosos y nocivos. Pues lo mismo un alma débil y flaca, cuyas virtudes sean sólo aparentes, cae en un lastimoso hastío de las cosas espirituales, del examen de conciencia, de la oración, de la lectura espiritual y aun de la sagrada Comunión, y, pareciéndose á los israelitas, se disgusta del maná y suspira por los manjares groseros de Egipto; tan ardiente para los vanos entretenimientos del mundo, por las malas lecturas, pasatiempos mundanos, diversiones peligrosas y para todo lo que pueda alejarla de Dios, como apartada se halla de todo lo que la pueda acercar á El. El segundo efecto de la debilidad y flaqueza del cuerpo es, á veces, un extraño horror á los remedios de que no se ve ningún fruto. Pues del mismo modo el alma, niña y débil en la virtud, como no tiene base sólida de perfección, ni salud robusta en el espíritu, tiene aversión á los remedios más saludables, y como ha experimentado por culpa suya su inutilidad ó poco provecho, se persuade que, pues no han prevenido su mal, tampoco podrán curarle.

El tercer efecto de la mala salud del cuerpo

es una debilidad extraordinaria; el anémico y valetudinario no puede dar un paso sin hacer un gran esfuerzo, y el más mínimo esfuerzo se le hace un trabajo insoportable; así un alma débil y enfermiza apenas se puede resolver á dar un paso para entrar ó adelantarse en el camino del Señor: todo le parece áspero, todo difícil; las menores dificultades son obstáculos invencibles, y las virtudes más fáciles son para ella virtudes impracticables. El yugo de Jesucristo, aunque tan ligero, le parece insoportable; y como un enfermo que tiene esta debilidad, si se pasea por el borde resbaladizo de un precipicio, no puede dejar de caer á poco que se descuide, de la misma manera, aunque sea pequeña y poco violenta la tentación que acomete á una persona débil y novicia en la virtud, ni la puede resistir, ni puede dejar de caer. ¿No es esta la razón porque incurriste en aquel pecado grave, ó te pusiste en aquella ocasión peligrosísima, cuyas consecuencias tendrás que llorar por toda tu vida?

El cuarto efecto de la debilidad y anemia del cuerpo es el abatimiento y la melancolía, y este mismo efecto produce en nosotros la flaqueza espiritual del alma. Esta melancolía se origina, primeramente, de los secretos remordimientos de la conciencia. El alma poco noble y generosa con Dios N. S. ve que no contenta ni á Dios ni á los hombres; ¿pues cómo puede estar contenta de sí misma? En segundo lugar, nace de la dificultad que halla en cumplir con ciertas obligaciones de que, á pesar de su tibieza, no se puede dispensar; y nace, en fin, de que no tiene ni las consolaciones del cielo, de que sus infidelidades le ha-

cen indigna, ni los consuelos de la tierra; porque el temor de Dios que aún le queda no le permite, por suerte suya, entregarse al pecado. El último efecto de este estado tristísimo, es el desesperar de la cura; desesperación que no parece infundada, pues se funda en lo largo y obstinado de la enfermedad, en la inutilidad de los remedios y en la falta de fuerzas para vencer el mal, el que, aumentándose diariamente, hace al alma cada vez más incapaz de grandes esfuerzos que, por otra parte, serían necesarios para salir de un mal tan inveterado.

¡Señor y Dios mío! Viendo yo en mí, por desgracia, todos los síntomas de esta debilidad terrible de mi alma para la virtud, de este estado tan lamentable y tan digno de lástima, me parece que me abandonaría á la desesperación si no hallara, como hallo en vuestra misericordia, remedios más poderosos que mi mal. Dádmelos á conocer, Señor, y sobre todo, dadme vuestra gracia, pues ella es capaz, no sólo de dar salud á los débiles, sino de resucitar á los muertos.

Punto II

De la fortaleza y robustez de las virtudes.

Considera que el negocio de la perfección es el más arduo y difícil que pueden los hombres emprender, y que todo cuanto el Evangelio nos dice de él, debe estimularnos á entrar en esta lid espiritual con verdadero valor, porque el reino de los cielos padece violencia, porque hay que tomar la cruz y seguir á Cristo cada día, porque Jesucristo no vino á traer la paz

sino la guerra con nuestras pasiones y, en una palabra, porque debemos aspirar á ser perfectos como lo es nuestro Padre celestial. Todo esto exige solidez y fortaleza en la virtud, generosidad en el servicio de Dios, amor constante á la abnegación de nosotros mismos, en una palabra, exige y demanda que nuestra vida espiritual sea fervorosa.

Para animarte á ello piensa en primer lugar en la grandeza del Señor á quien servimos. Por muchos esfuerzos que hagáis, dice el Sabio, para servir á Dios y glorificarle, siempre serán mucho menores de lo que la divina Majestad merece. Es tan grande Dios en sí mismo, tan grande respecto de nosotros, tan grande en su naturaleza, tan grande en su poder, tan grande en sus obras, tan grande en todo, que nada hay grande sino Dios. Todo lo demás que llamamos grande, no lo es en sí, sino relativamente á otras cosas menores; pero si esto mismo aun lo comparamos con Dios, nos parecerá menos que nada. Debemos, pues, servir á Dios con fervor proporcionado, no á su grandeza y mérito, porque de ello no somos capaces, pero al menos lo mejor que podamos, y hacerlo así es ser fuertes y robustos en la virtud. Cuando hubiéramos hecho todos nuestros esfuerzos por amaros y serviros como merecéis, Señor, deberíamos confesar con confusión, y verdaderamente, que éramos siervos inútiles, ¿qué será de nosotros si no hacemos estos esfuerzos?

En segundo lugar, mira para animarte á servir á Dios N. S. como debes, con qué solicitud sirven los hombres á los grandes del mundo, con qué ardor: se teme el desagradarles, se

desea darles gusto, se estudian sus inclinaciones para adelantarse á ellas, se ejecutan con grande exactitud y puntualidad sus órdenes, se condesciende universalmente con sus opiniones, se admiran y alaban hasta sus defectos, se les sacrifica todo, bienes, reposo, salud, placeres, honra, conciencia y salvación, y después de todo esto, ¿qué son estos poderosos de la tierra mirados en sí mismos? Ordinariamente no son grandes sino en injusticias y en vicios, y por esta razón delante de Dios son los últimos de todos los hombres. Y ¿qué son estos hombres comparados con Dios? Gusanos de la tierra, más brillantes y adornados que los otros gusanos, pero en realidad sacos de miseria, de podredumbre y corrupción; y no obstante esto, se hace todo y se sacrifica todo por ellos, sirviéndoles con solicitud admirable, al mismo tiempo que no se hace nada por Dios, ni se le quiere sacrificar el más mínimo interés ni el más pequeño gusto y descuidando su ley con la mayor negligencia.

Considera, por último, las grandes obligaciones que hemos contraído con Dios N. S. y cómo ellas nos precisan á servirle con gran fervor. Sin fervor no podemos cumplir estas obligaciones. «Sed santos porque yo soy Santo», dice el Señor. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»; dice Cristo, «amad á Dios de todo vuestro corazón». ¡Qué obligaciones tan altas y tan estrechas! ¿Podemos cumplirlas, acaso, sin sólida virtud? ¿Sin amor á la cruz y á la mortificación de Cristo? Nos obligamos, por la cualidad de cristianos, á renunciar al mundo y á nosotros mismos, á seguir á Jesucristo y llevar la cruz en pos de

El, á caminar por el camino estrecho que lleva al cielo, á hacernos continua violencia, á arrancarnos los ojos si nos escandalizan, lo que quiere decir, á separarnos de las personas que más queremos, si su trato nos es peligroso, á amar á nuestros enemigos y perdonar las mayores injurias, á preferir á Dios á todas las cosas, á estar siempre dispuestos á perder primero los bienes, la honra y la vida, antes que ofenderle mortalmente. Todas estas son obligaciones indispensables del cristiano: y ¿puedo yo cumplirlas, no sólo sin sólida virtud sino sin un grande fervor? ¿Y cómo podré tener este fervor, siendo tan tibio y tan débil mi virtud que vacila en la primera ocasión y en el más ligero peligro?

Punto III

De la diferencia entre la sólida y la falsa virtud.

Considera que dijo Cristo N. S.: «Si vuestra justicia, ó sea vuestra virtud, no es más perfecta que la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». El Salvador nos da el retrato de la falsa virtud, con todas sus señales y circunstancias, en el género de vida que hacían los fariseos, y en eso mismo nos enseña á conocer la verdadera y sólida virtud con todas sus cualidades, y distinguirla de la falsa y aparente. Los fariseos, en primer lugar, hacían consistir toda la virtud en cosas exteriores, en algunas ceremonias legales y en frívolas supersticiones, siendo así que la verdadera virtud se debe ocupar, principalmente, en adorar á Dios en espíritu y verdad, en el ejercicio de la fe más viva y de la caridad más

sincera para con Dios y con el prójimo, y en la práctica constante de todo lo bueno. Los fariseos eran, en segundo lugar, muy indulgentes para consigo mismos y severos para los demás, «y por eso imponían yugos insoportables á los otros, no queriendo ellos vencerse en nada»; mas la verdadera virtud es severísima para sí misma, y apacible y dulce para con los otros. La falsa virtud de los fariseos, en tercer lugar, los hacía escrupulosos en mil ridículas impertinencias. «Hacían, dice el Hijo de Dios, colar lo que habían de beber, de miedo de tragar algún mosquito, y no reparaban en tragarse un camello». Acusaban como de una falta grande á los Apóstoles porque no se lavaban las manos, y no hacían escrúpulo de tener su conciencia asquerosa y llena de pecados; mas la verdadera virtud, aunque no se descuida en las cosas pequeñas, tiene su prinpal aplicación en las grandes y esenciales que tocan al cumplimiento de la ley santa de Dios.

La virtud de los fariseos, además, era interesada y egoísta, como lo es siempre la falsa virtud, «destruían, dice Jesucristo, las casas de las viudas con el pretexto de las largas oraciones que hacían por ellas»; la verdadera caridad no se busca á sí misma en nada, sino únicamente atiende al interés de Dios y del prójimo, estando siempre pronta á sacrificarse por la gloria divina ó el bien de los prójimos. Los fariseos eran linces para ver las menores faltas de los otros, y ciegos para ver las suyas propias, aunque eran muy grandes; «veían una paja en el ojo del prójimo, y no veían las vigas que tenían en los suyos». Mas la verdadera virtud repara en sus más míni-

mos defectos, y no ve los de los otros. Los fariseos deseaban con ardor ejecutar obras de supererogación, porque éstas los enaltecían, satisfaciendo así su vanidad, y en cambio omitían y descuidaban las obras de obligación; por eso «pagaban diezmo de la hierba-buena, y de los cominos y omitían lo más esencial de su ley»; es á saber: la justicia, la fidelidad y misericordia. Pero la verdadera virtud, aunque es celosa y ardiente para las obras de supererogación, lo es mucho más para las de obligación. Los fariseos afectaban un celo muy agrio contra las menores faltas de los otros, para cubrir con la capa de este celo sus pecados propios, que eran enormes. La verdadera virtud empieza la reforma por sí misma y por la enmienda de sus defectos, y aun en las pequeñas faltas propias emplea la principal parte de su celo.

Los fariseos no buscaban sino la publicidad, y el celo que tenían para las buenas obras, era sólo para aquellas que son de ostentación. Por esto los reprendía el Hijo de Dios, porque cuando hacían obras buenas las hacían para ser vistos de los hombres, pues por esto publicaban sus limosnas y hacían oración en la calle; mas la verdadera devoción busca siempre el retiro, no permitiendo se publiquen sus virtudes ó buenas obras, sino en tanto en cuanto es menester para edificar al prójimo ó para no escandalizarle. ¿Reconoces en ti mismo todas estas señales de la verdadera y sólida virtud? Mira que no te puedes salvar, sin ser verdaderamente virtuoso; pues serlo no es otra cosa que ser verdadero cristiano y en esto no hay distinción, porque ser verdadero cristia-

no y ser virtuoso, es lo mismo. Puede ser que te tengas por justo y no seas aún ni siquiera cristiano: advierte cómo cumples con las obligaciones de tal, pues esta es la regla para conocer si eres sólidamente virtuoso.

Examínate rigurosamente para ver si hallas en ti las señales de la verdadera virtud, y no de la farisaica; confúndete si no las hallares y teme, pero no te quedes en el temor, sino procura alcanzarlas.

Coloquio.—Encended Vos, Señor, mi corazón con el fuego de vuestro amor; sacudid de mí toda tibieza y flojedad, despertadme de este grave y profundo sueño que me tiene oprimido, alentadme con vuestro espíritu, corra yo en pos de Vos, y tenga delante de los ojos el fervor con que merecéis ser servido, la intensión con que os alaban los ángeles y santos en el cielo sin cesar, los deseos y ansias con que muchos siervos vuestros se emplean en vuestro servicio acá en la tierra, y los gozos que poseen por su buena conciencia y fervor, y el premio que tenéis guardado á todos los que con cuidado y solicitud trabajan por agradaros y guardar vuestra santa ley, como yo lo deseo hacer por vuestro amor.

Propósitos.—Confúndete de tu tibieza en el servicio de Dios y sírvete de la consideración de la grandeza del Señor, á quien sirves, y de las obligaciones que te impone para enfervorizarte y darte enteramente á la práctica de las virtudes sólidas y perfectas.

3 DE SEPTIEMBRE

Parábola del buen grano y la cizaña.

Preludios.—Imagínate al mundo y á la Iglesia como inmenso campo sembrado de trigo por el Señor y en el que Satanás procura mezclar toda clase de malas semillas de vicios, de errores y de pecados, y pidé que en tu corazón sólo arraigue la semilla de la virtud, de la verdad y del bien.

Punto I.

Explicación de la parábola.

Considera que el mismo Jesucristo, declaró esta parábola diciendo que El era el sembrador, cuyo oficio es en el campo del mundo sembrar buena semilla, esto es, toda suerte de virtudes y de santidad por medio de su palabra divina y las inspiraciones de su gracia; pero el enemigo, que es el demonio, en medio de la buena semilla sembró cizaña, ó sea toda suerte de vicios y de errores. Porque como la cizaña, cuando está en hierba, es semejante al trigo, pero después que crece, negrea y es perjudicial al trigo con quien se cría, y al hombre que de ella se sustenta, así los malos parécense á los buenos en la naturaleza de hombres, y á veces en la fe y exterior de cristianos, pero de verdad son muy distintos en el alma y en las máximas y costumbres.

Pondera cómo el enemigo sembró la cizaña, después de sembrado el trigo, estando durmiendo los hombres. Con eso se significa que primero hubo buenos que malos, así entre los ángeles en el cielo, como entre los hombres en el paraíso; y generalmente después que Cristo N. S. siembra en su Iglesia la semilla de la santidad en el alma de los justos por medio del bautismo y Sacramentos, acude Satanás á sembrar cizaña, procurando pervertirlos. Y esto lo hace cuando están durmiendo los hombres, esto es, de noche, cuando están más descuidados ó cuando aflojan y duermen el sueño de la pereza espiritual.

Pondera, por último, cómo el enemigo en

sembrando la cizaña se fué, para significar que se esconde para no ser conocido; por eso unas veces se transfigura en amigo y en ángel de luz para engañarnos; otras veces se va, dejando de tentarnos para que nos aseguremos, y luego vuelve con mayor rabia para derribarnos. De aquí es que el trigo y la cizaña, por la semejanza que tenían entre sí, no se descubrieron hasta que llevaron fruto, para significar que muchas veces buenos y malos son semejantes á los principios, porque los malos toman hábito y figura de buenos, y los lobos, como dijo el Salvador, se cubren con piel de ovejas; pero al tiempo de llevar fruto se descubre quién es cada uno, y si son verdaderas ó aparentes las virtudes que tiene por las obras que hace. Saca de aquí no dormirte nunca en la práctica de las virtudes, pues el demonio no duerme y está acechando la ocasión de hacerte caer, sembrando en tu corazón semilla de pasiones, en tus sentidos malos pensamientos, y en tu imaginación torpes y feas representaciones que luego den fruto de pecados y de vicios.

Punto II

«Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene tanta cizaña?»

Pondera cómo los buenos y fervorosos, viendo la muchedumbre de males y de errores y vicios que hay en el mundo, pasmados y lastimados de esto, acuden á Dios, diciéndole: Señor, ¿cómo habiendo Tú sembrado en el mundo tan buena semilla, está mezclada con tanta cizaña? ¿Cómo habiendo escogido doce

Apóstoles, hubo entre ellos un Judas? ¿Y en el jardín de tu Iglesia, entre los lirios de los justos, cómo hay tantas espinas de pecadores? Y entrando dentro de mí mismo, viendo la muchedumbre de vicios y pasiones que alteran mi alma, puedo también decir á Jesús: ¿por ventura no sembraste en mi corazón buena semilla de santos deseos, con propósito de dejar todas las cosas por servirte con perfección? Pues ¿de dónde ha salido tanta cizaña como tengo? Descúbreme, Señor, la causa, para que ponga remedio en ella.

Luego se ha de ponderar la respuesta de Cristo N. S. á esta pregunta, diciendo: «El hombre enemigo hizó esto». En lo cual nos enseña Cristo tres cosas. La primera, que Dios N. S. no es sembrador de cizaña ni de mala semilla, sino solamente de la buena, porque El es suma bondad, y de la suma bondad no puede proceder cosa mala ni tentar ó inducir á ella. La segunda, es que el demonio es el principal sembrador de la cizaña, y de él nacen las tentaciones por la enemistad que tiene contra Dios y contra los hombres. La tercera, es que aunque el demonio es el principal sembrador de esta mala semilla; pero como dice Santo Tomás, también los hombres con su libre albedrío, incitados de las pasiones de la carne se hacen cizaña, exponiéndose á la tentación, y quizá por esto dijo también Cristo N. S.: «El hombre enemigo hizo esto»; que fué decir: El hombre que es enemigo de sí mismo y de su alma, y enemigo mío, sembró esta cizaña en el mundo y en sí mismo, y es la causa de este daño. De estas tres verdades sacaré aviso para conocer el origen de

mis culpas y turbaciones, procurando atajar los pasos de estos enemigos que tanto mal me hacen.

De aquí subiré á ponderar otro sentido de esta pregunta más secreto: «¿Por qué, Señor, siendo el campo del mundo tuyo, pues Tú le criaste con tu omnipotencia y le redimiste con tu sangre, y habiéndole sembrado de tan buenas y preciosas semillas, permites que tu enemigo siembre en él tanta cizaña? Porque si Tú no lo permitieses y le dieses licencia para ello, no tendría atrevimiento para mezclar en tu propio campo con tu buena semilla la suya mala». A esta pregunta en este sentido no respondió Cristo N. S., porque no quiere que escudriñemos con curiosidad sus secretos juicios, sino que los veneremos con humildad, diciendo con David: «Justo eres, Señor, y justo es tu juicio»; pero debo creer que es tan grande la bondad de Dios, y tan inmenso el amor que tiene á los justos, que no permitiera que el demonio sembrara entre ellos cizaña, si no pudiera y quisiera sacar de esto mayores bienes; ni permitiera que dentro de nosotros sembrara tentaciones, si no quisiera convertirlas en nuestro mayor provecho; y aunque en particular yo no puedo alcanzar estos bienes, puedo saberlos en general, creyendo que permite Dios que haya malos para ejercitar á los buenos en paciencia y humildad; y para que sean muy aventajados en toda perfección y para que se descubra más la eficacia de su gracia en los vasos de su misericordia, y los buenos sean más honrados, mostrando su lealtad entre tantos desleales, y por respetar la libertad de los hombres, de-

jando á cada uno que haga lo que quisiere, dándole bastante ayuda para resistir el mal y seguir el bien.

Dijeron los criados: «¿Quieres que vayamos y cojamos la cizaña?» Respondióles el Señor: «No, porque no suceda que juntamente arranquéis el trigo».

En esta segunda pregunta de los criados se ha de ponderar el celo de los justos cuando ven tantos males en el mundo, el cual celo en algunos es á veces temerario y exagerado, por una de cuatro causas. La primera, porque con su fervor querrían arrancar de un golpe toda la cizaña junta, y quitar del mundo, ó de la Iglesia, ó de la religión, todos los males, y de sí mismo todos los vicios y pasiones juntas, lo cual de ley ordinaria no es posible. La segunda causa es, porque quieren arrancar la cizaña antes de tiempo y sazón. De donde se sigue mayor daño, porque quizá lo que es hoy cizaña mañana se convertirá en trigo, y sufriendo con paciencia y larga esperanza al malo, viene con la blandura de la corrección á ser bueno. Y quien se apresura con demasia por ganar la perfección, suele quebrar la salud y perder lo que ha ganado. La tercera causa, es la que se apunta en la parábola, porque quieren arrancar la cizaña con peligro de arrancar también el trigo; lo cual sucede cuando imprudentemente corrigen ó castigan á los malos con daño de los buenos, por los escándalos, guerras y turbaciones que de esto resultan; lo cual no es otra cosa que arrancar una cizaña y sembrar otra mayor. La cuarta causa es, porque quieren arrancarla con espíritu de ira y venganza, llevados

más de la indignación que de la compasión, como sucedió á los dos apóstoles Juan y Diego cuando los samaritanos no quisieron recibirlos; y por esto fueron reprendidos por su divino Maestro.

Luego admira la infinita caridad de Dios, que resplandece en la respuesta que dió este Padre de familias, porque con haber sido nuestro Señor tan riguroso con los ángeles en el cielo, con los hombres no quiere usar de este rigor, sino esperarlos mucho tiempo, dándoles lugar de penitencia, con deseo, no tanto de arrancar la cizaña, cuanto de convertirla en buena semilla; porque la voluntad de nuestro Dios no es la perdición de las almas, sino su salvación: y aunque desea destruir los pecados, no querría destruir los pecadores.

También resplandece la infinita misericordia de Dios en que quiere sufrir la cizaña por el amor que tiene al trigo, tolerando los malos por amor de los buenos, como se vió cuando dijo á Abraham: Que si hubiese diez justos en Sodoma y Gomorra, por estos sufriría los pecadores que allí había, aunque estaban cargados de innumerables pecados; y cuando quiso castigarlos, primero sacó á Lot, poniendo en sitio seguro el trigo antes de arrancar la cizaña; lo cual es de grande consuelo para los buenos, pues pueden tener seguridad de que no les vendrá daño de parte de nuestro Señor por estar entre los malos. Ultimamente advierte, que Dios N. S. no prohibe arrancar la cizaña cuando se puede hacer sin daño del trigo, antes con su provecho, como hace la Iglesia cuando castiga algunos pecadores para ejemplo de otros, porque la cizaña no

crezca, y para que los buenos puedan vivir quietos y tranquilos; y es obligación de toda autoridad arrancar toda mala hierba de vicios y pecados cuando lo pueda hacer sin mayor daño; pero quiere Dios que se excusen las cuatro demasías arriba dichas, y en este sentido prohibió á sus criados hacer lo que pretendían.

Punto III

«Dejad crecer el trigo y la cizaña hasta el tiempo de la siega.»

Pondera cómo Cristo N. S. en esta parábola nos asegura que hasta el fin del mundo, que es el tiempo de la siega, siempre habrá trigo y cizaña, buenos y malos mezclados entre sí. Porque la divina Providencia nunca dejará de sembrar su buena semilla en la Iglesia, por más que el demonio procure sembrar vicios y pecados; ni tengo de desmayar viendo muchos malos, porque donde yo pienso que hay pocos buenos, porque no los conozco, hay muchos que Dios conoce y se sirve y precia de ellos, como sucedió á Elías, que pensando que sólo El había quedado entre los fieles, le dijo Dios que tenía guardados otros siete mil que no habían hincado la rodilla ante el ídolo Baal; sólo que los buenos se esconden y los malos bullen y vocean y se les ve en todas partes y así parecen más de los que son.

Pondera luego cómo todo el tiempo que hay antes de la siega, el trigo y cizaña se van multiplicando y creciendo; porque así los muy buenos, como los muy malos, crecen en el tiempo de su vida, unos en santidad y otros en

maldad; pero en diferente manera pasa esto, porque la voluntad de Cristo N. S. es que su trigo crezca, y cada día vaya de bien en mejor. Pero de la cizaña solamente es permisión suya dejarla crecer, y que vaya de mal en peor hasta la siega. Medita que ésta se hace en dos tiempos: generalmente se hará al fin del mundo, y particularmente al fin de la vida de cada uno, cuando ha llegado el aumento de su bien, ó de su mal al término que ha de llegar según el orden ó permisión de la divina Providencia; y entonces el que fuere cizaña será segado y arrancado de la vida para el fuego del infierno; y el que fuere trigo puro y limpio, será segado y cogido para el cielo.

Pero llegado el tiempo de la siega general, Cristo N. S. enviará sus ángeles, que son los segadores y ministros de la divina Justicia, los cuales cogerán de su reino todos los que han sido cizaña, así los que fueron escándalo y ocasión de pecar á otros con su mala vida y doctrina, como los que solamente fueron malos para sí, y á todos los atarán en diferentes haces, juntando en un haz los que fueron participantes y semejantes en la culpa, para que también lo sean en la pena; y así, serán echados en las llamas eternas para siempre jamás.

¡Oh alma mía! ¿cómo no tiemblas de este juicio tan espantoso! ¿Quién podrá resistir al poder de un Dios irritado? ¿Quién podrá desatarse de tan terribles ataduras? ¿Quién podrá morar en fuegos tan sempiternos y vivir con tan abominables compañeros? ¿Quién podrá sufrir llanto tan amargo y penas tan espantosas? Líbrame, Dios mío, de todas mis culpas, porque no caiga en tan espantosas penas.

Finalmente, los mismos ángeles recogerán el trigo en las trojes del cielo, porque los buenos serán colocados en las sillas celestiales, apartados para siempre de la cizaña y compañía de los malos; y «entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre».

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, sembrador de toda buena semilla; pues siempre velas y nunca duermes, y ves la cizaña que tu enemigo pretende sembrar en tu campo que es mi alma, no te hagas el dormido, permitiendo que siembre en mí lo que me ha de apartar de Ti! Y si yo por negligencia me durmiere, vele tu misericordia en despertarme, para que resista al enemigo antes que de mí se apodere. Arranca, ¡oh divino Sembrador! del campo de tu Iglesia tanta cizaña de errores, de vicios y de pecados, para que Tú sólo reines en ella y todos los justos te amen, y todos los malos, aun á pesar suyo, te confiesen Rey único y Señor de todo cuanto existe, y la verdad y el bien triunfen para siempre jamás de la herejía y del pecado.

Propósitos.—Arrancar de tu corazón cualquier mala semilla que en él siembre Satanás, si no quieres exponerte á que poco á poco vaya acabando con todo lo bueno que en tu alma haya sembrado el sembrador divino Cristo-Jesús.

4 DE SEPTIEMBRE

De la compañía de los justos con los pecadores.

Preludios.—Mira á los ángeles en el día terrible del juicio separando á los buenos de los malos. Procura y pide al Señor vivir de tal manera que no te contamines con el contacto de los enemigos de Dios.

Punto I

Debemos vivir entre los malos sin contaminarnos.

Considera que la gran prueba de la virtud es rozarse y vivir con los malos y pecadores

y no contaminarse con sus vicios, pecados y falsas máximas. Porque como el mal es de suyo tan contagioso y arrastra tanto á las almas, saber resistirle sin dejarse llevar de su corriente, prueba es de espíritu animoso y firme en el amor y temor de Dios. Mas, puesto caso que los malos y pecadores están en esta vida mezclados con los justos, como la cizaña con el trigo de que habla la parábola del Evangelio, te importa saber de qué manera has de conducirte para vivir con ellos sin ser de ellos, y tratar con los malos sin mancharte, como el sol que permanece purísimo á pesar de tocar con sus rayos tanta fealdad é inmundicia.

Para esto procura, en primer lugar, imitar la conducta de Dios N. S. en su comunicación con los pecadores. Dios no está con los pecadores sino por la necesidad de su sér, y, á juzgar por lo que enseña la Sagrada Escritura, podría decirse que Dios no está y está al mismo tiempo con los malos, porque no está como amigo por una protección especial y para la comunicación de sus dones, sino que está con ellos como Dios Creador que debe velar por el gobierno del mundo y guiar á todas las criaturas á su fin, está con ellos por la inmensidad divina de que no puede despojarse y que le hace estar presente en todas partes. Esto te da una idea admirable de la conducta que los cristianos de verdad y de espíritu deben observar con los libertinos del mundo, y que se reduce á rozarse con ellos en todo aquello á que estamos obligados, pero en nada más. Hay ciertos vínculos que no nos es permitido romper: la necesidad de la sangre, ne-

gocios que no podemos excusar, razones de prudencia, y, en fin, el mismo celo, nos pueden obligar á tratar con los mundanos. Pero desde el momento en que ninguna necesidad nos retenga á su lado, y sí sólo el gusto de vivir y de tratar con ellos, debemos separarnos y huir como de la peste. Así lo mandó San Pablo á los cristianos de Tesalónica, y así lo practicó David y lo mismo mandó Dios á los hijos de Israel al prohibirles todo comercio con los pueblos infieles. Debes, pues, no participar por nada de sus máximas, ni de sus placeres, ni de sus diversiones, ni transigir con ellos en lo que repugne á tu conciencia, ni tratarlos como amigos, ni contemporizar con sus gustos, sino desde ahora hacer en cuanto te sea posible lo que se hará el día de la resurrección general, en que los elegidos serán separados de los réprobos, porque en esto consiste por adelantado la gloria y la perfección de los justos sobre la tierra.

Porque no puedes ligarte ni unirte sin necesidad alguna, á los impíos y enemigos de Dios y de tu fe, sin poner en peligro esta misma fe, sin hacerte reo de desprecio á Dios, sin convertirte en causa de escándalo para tus hermanos y sin hacerte enemigo de ti mismo, exponiéndote á perder tu alma.

Porque seguramente que el gran escándalo del día no es que haya malos y libertinos. Los ha habido siempre. El gran escándalo es que los que se dicen buenos católicos no tengan el menor escrúpulo en tratar y hospedar y agasajar á los escandalosos y públicos pecadores, á los enemigos de Dios y de su Iglesia, haciéndose ó encubridores ó cómplices de sus vi-

cios y pecados. Si amásemos á Jesucristo, ¿cómo trataríamos sin necesidad ni provecho alguno con sus enemigos? ¿Por qué no tratamos así á los que nos insultan, nos deshonran ó nos roban? Considera que con esta conducta desprecias á Dios, porque te unes con sus enemigos; escandalizas á tu prójimo, porque no puede juzgar bien de ti si te ve ligado á malas compañías, y te pierdes á ti mismo, ó te expones á perderte en tu fe ó en tu conducta, porque ¿quién ignora que las malas compañías son contagiosas? Huye, pues, de ellas como huyes de los apestados, pues es esta peste para el alma, no menos peligrosa que la material para el cuerpo.

Punto II

Podemos tratar con los malos para buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

San Agustín demuestra por qué Dios N. S. permite la cizaña de los malos entre el trigo de los justos y predestinados, haciendo ver cómo Dios se ha servido de los infieles para obrar las maravillas de su gracia. Se sirvió, en efecto, de los herejes, para poner en claro las verdades de la religión; de los cismáticos, para establecer la perpetuidad de su Iglesia; de los judíos, para dar testimonio de Jesucristo; de los romanos, para ejercer sus venganzas sobre Jerusalén, y de los tiranos, para tener mártires en la tierra y santos en el cielo. Pues también debes imitar la conducta de Dios N. S. en esto. Cuando te veas obligado á tratar con gentes enemigas de tu Dios y de la Iglesia; cuando te veas necesariamente unido

á públicos pecadores, debes aprovecharte de ello para la gloria de Dios y tu santificación. ¡Qué de ocasiones no se te ofrecen entonces para acrisolar tu virtud! Si te persiguen los malos, te dan motivo de ejercitar la paciencia y aumentar tus merecimientos; si se declaran tus enemigos, purifican tu caridad; si se elevan sobre ti por el orgullo, te enseñarán á fundarte en la humildad; si te hacen sufrir, con sus sarcasmos é insultos, te suministran materia para la propia mortificación; si se dejan llevar de la cólera contra ti, te dan medios de ejercitar la mansedumbre de corazón y la dulzura; si caen en pecados vergonzosos, excitan tu compasión y tu celo. Y aún puedes añadir que jamás llegarías á ser perfecto, si Dios, por disposición de su providencia, no te obligase algunas veces á vivir con los pecadores, porque en esta compañía y mezcla de buenos y malos es donde debes aprender todo género de virtudes y desprenderte de las imperfecciones humanas. ¿Cómo podrían ejercitarse las grandes virtudes si no hubiera hombres malos y pecadores en el mundo? ¿En quién se practicaría la caridad heroica de que el Hijo de Dios nos dió el ejemplo, y de que hizo un mandamiento, si no hubiera ofensas, injusticias, maledicencias y calumnias que perdonar?

Considera, por último, que Dios no deja de llamar á los pecadores, invitándolos á la penitencia y dándoles los medios para que la hagan, y que del mismo modo debes tú, al vivir entre los pecadores, servir de provecho á sus almas.

En esto tienes dos clases de deberes: uno general, y otro propio de tu estado. El deber

general es el que tienes, como cristiano, de ejercitar la caridad con todos los hombres sin distinción alguna, porque no hay hombre, según dice el Espíritu Santo, que no esté encargado de la salvación de su prójimo. Porque si en las necesidades que sólo tocan al cuerpo no puedes abandonar á tu hermano sin ofender á Dios, al herir la caridad, ¿cómo puedes conservar esa caridad dejando perecer las almas que Jesucristo ha rescatado con su sangre, negando á los pecadores los auxilios que puedas procurarles para que se libren de la muerte y condenación eterna, descuidando el darles consejos, enseñanzas y ejemplos que los alejen de sus extravíos y los vuelvan á los caminos de una perfecta conversión?

Muévate también á hacerlo así el considerar que entre esos pecadores hay algunos á quienes Dios ha predestinado para figurar un día en el número de sus amigos y de los santos. Tú no los conoces, ni se conocen ellos mismos; porque las dos ciudades, la del cielo y la del infierno, están ahora confundidas y mezcladas de tal modo, que no puedes distinguir á sus habitantes. Pero por esto mismo tu caridad debe ser universal y tus desvelos extenderse á todos, para cumplir los designios de Dios, y á fin de que aquellos en quienes El quiere obrar las maravillas de su gracia no queden desprovistos de los medios de salvación que les tenía preparados.

Punto III

Podemos vivir entre los malos evitando sus malos ejemplos.

Has meditado cómo los buenos son el buen grano en el campo de la Iglesia, y los malos la cizaña. Desde el principio del mundo los malos están mezclados con los buenos, y Dios lo permite así para ejercitar la paciencia de los buenos; para que luchen por Dios y por la Iglesia, y no se corrompan con una vida delicada y ociosa; para avivar su virtud; para aumentar su mérito; para obligarlos á que acudan á Dios con la oración, y pongan la confianza en su gracia. También quiere N. S. que viva mezclada esta cizaña con el buen trigo para que los buenos sirvan de ejemplo á los malos en esta vida, y de jueces y testigos en la otra; para mitigar y contener el enojo de Dios, que destruiría ciudades y provincias pecadoras, si no hubiera justos como en Sodoma y Gomorra; finalmente, para que resplandezca su misericordia, que conserva á los buenos en medio de los malos sin que reciban éstos daño alguno, y que tolera una infinidad de malos en la tierra en consideración de los buenos que hay entre ellos. Pero aunque el mundo se compone de buenos y de malos, y los malos sirven para la santificación de los buenos, no obstante, los buenos dejan de serlo luego que imitan los ejemplos de los malos. No se puede vivir sin éstos; pero no debemos vivir como ellos; y vive como ellos el que gusta de su conversación y aprende sus malos ejemplos.

El buen grano no puede separarse de la ci-

zaña; mas tú puedes y debes apartarte de los malos, porque serás lo que sean aquellos con quienes trates, ya que todo hombre gusta de tratar con aquel que se le asemeja. Si permites que frecuenten tu casa personas viciosas, puede creerse que tú lo eres también, y lo llegarás á ser pronto. El buen ejemplo nos hace á todos buenos, así como el mal ejemplo nos puede hacer malos. El candor y la vergüenza son los dos baluartes de la inocencia. Se ignorarían muchos pecados si no se hubieran visto cometer, y causarían horror si no estuviesen autorizados por los hombres. ¿Quisieras comer con un hombre contagiado de la peste? Pues á menos peligro te exponías que si tratas con un escandaloso. ¿Pero acaso tú no lo eres también? ¿No ofreces mal ejemplo á tu prójimo? ¿No enseñas, tal vez, el mal á tus hijos, criados y domésticos? ¿No aumentas el crédito del vicio con tus escándalos y con tus malos ejemplos?

En vano esperas ser bueno viviendo entre malos, porque no se adquiere la salud entre los sanos; pero se contrae la enfermedad entre los enfermos. El mal prende más fácilmente que el bien, porque siendo de su naturaleza contagioso, por sí mismo se comunica y propaga á los otros. El corazón está inclinado al mal desde su origen, y así el hombre imita lo malo que ve hacer, desea lo que le prohiben, y busca con más anhelo la ciencia del mal que cualquiera otro fruto del paraíso terrestre. ¡Cuán sano vivirías si no te hubieses acercado á los viciosos! ¡Y cuán inocente, si no hubieses tratado con los malos! Complacemos á los que amamos, y gustamos del trato de las personas

de nuestro gusto; para agradar á los malos necesario es, pues, que seas tan malo como ellos. No sería, dice San Pablo, siervo de Jesucristo si quisiera todavía agradar á los hombres; ¿y qué diremos del que desea complacer á los enemigos de Jesucristo?

El ejemplo salva ó condena á los hombres; perecerás en el peligro si le amas. No digas que no haces mal alguno tratando con los malos y que eres oveja aunque vivas entre lobos. ¿No es bastante mal el escándalo? ¿Se puede amar á Dios y vivir con sus enemigos? ¿Haces eso con los enemigos de tu padre ó de tu patria?

Coloquio —¡Oh Padre de mi alma! ¿cómo podré yo reconocer los beneficios que me habéis hecho desde que estoy en el mundo? ¿Qué ha sido de tantas gracias como habéis sembrado en el campo de mi corazón? ¡Ah! Hasta ahora no he reportado ningún fruto, está todo él cubierto de espinas. ¡Qué malos pensamientos en mi mente, qué siniestros movimientos en mi carne! ¿Cuándo quitaréis, Dios mío, esta cizaña de mi alma? Oigo, Señor, que me decís: No te conviene todavía, porque hay peligro de arrancar el bien con el mal. Esa lucha molesta te conserva en el temor y en la humildad. Serías soberbio si no tuvieras esos defectos, esas imperfecciones que te humillan. Procura hacer de tu parte lo que puedas para arrancar toda la cizaña, mas persuádete que corresponde á mí y á mis ángeles el separarla por completo del buen grano; y que esto lo haré cuando sea tiempo, si por tu parte perseveras en hacer lo que puedes. Así lo prometo, Señor, con vuestra gracia. Arrancar de mi corazón toda semilla de vicios y de pecados, vivir entre los mundanos sin parecerme á ellos, y en todo procurar parecerme á Vos, que sois toda mi dicha y todo mi bien.

Propósitos.—Huye de aquellos que por su conducta ó su impiedad no son dignos de ser tratados por quien, antes que todo, quiere ser amigo de Dios, y por tanto no puede serlo de los enemigos de Dios y de su Iglesia.

5 DE SEPTIEMBRE

Parábola del grano de mostaza.

Preludios.—Imagínate ver el árbol magnífico de la parábola, y en él figurada la Iglesia. Pide al Señor vivir y morir á la sombra benéfica de esta madre santísima de las almas.

PUNTO I

Explicación de la parábola.

Considera cómo «el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que sembró un hombre en su campo, el cual es el menor de las semillas, y crece hasta hacerse como un árbol, de modo que las aves del cielo vienen y descansan en sus ramas».

Pondera lo que significa este grano de mostaza. Primeramente representa á Jesucristo, Rey supremo del reino de los cielos. Porque así como el grano de mostaza en lo exterior es pequeñito y el menor de las semillas, vil en la apariencia, sin color ni olor apacible, pero grande en la virtud que tiene, la cual se descubre cuando es molido ó comido, así Cristo N. S., en cuanto hombre, fué en lo exterior pequeño y humilde, y el menor de los hombres, tanto que dijo de sí mismo por boca de David: «Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; pero en lo interior, en cuanto al alma, fué grande, y en cuanto á la divinidad, fué de infinita virtud y eficacia, porque dentro de sí encerraba todos los tesoros de la sabiduría, bondad y caridad de Dios. Mostró Cristo principalmente su virtud, cuando fué muerto en la cruz con

tormentos, y ahora la descubre cuando es comido de los fieles en el santísimo Sacramento del altar, adonde verdaderamente se puede llamar grano de mostaza, porque en la exterior apariencia es pequeñísimo, pues todo Cristo está en una partecita de la hostia menor que un grano de mostaza, pero en lo interior es de inmensa virtud para encender con fuego de amor las almas que le comen, y es como salsa suavísima para dar sabor á todas las asperezas de esta vida. ¡Oh Verbo divino, hijo del Eterno Padre; gracias te doy cuantas puedo por haberte humillado tanto, que puedas compararte al vil grano de mostaza, gustando tanto de esta pequeñez, que hasta el fin del mundo quieres por medio del sacramento durar en ella! Concédeme, Señor, que hasta el fin de mi vida te imite, humillándome por Ti, como Tú te humillaste por mí.

En segundo lugar, este grano de mostaza representa á todos los ciudadanos del reino de los cielos y discípulos de Cristo; los cuales á su imitación en lo exterior son pequeños y despreciados en los ojos de los hombres, pero en lo interior son de gran virtud y eficacia por la grandeza de la caridad y fervor del espíritu, el cual descubren mucho más cuando son perseguidos y maltratados como lo fué su capitán.

De donde también se sigue que este grano de mostaza representa las virtudes con que se gana el reino de los cielos, las cuales en la apariencia son despreciables para los hijos del mundo, pero en el valor son eficacísimas. La fe de los divinos misterios, revelados en la divina Escritura, parece en lo exterior cosa

poca y despreciada, pero es de inmensa virtud para quien los rumia y desmenuza con la meditación, con la cual se enciende el fuego del amor. Al modo que dice San Pablo que «Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y necedad para los gentiles; pero sabiduría y virtud de Dios para los fieles». La misma ponderación puedes hacer en la humildad y obediencia, y en las ocho virtudes que Cristo N. S. llamó Bienaventuranzas, las cuales en la apariencia son tan viles, que el mundo las tiene por desdichas; pero en la verdad y en lo interior son tan preciosas que en ellas está la verdadera dicha y la posesión del mismo reino de los cielos. ¡Oh Dios omnipotente, que para muestra de tu omnipotencia escoges las cosas viles para confundir las altas, y tomas las cosas flacas para destruir las fuertes, y por instrumentos pequeños haces cosas grandes para que ninguno de los mortales pueda gloriarse en sí, sino en Ti! concédeme que de corazón ame y abrace las cosas pequeñas que Tú escogiste, para que sea digno de alcanzar las grandes que en ellas encerraste. Sea yo, Salvador mío, grano de mostaza, molido como Tú con desprecios y tormentos, para que alcance los eternos descansos.

Punto II

De la grandeza y magnificencia del árbol de la parábola.

Considera cómo crece este grano de mostaza hasta ser grande árbol, y en qué consiste su grandeza, discurriendo por las tres cosas que este grano representa. Lo primero, así

como el grano de mostaza es necesario que sea sembrado en la tierra, y allí muere y echa raíces, y luego crece y extiende sus ramas y se hace grande árbol; de modo que la que era la menor de las semillas viene, en proporción, á ser el mayor de los árboles, y el que era uno y solo, produce otros innumerables semejantes á él en todas sus propiedades, así también Cristo N. S., habiéndose humillado y hecho hombre por nosotros, quiso como grano de mostaza, y como El mismo dijo en otra parte, como grano de trigo, ser sembrado en la tierra y morir en ella. Mira, si no, cómo la vida que vivió fué siempre acompañada de grandes mortificaciones, y después en un huerto padeció ansias mortales, y en un campo fué muerto con terribles tormentos, y en otro huerto sepultado y puesto debajo de tierra. De esta manera echó sus raíces hasta el limbo, de donde sacó las almas de los Santos Padres y resucitó glorioso á nueva vida, y vino á crecer y subir á tanta honra y grandeza, que quien poco antes fué tenido por el mínimo de los hombres, vino á ser adorado como cabeza y Señor supremo de los hombres y ángeles, hincando todos la rodilla á su nombre, que es sobre todo nombre, cumpliéndose lo que estaba profetizado, que el vástago del Señor crecería con grande magnificencia y su fruto sería muy sublime, porque engendró innumerables hijos espirituales semejantes á El en la virtud y santidad.

Luego pondera cómo, á imitación de Cristo N. S., todos sus discípulos, que fueron también granos de mostaza, por el mismo camino vinieron á crecer y hacerse grandes árboles.

Mira cómo los Apóstoles, de quien dice San Pablo «que traían siempre consigo la mortificación de Jesucristo, y eran por El mortificados todo el día y llevados como ovejas del matadero», vinieron á ser príncipes de la Iglesia y á dilatar la fe por el mundo, ganando innumerables almas para Cristo, y crecieron tanto, que sobrepujaron á los patriarcas y profetas y á todos los justos del Testamento viejo. Del mismo modo crecieron en gloria los mártires y confesores y todos los demás santos, los cuales tuvieron que seguir á Cristo en el Calvario antes de seguirle en su resurrección. Y lo mismo tengo de crecer yo, persuadiéndome que aunque sea grano de mostaza sembrado en la tierra de la Iglesia, si no me mortifico y muero al mundo no creceré en merecimientos ni en virtudes, y me quedaré seco, sin fruto de buenas obras y sin ganar almas, y solo en la oración sin la compañía de Dios, que no gusta de tratar con los inmortificados; pero si muero á mí y á mis pasiones, creceré en todas estas cosas.

De aquí es, que por este mismo camino crecen las virtudes y vienen á levantar sus ramas tan altas, que llegan al cielo. La fe llega hasta la vista de Dios por la contemplación, teniendo el justo su conversación en los cielos. La esperanza sube á gustar la dulzura de los premios celestiales. La caridad crece hasta la perfecta unión con Dios. La obediencia, hasta cumplir la divina voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo; y si la confianza en Dios es siquiera como grano de mostaza, basta, como dijo el Salvador, para arrancar árboles y trastornar montes.

¡Oh dulcísimo Redentor! Gózome de la grandeza que tienes, en premio de la bajeza que por mí tomaste. Dichosa tu muerte, sin la cual, como Tú dijiste, quedaras solo, y con la cual has multiplicado tanto tu divino fruto, que llena la tierra y puebla el cielo. Y pues con tu muerte afrentosa trajiste á Ti todas las cosas, tráeme también á mí para que sea en todo semejante á Ti.

Punto III

De la dilatación y extensión de las ramas del árbol de la parábola.

Pondera cómo el grano de mostaza dilata y extiende tanto sus ramas, que las aves del cielo, como dicen los Evangelistas, moran debajo de su sombra, y hacen allí sus nidos y descansan en ellos.

En lo cual se ha de ponderar cómo Cristo N. S. es árbol divino con muchos y magníficos ramos; conviene á saber: la doctrina del Evangelio que predicó, la ley de la perfección con todos los consejos evangélicos que promulgó, los Sacramentos y sacrificios que instituyó, los ejemplos maravillosos que nos dió, los milagros y obras insignes que hizo, con los demás misterios de su vida gloriosa hasta su subida á la alteza de los cielos. A estos ramos acuden las aves del cielo; no las águilas ni aves muy grandes, que son figura de los soberbios, sino las aves pequeñas, que son las almas justas y humildes; especialmente las que dejan las cosas de la tierra, deseando con la contemplación conversar en el cielo, á cuya imitación me asentaré con reposo á la sombra de estos

ramos, considerando la dulzura de sus frutos, y gozándome de la protección y amparo que me viene por ellos, diciendo con la Esposa: «Sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es muy dulce para mi garganta». También haré mi nido y morada en estos ramos, meditando estos misterios. Unas veces haré mi nido en el misterio del pesebre, otras veces volaré al árbol de la cruz, y otras al cielo empíreo, poniendo en Cristo toda mi confianza y mi amor. Allí cantaré cantares de alabanza y agradecimiento, y allí descansaré en las noches de las tribulaciones, y me sustentaré con los consuelos divinos. ¡Oh, quién me diese alas de ave para volar á este divino árbol! ¡Oh árbol altísimo y soberano, por más alto que subas, puedo volar y subir á Ti con las alas de la contemplación que Tú me dieres! Levántame, Señor, sobre mí mismo y sobre todo lo criado, para que descanse en Ti, mi Criador, por todos los siglos.

De esta misma manera puedo considerar, que de los Apóstoles y los santos brotaron muchos ramos, que se extendieron por el mundo; conviene á saber: la doctrina que predicaron, los libros que escribieron, las heroicas virtudes que ejercitaron, en cuya meditación también se ejercitan las almas espirituales, animándome á imitarlos para crecer, como ellos crecieron. En particular, los religiosos pueden ponderar cómo su fundador y su religión es como grano de mostaza, pequeño en la humildad; y así unos se llaman menores, otros mínimos, y á su religión llamó San Ignacio, su fundador, la mínima Compañía de Jesús; pero cada una de estas semillas es grande en la

virtud y ha crecido como árbol, extendiendo sus ramas por todo el mundo, en infinitas casas religiosas, y con ejercicios de santidad muy levantados y provechosos para el bien de las almas. Y son éstas como aves del cielo, que movidas por el Espíritu Santo, vienen á estas ramas y allí hacen sus nidos y moradas perpetuas, y viven á su sombra con descanso, meditando y contemplando las vidas de sus fundadores, imitándolos como ellos imitaron á Cristo, guardando sus reglas, alabando á Dios con cánticos armoniosos, así de voces como de afectos, por las mercedes continuas que les hace. Y juntamente procurarán volar por los ramos de todas las virtudes, haciendo su nido en los grados más altos que tiene cada una para llegar á la cumbre de la perfección que profesaron.

Coloquio.—¡Oh Sabiduría divina, cuyos ramos son ramos de honra y gracia, haciéndonos con ellos graciosos á Dios, amables á los ángeles, honrados de los hombres y venerables en todo el mundo! admíteme debajo de su sombra, confórtame con sus flores, sáname con sus hojas, susténtame con sus frutos y dame perpetua morada en la cumbre de ellos para que, creciendo siempre en la virtud, llegue á la cumbre de la gloria, en la cual descanse por todos los siglos de los siglos.

Propósitos. — Procura imitar la humildad de Cristo N. S. en tus palabras y en tus obras, si quieres hacer cosas altas y grandes en servicio de Dios y bien de las almas.

6 DE SEPTIEMBRE

Sobre el aprecio y estima de las cosas pequeñas.

Preludios.—Mira y oye á Cristo N. S. que dice al cristiano fervoroso: "Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, yo te sublimaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor„ y pide ser siempre gran apreciador de los actos pequeños de virtud y temer mucho aun las faltas más ligeras é insignificantes.

Punto I

Cuánto daño se sigue de menospreciar las faltas pequeñas.

Considera que de la meditación de la parábola del grano de mostaza, puedes deducir el grandísimo caso que has de hacer de las faltas y cosas pequeñas. Porque así como el grano de mostaza, siendo tan pequeño, se convierte en un árbol grandísimo, así también el despreciador de las cosas y faltas pequeñas que al principio apenas se tiene por pecador y mira como cosa insignificante sus faltas, suele convertirse poco á poco en tibio, y luego, si Dios no lo remedia y tiene de él misericordia, en despreciador de cosas grandes, y llega á abrazar y á cometer todo linaje de pecados y de maldades. Recuerda, si no, que dice el sagrado Evangelio que «el que es malo é infiel en lo poco, también lo será en lo mucho». Y antes lo había dicho el Espíritu Santo por el Sabio: «El que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes». Esto había de bastar para hacerte muy diligente y cuidadoso en la observancia de las cosas más pequeñas, y para que no te atrevieses á faltar en ellas por pa-

recerte cosas menudas y de poca importancia; pues sabes que es palabra de Dios que el que menospreciare las cosas pequeñas, poco á poco caerá, y no parará hasta venir á las grandes, porque esas faltas pequeñas fortalecen las pasiones, debilitan el vigor del alma y son el gran obstáculo á las gracias de un Dios ofendido por el desprecio que hacemos de su ley y de su voluntad.

Mira cómo de esta manera se viene á perder una muy fuerte ciudad y á ser tomada de los enemigos. Destruye éste el antemuro, y luego es roto y desbaratado también el muro, y así entrada y tomada la ciudad. Pues de esa manera entran y ganan los enemigos la ciudad de nuestra alma. Las cosas pequeñas, la mortificación constante, la guarda de los sentidos, la vigilancia sobre nosotros mismos, son el antemuro que guarda y defiende el muro de la ley y mandamientos de Dios; y así, si dejas caer ese antemuro, presto caerá también el muro, y será saqueada y robada tu alma y perderás lo que más vale en ella, la gracia de Dios. Si comienzas á romper y á desportillar ese vallado, por ahí entrará la serpiente antigua y te morderá. Si quitas el cerco á la viña, pronto te la vendimiarán toda y perderás el fruto de todos tus afanes.

Pondera luego que á la manera que dicen los teólogos y los Santos, que el pecado venial es una disposición del pecado mortal, así el desprecio de las cosas pequeñas es preparación para el desprecio de las grandes. Los pecados veniales, por muchos que sean, no hacen un pecado mortal, ni bastan para matar el alma ni quitar la gracia y amistad de Dios;

pero van disponiendo el alma, enterneciéndola, enflaqueciéndola y entibiándola, para que así fácilmente pueda ser vencida con alguna tentación ú ocasión que se ofrezca y venga á caer en algún pecado mortal.

Mira, en efecto, cómo los primeros tiros de artillería, que baten un muro, aunque no den con él en tierra, todavía le debilitan y disponen para que los postreros le derriben; y las gotas de agua que caen sobre una piedra, aunque cada una por sí no basta para cavarla y hacer agujero en ella, pero basta para disponerla de tal manera, que las gotas siguientes la caven y destruyan: de esa manera va el pecado venial disponiendo para el pecado mortal. Va uno poco á poco perdiendo el miedo al pecado; comienza á hacer lo que es fuera del amor de Dios, pues pronto hará algo que sea contra él. A quien no se le da nada de mentir, ni jurar sin necesidad, presto tropezará y atropellará lo uno con lo otro, jurando alguna mentira ó alguna cosa dudosa, y ya ha caído en pecado mortal. A quien no se le da nada de murmurar en cosas livianas, pronto se le ofrecerá alguna cosa que no sea tan liviana y se verá en peligro de pecado grave. El que se descuida en mirar livianamente y es negligente en desechar los pensamientos malos y deshonestos que le vienen, cerca está de caer: alguna vez, cuando él esté más descuidado, se le irá el corazón tras los ojos ó tras el pensamiento, y se hallará caído en un instante: que eso es lo que pretende el demonio con esos descuidos y pecados veniales, disponer para los mortales.

Judas murmuró de la Magdalena por haber

empleado aquel ungüento en ungir los pies del Salvador, diciendo que fuera mejor venderlo y dar el precio á pobres. Advierte, dice San Agustín, que no se perdió Judas cuando vendió á Cristo, ni comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía; ya era ladrón, y estaba perdido, y seguía á Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazón. Pues así también, cuando vieres alguna gran caída de algún cristiano, no pienses que entonces comenzó su mal, que antes de eso estaba ya perdido. Mucho había que no tenía vida de espíritu, ni oración, ni examen, ni se le daba nada de quebrantar los preceptos leves de la ley de Dios.

Considera, pues, cuál es el camino cierto y trillado de la perdición, para que le temas y huyas de él. Primero se empobrece y enflaquece el alma con la muchedumbre de las imperfecciones y culpas veniales, y con la falta de la oración y de los ejercicios de piedad bien hechos; y de ahí viene pronto á caer en las graves y mortales. El que anduviere con mucho descuido tragando imperfecciones, presto cometerá pecados claros y manifiestos. Por eso guárdate de dar esa entrada al demonio, y de ir perdiendo el miedo á las faltas leves y hacer poco caso de ellas.

Punto II

Bienes grandes que se siguen de hacer mucho caso de cosas pequeñas.

Recuerda, en primer lugar, aquellas consoladoras palabras: «Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, yo te pondré y levantaré sobre lo mucho: entra en

el gozo de tu Señor». Medita cómo en estas palabras de Cristo N. S. se te declaran admirablemente los bienes grandes que se siguen de ser muy diligente en guardar los preceptos leves de la ley de Dios y en hacer mucho caso de ellos, aunque sea en cosas pequeñas y menudas. Será tan grande y tan aventajado el gozo y galardón que te darán por haber sido fiel y diligente en lo poco, que no dice que entrará en ti el gozo, porque no cabrá en tu alma, sino que tú habrás de entrar en él y sobrará; porque entras en la eterna é infinita felicidad de los santos, que es el mismo Dios.

Además, Cristo N. S. prometió que al que tiene gracia de Dios, y á ella corresponde, se la dará con más abundancia, y al que no tiene esa fidelidad, se le quitará aun lo poco que tiene.

Considera luego la causa porque el Señor premia y levanta tanto á los que son fieles en lo poco. Es porque en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad del siervo de Dios, y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores.

Como la fidelidad de un mayordomo y la del buen criado no se echa tanto de ver en las cosas grandes, como en las pequeñas y menudas y que no tiene obligación de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se echa tanto de ver en que le obedece en las cosas graves y de mucha importancia, cuanto en que aun en las cosas muy menudas no quiere salir un punto de la voluntad de su padre, ni hacer cosa alguna en que le dé el menor disgusto del mundo, de la misma manera el fervor del hombre espiritual no se echa

[illegible] de ver en que se ocupa de cada cual [illegible] y en [illegible] mentales, cuando en que se muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de sus obligaciones por pequeñas y insignificantes que sean.

Por esto el Señor premia y levanta hasta lo [illegible] y los hace [illegible] y se [illegible] con ellos, porque ellos son [illegible] con Dios. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar á Dios, no sólo en las cosas de obligación, sino en las de consejo y de supererogación, y no sólo en las mayores sino también en las menores, y en todo procura hacer lo mejor y más perfecto, y lo que entiende que es más conforme á la voluntad de Dios, con el mismo cuidado y fin, y Dios le ayudará de manera, porque la mayor supererogación de talentos que el Señor le ha dado.

Si, pues, deseas darle de veras á Dios y agradarle mucho, con todo cuidado y solicitud anda en las cosas mínimas como en las mayores. Si olvidas [illegible] una palabra ociosa y de un pensamiento vano has de dar cuenta á Dios y entonces muy bien, que de las cosas mínimas vienes [illegible] á caer en las mayores y más [illegible], que si esto fué en lo poco, te premiará y glorificará Dios con lo mucho. Y así muy una cosa [illegible] por pequeña, [illegible] tanto [illegible], porque no hay cosa [illegible] que [illegible] no sea muy perfecta y se pueda hacer mucho [illegible].

Está cierto que si [illegible] el practicar los actos de perfección virtuosa que se [illegible], [illegible] hará grandes progresos en la perfección. Las siguientes [illegible] [illegible]

ren, como las de la tierra, con el trabajo, la constancia, y no despreciando ganancia alguna.

Punto III

Del gran mérito que se encierra en practicar actos de virtudes al parecer insignificantes.

Considera que la santidad y perfección de tu estado no está en que practiques cosas grandes, sino en que hagas *bien* lo que traes entre manos. Como la rica joya se forma de piedrecitas pequeñas y el soberbio tisú ó brocado de hilos ó puntadas muy menudas, así la corona de la perfección, de muchos, pero al parecer insignificantes actos de virtudes, y justos hay en el cielo y en los altares cuya santidad ha consistido sólo en aprovechar y atesorar esos granitos de oro de infinitos actos de virtud que el tibio desprecia porque son pequeños. Muchos pecados veniales no condenan, pero muchas virtudes pequeñas al parecer, santifican; ¡ya ves, pues, que no serán tan de poco precio! Los santos nunca los han tenido por insignificantes, porque nada hay pequeño, si tiene relación con Dios, si nos puede aumentar el tesoro de merecimientos y puede agradarle ó desagradarle. Nada hay pequeño, si puede contribuir á dañar á una cosa tan importante como es nuestra salvación ó nuestra perfección. Nada hay pequeño, si nos puede hacer ganar ó perder un grado de gloria eterna, antes al contrario, el ser fiel en las cosas pequeñas es señal de grande amor, pues significa querer agradar en todo á quien se ama, y no querer desagradarle en nada, por leve que

parezca. Si esperas hallar grandes ocasiones para manifestar tu amor á Dios, ¿cuándo se te presentarán? Estas ocasiones son muy raras en la vida, y después la criatura es en sí tan pequeña, que no puede contar por grande nada de lo que hace por Dios. La inmensidad de Dios aumenta todo lo que hacemos contra su divina Majestad, y disminuye todo lo que hacemos por su honra y gloria.

Además, nada se puede llamar pequeño después que el Hijo de Dios nos aseguró «que el que es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes; y que el que es infiel en las pequeñas, lo será también en las grandes». ¡Terribles palabras, si se entienden, ó se meditan despacio! Pero ¿cómo se puede dudar de ellas, saliendo de la boca de Dios? Los mayores incendios empezaron ordinariamente por una chispa que no se apagó á tiempo; los mayores pecados empezaron con un pecado venial ó culpa insignificante, y la condenación del hombre comienza siempre por una gracia que se despreció. Saúl, precisado con una especie de necesidad, no esperó á Samuel para ofrecer el sacrificio: parecía pecado muy ligero, y, no obstante, mudó el corazón de Dios para con él de tal modo, que fué el principio de su condenación. ¡Qué de consecuencias terribles no tuvo una mirada inconsiderada de David! Y al contrario, ¿qué cosa más pequeña que una gota de agua ó un pedazo de pan? Y, sin embargo, el mal rico con un vaso de agua y un pedazo de pan pudo apagar las llamas del infierno y comprar el paraíso. Y Dios, que cuenta los cabellos de nuestra cabeza para indicar que ante El nada hay pequeño,

no quiere que se omita una tilde de su ley ni de sus mandatos.

Cuanto más pequeño sea lo que se ofrece, tanta menor dificultad te costará, y así serás menos digno de perdón, si lo omites. La dificultad de las cosas puede ser pretexto de nuestra cobardía; pero cuando son cosas fáciles, ¿qué disculpa podremos dar? «Si el Profeta, decían los criados de Naamán á su amo, te hubiese mandado alguna cosa difícil para tu curación, tú lo hubieras debido hacer; pero pues te ha dicho una cosa tan fácil, como la de bañarte siete veces, ¿cómo puedes dejarla de hacer, sin una extrema imprudencia?» Después de lo que Jesucristo ha hecho, y padecido por nosotros, aunque nos pidiese las cosas más grandes y difíciles, ¿podríamos, sin gran cobardía é ingratitud, dejarlo de hacer? Pues cuando sólo nos pide cosas tan fáciles, ¿qué razón podremos tener para omitirlas?

Coloquio.—¡Jesús y Dios mío, qué treinta años de vuestra vida pasasteis practicando virtudes que el mundo llamaría pequeñas, pero que eran de infinito valor por ser Vos quien las practicabais y con infinita perfección! enseñadme á encontrar ese tesoro de santidad en los actos constantes de perfección que cada día y cada momento puedo realizar si aprovecho las infinitas ocasiones que se me presentan. Yo os ofrezco hacerlo así, Jesús mío, para que de mí se pueda decir á imitación vuestra: «todo lo hizo bien».

Propósitos.—Resuélvete á no mirar en adelante ninguna cosa como pequeña, cuando se trata de agradar ó desagradar á Dios, y merecer ó dificultar tu salvación.

7 DE SEPTIEMBRE

De la perfección cristiana en toda clase de estados.

Preludios.—Mira en el cielo un número sinnúmero de santos de todas clases, condiciones y estados, y pide luz y gracia para santificarte tú también en aquel estado en que el Señor te haya puesto.

Punto I

Es posible y obligatoria la santificación en toda clase de estados.

Considera que la perfección cristiana es obligatoria para todos los fieles, cualquiera que sea su estado. Porque es un error muy ordinario el creer que la perfección y santidad es sólo para los que viven en el claustro ó profesan el estado sacerdotal ó religioso, y los mundanos que así piensan y lo dicen, tratan por este medio de excusar los desarreglos de sus pasiones, ó la tibieza y frialdad de su conducta. Pregunta, si no, á ese adorador del mundo, de sus pompas y máximas, cómo teniendo un entendimiento tan claro y tan penetrante, y que razona tan juiciosamente en todos los asuntos mundanos, permanece, sin embargo, insensible á cuanto se refiere á los asuntos de la eternidad, y le oirás decir fríamente: «Todo esto es verdad; pero el esplendor del mundo me seduce y encanta y hace imposible que sirva á la vez á Dios y al mundo. No me creo nacido para la santidad, y tengo que dar al mundo, á mis apetitos y corazón, lo que de derecho les pertenece».

Procura hacer ver á esos jóvenes disipados

y libertinos que es vergonzosa la ociosidad en que viven y la vida muelle que llevan sin otro fin que el de las satisfacciones corporales, olvidados por completo de Dios, de su alma y de todo lo espiritual y eterno, y te responderán que es necesario que la juventud goce y se divierta, y que todos los de su edad viven del mismo modo, y que la abnegación de la carne se queda para el claustro. Excita á ese magistrado, á ese comerciante ó banquero á que eleven sus oraciones á Dios con más frecuencia, á que no se apeguen tanto á las riquezas ni piensen tanto en sus negocios, á que frecuenten los Sacramentos, en una palabra, á que cuiden más de sus almas, y llenos de indignación, te contestarán: «¡Eso es querer trastornar el mundo; para eso es necesario encerrarse en un convento y abandonar el cuidado de la hacienda y la familia!»

Pues para que veas cuán errados van los que abrigan esas ideas, recuerda que la santidad la compara Dios N. S. al sol que lo ilumina todo, el palacio y la cabaña, el trono y el hospital. En segundo lugar, Jesucristo N. S. predicando á las turbas y á los hombres del pueblo, entre los que habría todo linaje de estados y condiciones, les decía que fuesen perfectos como el Padre celestial; y San Pablo confunde la vocación á la fe con la vocación á la santidad, porque en la idea y plan amoroso del Señor, el llamar al hombre á la fe es llamarlo á la gracia y á la gloria, y por Dios no queda, ciertamente, que todos los llamados á la fe no sean santos, pues á todos les da gracia para serlo.

Considera, pues, que si fuésemos fieles en

todo á nuestra vocación de cristianos, como tenemos obligación de serlo, si cumpliésemos en lo grave y en lo leve los preceptos del Señor, dóciles á sus inspiraciones, si nos acordásemos de que por encima de todo está Dios, el alma, la salvación y la eternidad, sin dejar el lugar aquel y aquel estado en que Dios nos hubiese puesto, podríamos, sin cambiar ni de profesión ni de género de vida, llegar á aquella perfección cristiana que Dios tiene derecho á exigir de nosotros. La Sagrada Escritura confirma esto como todo lo dicho anteriormente. Recuerda si no el testimonio de San Juan Bautista, cuando, al salir del desierto para predicar la palabra de Dios, pronunció estas terribles palabras: «¡Raza de víboras, pueblo rebelde á la voluntad de Dios, sabed que su brazo está levantado para heriros; la segur de la venganza se halla al pie de esos árboles infructuosos que serán cortados y arrojados al fuego!» Lo que oído por los que escuchaban aquel sermón profético se arrojaron temblando á las plantas del Bautista, diciéndole con los ojos llenos de lágrimas: «¿Qué haremos para librarnos de la ira de Dios que nos amenaza?» Pues nota bien la respuesta del Precursor del Señor. No dijo ni á los publicanos que cobraban los impuestos: «Dejad vuestros oficios»; ni á los soldados: «Abandonad vuestras banderas»; ni á los pecadores: «Retiraos al desierto». Lo que les dijo fué: «Publicanos, no robéis á los pueblos; soldados, sed buenos soldados, pero no bandidos; pecadores, haced penitencia».

Porque en efecto, nada hay, si bien lo consideras, en los distintos géneros de la vida

cristiana que impida á cada cual cumplir con las obligaciones de sus respectivos estados, porque no hay ninguno, y si no no sería estado instituído por Dios, que sea incompatible con la santidad. ¿Eres casado? Moisés lo fué también, y nada te impedirá que, como él, te retires cada día algún tiempo para tratar con Dios el negocio de tu salvación. ¿Eres noble? Nobles eran también David, Josías y Ecequías, y en la nueva ley muchos santos príncipes y reyes, y el gobierno de sus estados no les impidió unirse á Dios por medio de la oración. ¿Eres juez? Juez era también Samuel, y si sigues su ejemplo, tu oficio te servirá para practicar las virtudes más heroicas. ¿Eres rico? Más que tú lo fué Abraham, y si eres rico según el corazón de Dios, serás santo. ¿Eres pobre? Lázaro lo fué y no por eso dejó de ser un varón justísimo. ¿Eres militar? Acuérdate entre mil del centurión Cornelio, hombre lleno de piedad y temeroso de Dios, que no se dejaba vencer del mal ni se enriquecía con los despojos ajenos, sino que hacía muchas limosnas con los bienes propios, y del que el Espíritu Santo dice más de lo que pudiera decirse de un recogido solitario ó del más celoso y caritativo obispo.

Advierte, además, que por especial providencia de Dios, no hay profesión en la que no haya florecido algún santo para ejemplo, estímulo y confusión de los que en el mismo estado viven sin santificarse, lo cual significa que Dios ha querido enseñarnos que sólo de nosotros depende nuestra perfección, puesto que su gracia no nos falta nunca, cualquiera que sea el estado ó condición en que nos ha-

llemos colocados, y que la sola vista del ejemplo de un justo de su misma profesión, debe bastar al pecador para cerrar su boca y obligarle á reconocer su culpa. Reconoce, pues, esta obligación clarísima, pues antes que nada eres cristiano, redimido por Cristo y llamado por Dios á gozar de El en el cielo. Si no observas como puedes y debes la ley de Dios, no eches la culpa más que al abuso de tu libertad y al desenfreno de tus pasiones.

Punto II

La Providencia del Señor exige nuestra santificación en cualquier estado.

Considera que si bien es cierto que hay profesiones de suyo más santas y más perfectas que otras, todas ellas, con tal de que sean lícitas, están aprobadas por Dios y aun establecidas por su orden. Dios es, dice el profeta Baruch, el principal autor é inventor de todas las artes y de todas las ciencias. El es quien, por un efecto de su sabia providencia que gobierna al mundo, ha ordenado esta gran diversidad de estados y de profesiones sobre dos fundamentos, de los cuales es el primero, el bien universal de la sociedad humana y la necesidad recíproca que tienen los hombres unos de los otros, para atender á sus necesidades espirituales y temporales, y el segundo, el bien individual, según las complexiones, inclinaciones y talentos de cada uno.

Ahora bien, considera que como Dios es quien ha establecido esta diversidad de profesiones y las ha encaminado todas á nuestra salvación, nos da también los medios y gra-

cias particulares para ejercer aquéllas á que nos llama; pero sin que sean obstáculo á nuestra salvación, á lo que la Providencia de Dios lo endereza todo, pues ese es el fin último para el que el Señor nos ha criado. Dios es, pues, quien por una dispensación maravillosa, distribuye á los hombres diferentes inclinaciones y talentos naturales; El da á cada uno la inclinación que le lleva á un estado en el que más fácilmente pueda salvarse, le da auxilios para que lo abrace con alegría y da, para cumplir sus obligaciones, el talento necesario á fin de que salga airoso en ellas.

Nada hay más santo que el sacerdocio y, sin embargo, Dios no llama á todos los hombres á ese estado y aun prohibe abrazarlo sin vocación, como lo demuestra el caso citado por San Mateo, de aquel hombre que subyugado por los discursos de Jesús se arrojó á sus pies y le dijo: «Maestro, te seguiré adondequiera que fueres». Y el Hijo de Dios, mirando á aquel hombre con indiferencia, le despidió suavemente diciéndole: «Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza». Y al mismo tiempo, dirigiéndose á otro de sus discípulos que le pedía antes de seguirle permiso para enterrar á su padre, le dice: «Sígueme y deja que los muertos entierren á sus muertos».

¡Mira qué caso tan singular! Jesucristo despide á aquellos que se le ofrecen y llama á los que menos lo esperaban. Así distribuye las vocaciones con una particular providencia y conduce á cada cual á su último fin por caminos muy diferentes. Ojalá, decía San Pablo,

que todos vivieseis como yo en castidad, pero eso no depende ni de mí ni de vosotros, depende de Dios que distribuye sus dones según su beneplácito; pero así como á todos os llamó para que seáis santos, así á todos os dará los medios y la gracia según la medida de su beneplácito y el plan divino de su Providencia.

Piensa también que Dios, que ha ordenado todos esos diferentes estados, y que á ellos llama y guía á los hombres, quiere también que en todos los estados y condiciones se observe su ley; y que esas diferentes condiciones, como otras tantas líneas diversas, vayan á coincidir en un mismo punto, que es primero la santidad y luego nuestro último fin que es el cielo, y por esto da á cada estado todas las gracias y todos los medios suficientes y absolutamente necesarios para ganar en ellos el cielo. A la manera de los reyes, que cuando crean los cargos, asignan al mismo tiempo honorarios y pensiones para que vivan los que los ejercen, así Dios, al hacer la distribución de las profesiones, da á cada uno los dones y recursos sobrenaturales que necesitan para santificarse, según su estado.

De aquí has de deducir, que si el infierno está lleno de gentes de calidad, de palaciegos, de soldados, de comerciantes, de artesanos y de malos ricos, es por su culpa y no por culpa de su estado. Su condenación provino de que en sus respectivas profesiones no buscaron las justificaciones del Señor, esto es, su voluntad, y al apartarse de la ley de Dios se apartaron de la salvación.

Deduce, pues, de todo lo dicho, que Dios te llama á la santidad cristiana sea cualquiera

tu edad, sexo, profesión ó estado. Para llegar á ella sólo te basta observar la ley del Señor, que no es ley vacía sino que está llena y acompañada de gracias para santificación de las almas. Si observas esa ley, aunque nada hagas extraordinario, ella te preservará del pecado y te conservará en la virtud y en el temor de Dios, y en los negocios de la familia y de la hacienda, y en los azares del mundo no encontrarás piedra de escándalo en que tropieces. Busca, ante todo, tu salvación, el reino de Dios, la paz del corazón y la justicia, y todo lo demás se te dará por añadidura. No importa lo que seas, dice Tertuliano, ni dónde mores; con tal de que estés con el corazón fuera del mundo, sus máximas y sus pecados, eres de Cristo y te salvarás.

Punto III

La gracia de Cristo pide nuestra santificación en cualquier estado en que el Señor nos haya puesto.

Considera que Jesucristo, como legislador soberano y santificador de las almas, da á éstas los medios de elevarse á la perfección en cualquier estado en que El las haya colocado. Faltaría, si no, algo al plan divino de la elevación del mundo al orden sobrenatural, y algo también á la divina abundancia de gracias santificadoras que tenemos en Cristo. Además, Jesucristo, antes que nada, nos hace y nos quiere cristianos, ya que lo que busca ante todas cosas, y lo mismo debemos hacer nosotros, es nuestra salvación. Por esta razón, aunque seas rey ó príncipe, juez, soldado, mercader, artesano, pobre ó rico, sabio ó ig-

norante, eres aún algo más, porque eres miembro de Cristo por su gracia, y esta es la primera y la más noble de tus cualidades. Ahora bien: como el estado de cristiano es un estado de santidad, y como, por otra parte, no puedes separarle de tu profesión, y le llevas á la guerra, al palacio, al comercio y dondequiera que fueres, es forzoso, por una feliz necesidad, que esa tu condición de cristiano lleve á todas partes la santificación, y que haga de ti un soldado santo, un juez santo, un mercader santo ó un artesano santo, según la profesión que ejercieres. Eso exige de ti la gracia que te da Cristo, para que en todas partes lo confieses y obres como soldado suyo.

Para penetrarte más de esta verdad, has de considerar que es doctrina constante de San Pablo en todas sus Epístolas, «que el Hijo de Dios no es solamente jefe de su Iglesia, que es su cuerpo místico, sino que es también el alma de ella, pues comunica su espíritu á esta Iglesia»; y quien no tenga el espíritu de Jesucristo, dice el Apóstol, no pertenece á Jesucristo, ni es más que una sombra, un fantasma de cristiano.

Considera, por último, que así como el alma racional es necesaria para formar al hombre, el espíritu de Jesucristo es necesario para formar al verdadero cristiano; y del mismo modo que tu alma está unida siempre é inseparablemente á tu ojo y á tu mano para dar al uno la facultad de ver y á la otra la de tocar, del mismo modo puede decirse que el espíritu de Jesucristo está unido á los cristianos para comunicarles vida de fe, esperanza y caridad, y además, siempre, y en todo, y en todas par-

tes, una vida conforme á la profesión ó estado á que le ha llamado.

Y esta comunicación del espíritu de Cristo es el reino de Dios, que está en medio de ti como en medio de todos los cristianos. Con ese espíritu puedes adquirir la perfección evangélica, cualquiera que sea tu estado. Y si aun después de esto siguieras diciendo que tu profesión te impide ser bueno á causa de los compromisos con que te liga con el mundo, desde luego estás engañado si piensas con esos pretextos frívolos engañar á Aquel para quien nada hay oculto, ni en los cielos ni en la tierra. Hazte, pues, santo, porque si no te haces santo, negociando tu salvación con los talentos que Dios te ha confiado para que lucres con ellos en el estado en que su adorable Providencia te ha colocado, tu condenación es segura y el reino de Dios te será quitado, según la amenaza que Dios te hace en el Evangelio.

Evita á todo trance esa desgracia irreparable, y trabaja en tu santificación cooperando á las gracias que Dios te ha dado en tu estado, para que tengas parte algún día en la gloria de los Santos.

Coloquio.—Dios mío y bien mío, que me criasteis á vuestra imagen y semejanza, y disteis vuestra sangre por mí, y para que yo fuese partícipe del precio y fruto de ella me disteis vuestro conocimiento y me lavasteis con el agua del santo bautismo, y me pusisteis en el número de vuestros fieles, y me hicisteis miembro de vuestra santa Iglesia católica, de la cual sois cabeza y gobernador, y me habéis enriquecido con otras muchas y singulares mercedes por las cuales yo os doy humildemente infinitas gracias. Bien sabéis Vos, Rey mío, que no basta el haberme Vos por vuestra sola bondad dispuesto tan gran bien, y criádome para que goce

eternamente de Vos, si yo no os sirvo guardando vuestros mandamientos, y no hago lo que Vos queréis de mí; yo, por vuestra gracia, deseo acertar y hacer lo que os fuere más agradable; pero soy ciego, y por mí no puedo acertar; inspiradme Vos, dadme vuestra luz, alumbrad mi entendimiento para que entienda vuestra voluntad, y encended la mía con vuestro amoroso fuego, para que, entendiendo yo la vuestra, la abrace y siga y me resigne en vuestras manos, porque yo me echo totalmente en ellas y me entrego á vuestra paternal providencia. Sed Vos mi norte, mi gobernalle y piloto en esta navegación, para que llegue á aquel puerto de quietud para el cual Vos me criasteis; ninguna cosa quiero, sino la que Vos queréis; ninguna apetezco, sino la que Vos me mandareis; ninguna me será grave siendo encaminada por Vos. Ante todo, Señor, y por encima de honores y de riquezas, la salvación de mi alma. A eso sólo aspiro, con vuestra divina gracia

Propósitos.—Recordar constantemente cuál es tu último fin al cual debes subordinar y enderezar todas las demás cosas.

8 DE SEPTIEMBRE

Fiesta de la Natividad de María santísima.

Preludios.—Imagínate á la Virgen santísima como una aurora purísima que se levanta del mar inmenso de la misericordia de Dios, trayendo la alegría á todo el mundo, y pídele que en este dulce misterio llene de paz y de gracia tu corazón.

Punto I

Nacimiento de María.

Considera cómo cumplidos nueve meses después de la concepción de la Virgen, nació esta criatura prodigiosa, para gozo de todo el mundo, como dice la Iglesia. Pondera la alegría que tendría la Santísima Trinidad viendo na-

cida á esta Niña tan querida suya, por la cual pensaba obrar cosas tan prodigiosas para su gloria y bien nuestro. De creer es que en este día comunicaría á los ángeles del cielo y á los justos de la tierra, y á los santos Padres del limbo una nueva alegría accidental, como pronóstico del gozo que recibirían con la venida del Dios al mundo, cuya Madre había de ser aquella Niña, á la manera que la aurora cuando nace, causa cierto modo de gozo y alivio en los vivientes, como señal del nacimiento del sol. Porque si muchos se gozaron en la natividad de San Juan, porque era lucero y Precursor de Cristo, muchos más sin comparación se holgarían con el nacimiento de la Virgen que había de ser su Madre. Y con esta consideración, me moveré á afectos de alabanza y gozo, dando el parabién á la Santísima Trinidad del nacimiento de esta Niña: al Padre Eterno, porque le ha nacido tal Hija; al Hijo de Dios, porque ha nacido la que ha de ser su Madre; al Espíritu Santo, porque le ha nacido tal Esposa. ¡Oh Trinidad beatísima! sea para bien el nacimiento de esta preciosa Niña; repartid conmigo del gozo que dais á otros, pues también nace para mí.

Del nacimiento de Nuestra Señora debemos sacar motivo de grande gozo espiritual, ponderando que así como el nacimiento de la Virgen causó alegría en el mundo, porque era señal de la venida del Salvador á redimirle, así también cuando la devoción de la Virgen nace en un alma, causa en ella grande gozo, porque es grande prenda de que vendrá Dios á ella y la salvará. Y por esto dice San Anselmo, que ser muy devoto de Nuestra Señora es señal de

estar predestinado para el cielo, porque con su devoción entran los efectos de la predestinación, negociándolos Ella para sus devotos. Ella, como madre, nos solicita las inspiraciones del cielo, la vocación de Dios, la gracia de la justificación, la victoria de las tentaciones, la preservación de las caídas, el aumento de los merecimientos, la perseverancia en la gracia y la corona de la gloria. ¡Oh Virgen soberana, que por mandato de Dios echáis raíces en los escogidos para el cielo! echad en mi alma tan hondas raíces de vuestra devoción é imitación, que sean prendas de mi eterna predestinación.

Punto II

De algunas circunstancias de este glorioso misterio.

Pasa á considerar ahora algunas circunstancias de la Natividad temporal de la santísima Virgen.

Es doctrina común en la Iglesia que fué acompañada de cuatro privilegios considerables, que son: la impecabilidad, la plenitud de la gracia, el uso de la gracia y el esplendor de todas las virtudes

Respecto del primer privilegio, la teología reconoce cuatro clases de impecabilidad: la primera, es necesaria, absoluta, y va unida á la santidad soberana que no pertenece más que á Dios; la segunda, es la llamada hipostática y personal, porque tiene su principio en la persona divina del Verbo que hace subsistir la humanidad de Jesús y á la que se atribuyen todas sus acciones; la tercera, es de los bienaventurados en la gloria, que es una gra-

cia consumada y una acabada santidad; la cuarta, es la de la Virgen María, que en el primer instante de su vida fué confirmada en el bien y en la gracia. No es esta impecabilidad como la de los santos, es decir, no es exterior por una providencia singular, sino interior por la gracia que le fué dada como dignísima Madre de Dios. María entra en el mundo, no sólo exenta de pecado é impecable, sino llena de gracia. Santo Tomás llama á esta primera plenitud, una plenitud de suficiencia, puesto que le fué dada con tanta profusión, que bastó para hacerla digna de las funciones y de los títulos augustos de que ha sido investida en su cualidad de Madre de Dios.

Por un tercer privilegio, María recibe en su concepción y en su nacimiento, el uso de esas gracias y el ejercicio de esos hábitos infusos, como un anticipo de su razón y de su libertad, con el que Dios suplió la debilidad de sus órganos. Del mismo modo que Dios en la creación del universo produjo los primeros árboles cargados de frutos y coronados de flores, y á los ángeles y á nuestros primeros padres en un estado perfecto, enriquecidos con todas las cualidades naturales é infusas que les eran necesarias para obrar el bien, así quiso Dios que María en su primera santificación, que empezó en su concepción y en su vida, tuviera el uso de la razón y de la libertad, y se hallase en estado de poder servirse de los dones que le había comunicado. Y como el Verbo en su generación inefable, vuelve al Padre por el mismo origen que recibe de El, y al volver lo hace abrasado por el amor personal, esto es, el Espíritu Santo, al cual produce con su Pa-

dre en la unidad de un mismo principio, así, en cierto modo María vuelve á Dios por la misma gracia que recibe de su mano, y al recibirla, por el uso que hace de ella, le adora, le ama como principio de todos sus bienes, con un amor tan abrasado que sobrepuja en mucho al de los serafines.

Por último, María aparece revestida en su alma con el esplendor de todas las virtudes en tanto grado como convenía á la más santa y elevada de todas las puras criaturas. Por eso, al verla hoy, exclaman los ángeles y los hombres: ¡Oh ciudad admirable del Todopoderoso, santa Casa y Tabernáculo de Dios vivo! ¡Qué de cosas admirables nos dicen de Vos! Aunque todos los espíritus creados se unieran para alabaros, aun cuando tuviéramos todas las lenguas humanas y angélicas, jamás sabríamos explicar las grandezas que posee la Virgen bienaventurada desde sus primeros principios; serían precisos siglos infinitos para desenvolver todas las maravillas que fueron realizadas en el momento de su natividad.

¡Feliz mil veces! ¡Oh tierna Hija del cielo! ¡El primer instante de vuestra vida fué toda pura! ¡Felices las entrañas de Santa Ana que no concibieron á una criatura pecadora, sino al objeto más amable y más digno de Dios que jamás apareció en la tierra! ¡Momento feliz aquel que dió una reina á los ángeles, una señora á los justos, una abogada á los pecadores! ¡Que ese feliz instante, oh Hija de bendición, honor de nuestra sangre, gloria de nuestra raza, sea eternamente honrado con el regocijo público de los hombres y de los ángeles!

Punto III

De las gracias con que el Señor adornó en su natividad á la Virgen santísima.

Considera que la santísima Virgen desde aquel instante felicísimo de su nacimiento, no sólo fué santa, sino la más santa de todas las criaturas. «Cuéntanse muchas cosas gloriosas de ti, dice el Profeta. Tus fundamentos, ¡oh santa Ciudad de Dios! están sentados sobre los montes más elevados». Esto quiere decir, según lo explica San Gregorio, que María santísima fué más elevada en la gracia desde el principio de su vida, que los serafines más altos, y que los mayores santos en el colmo de su santidad y gloria. María santísima es, en efecto, aquel monte que vió el Profeta situado sobre la cumbre de los más altos montes. ¡Qué gloria para la Virgen santísima! ¡Pero qué gran motivo de consuelo y confianza para nosotros!

Para entender de algún modo esto, considera que la bondad y sabiduría del Verbo Eterno, estaba de alguna manera obligada á llenar á su Madre desde el primer momento de su vida de una gracia más abundante y mayor de la que han tenido todos los santos juntos en el instante de su muerte; porque María desde entonces debía ser llena de gracia, pues desde entonces estaba destinada á la excelsa dignidad de Madre de Dios. Dios se sirve, en efecto, de tres reglas en la distribución de sus gracias. La primera, es la dignidad de las personas, á quienes las reparte; porque debe pro-

porcionar la gracia á la dignidad; porque si no lo hiciese así, desairaría de algún modo su dádiva, que debe ser digna del Señor infinito que la da y de la persona que la recibe. Pues siendo María la que debía exceder infinitamente en dignidad á todas las otras criaturas, por la calidad de Madre de Dios, ¿quién duda que las debía de exceder á todas en la gracia? Ni diga nadie que María santísima en su nacimiento no era aún Madre de Dios, porque lo era ya en los designios y en la eternidad de Dios, á la cual nada hay futuro y todo le es presente. Pero aún más; ¿no se proporcionan los fundamentos á la altura y magnificencia de un palacio que se quiere hacer, aunque aún no esté levantado? ¿Las diposiciones no deben guardar proporción con la excelencia de la forma que debe animar una cosa que aún todavía no existe? ¿Pues cuál debía ser la gracia que había de preparar á María para recibir en su purísimo seno á todo un Dios? Y ¿cuál deberá ser la nuestra, cuando recibimos todos los días en la Comunión al mismo Dios?

La segunda regla de que Dios se sirve para la distribución de las gracias que reparte á sus criaturas, es el amor que les tiene. Amar es querer hacer bien, y querer hacer bien y hacerle, en Dios es lo mismo. Pues si Dios quiso más á la Virgen santísima desde su nacimiento que á todas las criaturas, no pudo testificarla mejor su amor en aquel instante que comunicándole más abundantemente el mayor de todos los bienes, que es su gracia. El Verbo Eterno, no hay duda que desde entonces amó á la Virgen santísima como á la que debía de ser en breve su Madre, y á la

cual debía tener más obligación que á todas las criaturas juntas.

En fin, la última regla de la medida de las gracias que Dios confiere á las criaturas, es el cargo para que las destina. Si consultamos esta regla para juzgar de lo casi infinito de la gracia de María, ¿hasta dónde nos llevará? Pues el Padre Eterno la había elegido para ser no sólo Madre de su Hijo, sino por este mismo título como la Reparadora del mundo perdido; calidad que María santísima había de algún modo merecido con el consentimiento que dió al Misterio de la Encarnación y al sacrificio de la Cruz, que ofreció con su Hijo. Por eso San Bernardo nos asegura que habiendo Jesucristo redimido al mundo con su sangre, puso todo el valor de ella en las manos de María santísima; ¿á quién podremos, pues, acudir mejor que á ella, dulcísima Madre nuestra, para alcanzar la gracia, que es el fruto de la redención?

Coloquio.—Qué grande gozo é incomparable alegría debe tener todo el mundo el día de vuestro sagrado nacimiento, ¡oh niña benditísima! pues con la luz que Vos, como alba divina, le traíais, se bañó de nueva claridad y comenzó á respirar. Dios os salve, pues, María suavísima, tálamo del Esposo celestial, templo de la sabiduría increada, sagrario del Espíritu Santo, huerto de delicias, paraíso de deleites, vena de aguas vivas y depositaria de todas las gracias y dones de Dios. Desde este momento y desde esta hora en que salisteis al mundo para bien del mundo, yo os reconozco y tomo por Señora mía, y os doy el parabién y vasallaje como á Reina soberana del cielo y de la tierra. Tomadme por esclavo vuestro ya que yo con verdadero júbilo me gozo hoy de vuestro glorioso nacimiento.

Propósitos.—Saluda con afecto filial á María

como llena de gracia desde su nacimiento, y ruégala que te comunique de esta plenitud cuanto necesites para la santificación de tu alma.

9 DE SEPTIEMBRE

De la verdadera devoción á la Virgen santísima.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Del nacimiento de la Virgen santísima, por la devoción, en nuestros corazones.

Considera que, según una manera de hablar muy frecuente en la Sagrada Escritura, ya por los movimientos del temor saludable de Dios ó por las inspiraciones de la gracia, y mejor aún, por el ejercicio de la divina caridad, concebimos al Espíritu de Dios y hacemos nacer místicamente á Jesucristo en nuestras almas. Siguiendo esta manera de hablar, podemos también hacer nacer á María en nuestros corazones por la práctica de una sólida devoción hacia ella. Medita en esta idea tan dulce y consoladora. El Espíritu Santo nos enseña dos cosas importantes acerca de este asunto: La primera, que Dios ha ordenado á la bienaventurada Virgen María habitar en los corazones de sus predestinados. «El que me crió reposó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel y en mis escogidos echa tus raíces».

Los intérpretes hacen notar que el Espíritu Santo en este pasaje se sirve de tres maneras diferentes de hablar para significar una misma cosa; es á saber: que Dios ha ordenado á

la santísima Virgen tomar posesión de los corazones de sus elegidos, porque 1.° Quiere que tanto Jacob, que es la figura de los predestinados, como Esaú, imagen de los réprobos, sea el lugar de su agradable mansión. 2.° Desea que María considere á Israel, que significa pueblo llamado á la visión de Dios, como su preciosa herencia. 3.° Al explicar estos dos pensamientos más claramente, le manda echar profundas raíces, esto es, unirse por un amor singular á todos los elegidos.

La segunda cosa que la Sagrada Escritura nos revela en este pasaje, es que la bienaventurada Virgen, obediente á las órdenes de Dios, dice que está ella arraigada en el alma de todo el pueblo honesto, es decir, de todos los predestinados por Dios.

¡Felices, pues, mil veces los cristianos que han concebido á María en sus corazones por el amor, y la han hecho nacer en su alma por el ejercicio sólido de las virtudes! En esto, dicen los Padres y los teólogos, tienen ya una de las más importantes señales de su predestinación. La raíz no es una señal más cierta del germen que lleva en su seno y del fruto que ha de producir, como esta morada de María en el alma cristiana lo es de la eterna predestinación.

Mas pondera que para esto es necesario una devoción, no sólo aparente y superficial, sino sólida, y para serlo así hace falta que se halle bien arraigada en el alma. Esto quiere decir, que la verdadera devoción á la santísima Virgen debe tener las tres cualidades que tiene una raíz viva. 1.ª La raíz, para ser viva, debe estar oculta en la tierra, esto es, debe ligarse y adherirse á la tierra para sacar de ella el

jugo y la virtud. 2.ª Debe ser firme y segura. 3.ª Debe ser fecunda.

Así debe ser también la verdadera devoción á la santísima Virgen, no debe concretarse á lo exterior. Es necesario que la sólida devoción á la santísima Virgen María sea interior y radique en el fondo del alma, de suerte que consista principalmente en un amor filial, en un deseo de servirla y de procurar su gloria, en una confianza amorosa en su protección, y en un deseo de imitarla en sus penas para participar de sus alegrías.

Además, esta devoción debe ser como la raíz, firme y constante, y no salir jamás del corazón; es necesario que el corazón del devoto se ligue y se adhiera de tal modo á la bienaventurada Virgen por sus fibras, es decir, por sus deseos y por sus piadosos afectos, que la unión sea recíproca; que María esté arraigada en el corazón de su devoto, y que el corazón del devoto esté arraigado en el de María, de modo que ni las tempestades de las tentaciones, ni las tormentas de las adversidades lo quebranten jamás.

Por último, es necesario que esta devoción sea fructuosa; de otro modo podría decirse lo que San Agustín, siguiendo á Santiago, dice de la fe; á saber: que sus obras son una raíz muerta. Si es viva, debe germinar y producir todas las virtudes de que la Santísima Virgen ha dado tan extraordinarios ejemplos. Por esto la Iglesia aplica á nuestra Madre estas palabras: «He producido, como una viña profunda, un fruto de buen olor, esto es, de buen ejemplo, y las flores de un santo honor», es decir, esperanzas de la gloria eterna. Pues

estos frutos producirá en nuestras almas el nacimiento espiritual de la Virgen María si nos gloriamos de ser verdaderos devotos de nuestra Santísima Madre.

Punto II

De la verdadera devoción á la Virgen santísima.

Considera que hay devociones á la Virgen santísima falsas, las hay vanas y las hay imperfectas. La falsa devoción nos engaña neciamente: la vana nos pierde y la imperfecta no nos justifica. Es devoción falsa á la Virgen santísima, honrarla y venerarla con los labios y ultrajarla con el corazón; pretender honrar á la Madre, cuando se ofende por el pecado al Hijo, y pedirle nos alcance gracias cuando abusamos de las que por su intercesión hemos logrado. Es devoción vana y presuntuosa creer que la Virgen santísima nos salvará sin que nosotros cooperemos á nuestra salvación. Aunque pudiera María más que el mismo Dios para salvarnos, es menester que contribuyamos nosotros mismos, porque el que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Es presunción dañosa servirse de la confianza que se tiene en la Virgen santísima para perseverar en el pecado, con la falsa esperanza de que Ella nos alcanzará el perdón de su divino Hijo, porque esto es hacerla cómplice de nuestras maldades, y, por consiguiente, es ultrajarla. La devoción imperfecta es reducir á algunas oraciones tibias é indevotas y á algunas ceremonias exteriores, el culto, que se da á la Virgen santísima. El ser perfectamente devoto suyo consiste en conocer, alabar

é imitar sus virtudes. Toda otra devoción que no consistiere en esto, ni se encaminare á esto, es imperfecta. ¿Es así la tuva?

Dirás que un devoto de María no perecerá jamás: es verdad. Esta opinión está apoyada en el común sentir de los Padres, en la razón y en la experiencia; pero esto se entiende, del que verdaderamente sirve á María y es verdadero devoto suyo. ¿Puede, acaso, ser verdadero siervo de María el que es voluntariamente esclavo del mundo y del demonio? ¿Puede ser verdadero hijo de María el que es enemigo de su Hijo y no se quiere reconciliar con El? ¿Puede ser siervo de María el que se deja dominar de los vicios, á los que ella tiene horror? ¿Es ser siervo de María romper insolentemente las leyes de su Hijo y pretender la protección de la Madre para librarse de las penas que mereció por sus pecados? ¿Es ser siervo de María llevar exteriormente su librea ó sea su santo escapulario, teniendo interiormente un corazón totalmente opuesto al suyo y desobedecerla, desobedeciendo á su Hijo? María santísima quiere, igualmente que su Hijo, la conversión y no la muerte del pecador. Si te opones á su deseo con tu obstinación no te mirará ya como su siervo, sino como su enemigo; porque persistes en la obstinación de serlo de su Hijo.

Es verdad que la devoción de María santísima es el refugio y remedio de los mayores pecadores, y que no deben desesperar por sus pecados como tengan una justa y verdadera confianza en ella; y que esta devoción y esta confianza es como una salvaguardia, que nos defiende de la indignación divina; pero si se

abusa de esa devoción y se toma como salvaguardia y escudo para el mal y el pecado, la Virgen santísima tendrá que volver por su honra, que es la de su divino Hijo. Mira, pues, cuál es tu devoción á María: si es verdadera y sólida no temas, que María es Madre de pecadores contritos; pero si falsa, vana, presuntuosa y temeraria, teme, y con razón, pues de nada te servirá creerte devoto de María, rezar un rosario, pertenecer á sus congregaciones, si tu corazón está lleno de pecados y nada haces por merecer la gracia y el perdón de Dios cambiando de vida. Pide á María, nuestra Madre, que te enseñe á ser hijo digno de su amor, y lo serás si en todo procuras darle gusto y en nada agraviarla ni ofender á su divino Hijo.

Punto III

Motivos de nuestra confianza en María santísima.

Considera, y es el primero, que Jesús y María están tan unidos entre sí que no se les puede separar. No se puede honrar y amar al Hijo sin amar y honrar á la Madre; porque todo el mérito y gloria de la Madre viene del Hijo, y toda la honra que á la Madre se hace vuelve naturalmente al Hijo. La devoción, pues, que tenemos á María santísima, en lugar de apartar nuestro corazón le une más fuertemente á Jesús. La confianza que tenemos en la protección de María santísima no puede disminuir la que tenemos en el Hijo: al contrario, ésta la aumenta y la hace más justa y eficaz. María santísima, además, tiene tanto poder como su Hijo santísimo le ha con-

cedido, y éste me le aplicará á mí, según lo que yo confiare en su patrocinio; pues siendo esto así, ¿en qué aprieto me podré hallar para que pierda la confianza en María? Siendo, como es, generosa y piadosísima, ¿puede dejar de aplicar su bondad á quien la sirve y ama? Jesús, que ama sumamente á María, ¿puede aborrecer á los que como buenos hijos la veneran? ¿Puede condenar á quien esta Señora querría que se salvase? ¿Cómo sufrirá Jesús que un corazón que estuviese encendido en amor de María santísima ardiese eternamente en las llamas del infierno? ¿Puédese pensar esto sin dudar de lo que estima Jesús á María y de la piedad de esta gran reina para con sus devotos?

Por muy cargado, pues, que esté de pecados, no desesperaré jamás de la misericordia de Dios, mientras tuviere á la Madre de misericordia en mi favor y yo hiciera lo posible por salir de esos pecados y congraciarme, con mi arrepentimiento y buenas obras, la piedad de la Madre y el perdón del Hijo. Cuando mi corazón esté compungido de dolor, alegaré la misericordia de la Madre, contra la justicia del Hijo, y los ruegos de María santísima tendrán más fuerza para templar á Jesús que mis pecados para irritarle. Creeré mi salvación segura cuando supiese ciertamente que es mi abogada María, porque si ella no me la alcanzara, sería, ó por falta de poder con su Hijo, ó por falta de piedad para conmigo. ¿Puédese dudar de lo uno ó de lo otro sin falta de respeto al Hijo ó á la Madre? ¿Es posible que no pueda esto con su Hijo, María, á quien Jesús ha comunicado su omnipotencia, por-

que, como dice San Buenaventura, lo puede todo con su Hijo y alcanza todo lo que pide á su Hijo? El que en sus Mandamientos puso que se obedeciese á los padres y á las madres, ¿sería el que quebrantase este precepto? Pues ¿cómo es posible imaginar que el Hijo menosprecie la intercesión de su Madre? Jesucristo, que paga con la vida eterna un vaso de agua que damos á un pobre por su amor, ¿puede dejar de obedecer á una Madre á quien debe todo lo que tiene en cuanto Hombre? ¿Y no sería faltar á este reconocimiento el negarle las gracias que le pide para sus verdaderos y buenos devotos? El poder de María, además, se debe medir por la dignidad de Madre de Dios, que logra, por lo que su Hijo santísimo la estima, por las grandes obligaciones que Cristo N. S. la tiene, por la calidad de mediadora de los hombres, con que la honra. Pues siendo esto así, ¿hasta dónde no llegará el poder de María, y hasta dónde no deberá llegar nuestra confianza en su amor y en su misericordia?

Considera, por último, que si á María no le falta el poder, tampoco le falta la misericordia. Es nuestra Madre: desde que fué Madre de Dios, es Madre de los hombres. Cuando su Hijo santísimo la dió por Madre á San Juan, la dió también á todos los hombres y desde entonces somos sus hijos por adopción. Y una madre, y esa la mejor de todas las madres, ¿puede dejar de querer á sus hijos? Es verdad que somos hijos miserables y pecadores; pero nuestras miserias aumentan su compasión y aumentan su amor y su ternura; porque es Madre de misericordia y refugio de pecado-

res. Hasta ahora, ninguno que verdaderamente se ha acogido á ella ha sido desechado. Si se hallare uno á quien haya sucedido esto, dice San Bernardo, consiento en que ni honre, ni invoque á María; pero no se hallará jamás. Pues si ella no arroja de sí, ni desprecia á los más grandes pecadores, con tal que estén arrepentidos y contritos, ¿qué hará con los que fueren sus fieles devotos? ¡Ah! ¡Qué gran motivo de confianza para mí! María es Madre de Dios y es mi Madre: alcanza todo lo que pide á su Hijo. A mí me ama como una madre cariñosísima, pues ¿quién duda que sirviéndola yo fielmente y poniendo mi confianza en ella, en lugar de desesperar de mi salvación, debo vivir confiado en su intercesión y en su amor?

Coloquio.—¿Quién jamás, ¡oh benignísima Señora! os invocó que no hallase remedio en sus necesidades? Por eso todos los angustiados y afligidos acuden á Vos, porque sois nuestro refugio, nuestra esperanza y consuelo. Pues á todos acogéis, no sea yo desechado; pues para todos sois benigna, misericordiosa y suave, no sea yo sólo castigado como merezco por mis graves culpas, sino perdonado por vuestra santa intercesión. Mirad ¡oh Reina del cielo y segura esperanza mía! que hoy es día de indulgencia y jubileo plenísimo, es día de gracias y mercedes, pues en él nacisteis al mundo, y tomasteis la quieta posesión de este reino vuestro, y todo lo criado se sujetó á vuestros pies. Levantadme y alentadme para que, mortificadas mis pasiones y crucificados mis viciosos apetitos, yo viva de Cristo, y en Cristo, y para Cristo vuestro dulcísimo Hijo, y estando con el cuerpo en la tierra, more con el corazón en el cielo y merezca subir adonde Vos estáis.

Propósitos.—En todas tus acciones obra como corresponde á un buen hijo de María, sin hacer nada indigno de tal madre.

10 DE SEPTIEMBRE

Parábola del mercader que buscaba perlas.

Preludios.—Imagínate al mercader de la parábola buscando, con el afán con que buscan los avarientos el oro y las riquezas, perlas preciosas. Mira su alegría al encontrar aquella perla de tan subido valor; confúndete de que los mundanos sean más diligentes para los bienes de la tierra que tú para los del cielo, y pide á nuestro Señor saber conocer y apreciar el valor de tu alma y de tu eterna salvación.

Punto I

De cómo todos los hombres buscan en el mundo perlas preciosas.

Pondera cómo el oficio y empleo de todos los hombres en el mundo es buscar ricas perlas, porque todos buscan lo que es bueno y precioso, aunque de diferente manera. Unos buscan perlas de bienes temporales, riquezas, dignidades y las cosas que el mundo tiene por preciosas; otros buscan las perlas del arte y la ciencia humana por sólo saber, ó por sus honras é intereses; otros buscan perlas de virtudes morales y humanas para vivir, como hombres de razón, en su república y comunidad. Pero el oficio y empleo del cristiano que pretende el reino de los cielos, debe ser buscar perlas de verdades y virtudes celestiales y divinas, las cuales son á boca llena buenas y preciosas, pues que hacen al hombre bueno y precioso á los ojos de Dios. Y como las perlas se llaman en latín *uniones*, porque cada una es única en sus excelencias y singular entre las otras, así cada virtud es única y singular en alguna excelencia, aunque sin embargo de esta variedad todas se unen con perfecta unión para

enriquecer al que las haya, uniéndole con su Criador.

De aquí he de inferir que mi empleo principal, en esta vida, ha de ser buscar estas verdaderas y preciosas margaritas, persuadiéndome que, ya que soy mercader y tratante, no tengo de tratar en lo vil, apocado y poco ganancioso, y mucho menos exponerme á perder mi hacienda y mi vida. No ha de ser, pues, mi principal oficio buscar perlas de bienes temporales, porque éstas no me hacen bueno, ni bastan para entrar en el cielo, ni las he de tener por preciosas; antes debo hollarlas y despreciarlas de corazón, puesto que son ocasión de soberbia mundana, de ambición, avaricia y de otros vicios. Ni tampoco mi principal intento ha de ser buscar perlas de ciencias humanas que hinchan y envanecen, y son cebo de curiosidad y vanidad, porque sin ellas puedo salvarme. Ni me tengo de contentar con buscar joyas de virtudes naturales, que muchas veces no son más que aparentes, porque resplandecen con obras exteriores delante de los hombres, ó son perlas falsas y contrahechas, como las de los hipócritas, que pretenden ser tenidos por buenos y virtuosos. Y si con éstas me contento, en la hora de la muerte me hallaré burlado, y, pensando que estoy rico, estaré muy pobre y miserable; sino principalmente tengo de buscar las margaritas preciosas de las verdades que Dios ha revelado, para entenderlas y creerlas con «viva fe, sin la cual es imposible agradar á Dios», y perlas de las virtudes sobrenaturales, como son la gracia, caridad, obediencia, paciencia, humildad, oración, religión y otras semejan-

tes, con las cuales seré bueno y santo y entraré en el reino de los cielos; y esotros bienes temporales ó ciencias, puedo buscarlas en segundo lugar, en cuanto me pueden ayudar á mi perfección y santificación.

Pero, sobre todo, mi empleo ha de ser buscar á Jesucristo, verdadero Dios y hombre, perla oriental preciosísima, que como rocío bajó del cielo, y en las entrañas de la Virgen, por virtud del Espíritu Santo, se hizo hombre para honra y gloria de los hombres. Esta es la perla por excelencia buena, de quien procede toda la bondad, la cual he de procurar poseerla y tenerla siempre conmigo, y enriquecerme con los tesoros de sus gracias y virtudes.

Punto II

Cómo se buscan estas perlas preciosas.

Lo primero, se buscan con la oración, pidiendo á Dios que nos las descubra, no cesando de importunarle por ello, pues El dijo: «Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán».

Lo segundo, se buscan con la meditación del entendimiento, prevenido y ayudado de la divina ilustración, cavando y ahondando en las verdades y misterios de la fe, y en las excelencias de las virtudes, hasta hallar la inteligencia y estima de ellas.

Lo tercero, se buscan con deseos y afectos de la voluntad, prevenida de la divina inspiración, suspirando por estas riquezas celestiales y aplicando nuestro libre albedrío á que quiera buscarlas. Se buscan últimamente por los demás medios que Dios ha dejado para ha-

llarlas, como son obras de penitencia, lección de buenos libros, frecuencia de sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, que es como la concha dentro de la cual está la preciosísima perla de Cristo N. S. Y está allí para comunicarnos las demás perlas de las virtudes, esto es, para hacernos negociadores y hacer que consigamos nuestra eterna salvación, que es, como dice San Pablo, «nuestro negocio». Y si los negociantes de la tierra son codiciosos y solícitos en buscar sus perlas terrenas y se ponen á tantos peligros por obtenerlas, ¿cuánto más razón es que yo sea solícito por estas perlas del cielo, pidiéndolas con oraciones, buscándolas con meditaciones y llamando con afectos y deseos, obedeciendo á lo que Dios manda para hallarlas? ¡Oh Salvador mío, hazme negociador diligente y codicioso para que busque la perla de la divina sabiduría con la diligencia que los hombres buscan el tesoro y allegan el dinero, pues prometes que la hallaré si de esta manera la buscare!

Considera cómo «el mercader, en hallando una perla preciosa, vendió todo lo que tenía y la compró».

Lo primero, se ha de ponderar que esta perla se llama una y preciosa, porque Cristo N. S. es uno, Dios y hombre verdadero; y aunque las virtudes son muchas, todas están unidas y trabadas, como si fuesen una, con la caridad, que es vínculo y atadura de la perfección, y ella es la que une al hombre con Dios, y con Cristo, y con todos los prójimos, y los hace entre sí unos, como si tuviesen «un alma y un corazón». Y así como entre las conchas del mar, donde están las perlas, hay una como

capitana á quien siguen las demás, y cogida ésta es fácil coger las otras, así la caridad es la capitana de las virtudes, y quien la alcanza, con ella las alcanza todas; porque, como dice el Apóstol, «la caridad todo lo cree, espera y sufre», y en todas las cosas obedece.

Lo segundo, hallar esta perla preciosa es descubrirla con la luz de la fe, y ver su excelencia y hermosura, y gozar su dulzura y suavidad; la cual es tan grande, que arrebata el corazón del que la halla, el cual luego fácilmente vende, y da de mano á todas las cosas que le estorban el poseérla con entereza, y echa de sí todos los amores y aficiones terrenas contrarias á ella, por comprarla y poseerla dentro de sí; y aun todo esto que da le parece poco, según aquello de los Cantares: «Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, estimarlo ha como nada».

En conformidad de esto tengo de entrar dentro de mí mismo y examinar bien: Lo primero, si busco perlas fingidas y aparentes, llorando el tiempo que en esto he gastado y gasto. Lo segundo, si busco las perlas verdaderas con tanta tibieza que no las halle, por no poner los medios convenientes para ello. Lo tercero, si estoy resuelto á dar el precio que valen, que es la renunciación de todas las cosas que poseo, á lo menos con el afecto, mirando si hay en mi corazón algo de amor propio y de aficiones terrenas, y proponiendo varonilmente mortificarlo y arrancarlo del alma, porque la disminución de la codicia es aumento de la caridad.

Punto III

De otra perla más preciosa hallada por muy pocos.

Considera cómo esta perla, una y preciosa, de valor inestimable y buscada y hallada por muy pocos mercaderes, es la perfección evangélica que profesan los religiosos, á imitación de Cristo N. S.; la cual por excelencia se dice una, porque encierra con eminencia el cumplimiento de los dos preceptos del amor, «que son amar á Dios de todo corazón y fuerzas»; y el otro, que llama Cristo semejante á éste, «que es amar al prójimo como á sí mismo», ó cómo El nos amó. Y así como entre los hombres son de grande precio dos perlas del todo semejantes, así estas dos perlas de amor de Dios y del prójimo por Dios, que son semejantes y causan admirables uniones, son preciosísimas y muy estimadas de Dios y de sus ángeles. Pues en la religión se encuentran excelentemente, y con ellas se adornan como con joyas las dos virtudes del alma, que son la fe y la obediencia, acudiendo todos los religiosos á una en conformidad, á todos los ejercicios de la religión, no por necesidad ni por fuerza, sino con obediencia de caridad y por amor; lo cual agrada tanto al celestial Esposo, que dijo: «Llagaste mi corazón, hermana y Esposa mía, con el uno de tus ojos», esto es, con la unión que tienen tus justos; porque como los dos ojos del hombre son en todo semejantes y á una hacen sus obras, así los religiosos son semejantes en las costumbres, y á una acuden á sus obras religiosas. Finalmente, es tanta la preciosidad de esta perla, que cuando Dios la

descubre al hombre con su ilustración, luego con grande gusto vende cuanto tiene, y deja el mundo y se sale de su tierra, y desapropiándose con afecto de todas sus cosas, las da por esta perla, para tomar estado de religión, en el que, si su vocación es verdadera, encuentra la paz del corazón, la alegría del alma, abundancia de bienes celestiales, medios infinitos para santificarse, y una especie de cielo ó paraíso anticipado en donde el hombre ve á Dios en todas las cosas, y en todas sirve y agrada á Dios. Por eso dice San Lorenzo Justiniano, «de propósito no quiere nuestro Señor mostrar á todos la preciosidad de la vida religiosa, porque, si la viesen, todos querrían comprar esta perla y no habría quien quisiese vivir en el siglo».

Coloquio.—¡Oh Salvador del mundo, verdadero negociador de perlas, pues que bajaste del cielo á buscar las almas; perla preciosísima á quien todos los negociadores hemos de buscar para enriquecernos! Pues viniste á la tierra para manifestarnos las perlas buenas y preciosas de las verdades y virtudes celestiales, descúbremelas para que las busque, no con apariencia sola, sino con verdad, pretendiendo por ellas, no mi honra, deleite ó interés, sino agradarte y poseerte. Hazme buen mercader de bienes del alma, que venda todo lo terrenal y humano, fausto, riqueza, honra y placeres, por encontrarte y comprarte á Ti, que debes ser y serás en adelante para mí todo deleite y toda honra y toda riqueza, pues poseyéndote á Ti lo poseo todo.

Propósitos. — Despreciar todo lo terreno y no poner tu corazón sino en las riquezas celestiales, que son las únicas dignas de llenar el corazón del hombre.

11 DE SEPTIEMBRE

Del infinito valor de la perla de nuestra alma y de la salvación.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Sobre el valor de nuestra alma.

Considera que la perla más preciosa que podemos adquirir, y para lo cual precisamente estamos en el mundo, es nuestra alma. Para nosotros es de infinito valor, no sólo porque vale tanto como la sangre de Cristo y más que el mundo entero, sino porque si ganamos esta perla, lo ganamos todo, y si la perdemos, lo perdemos todo. Sólo Dios, que formó y creó esta margarita preciosa, conoce su valor; porque es la obra más digna de sus manos, la más excelsa y acabada y la que tiene más semejanza con su divina Majestad. Porque el alma es espiritual como Dios; inteligente é inmortal como Dios y la imagen más perfecta, aun en el orden natural, que Dios ha hecho de sí mismo. Por ser espiritual, el mundo entero por hermoso y perfecto que parezca, siendo, como es material, no puede igualarla en perfección ni entrar en comparación con ella, ni por consiguiente contentar ni llenar los deseos del alma. Por ser inmortal, todo lo que acaba, ó puede acabar, no puede constituir su dicha, es menester que el objeto de su felicidad sea inmortal, espiritual y eterno, y sólo Dios lo es.

En segundo lugar, juzga del valor de nuestra alma por la estimación que Dios hace de ella;

su juicio, sobre esto, debe regular el nuestro. Todo lo que hace Dios en el orden de la naturaleza y de la gracia, tiene relación con la salvación de las almas; todas las criaturas que ha producido no tienen otro fin; todos los cuidados de la providencia se dirigen á esto: *Omnia propter electos,* dice San Pablo. Enviar su Hijo al mundo; querer que se haga hombre y que después de treinta y tres años de trabajos de predicación y de milagros muera en una cruz, todo es por la salvación de las almas; parece que las prefiere á la vida de su Hijo, aunque era vida divina, pues quiere que la sacrifique para la salvación de los hombres. Su Hijo santísimo entra en todos los designios de su Padre, derrama voluntariamente toda su sangre para redimirlas, y cree adquirirlas á buen precio, aun á costa de su vida, pues se alegra de ello y quiere, como se dice en otra parábola, que le demos la enhorabuena.

Considera, además, que si las almas son de tan gran valor en sí mismas, ¿qué serán después que han sido redimidas con la preciosa sangre de N. S. Jesucristo? ¡Qué valor tan infinito! Mira, por consiguiente, la opinión que Dios tiene del valor de tu alma y estímala tanto como ves que Dios la estima. Si la estimaras así, ¿arriesgarías todos los días el perderla por tan poca cosa? Dirías al demonio como dijo Judas á los judíos: «¿Qué me quieres dar, y yo te entregaré mi alma y mi salvación?» Dame este placer, esta honra ó esta conveniencia, que yo te daré mi alma. Pues ya que no estimas tu alma tanto como Dios la estima, estímala á lo menos tanto como la estima el demonio. ¿Por qué la consideras tan

poco, cuando el infierno la mira como cosa tan preciosa? ¡Qué no hace, qué no da, ó á lo menos qué no promete, para ganártela y para condenarla! Y tú no quieres hacer nada, ni padecer nada, ni dar nada por salvarla, y eso que es tan tuya que eres tú mismo y en ella lo tienes todo. ¿Tienes, por ventura, menos interés en la salvación de tu alma, que tiene el demonio en su condenación?

Así, pues, cuando el demonio te tentare con lo halagüeño de algún deleite, ó con la esperanza de alguna conveniencia, dite á ti mismo: ¿Había yo de dar mi alma, que vale toda la sangre de un Dios, que vale una eternidad, por tan poca cosa? ¿Había yo de dar por un deleite de un momento una eternidad de bienandanza? No quiero comprar tan caro el arrepentirme y condenarme.

Punto II

Del valor de la salvación de nuestra alma.

Considera que el cuidado de nuestra salvación debe ser nuestro único anhelo, porque se trata de comprar la perla que más vale para nosotros. Los demás negocios deben estimarse como frivolidades en comparación de este único negocio nuestro, no como cosas importantes. Este es aquel único necesario de que habla el Salvador: «*Porro unum est necessarium*» porque, fuera de eso, nada hay necesario en el mundo. No es preciso que tengas ni dinero, ni honores, ni este gusto, ni este lugar, ni este empleo, ni es necesario que seas sabio, ni ignorante, ni sano, ni enfermo, ni que vivas mucho ó poco: todo eso es indiferente; pero es for-

zoso, si no quieres ser eternamente desgraciado, el que te salves. Cuando ganases todos los bienes del mundo, si pierdes tu alma, no sólo no ganas nada, sino que lo has perdido todo. Cuando perdieses todos estos bienes y todos los del mundo, si fueran tuyos, si salvas tu alma, no sólo no has perdido nada, sino que lo has ganado todo. Esta ganancia repara todas las pérdidas; esto es lo único necesario, y no obstante, ¡parece un sueño! esto es lo único que tratas con negligencia y omisión. Todo lo demás lo solicitas con diligencia y actividad pasmosa, y sólo para cuidar de tu salvación no haces diligencia, ni aplicas tu talento y energía, ni te parece tienes tiempo. ¡Qué ceguedad!

Medita, además, que la salvación de nuestra alma debe ser nuestro único cuidado, por otra razón principalísima, porque no tenemos más que un alma, y por esto su pérdida es irreparable. Si la perdemos, lo perdemos todo. Todos los bienes y glorias son para ella; ella es quien los puede gozar. Si el alma se condena, no hay más bienes ni más gloria. No teniendo más que un alma, si se pierde, su pérdida es irreparable. Tengo dos brazos y dos ojos; si pierdo uno, el que queda puede suplir su falta y consolarme de la pérdida del otro; pero como no tengo sino una cabeza, si la pierdo, lo pierdo todo, porque pierdo la vida. Mi ambición podía hacerme comprar una corona á costa de un brazo, pero no á costa de mi cabeza: *Non emo capite coronam,* decía Tertuliano. No compraré una corona á costa de mi cabeza. Pues así, no teniendo sino un alma, no debes comprar á su costa todas las honras y todos los bienes del mundo, porque el fin de

todos ellos es el alma, y ¿de qué te servirán si la perdieses?

Sobre este principio está fundada aquella máxima del Salvador: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? O ¿qué puede haber igual á ella?» El alma, pues, según la opinión del Salvador, vale más que un mundo entero, y aún sería precio excesivo comprarle á esta costa; y ¿tú la arriesgas todos los días por el placer de un momento, por un falso honor, por un puñado de oro? ¡Qué locura! Ya lo conocerás bien á la hora de la muerte. Aunque hayas sido el hombre más grande, más rico y más dichoso de todo el mundo, si no has tenido cuidado de tu salvación, entonces te dirás á ti mismo: *Quid prodest?* ¿De qué me ha servido todo esto? Los condenados mismos confiesan esta verdad en el infierno: *Quid profuit nobis superbia?* ¿De qué nos sirvieron nuestras grandezas y opulencias? ¿De qué nuestros honores y placeres? Reconocen su locura, pero inútilmente, porque es ya tarde. ¿Por qué no aprendes á su costa y en cabeza ajena? ¿Esperas á desengañarte y arrepentirte cuando no tengas remedio?

Deduce, pues, de este punto, que pues el cuidado de nuestra salvación es sólo el negocio importante de tu vida, será perdonable la omisión en cualquiera otra cosa, pero no en lo que atañe á este negocio único, que debemos preferir á todas las otras cosas; nada nos importa sino lo que conduce á ésta, y, por consiguiente, nada debemos temer sino lo que la puede poner en peligro.

Punto III

Cómo se adquiere la perla preciosa de la salvación.

Considera que, según San Pablo, se compra esta piedra de infinito valor con el trabajo y el temor. «Trabajad, decía el Apóstol á los de Filipos, vuestra salvación con temor y temblor». Trabajad, porque se trata de un negocio cuyas consecuencias son tan importantes, las dificultades tantas, tan grandes los peligros y tan sinnúmero y tan grandes los esfuerzos que hay que hacer para vencerlos. Trabajad, porque son los peligros tan ciertos, que es menester una vigilancia y precaución continua para librarse de ellos. Y por ser el éxito tan dudoso, es menester tomar todas las medidas para asegurarse bien; la principal es el santo temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, de que rogaba á Dios el profeta le penetrase, porque el santo temor de Dios es el que nos puede asegurar en negocio de esta importancia.

Tenemos, dice el Apóstol, un tesoro preciosísimo en vasos muy quebrabizos. Este tesoro es nuestra alma, cuando está en gracia de Dios, y es bien precioso, pues vale la sangre de Dios; pero aunque sea muy precioso le llevamos en vaso muy quebradizo, y este vaso es nuestro cuerpo. Si un hombre llevase un licor sumamente precioso del cual dependiese la conservación de su vida, en un vaso de vidrio muy frágil, y hallándose este hombre sumamente débil le obligasen á caminar en una noche muy obscura por un camino muy áspero y difícil y muy lleno de precipicios, ¿con qué temor y

precaución andaría, sabiendo que no era menester más que dar un mal paso para tropezar y caer y perderlo todo? Esta es una sencilla imagen del estado en que nos encontramos; pues si estamos en el mismo estado, ¿no debemos tener el mismo temor y tomar las mismas precauciones? Si alguno estuviere con tranquila seguridad en este espantoso peligro, ¿no será un temerario?

Nuestra salvación depende de Dios y de nosotros; si no dependiese más que de Dios, estaría en buenas manos, podríamos estar sin zozobra. Pero ¡ay! que para desgracia nuestra depende también de nosotros, y no puede haber peores manos que las nuestras. Una voluntad débil, un espíritu ciego, un corazón corrompido que tiene grande inclinación al mal y grande repugnancia al bien, no ayudan, sino que, al contrario, dificultan nuestra salvación: ya ves si tienes motivos bastantes para trabajar, y para velar y orar, como te lo encarga el divino Maestro.

Coloquio.—Confieso, Dios mío, que mi corazón está muy apegado y asido á las criaturas con amor desordenado. Confieso que voy erradísimo en el camino de la vida, que no doy á las cosas el valor que tienen, que vivo olvidado de mí, de mi alma y de mi salvación, y que si Tú, Dios y Señor mío, no vienes en mi auxilio, me pierdo miserablemente para siempre jamás. Abreme los ojos para que conozca la brevedad de la vida, el valor de mi alma y de mi salvación; sostén, con tu poder, mi flaqueza; ilustra con tu luz mi ceguedad, y dame fuerza para que, venciendome á mí, te ame sobre todas las cosas á Ti, que eres mi salvación y el descanso y la felicidad de mi alma.

Propósitos.—Sea tu constante meditación aquella sentencia del Salvador: ¿De qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

12 DE SEPTIEMBRE

Parábola del Pastor que buscó la oveja perdida.

Preludios.—Imagínate á nuestro Redentor Jesús en la hermosísima figura del Buen Pastor con que se muestra en esta parábola, y pídele ser siempre de su rebaño, y que si por desgracia tuya te perdieres, que te busque con su infinita caridad hasta encontrarte.

Punto I

Del Pastor divino de las almas.

Considera el misterio de amor encerrado en esta divina parábola. Porque ¿qué ha podido obligar al divino Pastor á abandonar su cielo para buscar la pobre ovejuela de mi alma, sino la bondad infinita de su corazón? Para ello advierte que dos pueden ser los motivos para buscar un objeto perdido. La necesidad y el amor. Buscamos lo que nos falta ó lo que amamos; buscamos ó para recibir ó para dar. Porque hay dos suertes de amor, un amor de pobreza y un amor de abundancia; el primero nos hace salir fuera de nosotros para encontrar lo que nos falta, y el segundo para hacer participar á otros de la abundancia de nuestros bienes. Ahora bien: es evidente que no la necesidad, sino su purísima caridad, es la que obligó al Hijo de Dios á salir del cielo para venir á la tierra. Un acto de bondad le hizo salir en cierto modo fuera de sí para crearnos, y otro acto de mayor bondad le hizo bajar á la tierra para redimirnos.

Considera, pues, viniendo á la parábola, quién es este Pastor, qué ovejas sean éstas, cuál es la que se pierde y cómo la busca y

halla su Pastor. El Pastor divino es Jesucristo que bajó del cielo para ser pastor de los hombres, el cual, con grande vigilancia rige sus ovejas y las conoce muy bien, y las señala con la señal de su gracia y caridad, va delante de ellas, dándoles ejemplo de santa vida y pasto escogido de doctrina y sacramentos, y es tan grande el amor que les tiene, que El mismo las apacienta con su propio cuerpo y sangre, cubierto con especies de pan y vino. Y, finalmente, por su bien dió su propia vida.

Las cien ovejas en general, son todos los fieles, pero más en particular los justos. Estas ovejas, mientras están debajo de la sujeción de su Pastor, conócenle muy bien por la fe y contemplación; oyen su voz, siguen sus pasos, reciben el pasto de la doctrina celestial y sacramentos, gozándose de ser apacentadas con tan divinos pastos. Danle toda su lana, ofreciendo su hacienda á su servicio; danle todos los afectos de su corazón y los regalos de su cuerpo; danle sus corderos, ofreciendo sus obras para gloria suya, y si es menester, le darán su propia carne y sangre y su vida, perdiéndola por su amor. De suerte que como el Pastor se da todo á ellas, así ellas se dan todas á su Pastor.

Considera después, que la oveja que se pierde es el pecador que se sale de la congregación de los justos, y de la sujeción y obediencia de su Pastor, no por falta del Pastor, sino por su dañada libertad; porque el Pastor ninguna oveja quiere detener en su rebaño contra su voluntad. Mas ¿por qué se sale y se pierde? Porque falta en las propiedades de leal y fiel oveja; es á saber: porque no conoce

á su Pastor, ni los bienes que tiene en El, ni hace estima de lo que es estar debajo de su protección y en compañía de los justos. Siente mucho seguir los pasos del Pastor, que son escabrosos, de cruz y mortificación. Tiene hastío del pasto de doctrina y sacramentos, y gusta de los pastos del mundo y de la carne; y, finalmente, quiere para sí la lana, la leche y los corderos, ordenando la hacienda, dignidades, oficios y todas sus obras, para su honra y provecho, amándose á sí mismo y rehusando dar á Dios lo que es suyo. Por estas causas, ó algunas de ellas, se sale del rebaño, y se pone á peligro de condenación eterna, dando en las bocas de los lobos infernales, que andan rabiando por despedazarla y tragarla. ¡Oh desdichada oveja, si la desamparase del todo su Pastor! ¡Oh miserable de mí, que tanto tiempo he vivido como oveja descarriada, siguiendo mis antojos y haciendo mi voluntad contra la de Dios! ¡Oh, qué de ovejas andan de esta manera por el mundo, siguiendo cada una su camino, cuyo paradero es el infierno! ¡Oh Pastor piadosísimo, llamadlas con el silbo de vuestra inspiración, y abridles los ojos interiores para que vean su yerro antes que se pase el tiempo del remedio!

Pondera la infinita caridad del Pastor, que dejando las noventa y nueve ovejas á buen recaudo en el desierto, viene á buscar la oveja perdida y no descansa hasta hallarla. Así el divino Pastor bajó del cielo á la tierra á buscar los pecadores, y en este ejercicio gastó los tres años postreros de su vida, padeciendo excesivos trabajos y persecuciones, hasta recibir la muerte con terribles tormentos; y aun-

que es verdad que murió por todas las cien ovejas, porque en virtud de su muerte reciben todos los hombres cualquier bien sobrenatural que se les concede; pero con mayores ansias buscaba las ovejas, que en su tiempo estaban perdidas, no cesando de poner medios para hallarlas y traerlas á su redil.

También tengo de ponderar el modo cómo ahora busca Cristo N. S. la oveja perdida hasta hallarla, cómo viene en su busca con inspiraciones é ilustraciones del cielo, ya con toques interiores al corazón, ya mueve las lenguas de los predicadores, para que le hablen y persuadan la penitencia, ya le habla por medio de los libros devotos, ó de los buenos ejemplos, ó de los castigos que pasan por otros. Mil medios intenta para buscarla, sin descansar hasta hallarla. Pues cuando yo sintiere algunas de estas inspiraciones en mi alma, tengo de imaginar que Cristo N. S. viene á buscarme; y reconociendo su divina presencia, tengo de obedecer á cuanto me mandare, para volverme con El al rebaño de donde salí.

Punto II

De cómo el buen Pastor, hallada la oveja perdida, pónela sobre los hombros, y la trae á su redil.

Considérese que algunas ovejas se pierden, y aunque Cristo las busca, no las halla. ¡Oh Pastor dulcísimo, no te canses de buscarme, por más que yo huya y me esconda, ni ceses de llamarme por más que te resista y contradiga! Compadécete de mi peligro y multiplica los auxilios hasta que me halles y me vuelvas

al rebaño de tus escogidos, con los cuales goce de Ti para siempre.

Pondera la inmensa caridad de este divino Pastor, el cual en topando con la oveja, no le dió con el cayado, ni la lleva arrastrando, sino la carga sobre sus hombros, hasta volverla á su rebaño. Eso significa que Jesús trata á los pecadores que se convierten con grande amor y afabilidad; no los lleva arrastrando, mal que les pese, á fuerza de castigos y palos como á esclavos, sino de su voluntad, mudada y trocada por la gracia: no les deja ir por solo su pie, porque ellas á sus solas no pueden dar paso en el camino del cielo. El les sirve de ojos, dándoles luz de fe y sabiduría celestial, sírveles de pies, enderezando sus pasos y afectos para que no tuerzan ni se aparten de la ley divina. Sírveles de manos, ayudándolos en todas las buenas obras; cárgase de ellos sobre sus hombros, porque les ayuda á llevar con suavidad las cargas de esta vida, y por ellos paga las deudas de sus pecados, aplicando sus satisfacciones y merecimientos por ellos. ¡Oh Pastor amorosísimo! ¿Qué te daré por tales favores y regalos como me haces? ¿Cómo no te serviré de buena gana, y llevaré tu yugo y carga sobre mis hombros, pues tú me llevas sobre los tuyos? Con mucha razón dices «que tu yugo es suave y tu carga es ligera», pues así me ayudas á llevarla. Yo la llevaré con grande gozo por tu amor, pues llevándome Tú á mí, llevas también la carga que has puesto sobre mí.

Ponderaré, por último, á cuánto llega la caridad de nuestro Pastor soberano: pues no sólo se goza de buscar y llamar á estas ovejas ex-

traviadas, sino que convida á todos los ángeles del cielo, y á los justos de la tierra, á todos los moradores de su casa y de su Iglesia triunfante y militante, para que se gocen y le den el parabién de haber hallado á la oveja perdida. ¡Oh Padre amantísimo, este parabién á la oveja se había de dar, porque á ella le importa el ser hallada; pero ¿queréis que os demos el parabién, porque la oveja es vuestra y os ha costado trabajo el buscarla y hallarla? Yo, Señor, os doy el parabién de los pecadores, que con vuestra gracia habéis sacado de pecado, y me gozo del gozo que por ello tenéis: ojalá todos los que ahora hay en el mundo se convirtiesen, para que pudiese daros mil parabienes y gozarme del gozo que recibís con su conversión.

Punto III

Del gozo que hay en el cielo por un pecador que se convierte.

Considera la conclusión de esta parábola que es dulcísima y consoladora. Dice que así como un padre que tiene muchos hijos, sanos y dichosos, si uno de ellos cae enfermo de muerte ó en una grande adversidad, cuando sale de aquel peligro recibe un gozo nuevo actual y grande, diverso del que tiene con la salud y prosperidad de los otros; así cuando un pecador se convierte, los ángeles reciben nuevo gozo accidental por su conversión, diferente del que tienen por los demás justos, que no tienen necesidad de penitencia para convertirse á Dios, porque están ya convertidos.

De donde se ha de sacar, lo primero, que es voluntad de Cristo N. S. que nos holguemos

de la conversión de los pecadores y trabajemos por ella, y no sólo no murmuremos, como los fariseos, del que procura convertirlos y agasajarlos para este fin, sino que nosotros hagamos lo mismo, ayudando á su conversión, y siendo cooperadores de Cristo en buscar las ovejas perdidas y volverlas á su rebaño, teniendo esto por suma dicha.

Lo segundo, que si yo fuere oveja perdida procure reducirme al rebaño de Cristo, siquiera por darle esta materia de gozo, y por alegrar á los ángeles del cielo. Y si Dios me ha hecho merced de ponerme en gracia suya, procuraré no perderla, porque como la conversión del pecador alegra á los ángeles y entristece á los demonios, así la caída del justo alegra á los demonios, y cuanto es de su parte entristece á los ángeles de la paz, que llorarían nuestra perdición amargamente si fueran capaces de lágrimas y amarguras.

Coloquio.—¡Oh Pastor soberano, cuán caras te cuestan estas ovejas, con no tener necesidad alguna de ellas! Cuando ellas se perdieran, ¿qué es lo que Tú perdías? Mas tu caridad, Dios mío, causa todo esto; y porque á ellas importa estar debajo de tu gobierno, dices que te importa traerlas á tu rebaño, «y á mí me importa recogerlas». Recógelas, Señor, y tráelas á tu obediencia, para que como es uno y muy perfecto el Pastor, así sea uno y muy cumplido su rebaño. ¡Oh, ángeles de la paz, suplicad al supremo Pastor, Príncipe de los Pastores, me dé su santo amor, y en él me conserve! Y si por mi desventura lo perdiere, me ayude luego á recobrarle, para que mi conversión sea materia de gozo en el cielo, y yo goce de Dios en vuestra compañía.

Propósitos.—No te separes nunca de tu pastor y prelado en la doctrina y en las obras, si no quieres correr el riesgo de caer en las garras del lobo infernal.

13 DE SEPTIEMBRE

De la bondad y amor de Jesús para con los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la misericordia de Jesús en buscar al pecador.

Considera con cuánta razón nos debemos admirar de que Dios, no solamente quiera pensar en el hombre, sino de que quiera bajar á buscarle, así como el Pastor de la parábola busca la oveja perdida. Pero debe causar mucha mayor admiración el considerar el modo cómo busca al pecador. Porque primeramente, Dios es el primero que busca al hombre, aunque sea El el ofendido. El Evangelio, que manda con tanto rigor el amor de los enemigos, no llega á tanto. Sólo un Dios infinitamente misericordioso lo puede hacer así. Porque, en efecto, Dios da los primeros pasos para buscar al pecador; porque si El no los diera, la infelicidad nuestra sería sin remedio; nosotros podemos alejarnos de Dios por el pecado, pero no podemos por nosotros mismos dar el más mínimo paso para volver á Dios. Es menester que Dios haga toda la costa; el pecador no puede volverse á Dios; es menester que El mismo dé, á quien es por el pecado su enemigo, aliento y gracia para desagraviarle. Es menester que Dios solicite al pecador para que le pida perdón, y para que se ponga en estado de recibirle. ¿Quién vió jamás que un juez rogase al delincuente para que recibiese el

perdón? Pues esto es lo que Dios hace cuando nos convida á la penitencia. ¿Y quién oyó jamás que un culpado se niegue á recibir la gracia del perdón? Pues esto es lo que haces cuando rehusas hacer penitencia y convertirte á Dios.

En segundo lugar, Dios busca al pecador como el Pastor á la oveja perdida, con ansia y solicitud, y eso que no tiene necesidad de él. Aun cuando todos nosotros estuviésemos en el infierno, no sería Dios ni menos grande ni menos dichoso de lo que es; y no obstante, al ver el afán con que Dios busca al pecador, diríamos que su dicha ó bienaventuranza dependía de su amistad con el hombre. Toda la solicitud del amante más apasionado, todas las inquietudes de la madre más tierna, no llegan al ansia que Jesucristo manifiesta cuando busca á un alma infiel, ni á la inquietud que tiene por habérsele descarriado ó perdido. La parábola del buen Pastor, y el ansia con que busca la oveja perdida; el ardor y la congoja de la mujer del Evangelio, que había perdido la dracma; las señales de excesiva alegría del uno, por haber hallado la oveja, y de la otra, por haber recobrado la dracma, no son sino representaciones imperfectas del afán de nuestro Salvador en buscar un alma infiel, y de su alegría por haberla hallado. Pero todo esto será terrible acusación contra tu indiferencia á vista de tanta bondad, y quizá de la resistencia que hayas hecho al divino Pastor para no volver al redil.

Por último, Dios busca al pecador valiéndose de trazas maravillosas, como si todo el interés y el bien fueran para Dios, y no para

nosotros. Elige el tiempo más oportuno, estudia su humor, se acomoda á sus inclinaciones y deseos, se sirve aun de sus mismas flaquezas. En el Evangelio habla sólo de pesca á los pescadores, de comercio y tesoros á los interesados, de guerra y de reinos á los ambiciosos, y de amor y de ternura á un corazón tierno, como el de Magdalena. Aquel, dice San Crisólogo, que lo crió todo y se hizo todas las cosas por ti, aunque es inmutable, parece que se muda para mudarte á ti, y toma todo género de semejanzas para hallar alguna que sea propia para entrar en tu corazón. Atrae las almas interesadas con la esperanza de los premios, á las tímidas con el temor y á las más generosas con el reconocimiento. Repasa tu vida toda, y hallarás muchas acciones de Dios de admirable condescendencia hacia ti, y de una providencia especial para salvarte. ¡Qué obligación tienes tan grande de corresponderle!

Punto II

De la bondad y amor de Jesús para con los pecadores.

Considera que no hay afecto más tierno y dulce en el Corazón de Jesús, que el de su amor y bondad para con los pecadores. La parábola del buen Pastor es la prueba más consoladora. Pues tampoco hay en su divino Corazón atributo que debamos amar más, porque no hay ninguno tan necesario para las miserias de los hombres. Pero entre todos los efectos del amor y bondad de Jesús, al que debemos estar más agradecidos, es á la paciencia con que sufre al pecador y con que lo

aguarda y lo busca pintándose á sí mismo en el Pastor que busca la oveja perdida. ¿Qué sería ya de nosotros sin la infinita bondad del Corazón de Dios? Para admirar más este divino atributo del eterno Pastor de nuestras almas, considéralo en todos sus grados.

Primeramente, Dios N. S. disimula con nosotros, con nuestras miserias y pecados á la manera del padre cariñoso que disimula con su hijo para no verse obligado á castigarlo. «Tú, Señor, tienes piedad de todos, dice el Sabio, porque puedes todas las cosas, y disimulas los pecados de los hombres para darles tiempo de hacer penitencia». ¡Qué cosa tan admirable! Dios lo sabe todo, lo puede todo, y, sin embargo, disimula con el pobre pecador. Los hombres disimulan, ó por ignorancia, porque no conocen lo grave del mal, ó por flaqueza, porque no pueden castigarle ó impedirle. Todo esto es fácil á Dios y con todo disimula. ¡Oh exceso de amor y de bondad! El segundo grado, de amor y de bondad de Jesús, es que no solamente disimula el pecado, pero algunas veces le disculpa para atarse las manos y no castigarlo: ¡qué condescendencia en Dios que aborrece al pecado infinitamente! «Yo no castigaré más, dice el Señor, al mundo con el rigor con que lo hice en el diluvio; porque aunque su malicia es muy grande, su inclinación natural para el mal y su flaqueza no son menores». ¿Hubo jamás mayor pecado, ni menos disculpable, que el deicidio de los judíos? Pues no obstante el Salvador halló modo de disculparlos: «Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen».

El tercer grado de la bondad consiste en que

cuando Dios no puede ni disimular ni disculpar el pecado, hace brillar su paciencia en sufrir y esperar al pecador, suspendiendo, en cierto modo, todos los efectos de aquella santidad increada que tiene oposición infinita con el mal. Porque suspende y detiene los efectos de su justicia, que le solicita continuamente á la venganza, y los del celo infinito que tiene por su gloria, que le insta á condenar á los que la desprecian tan indignamente. Sólo la bondad de Dios detiene los efectos de todos sus atributos, para librar al pecador de los castigos y penas que tan justamente mereció. El cuarto grado de la bondad de Dios consiste en que, cuando después de haber mucho tiempo, y sin efecto alguno, esperado al pecador, se ve obligado Dios N. S. á pensar en alguna venganza, su bondad le hace antes amenazar haciendo mucho ruido para espantar al pecador y obligarle así á prevenir los efectos de su enojo, librándose de la necesidad de castigarle. Por esta razón amenazó á los ninivitas de su cercana ruina por medio de Jonás, cuarenta días antes para que se librasen de ella convirtiéndose á Dios. Cuarenta días de amenazas convirtieron á los de Nínive; muchos años ha que Dios te amenaza y no te conviertes.

El quinto grado de la bondad y amor de Dios hace que, cuando el pecador es tan insensato que no le mueven las amenazas, y, por consiguiente, no solicita librarse del castigo por el arrepentimiento, busca Dios almas justas que se interpongan entre el pecador y su divina Majestad, como un padre que ama con exceso á su hijo y que se ve obligado á corregirle, da muchas voces, para que vengan los amigos

suyos á quitarle el azote de la mano. Dios comunica á Abraham la idea que tiene de destruïr las ciudades infames de Sodoma y Gomorra, para que le pidiese el perdón de estos miserables y suspender los efectos de su indignación: por eso Abraham, que conoció bien la voluntad de Dios, la ejecuta luego y consigue que Dios le dé palabra de que, si se hallasen diez justos en estas ciudades, perdonaría á todos los otros por su consideración. El sexto grado de bondad es, que cuando se ve Dios N. S. obligado contra su inclinación á castigar, parece que El mismo sufre el mal que quiere hacer, según lo mucho que lo siente su corazón divino. Tocado Dios, dice la Sagrada Escritura, de un vivo dolor, exclamó: «Me veré obligado á destruir al hombre que crié». Y por último, es opinión común de los teólogos, que siempre, y aun en el infierno, Dios castiga á los culpados menos de lo que merecen. Si una misericordia tan grande no nos mueve, somos muy insensibles. Si la paciencia de Dios llega á cansarse, deberemos temerla más que su justicia.

Punto III

De los afectos de amor y de confianza, frutos de esta divina parábola.

Considera que á la vista de un Dios que no contento con buscar al pecador, le obliga á volver al redil, como el pastor trae á la oveja descarriada, dos afectos deben brotar en nuestra alma. Uno, de amor á quien tanto nos ama, que por una oveja, esto es, por mí, hace lo que haría por todo el rebaño; otro, de confianza en

quien tanto se afana por salvarme. A tanto amor debemos corresponder amando: á tantos afanes exclusivos de un Dios que dé su sangre por nosotros, correspondamos con confianza de buenos y verdaderos hijos. Para amar á Jesucristo piensa que este amor es nuestra dicha en la vida. Si Jesús nació para nosotros, nosotros debemos vivir para él; todo otro objeto puede sólo embelesar nuestro corazón, pero este solo amor puede llenarle. ¿Qué puede haber más dulce que amar, y amar un objeto infinitamente amable; que poseer este objeto que encierra todos los bienes y que es la suprema gloria de los santos en el cielo, y poseerle con seguridad de que nada puede quitárnosle, y con la esperanza cierta de poseerle algún día más perfectamente? ¿No es un cielo en la tierra? Pues esta ventaja nos asegura el amor á Jesucristo, cuando es verdadero.

Además, el amor de Jesucristo es la prenda más segura de nuestra dicha futura y la señal más infalible de nuestra predestinación. La misericordia con los pobres, la devoción con la Virgen santísima, son señales muy seguras de la predestinación, pero no son del todo infalibles; mas es imposible tener un amor sincero á Jesucristo y no ser predestinado. El ángel exterminador que en las casas de los egipcios quitó la vida á todos sus primogénitos, no tocó las casas que estaban señaladas con la sangre del Cordero, que era figura de Jesucristo.

El amor de Jesús es, además, no solamente señal infalible de nuestra predestinación, sino que es su causa más cierta y eficaz. La predestinación es la distinción que Dios hace de

los justos, separándolos de la masa de perdición por el amor que les tiene, y ¿á quién tiene este amor, sino á aquellos que aman con particularidad á su Hijo? El Padre le ama con un amor infinito, y así, ó no ama nada, sino á su Hijo, ó lo ama todo por respeto á su Hijo. Si amo mucho á Jesucristo, el Padre Eterno me ama mucho, y en virtud de este amor me predestina; si no le amo, el Padre Eterno no me ama, y por consiguiente no soy de los elegidos. Y ¿qué es un réprobo? Es un infeliz que no ama ni puede amar á Jesucristo.

El segundo afecto es la confianza en el amoroso Pastor de nuestras almas. Los méritos de Jesucristo, del mismo modo que sus satisfacciones, son infinitos y superabundantes; ¡qué gran motivo de confianza para mí! Como el pecado tiene una malicia en algún modo infinita, porque ofende á una Majestad infinita, sólo una Persona divina podía satisfacer dignamente por él y ofrecer una reparación igual á la ofensa. Siendo Jesucristo Dios, podía satisfacer por todos los pecados del mundo con el más mínimo movimiento de su Corazón, y, no obstante, ha querido padecer y derramar su sangre toda hasta morir en una cruz. Y así, no sólo esta reparación es igual á la ofensa, sino que la excede con superabundancia; porque absolutamente hablando, la ofensa es finita, y la satisfacción verdaderamente infinita: es no sólo suficiente, sino superabundante, á fin de que, como dice el Apóstol, «adonde abundó el pecado, sobreabundase la gracia».

Puedes, pues, decirte á ti mismo: Los méritos y satisfacción de Jesucristo son míos. ¡Qué

gran motivo de confianza para mí! Los méritos y la satisfacción de Jesucristo son nuestros, en efecto, porque es nuestra cabeza y porque verdaderamente estamos unidos á El; y así como por la calidad de cabeza nuestra participó de todas nuestras miserias, asimismo nos comunica El todos sus bienes. *Omnia, vestra sunt.* Además, como El no necesita merecer ni satisfacer por sí, nos ha traspasado su satisfacción y méritos y el Padre Eterno aceptó esta donación, porque los méritos de Jesucristo se hacen propiamente nuestros por la unión que tenemos con El, y porque son infinitos.

Aplícate, pues, por el amor, la confianza y las buenas obras, los méritos de Cristo, ama á quien tanto te amó y sé oveja fiel del redil del divino Pastor de las almas, Cristo-Jesús.

Coloquio.—¡Oh piadosísimo y bondadosísimo Pastor de mi alma! ¡Oh Jesús, todo amor y dulzura para con los pecadores! Yo te alabo y bendigo millones de veces por esa vigilancia con que me cuidas, por la solicitud con que me buscas y por el amor con que me vuelves al dulce redil de tu corazón. Yo á mi vez, Señor, deseo amarte y ser sólo ya tuyo. En Ti sólo pongo ya mi confianza, seguro por tu misericordia de que no me abandonarás al lobo infernal que quiere devorarme. Quiero ser tuyo, y si es preciso dar la sangre por Ti, ya que Tú, Pastor divino, diste la tuya por mi amor.

Propósitos.—Por miserable ó pecador que seas, no pierdas el ánimo, pues tienes en los méritos y satisfacción de Jesucristo un remedio á todas tus miserias.

14 DE SEPTIEMBRE

Festividad de la exaltación de la Santa Cruz.

Preludios.—Mira á la cruz del Redentor dominando desde el Calvario á todo el mundo. Pide gran amor á las tribulaciones y cruces que el Señor te envíe.

Punto I

La cruz es la bandera de los predestinados.

Considera que á todos aquellos á quienes Dios ha predestinado para sí, los ha llamado antes á cobijarse y á luchar bajo la bandera de la cruz. No hay bandera ni más gloriosa, ni más sublime, ni más vencedora ni más necesaria, pues en la cruz padeció Jesucristo por nosotros para darnos ejemplo y obligarnos á seguirle á la lucha y caminar sobre sus huellas. La vocación, pues, del hombre en este punto es, en cierto modo, doble, según enseñan los teólogos, porque primeramente somos llamados por Dios á los sufrimiendos y después á la gloria; á aquéllos como medio necesario y á ésta como fin.

Medita luego cómo por la virtud de la cruz ha reunido Jesucristo á todos los elegidos que estaban esparcidos por toda la tierra, según lo predijo el profeta Isaías muchos siglos antes. «El levantará el estandarte para todas las naciones del mundo, reunirá á los fugitivos de Israel y congregará desde las cuatro partes del mundo á los de Judá que estaban dispersos por todo el mundo». ¿Y cuál es este victorioso estandarte que debe reunir á todos los pueblos bajo el imperio de Jesucristo, sino la cruz, cu-

ya figura, como dice San Jerónimo, representa á las cuatro partes del mundo? Por eso, pues, todos los predestinados se han agrupado bajo este árbol de vida que estaba en el centro del paraíso. Bajo la bandera de la cruz debes tú alistarte y caminar á la conquista del cielo.

A ello te obliga también lo peligroso del camino que tienes que recorrer, lleno todo él de enemigos invisibles que te arman diariamente cien lazos para sorprenderte y hacerte su prisionero. Pues mira que la cruz es la única bandera que te protegerá para salir victorioso de ellos. Por esta causa aconsejaba San Cirilo á los cristianos que comenzaran todas sus obras y se armasen contra todas las tentaciones con la señal de la santa cruz, pues no hay más segura salvaguardia, ni más firme baluarte contra los ataques de nuestros enemigos. Por eso ninguno de los santos, experimentados en las luchas de esta milicia espiritual, fueron jamás al combate sin ser guiados por esa señal victoriosa, porque todos ellos sabían que quien se halla armado con la cruz, ni siente temor durante la batalla, ni duda de la victoria. Imítalos tú, y ten la seguridad de que todos los espíritus infernales que te asedien huirán ante la cruz poseídos del mayor temor.

El emperador León advertía que los soldados cristianos, cuando iban al combate, acostumbraban á gritar: «Victoria por la cruz»; y en el quinto concilio de Constantinopla, la aclamación común de los Padres que á él asistieron, después de la condenación de los herejes, era ésta: «¡La cruz ha vencido!» ¿Qué extraño es si por ella Jesucristo venció también

al mundo y al infierno? Ese mismo debe ser el pensamiento que te domine en todas las tentaciones y dificultades que te salgan al paso, pues el recuerdo de la cruz de Cristo te llenará seguramente de esperanza. Ella ha dado la victoria á los mártires sobre los tiranos; ha arrancado á los pecadores de la esclavitud del demonio; por ella los publicanos se han convertido en penitentes primero y luego en bienaventurados, y con ella participarás de su triunfo, si tienes valor para imitarlos. Armate, pues, de la cruz en todas tus peleas contra los enemigos visibles é invisibles; acude á ella, piensa en El que por ella venció al mundo, y con la gracia divina tú saldrás vencedor del mundo, del demonio y de la carne, y en ti será exaltada la cruz como hoy lo fué en toda la Iglesia de Dios.

Punto II

Hay que recibir la cruz que el Señor nos manda con fe viva, respeto y agradecimiento.

Considera que las penas, las tribulaciones y toda suerte de trabajos, astillas y recuerdos de la cruz de Cristo N. S., á primera vista, espantan y turban á la naturaleza humana, porque, como ésta obra sólo por instinto y no se guía por la luz de la razón ni menos por la fe, se ocupa sólo en buscar el bien sensible que le es propio y natural y sin elevarse á fines más altos y celestiales, y, por una consecuencia necesaria, rechaza con horror el mal sensible que le es contrario. De aquí has de deducir cuán importante es que así que la cruz se te presente en forma de pena, de tribulación ó de en-

fermedad ó de cualquier trabajo, abras los ojos de la fe y la mires como un efecto de la amorosa providencia de Dios, sin cuya permisión ó voluntad no nos puede sobrevenir ningún mal. El amor propio protestará contra cuanto signifique mortificación y trabajo, pero no debes hacerle caso; la naturaleza rechazará la cruz con terror, pero es necesario que la fe viva la sostenga y reanime; la razón tratará de librarse del dolor, pero es necesario que la sometas á la fe viva y purísima, diciéndole con Jesucristo en el huerto: ¿No queréis que beba el cáliz que me ha dado mi Padre? Si es Padre, todo lo hará por mi bien y santificación.

Es necesario también que recibas la cruz de manos de Dios con respeto y veneración, tanto por la que debemos á todo cuanto de El procede, cuanto por la unión y conformidad que nuestros sufrimientos deben tener con los de Jesucristo, de quienes somos miembros vivos por su gracia.

Considera, además, la obligación en que te hallas de respetar á la Majestad divina en todo lugar, pero muy especialmente en aquellos en que más se ha manifestado su amor para con los hombres, ó que principalmente le están consagrados, ó que se digna señalar con pruebas más vivas de su presencia para ser en ellos honrado. ¿Y qué lugar hay sobre la tierra donde Dios se complazca más, donde esté más presente y más honrado que en la cruz que te envía por tu bien y santificación? Allí está Dios animándote á pelear y gozándose en tu valor y en tus victorias. Este respeto y honor que debes á la cruz, ha de ir acompañado de un amoroso agradecimiento por el

bien y honra que te hace al querer sacar su gloria de tus sufrimientos y purificarte por ese medio de todas las manchas que afean la hermosura de tu alma y darte ocasión de merecer el cielo.

Si fueras fervoroso, verías que Dios no te puede hacer regalo más tierno ni más divino que la cruz, ni hay cosa por la que debas dar más gracias á nuestro Señor que por la cruz, esto es, por los sufrimientos y aflicciones que te envía, porque entonces se mira en ti, se retrata en ti crucificado, como El lo estuvo, y pone á tu disposición minas riquísimas de méritos celestiales. Porque si te abrazas con amor y alegría con la cruz, si te sucede algún mal, dice San Juan Crisóstomo, no será ya mal si tú no quieres. Tu paciencia lo convierte en bien. Bendice á Dios, y mudarás ese mal en un gran tesoro de bienes. Y no digas que es difícil dar gracias á Dios cuando te arroja en la desgracia ó en la miseria, ó cuando te visita con enfermedades, pues por poco que ames á nuestro Señor, la práctica de bendecirle lo hará fácil, y con ella obtendrás el único consuelo sólido que se puede saborear en este valle de lágrimas. Fácil les fué á los santos, de los que, sin excepción, puede repetirse lo que la Escritura dice de Tobías: «que no se irritó contra Dios porque le había vuelto ciego, sino que permaneció en el temor del Señor con una constancia inmutable y dando gracias á Dios todos los días de su vida».

Recibe, pues, la cruz de manos del Señor como un inmenso beneficio, y forma la resolución de hacer buen uso de ella para tu santificación y mayor gloria divina. Obrando así,

cumplirás los designios que la providencia ha tenido sobre ti desde la eternidad, al unir la gloria suya con tu salvación, pues no hay medio más propio para conseguir la salvación y procurar la mayor gloria de Dios, que vivir y morir en la cruz de Cristo. Toma, pues, la cruz que el Señor te envía con este espíritu, y ten á gran gloria padecer alguna cosa por Dios y procurar su honor á costa de tus penas; porque si nuestro Señor tuvo en tanta estimación el morir por nosotros, miserables criaturas, que llamaba su gloria, no á estar sentado en el trono de su Padre y adorado de los ángeles, sino á encontrarse clavado en una cruz, agobiado de dolores y cubierto de infamia por nuestro amor, ¿qué mucho que sufras alguna cosa por El?

Punto III

Debemos llevar la cruz con valor, alegría y perseverancia.

Considera cómo al ser conducido San Policarpo, obispo de Esmirna, al anfiteatro para ser allí devorado por las llamas, se oyó claramente una voz que decía: «Sé fuerte, Policarpo, y muestra en este combate la grandeza de tu valor». Y así lo hizo aquel venerable anciano, al que, por un milagro de la Providencia, respetaron las llamas en lugar de devorarlo, formando á su alrededor una hermosa bóveda y despidiendo de sí un agradable olor como de incienso. Pues bien, cuando te sobrevenga alguna aflicción, si te parece difícil soportarla, figúrate que nuestro Señor quiere hacer de ti un espectáculo digno de la vista del cielo y de

la tierra, y aplicándote las palabras dichas á San Policarpo, sé fuerte y generoso y procura hacer tu sufrimiento digno de la mayor gloria divina por la fuerza de tu valor.

Considera, además, que la impaciencia que se queja de la cruz, no hace á ésta más ligera, sino más pesada y enojosa. Guárdate, por tanto, de murmurar y de enojarte contra el mal que sufres, pues la cruz de que te quejas podría decirte lo que Moisés y Aarón decían á los Israelitas: «No murmuráis de nosotros, sino del Señor». Acuérdate de que Dios es tu Señor y Padre y por eso debes imitar su paciencia, porque es justo que los servidores obedezcan, y no está bien que los hijos degeneren de las virtudes de su Padre. Ten presente que la paciencia es uno de los frutos del Espíritu Santo y una señal de la presencia divina, y que si no tienes ese fruto es señal de que no está en ti el árbol que lo produce. No pierdas, pues, el fruto, si temes perder el espíritu de de Dios, y piensa constantemente que donde Dios está le acompaña la paciencia.

Considera, además, que no hay caridad sin paciencia, porque la caridad siempre es sufrida; no es tampoco envidiosa ni insolente, ni busca su interés, y por tanto no puede dejar dentro de sí ningún lugar á la impaciencia. Esta estrecha unión de la caridad y de la paciencia te hará llevar la cruz, no sólo con valor sino con alegría, mirando, no á la tristeza que parece causar á primera vista, sino más bien á los frutos que la cruz trae á los que prueba; y mayor alegría sentirás aún al llevarla, si al mismo tiempo que consideras los frutos de la paciencia meditas en los peligros

de la impaciencia y desesperación. Si así lo haces, recibirás, en medio de tus mayores aflicciones, los divinos consuelos, y adquirirás ese admirable vigor que hace deleitables las cruces que el Señor envía, y el amor te hará que las lleves sin tristeza ni cansancio; porque sería inútil que llevases la cruz algún tiempo si luego te resistieras á llevarla hasta la cima del Calvario.

Para evitar ese peligro, piensa que la corona no se da á los que empiezan, sino á los que perseveran hasta el fin. Los judíos decían á Jesucristo: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz»; pero por esto mismo no bajaba, porque era Hijo de Dios. Imítale tú, si quieres ser uno de sus soldados y tener parte en su herencia. Si, pues, eres de Cristo y soldado suyo, haz profesión de llevar la cruz hasta la muerte, aunque tu amor propio te diga muchas veces: baja de la cruz, y aunque te lo rueguen tus amigos diciendo que haces demasiado, ó te insulten tus enemigos diciendo como los judíos: «¿Dónde está tu Dios que no te salva?» A unos y otros respóndeles con Tobías: «No habléis así, porque somos hijos de santos y esperamos esa dichosa vida que Dios dará á los que perseveran inmutablemente en su servicio y no violan jamás la fidelidad que le deben».

Puedes pedir á Dios que no te deje caer en la tentación, y bueno es que desconfíes de tus fuerzas; pero no debes temer que su auxilio te falte, si se lo pides con fervor, y si sucumbes en la tentación, tuya será la culpa. No le pidas en absoluto que te libre de las aflicciones, sino que te dé la gracia de cumplir su santa voluntad; pues jamás te harás fuerte huyendo

de la cruz, sino más bien llevándola con valor y constancia. Ni la harás menos pesada quejándote y murmurando, sino tomándola de la mano de Dios con respeto y llevándola con denuedo en pos de tu divino Maestro.

Coloquio.—¡Oh cruz adorable! ¡Oh cruz preciosa! ¡Ojalá pudiera yo en este día en que la Iglesia celebra tu exaltación, celebrar tu victoria sobre el mundo y sobre todos los corazones, y en especial sobre el mío! Que sea yo por tu virtud un hijo verdadero de la cruz, en la que yo veré en adelante la cátedra de mi Dios, el altar donde muere mi Salvador, el libro que encierra todo el amor y la misericordia de mi Señor, y el compendio de toda la sabiduría de Dios y del hombre. Sé para mí, ¡oh cruz divina! consuelo en las penas, exaltación en las humillaciones, fortaleza en mi debilidad, auxilio en la vida y esperanza única en la muerte.

Propósitos.—Cuando Dios te ofrezca alguna ocasión de sufrir, sea por enfermedad, por desgracias, ó por alguna pena del espíritu, piensa que es con el designio de que puedas glorificarle con tu paciencia y con la tranquilidad de tu alma y atesorar méritos para el cielo.

15 DE SEPTIEMBRE

Parábola del buen samaritano.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. explicando esta parábola, y pídele que te dé su gracia para que no seas sordo á sus divinas enseñanzas.

Punto I

Del hombre robado y herido.

Considérese que en aquel hombre que bajaba de Jerusalén á Jericó, y cayó en manos de ladrones que lo despojaron é hirieron, dejándole medio muerto en el camino, representó Cristo N. S. á cualquier hijo del Adán terreno

que, á imitación de su padre, estando en gracia y amistad de Dios, va cayendo de este estado, inclinándose á los bienes de este mundo miserable. A este hombre le salen al camino de la vida los demonios, que son salteadores y enemigos nuestros, y con sus tentaciones pretenden destruirnos, y para esto se aprovechan del mundo y de la carne, esto es, de los malos que viven en el mundo y de las pasiones, y aquél cae en sus manos que miserablemente consiente en el pecado, admitiendo la culpa que llamamos mortal.

Los bienes que roban á este infeliz son la gracia de Dios, los dones del Espíritu Santo, la caridad con las virtudes morales que la acompañan siempre, y en especial, á unos roban la castidad, á otros la humildad, á otros la paciencia, á otros la templanza ó la obediencia, y á veces llegan á robar la misma fe, porque sus ansias son robar y destruir todo lo que tenemos de Dios.

Las heridas que hacen son los daños que dejan en nuestras potencias, la ignorancia del entendimiento, la debilitación del libre albedrío, la furia desordenada de los apetitos y pasiones, y tantas heridas recibe cada uno cuantas ignorancias, pasiones y malas inclinaciones tiene.

De este modo queda el hombre medio muerto, porque sólo le queda la lumbre de la fe ó la lumbre de la razón natural, y á pique de morir eternamente. Debo lamentar mi desventura y decir: Yo soy el que caí en manos de los demonios, mis enemigos; mía fué la culpa de caer en ellos, porque si yo resistiera, si yo no me pusiera en la ocasión y el peligro,

si yo luchara como bueno, huyeran de mí, y si yo llamase en mi favor á Dios y á los ángeles, ellos acudirían á defenderme; porque tan lleno está el camino de ángeles que nos guardan como de demonios que nos tientan. ¡Oh Dios eterno, mira á este miserable con ojos de misericordia, y socórrele con tu gracia antes que acabe de morir desdichada muerte!

Punto II

Del buen samaritano.

Considera cómo pasaron por el camino en que yacía aquel pobre hombre herido y robado, un sacerdote y un levita, y viendo al infeliz tan triste y maltrecho, no se movieron á compasión ni le socorrieron. En este sacerdote y en este levita se han de ver á los hombres constituídos en cualquier dignidad, los cuales suelen pasar de largo junto al pecador y el necesitado, y aunque tienen ojos para ver su miseria no hallan en sí posibilidad, ni virtud, ni caridad para remediarla. Porque algunos tienen poca compasión de los males ajenos, por estar muy metidos en sus propias comodidades. Otros, por parecerles que tienen harto que ver consigo y defenderse de los ladrones que les acometen en el camino, y que si se detienen á curar al herido, vendrán ellos á caer. Finalmente, ninguna criatura puede socorrer á este miserable, ni sanarle de sus llagas, por lo cual, si no le viene socorro del cielo es fuerza que llegue á perecer. Pero pasó también por allí un samaritano y éste fué el que se compadeció del herido. En este pasajero caritativo hemos de considerar al Verbo eterno,

hijo de Dios vivo, guarda y amparo de los desamparados, el cual, visto nuestro peligro y desamparo, quiso hacerse hombre y bajar de la celestial Jerusalén á la Jericó del mundo, y vivir como hombre, caminando por los caminos que andan los demás hombres, pero sin pecado, aunque conversaba y se acercaba á los pecadores, por lo cual fué tenido por pecador y por samaritano, y abominado de los judíos.

Considera cómo este divino samaritano se acercó al herido, porque si El no viniese á visitar al pecador, no podría el pecador ir á buscarle. Y después le vendó las heridas, sin dejar ninguna por atar, y echó encima de las llagas óleo y vino, esto es, sacramentos eficacísimos de misericordia y virtud celestial, con los cuales nos unge, y nos cura y sana, nos conforta y sustenta, y nos alegra el corazón. ¡Oh samaritano dulcísimo, cuán bien provisto viniste del cielo, pues luego tan á mano hallaste el remedio de nuestras llagas! ¿Qué son los sacramentos que instituiste sino vasos de óleo de gracia y de vino de caridad que derramas encima de nuestras llagas, y con tan divino bálsamo quedan ellas sanas? Ungeme, Señor, con este óleo de alegría, confórtame con este vino del espíritu y sáname, para que todo me consagre y ofrezca en servicio de quien con tanta misericordia me sanó de mis heridas.

Punto III

De otras obras de misericordia del buen samaritano.

Considera que no contento el samaritano con lo que había hecho, viendo la flaqueza del enfermo, le puso sobre su jumento y lo sacó del camino, entrándole en un mesón honrado y seguro; y, cuando se ausentó, mandó al mesonero que cuidase del herido, dándole dos denarios para que atendiese á su cuidado. El divino samaritano también cargó sobre su cuerpo santísimo las cargas de nuestras culpas, y con los socorros de sus inspiraciones nos ayuda y lleva, como en pies ajenos, por el camino de las virtudes; y, sacándonos del camino, nos pone en el alcázar seguro de la Iglesia, donde tiene todo lo necesario para sanar perfectamente con grande seguridad y regalo. Finalmente, cuando este Señor se fué al cielo, aunque no perdió el cuidado que tenía de nosotros, manda al encargado de este alcázar divino, que es su Vicario, y á todos los prelados de la Iglesia y de las religiones, que tengan cuidado de este enfermo y de su cura y convalecencia, y para esto les da dos tesoros, que son el caudal necesario para gobernarle. Ofréceles virtud y ciencia, gracias de santidad y potestad, de orden y jurisdicción.

Ultimamente, se ha de considerar la conclusión de la parábola, porque preguntando Cristo N. S.: ¿Cuál de estos tres se mostró prójimo del que cayó en manos de ladrones, y le amó como á tal?» respondió el doctor de la ley: «El que usó con él misericordia». Y añadió Jesús: «Pues ve y hazlo tú de la misma manera».

En lo cual se descubre aún mucho más la infinita caridad de este Señor. Lo uno, en querer que todos tengamos compasión unos de otros, usando entre nosotros de misericordia, y remediándonos nuestras necesidades corporales y espirituales como este samaritano lo hizo, y con ser extranjero se apiadó del israelita llagado, más que los sacerdotes y levitas de su nación. Lo otro, en que tácitamente se nos pone por ejemplo de sí mismo, diciendo: Usad de misericordia unos con otros, como yo que soy figurado por este samaritano, la he usado con vosotros; mirad lo que yo hice con este enfermo pecador, y haced vosotros otro tanto con cualquier necesitado, remediando lo mejor que pudierais su trabajo de cuerpo y de alma; y en esto no seáis cortos, sino largos, haciendo mucho más de lo que estáis obligados por precepto, así como yo hice incomparablemente más de lo que era necesario para vuestro remedio, pagándome con esto el amor que os tengo; y cuando yo vuelva á juzgar, os pagaré muy copiosamente cuanto hubiereis hecho, con una medida de gloria llena, colmada, apretada y muy sobrada.

Coloquio.— ¡Oh caridad infinita de Jesús! ¿qué gracias te podré yo dar por tantos favores y regalos como me has hecho? Los ángeles te alaben por ellos, y mi alma se deshaga en tus alabanzas. Bendito seas por el óleo y vino con que curas mis llagas, y bendito mil veces por el socorro con que alivias mis flaquezas, y cien mil veces bendito porque me has sacado de tantos peligros y puéstome en la morada gloriosísima de tu Iglesia. Y demás de esto, seas millones de veces bendito, porque también me has sacado de los peligros y tráfagos del mundo, y puesto de tu mano en los caminos de la perfección cristiana, el cual tienes dentro de tu Iglesia para aco-

ger en ella á los que has escogido para más altos grados de santificación. ¡Oh Salvador dulcísimo! Yo propongo con tu gracia amar á mis prójimos, como Tú nos amaste, compadeciéndome de ellos como Tú te compadeciste de nosotros, por imitar á quien tanto debo, y á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Procura imitar con los pobres y enfermos la caridad del buen samaritano.

16 DE SEPTIEMBRE

Del amor al prójimo representado en el buen samaritano.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del precepto del amor al prójimo.

Considera que Jesucristo se retrató á sí mismo maravillosamente en la parábola del buen samaritano. Es tan egoísta nuestro corazón, le duele tanto todo lo que sea salir fuera de sí para darse y sacrificarse por los demás, que, no contento nuestro Señor con mandarnos mil veces la caridad, nos quiso enseñar por sí mismo cómo se practicaba. Considera, pues, que Dios N. S. había mandado en la ley antigua amar al prójimo, pero Jesucristo renueva este precepto en la ley de gracia, con su divino ejemplo primero, y luego en el sermón de la cena, que era como su testamento, lo repite hasta tres veces, para darnos á entender que este era el gran precepto de su corazón. Pondera qué duro y qué egoísta debe ser el nuestro, cuando Cristo N. S. juzgó que era preciso repetirnos tantas veces un mandato que nos

debían imponer la naturaleza y la razón. Porque, ¿qué cosa hay más justa que amar á un hombre de la misma naturaleza que nosotros, criado á imagen de Dios como nosotros, reengendrado con el mismo bautismo que nosotros, y por esta razón miembro de Jesucristo y hermano nuestro; un hombre que ha recibido, como nosotros, el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que es un sacramento de union y caridad, á quien Jesucristo en el sacramento de su amor, procura los mismos medios y la misma bienaventuranza que á nosotros, sacramento que fué instituído por Jesús para amarnos y para ser amado de nosotros durante la eternidad si somos predestinados, como lo debemos esperar? ¿Qué debía de haber más fácil que guardar un precepto cuya observancia nos gana tantos amigos como hombres hay, y que haría del mundo un paraíso y á todos los que le habitan bienaventurados? Si este mundo parece un infierno, es porque los hombres se odian en vez de amarse, según lo quisiera Jesucristo.

Considera, en segundo lugar, que Jesucristo llama al precepto del amor del prójimo précepto suyo, para darnos á entender que es el que más desea que se observe. «Este es mi precepto», dice El. Este es mi precepto más recomendado y de que os he dado más ejemplos durante toda mi vida, pues las otras virtudes han sido efectos de mi caridad para con vosotros. Este es mi mandamiento, porque este es el que constituye el purísimo ideal y el carácter distintivo de la ley nueva, el que contiene los deseos más ardientes de mi corazón y como el sello divino de mi espíritu, y por eso será la

observancia de este mandamiento la que os hará conocer por discípulos míos.

Pondera que todo esto es como si Jesucristo quisiera decir: ni por los grandes milagros que obraréis en mi nombre, ni por el don de lenguas que recibiréis, ni por la fe misma que tendréis quiero que seáis conocidos por mis verdaderos discípulos, porque otros que no lo serán, tendrán, ó podrán tener esas mismas señales, sino únicamente seréis conocidos como discípulos míos por la caridad que tuviereis unos con otros. ¿Reconoces esta señal en ti? ¿Tienes este carácter del amor puro, noble, desinteresado para con tus prójimos, ó con amigos ó enemigos? Si no le tienes, aunque tu fe fuese tan grande que hicieses transportar las montañas, y tu fervor tan ardiente que sacrificases tu cuerpo con todo género de austeridades, no eres discípulo de Jesucristo porque no tienes su carácter, porque no tienes su espíritu, porque no tienes caridad.

Por último, Jesucristo nos asegura que el precepto de la caridad con los prójimos, es semejante al grande mandamiento del amor de Dios. ¿Puede haber comparación más alta y propia para hacernos concebir la excelencia de este precepto? Nada hay más difícil de entenderse, pero nada hay más cierto. El mismo hábito sobrenatural que me hace amar á Dios por sí mismo, me hace amar al prójimo por Dios. Son dos actos inseparables. El amor de Dios es causa necesaria del amor del prójimo. No puedo amar á Dios sin amar á mi prójimo, y si no amo á mi prójimo no amo á Dios. Porque donde no hay calor no hay fuego; de la misma manera, donde no hay amor del pró-

jimo no hay amor de Dios. «Cualquiera, dice San Juan, que dice que ama á Dios, y no ama á su hermano ó prójimo, miente». Y en efecto, ¿cómo se puede amar á aquel cuya orden y precepto se menosprecia, á aquel cuya imagen se pisotea? Juzga, por esta regla, del amor que tienes á Dios; pues si eres indiferente ó aborreces á tus prójimos, muy bien se puede dudar si le amas.

Pide á nuestro Señor, que pues el precepto del amor del prójimo es su precepto, fortifique el ejemplo que te ha dado, con su gracia, para que puedas observarle.

Punto II

De las reglas del amor del prójimo.

La primera regla de la caridad del prójimo es amarle como nos amamos á nosotros mismos, procurando que ese amor tenga las mismas cualidades que nuestro propio amor. El amor que nos tenemos á nosotros mismos es excesivamente delicado y tierno, y el primer efecto de esta ternura es lo mucho que sentimos nuestros menores males, ó por mejor decir, es persuadirnos que no son jamás pequeños los males que padecemos. Pues bien, la caridad debe producir este efecto en nuestro corazón hacia nuestros prójimos. Si los amamos, como á nosotros mismos, sentiremos mucho sus males por pequeños que sean, ó por mejor decir, la caridad hará que nos parezcan grandes los males y trabajos de nuestros hermanos; á ejemplo de San Pablo, que insensible á lo mucho que padecía él, sentía vivísimamente cualquier mal de sus prójimos. Nues-

tra dureza y falta de compasión en los males de los demás, cuando tanto sentimos los nuestros, se opone mucho á la doctrina y ejemplo de San Pablo.

El segundo efecto de la ternura es ocultarnos nuestros defectos y hacer que nos parezcan leves. La caridad hará que también nos parezcan leves los defectos de nuestros hermanos; si no pudiéramos disculpar sus acciones, disculparemos la intención con que las hicieron; y si no podemos disculpar la intención, nos compadeceremos de su flaqueza. Considera cuánto se opone á estas reglas de la caridad tu modo de ser y de proceder, y procura enmendarte.

La segunda regla de la caridad del prójimo es amarle como quisiéramos que él nos amase. El mismo Jesucristo nos lo dijo: «No hagáis con los demás sino lo que quisierais que ellos hiciesen con vosotros». ¡Oh, qué regla tan divina! Si la cumplimos seremos santos, y cree que no hay cosa más fácil; porque mirando lo que dice nuestro amor propio, él nos servirá de regla segura de conducta; él es injusto en sí, mas nos hará hacer justicia á los otros; porque cada uno se puede preguntar á sí mismo: ¿Quisiera yo que usasen esto conmigo? ¿Que me tratasen con esta dureza? ¿Que me hablasen con menosprecio? ¿Que me mandasen con imperio? ¿Que murmurasen de mí con malignidad? ¿Que se burlasen de mí? ¿Que me hiciesen pasar por ridículo? ¿Que exagerasen mis faltas, aun las más leves? ¿Que culpasen mis acciones, aun las más inocentes? ¿Que interpretasen maliciosamente mis intenciones, aun las más rectas? ¿Que juzgasen mal de mi

modo de vivir por frívolas apariencias? ¿Que no condescendiesen con mis debilidades? ¿Que no sobrellevasen en nada mis defectos? Cierto que nada de esto querría, antes bien desearía hiciesen conmigo todo lo contrario; pues ¿por qué no lo haces así con los otros, cuando las reglas de la caridad ordenan que hagas con los otros lo mismo que quisieras que ellos hiciesen contigo?

La tercera regla de la caridad es amar á nuestro prójimo como Jesucristo nos amó. Este es el mandamiento que el mismo Cristo llama nuevo. Si cumpliésemos lo que nos manda esta regla, ¿hasta qué espíritu de sacrificio no nos llevaría? ¿Cómo nos ama Jesucristo? Sin ningún mérito de nuestra parte. ¿Qué había en nosotros que mereciese su amor, ó por mejor decir, qué había en nosotros que no mereciese su aborrecimiento, pues éramos sus enemigos? Pues Jesucristo nos amó sin interés. Nos amó hasta sacrificar por nosotros sus bienes, su reposo, su gloria y su vida. *Sic dilexit;* este es el modo con que nos amó Jesucristo. Este es el ejemplo que nos propone por regla de la caridad hacia el prójimo. Este es el mandamiento verdaderamente nuevo que deben observar los verdaderos cristianos. ¿Pero le he observado yo hasta ahora? ¿Estoy, á lo menos, en disposición de observarle en adelante? Era menester para esto ¡oh Salvador mío! tenerme á mí menos amor del que me tengo y amarte á Ti mucho más de lo que te amo. Entonces amaría á mi prójimo con amor generoso, con ese amor cuya práctica tú sólo me puedes enseñar, como tú sólo me has dado el ejemplo de él.

Acostúmbrate, sobre todo, á servirte de la segunda regla en todo lo que mira al prójimo, preguntándote con frecuencia: ¿Quisiera que hiciesen esto conmigo?

Punto III

De la práctica de la caridad para con el prójimo.

Considera que la caridad con el prójimo, para ser verdadera, debe estar llena de espíritu de sacrificio, y para estarlo necesita evitar todos los defectos que á la caridad se oponen y de que hace mención el apóstol San Pablo. Primeramente, la caridad vence la cólera y el resentimiento, domina las acciones que ofenden y las palabras que irritan, *non irritatur;* las emulaciones, que nos hacen mirar la elevación del otro como propio abatimiento, *non aemulatur;* la vanidad, que nos hace despreciar á los demás, *non inflatur;* la ambición, que nos incita á derribar á otros para elevarnos sobre sus ruinas, *non est ambitiosa;* las sospechas y juicios temerarios de las acciones de los prójimos, *non cogitat malum;* las secretas y malignas alegrías en las aflicciones ó trabajos ajenos, *non gaudet super iniquitate;* el asimiento excesivo á nuestros intereses, para que, ocupándonos únicamente de ellos, lo miremos todo con relación á nosotros, como si fuéramos una especie de divinidad á quien sacrificamos las obligaciones más esenciales de justicia y gratitud y aun los deberes de la naturaleza, *non quaerit, quae sua sunt;* ¿no reconoces algo de estos defectos en ti, ó por mejor decir, no los encuentras todos? Si es así debes confesar que no tienes caridad,

ni se parece tu corazón al de Jesús, modelo y manantial perenne del amor cristiano.

Pero la caridad no debe limitarse solamente á no hacer mal al prójimo, sino que debe consolarle y aliviarle en sus penas y tribulaciones; debe aliviarle en sus dolores, sintiendo sus aflicciones, procurando disminuirlas tomando parte en ellas, afligiéndose y llorando con los que lloran, según el ejemplo de San Pablo, que padecía con todos los afligidos. También debe pedir á Dios el alivio ó consuelo de los males que él no puede remediar. La caridad, por último, sufre los defectos con paciencia; procura enmendar al culpado sin agriarlo; disimula lo que no puede corregir; emplea todas las buenas obras para templar la justicia de Dios, cuando está irritada; se ofrece para descargar al culpado de una parte de la pena que merecía, haciéndose en algún modo víctima de la justicia divina, para hacer al pecador objeto de la misericordia; hasta aquí va la perfecta caridad; ¿llega aquí la tuya?

La caridad no solamente se emplea en impedir el mal del prójimo, sino que le procura todo el bien posible, porque es amiga de hacer favores y beneficios, según dice San Pablo: ella nos hace estimar, venerar y amar verdadera y eficazmente á nuestro prójimo, mostrándole estimación con hablar ventajosamente de él; el respeto, tratándole de un modo cariñoso y afable; el amor, deseándole todo género de bienes, alegrándose de los que posee, solicitándole los que le faltan y haciéndole todos los buenos oficios que puede desear, principalmente en lo que mira á la salvación de su

alma, sin dejar nada por hacer de lo que pudiere contribuir á su santificación, estando prontos á sacrificar para esto, no sólo nuestros bienes, gloria y reposo, sino la vida misma á ejemplo de Jesucristo, al que San Juan nos propuso por modelo de toda caridad cuando dijo: «Pues Jesucristo nos amó hasta dar la vida por nosotros, debemos estar prontos á exponer nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos». La caridad llega, por último, algunas veces hasta olvidar, á ejemplo de Moisés y San Pablo, sus intereses espirituales por mirar por el alma de los prójimos, y arriesga todo, incluso la seguridad de la propia salvación, por atender á la salvación de los demás. Maravilloso espíritu de amor y sacrificio, al que sólo han subido pocas almas inflamadas del amor de Dios y de la salvación de los prójimos. Mira qué lejos estás de esta sublime perfección tú, que no quisieras sacrificar ni el más mínimo gusto ni la más mínima conveniencia por el bien de los demás.

Coloquio.—Deseo, Dios mío, amaros y amar á mi prójimo en adelante como vos me amáis. Desde este día comienzo á amaros, y os amaré constantemente, puramente, tiernamente, prontamente y generosamente; y quisiera poder decir infinitamente: Os amaré eternamente; os amaré en todos los lugares, y en todos los tiempos, en todos los estados, en toda suerte de personas, y con un perfecto cumplimiento de vuestra santísima voluntad. Os amaré, sobre todo, en mis prójimos, amigos ó enemigos. Como tu Corazón, Dios mío, abraza y encierra dentro de sí á todos los hombres, á todos asistes y por todos velas, así el mío procurará imitar tu caridad infinita para parecerme á tu Corazón divino, fuente inagotable de amor purísimo á todos los hombres.

Propósitos.—Examina seriamente por todos los

efectos de la caridad, para juzgar si tienes alguno: este examen te confundirá y te causará mucho espanto.

17 DE SEPTIEMBRE

Parábola del siervo que debía diez mil talentos.

Preludios.—Imagina ver en el rey de la parábola al juez supremo de vivos y muertos, y pide salir bien de su terrible juicio.

Punto I

Primera parte de la parábola.

Considera cómo esta parábola es un vivo dibujo de la misericordia liberalísima de Dios en perdonar fácilmente sus injurias, aunque sean muchas y graves, y de la dureza abominable del hombre que no quiere perdonar al prójimo las suyas, aunque sean pocas y pequeñas. Recuerda lo que sucedió á un rey que quiso tomar cuenta á sus criados, y en comenzando á tomarla le presentaron uno que le debía diez mil talentos, que es una cantidad exorbitante, y no teniendo de dónde pagar, mandó el rey que le vendiesen á él y á su mujer y á sus hijos y cuanto tenía para que pagase. Oyendo el siervo lo que el rey mandaba, postróse en tierra, y orando, le dijo: «Ten paciencia, Señor, en esperarme, y yo pagaré todo lo que te debo». Entonces tuvo el Señor misericordia del criado, y perdonóle la deuda.

Considera luego cómo Dios N. S. ha de tomar cuenta á todos los hombres de lo que han hecho en esta vida, la cual toma á cada uno en el instante de la muerte. Pero antes la comienza á tomar, cuando interiormente nos avisa de lo

que le debemos y nos pide que le paguemos en vida con la penitencia, y en especial cuando nos pone en alguna grave enfermedad ó peligro, parece que es como comenzar á tomarnos la cuenta.

El siervo que debe diez mil talentos, es el pecador cargado de pecados, cuyas propiedades se significan por los diez mil talentos. La primera propiedad es, que son contra los diez mandamientos de la ley de Dios, quebrantándolos con injuria del legislador; y aunque el pecado sea contra un solo mandamiento, es, como dice Santiago apóstol, de tal naturaleza, que encierra alguna manera de injuria contra todos. La segunda, que son muchísimos ó innumerables, y por esto se comparan al número de diez mil; y si en este número entran los pecados veniales, podemos decir que son más que los cabellos de la cabeza y que las arenas del mar. La tercera, que son gravísimos y cada uno es pesadísimo como un talento de los antiguos, y encierra grande carga y gravísima injuria, por ser contra un Dios infinitamente bueno, y contra sus innumerables y altísimos beneficios, y por ser con desprecio de la sangre de Jesucristo, que es de infinito valor, y en daño de las almas que se compraron con este infinito precio y con destrucción de los talentos que Dios nos da con infinita caridad. La cuarta, que se sigue de las dichas, es que ningún hombre puede por sí mismo pagar esta deuda, ni tiene caudal para poder pagar á Dios un solo pecado mortal, cuanto más tantos; porque siendo enemigo de Dios nada puede hacer que le satisfaga, y cuanto le puede dar es nada respecto de lo infinito que le debe. La

quinta, es estar sujeto á una pena tan terrible como es ser vendido él y su mujer é hijos y cuanto tiene; esto es, ser condenado á perder su libertad y ser perpetuo esclavo del demonio en el infierno, y á perder todos los bienes que Dios le ha dado corporales y espirituales, quitándoselos como á traidor é indigno de ellos. Ponderando estas cinco cosas, despertaré en mi alma un gran dolor de las injurias que he hecho á nuestro Señor, viéndome cargado con tantas deudas, y un grande temor de su justicia, y del castigo que tengo merecido por ellas, acogiéndome al remedio con que este siervo alcanzó perdón de su Señor.

En la persona de este siervo que postrado en tierra pide el perdón de su deuda, pondera los medios que hay para negociar perdón de nuestros pecados, procurando aprovecharte de ellos. El primero, es no negar la deuda, sino reconocerla y confesarla con entereza y con gran arrepentimiento de haber incurrido en ella. El segundo, es humillarse delante de Dios con profunda reverencia, y orar y pedirle humildemente misericordia y espacio de penitencia para satisfacer por las ofensas que contra El hemos cometido. El último, es un propósito eficaz de pagarle toda la deuda; esto es: de hacer de nuestra parte, con su ayuda, todo lo que pudiéremos para pagarle. Con estos afectos tengo de ponerme delante de Dios, y decirle: «¡Oh pacientísimo Señor, que con paciencia infinita sufres á los que tantas veces y tan gravemente te ofenden, añade esta paciencia á la que hasta aquí has tenido, dándome también esta vez lugar de penitencia para pagarte lo que te debo; y porque yo no tengo caudal

para ello, aprovecharéme de la paga que mi Redentor hizo con el precio de su sangre, con la cual, favorecido de tu gracia, te pagaré lo que pudiere por mi deuda!»

Luego pasa á ponderar en la persona de este rey la infinita misericordia y liberalidad de nuestro gran Dios en conceder á los pecadores humillados mucho más de lo que ellos se atrevieron á pedir y desear, pues de pura gracia revoca la sentencia del castigo que les había amenazado y les perdona la deuda, sin reparar que era mucha y muy gruesa; y todo esto de pura misericordia, porque el perdón de la culpa y de la pena eterna no se da por nuestro merecimiento.

Punto II

Segunda parte de la parábola.

Considera cómo saliendo este criado de la presencia de su señor, topó con otro criado, su compañero, que le debía cien denarios; y asiéndole por la garganta, le ahogaba, diciéndole: «Págame lo que me debes». Echóse á sus pies el deudor y, orando, le dijo: «Ten paciencia en esperarme, y yo te pagaré todo lo que te debo». Más él no quiso, sino echóle en la cárcel hasta que le pagase.

Pondera la crueldad de este mal siervo contra su compañero, la ira y rencor que mostró contra él, no contentándose con pedirle la deuda de palabra, sino que le asió con violencia y le apretaba la garganta para ahogarle. Mira cómo postrándose el compañero á sus pies y pidiéndole con humildad que le esperase, ofreciéndose á pagarle toda la deuda, no

se compadeció de él, ni le quiso oir, ni perdonar, ni aun esperar un poco de tiempo, sino que le echó en la cárcel hasta que le pagase, usando con él de tanto rigor. Pondera la ingratitud que mostró el mal siervo contra su mismo señor, cuyo criado era aquel deudor: porque la injuria que hacía á este criado era en deshonor de su amo, y porque se mostró muy desemejante y contrario á la condición noble de su señor, pues no se movió á compasión por las palabras con que él se había compadecido. Todo esto se halla en los pecadores que no quieren perdonar á sus prójimos las injurias que les hacen y deudas que les deben, antes se vengan de ellos con rencor.

Pondera la raíz de estos males, la cual significa la parábola, diciendo que este criado se salió de la presencia de su señor, porque llano es que en su presencia no se atreviera á oprimir á su compañero, que es decir: Que la causa de nuestros pecados contra Dios y nuestros prójimos es salirnos de la presencia de Dios, olvidarnos de que está presente y que es nuestro juez, y no hacer caso de las mercedes que nos ha hecho y del agradecimiento y servicio que por ellas le debemos; porque si esto tuviésemos en la memoria con fe viva, no nos atreveríamos á ofenderle. Por tanto, alma mía, mira que te mira Dios, anda siempre en su presencia, acuérdate de los beneficios que te hace y que te ha de pedir cuenta de ellos; porque, si de esto te acuerdas, también te acordarás de no ofender á quien por tantos títulos debes servir.

Pondera cómo viendo esto sus compañeros, entristeciéronse grandemente, y fueron á su

señor y contáronle todo lo que había pasado. Entonces le llamó el Señor y díjole: «Siervo malo: te perdoné toda la deuda porque me lo rogaste; ¿no fuera razón que tú tuvieras misericordia de tu compañero, como yo la tuve de ti?» Y enojado el Señor, le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda.

Considera también cómo el Señor mandó luego llamar al criado con el último llamamiento á juicio; porque en castigo de una maldad crecida suele Dios acortar los días de la vida y llamar luego al pecador para tomarle la postrera cuenta, y hallándole culpado, le entrega á los atormentadores y verdugos infernales hasta que pague toda la deuda; y como nunca puede acabar de pagar, así nunca le acaban de atormentar. ¡Oh, si tuvieses presente este último llamamiento, con cuánta suavidad tratarías á tus prójimos, para que Dios te trate con la blandura que deseas! ¡Oh, si te acordases de los atormentadores y tormentos que te esperan, por las deudas que en esta vida no pagares, sin duda las pagarías luego, negociando con Dios el perdón de ellas!

Finalmente, ponderaré cómo este mal siervo fué castigado, no sólo por el pecado presente, sino en cierto modo también por los pasados que le perdonaron, en cuanto creció grandemente su pecado, por haber sido ingrato al beneficio que recibió de su señor, y al modo que tuvo en perdonarle, no haciendo caso de él cuando había de perdonar á su prójimo; para que yo tiemble del vicio de la ingratitud contra Dios, la cual aumenta la gravedad de la culpa; porque cuantos son los pecados que Dios me ha perdonado, tantos desagradeci-

mientos puedo imaginar en el pecado que después hago; y así, aunque es uno, virtualmente incluye muchos. ¡Oh ingratitud abominable, tras la cual entran en el alma siete demonios peores que el primero que salió de ella! Líbrame, Dios mío, de tal maldad, pues tanto te desagrada.

Punto III

Conclusión de la parábola.

Considera luego la conclusión de la parábola, que fué ésta: «Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada uno á su hermano de todo corazón». En lo cual se ha de ponderar la infinita caridad de N. S., que resplandece en querer que nos perdonemos unos á otros, no de cumplimiento, sino de corazón, fundándolo todo en leyes de caridad sacadas de estas palabras que aquí dice.

Lo primero, porque así lo quiere nuestro Padre celestial, cuyos hijos somos, y esto basta para darle contento en lo que nos manda. Lo segundo, porque todos somos hermanos, hijos de un mismo padre, y es razón que un hermano perdone al otro. Lo tercero, porque cada uno tiene algo que su hermano le haya de sufrir y perdonar, y es justo que le perdone como quiere ser perdonado. Lo cuarto, porque el Padre celestial nos perdona liberalmente deudas incomparablemente mayores; con lo cual nos obliga á que perdonemos las que otros nos deben, que son muy menores. Lo quinto, porque si la ley del amor no nos convence á cumplir esto, entrará la ley del temor y del castigo; el cual será terrible, porque no será per-

donado otra vez quien con rebeldía no quiso perdonar, y, por consiguiente, será entregado á los demonios, verdugos de la justicia de Dios, para que le castiguen como merece. Considerando todas estas razones, tengo de sacar propósitos muy eficaces de tener misericordia de mis prójimos, y perdonarles cualquier injuria que me hicieron, deseando, si sin ofensa de Dios se pudiere hacer, ser injuriado sólo por tener ocasión de perdonar, para que Dios me perdone. De todo corazón perdona, pues, las deudas que te deben los que te han injuriado, por parecerte á Dios que tan liberal es en perdonar á los que le injurian, porque es justo que el hijo sea semejante á su padre. Ofrece al Señor esta buena voluntad y pide gracia, para que ofreciéndose la ocasión, la pongas luego por obra.

Coloquio.—¡Oh Rey misericordiosísimo, liberalísimo y magnificentísimo! Alaben los ángeles tu infinita misercordia, publiquen los hombres tu inmensa largueza, y mi alma te magnifique por tu inefable magnificencia. Menester era un Dios tan misericordioso como Tú para un hombre tan miserable como yo; necesaria era tanta liberalidad y magnificencia como la tuya para perdonar deuda tan grande como la mía, y pues tan liberal has sido en perdonarme la culpa y pena eterna, no cesaré de castigarme con penas temporales, pagando lo que pudiere en recompensa de las eternas que merecía, con deseo de nunca más ofender á quien tanta misericordia usó conmigo en perdonarme.

Propósitos.—Reconcíliate con cualquier enemigo que tengas, y si no los tienes, como es de suponer, vence cualquier antipatía ó frialdad con tus prójimos.

18 DE SEPTIEMBRE

Del perdón de las injurias.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. diciendo en el ara santa de la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen„ y pide gracia para imitar á tu divino Maestro en el perdón y en el amor de los que te hicieren mal.

Punto I

Motivos para perdonar á los enemigos.

Considera que el ser de cristiano consiste en la filiación divina por medio de la gracia. Ahora bien: esta filiación divina no puede subsistir sin el amor á los enemigos, ya porque para ser hijos de Dios es preciso poseer la paz del corazón, que hace bienaventurados, ya porque la gracia nos debe hacer semejantes á aquel Dios que hace salir el sol sobre los buenos y los malos y tiende á asemejarnos á nuestro Padre, que es todo amor y caridad.

Además, tres cosas son necesarias para esta misma filiación divina: el perdón de nuestros pecados, la unión con Dios por su gracia y la inhabitación real y substancial del Espíritu Santo en nosotros; y ninguna de ellas puede subsistir con el odio á los enemigos, ya porque Dios no perdona á quien no perdona á su enemigo, ya porque la gracia, que es amor, no puede subsistir en un alma llena de odio, ya porque el Espíritu Santo, que es espíritu de unión, detesta las divisiones y las rencillas. Y así como los judíos no creyeron en Cristo hasta que le oyeron rogar por sus enemigos, y entonces exclamaron: «Verdaderamente era éste Hijo de Dios», así el perdonar á nuestros

enemigos y hacerlos bien es el sello real y verdadero de la filiación divina, pues Dios es luz y amor; y aquel que aborrece á su hermano, dice San Juan, está y anda en las tinieblas, y no está en él la caridad de Dios. Le falta la filiación divina, así como los dos principales ejercicios de nuestra religión: la oración, que Dios no escuchará si no perdonas, y los sacramentos, que no puedes recibir.

Considera además, que existe, no un consejo, sino un precepto divino, absoluto, indispensable, general, que nos manda amar á nuestros enemigos, perdonarles las ofensas que nos hayan hecho y procurar con ellos la paz del corazón. «Amad á vuestros enemigos». Esta sola reflexión debe bastarte para mirar el perdón de las injurias como una de tus principales obligaciones, porque siendo cosa que Dios quiere y manda, so pena de no tenernos por hijos suyos, no eres nadie para entrar en discusiones con nuestro Señor, rey y soberano del mundo, Señor del hombre y de nuestra voluntad.

Pero advierte que Dios no pretende obligarnos á la observancia de su ley por pura obediencia y sumisión forzada; más como bienhechor y como padre, que como legislador y maestro, nos excita á ello, y comprendiendo que si nos mandase amar y perdonar á nuestros enemigos por ellos mismos, su precepto podría parecernos duro y riguroso, por eso, haciendo que apartemos la vista de un objeto que nos hiere y molesta, nos ordena mirarle á El mismo, y nos dice: «Perdónale, porque yo he merecido que le perdones». Y no dice: Ten en cuenta que debes el perdón á tu enemigo,

sino: «No te olvides de lo que me debes, y de que soy yo quien te pide que perdones en consideración á mi nombre».

Por eso mira cómo el ejemplo de Dios, la paciencia con que sufre á sus enemigos y la facilidad con que los perdona, es el motivo que cita Jesucristo para empeñarnos á amar á nuestros enemigos y á perdonarles las injurias que nos hacen. «Amad vuestros enemigos, dice, haced bien á los que os aborrecen para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer su sol sobre buenos y malos». Nada hay más admirable que este ejemplo, y nada debe animarnos más si consideramos sus circunstancias. Las ofensas que se hacen contra Dios son grandes, son sinnúmero. Su divina Majestad aborrece infinitamente al pecado; este aborrecimiento le solicita siempre al castigo. Nada le es más fácil que castigarle, pues sólo con querer hará á los delicuentes infelices. Sabe que su paciencia en sufrir los pecadores les hará más atrevidos para ofenderle; y no obstante, los sufre, los espera, los ama, los proteje, les hace bien, aun cuando le agravian, y les ofrece el perdón aun cuando sólo piensan en irritarle. ¡Qué clemencia! ¡Qué ejemplo! Si esto no nos mueve, ¿qué será capaz de movernos?

Pero el ejemplo de Jesucristo, Dios y hombre, subiendo á la cruz, nos debe mover más, porque es más sensible. Deja el Evangelio en el que se nos manda perdonar, y mira al Calvario. Allí fué donde su clemencia se manifestó más, pues no solamente perdonó á sus enemigos y á los verdugos que le crucificaban, sino que sacrificó su vida por los mismos que se la

quitaban con tanta crueldad, excediendo su caridad los límites á que llegó la rabia que tenían contra El. «Tú mismo, dice San Bernardo, no fueras ahora de sus amigos, si no hubiera dado la vida por ti cuando eras su enemigo». *Vide pendentem,* dice San Agustín, *audi precantem*: mira á tu Salvador en la cruz, considera su paciencia, mira su caridad para con sus enemigos, pero aprovéchate de este ejemplo. El te ruega, ó por mejor decir, te manda que le imites: *Audi praecantem, tanquam de tribunali praecipientem.*

Pero Jesucristo no se contenta con perdonar á sus enemigos; ruega por ellos y procura disculparlos. Estos crueles enemigos habían derramado toda su sangre por las llagas que le habían hecho; pero no obstante, casi desangrado, halla en su corazón abrasado del amor de sus enemigos, remedio contra su debilidad, y clama con alta voz para recomendar á su Padre, no su Madre querida, sino sus enemigos y los verdugos que le atormentaban. *Pater, dimitte illis.* ¡Ah! Padre mío, si me quieres dar pruebas del amor que me tienes, perdona á mis enemigos, á los que miro como mis hermanos, y que te ruego mires de aquí adelante como hijos tuyos. Su Padre le oye cuando ruega por sus enemigos, cuando ruega por ti; ¿le desecharás tú cuando te pide por tu hermano á quien injustamente miras como tu enemigo? ¿No te moverás con su ejemplo y con su ruego? Pues mira que no tendrás parte en sus méritos, ni en lo que por ti pide á su Padre, si no concedes lo que á ti te pide en favor de tu enemigo.

Punto II

«Perdonad y seréis perdonados.»

Considera que el hombre que no quiere perdonar las injurias y agravios que se le han hecho, debe desesperar del perdón de sus delitos, y por consiguiente de su salvación. Sólo el que no tuviese pecado alguno que Dios le hubiese de perdonar, podría vengarse; pero ¿dónde está ese hombre tan puro é inmaculado? Todos somos pecadores, y por consiguiente no tenemos otro medio para nuestra salvación que el de la misericordia de Dios. Este es el fundamento sólido de nuestra confianza, ¿pero cómo puedo esperar en su misericordia, si no uso de ella con los otros? Vos no me la habéis prometido, Señor, sino bajo esta condición; y ¿qué seré yo sin vuestra misericordia, Dios mío, sino un infeliz y un condenado? Perdonad, habéis dicho, y se os perdonará. Con que no puedo entrar en el cielo, si no es por la puerta de la misericordia. Yo me cierro á mí mismo esta puerta cuando no tengo misericordia de mi prójimo; ¿mi más cruel enemigo podría hacerme mayor mal?

Un vengativo hace inútiles los medios de su salvación, aun los más eficaces. El se condena á sí mismo; no hay oraciones, ni sacramentos, ni sacrificios para él; los remedios más saludables se le vuelven funestos; no puede rezar sin condenarse á sí mismo; sus oraciones son una verdadera imprecación; no abre la boca sino para pedir á Dios que le condene; porque él pide á Dios que le perdone como él perdona á su prójimo; con que no perdonándole ó no

queriéndole perdonar, es tácito consentimiento, ó por mejor decir, es pedir claramente á Dios que no le perdone jamás, que le aborrezca, que le castigue y que le condene. ¿Su enemigo, el demonio mismo, podía hacerle ó desearle mayor mal que el que se desea á sí mismo? Grande debe de ser la ceguedad que el deseo de vengarse causa en el hombre, pues le reduce á este extremo; no se puede llamar pasión el deseo de venganza, sino desenfrenada y furiosa locura.

No hay sacrificio para el vengativo, el mismo Hijo de Dios lo destierra de su altar y lo arroja de él, si antes no va á reconciliarse con su enemigo. «*Vade prius reconciliari fratri tuo*». La sangre de Jesucristo que se ofrece cada día en nuestros altares, adonde hace El oficio de sacerdote y víctima, aunque tiene valor infinito, no llega á alcanzar perdón á quien no perdona á su prójimo; al contrario, la sangre del inocente Abel clama por el castigo del sangriento y vengativo Caín. Los sacramentos no hacen su efecto para la justificación de un vengativo. Toda la virtud de los méritos de Jesucristo, toda la fuerza de su gracia que está contenida en estos saludables remedios, no pueden curar ni justificar su corazón, si no se ablanda y perdona á su prójimo; ni recibirá jamás la gracia, si no perdona antes la injuria á su hermano. La absolución que le da el sacerdote es su sentencia de condenación si no acompaña ó precede una sincera reconciliación con su enemigo.

Y no ha de servirte de disculpa alegar la justicia de tus resentimientos y de tus venganzas por la gravedad de las injurias que hayas

recibido. Por ofendido que estés, Dios te prohibe seguir los impulsos de tu corazón iracundo y te manda que por muy violenta que sea la pasión que te anime, debes ahogarla en el amor, porque El sólo se reserva el vengarte y hacerte justicia cuando le agrade y según le agrade. Para conservar esta sociedad que ha fundado y mantener entre los hombres la caridad que es tan necesaria, te ordena que abandones en sus manos tu causa: descansa, descansando en El y reprimiendo hasta el más leve movimiento interior que puede llevarte á una fatal desunión. ¿Lo haces así? ¿Devuelves bien por mal? ¿Perdonas á los que de un modo ó de otro te ofenden? Si así no lo haces, eres indigno de llamarte hijo de un Dios crucificado por tu amor.

Punto III

Pretextos para no perdonar las injurias.

Considera que hay tres clases de malos cristianos que oponen diferentes pretextos á la obligación que todos tenemos de perdonar las injurias: Primero, los tímidos y cobardes. Segundo, los delicados y susceptibles. Tercero, los soberbios y orgullosos. Los primeros se niegan á perdonar las injurias, no dominados por el deseo de la venganza ni resentimiento del corazón. Su resistencia á perdonar nace del miedo al ¿qué dirán? al que subordinan todos sus actos. Pero ¿quién es ese ¿qué dirán? que tanto pavor les causa, hasta el extremo de no temer á Dios que les manda amar á sus enemigos y perdonar á los que le han hecho una injuria, cualquiera que ésta sea?

A decir verdad, con nada puede comparársele mejor que con el camaleón de que habla Tertuliano, animal muy pequeño de cuerpo, pero grande de nombre. Lo mismo puede decirse del ¿qué dirán? que cuando se habla de él parece que se trata de un monstruo capaz de devorarlo todo, pero que, visto de cerca, no es más que un espantajo que sólo puede infundir temor en las almas tímidas y cobardes. Piensa lo que dirá Dios y los santos, y no te preocupes de lo que dirán los necios del mundo. ¿Pues qué, no hace falta más valor para perdonar que para vengarse?

Otros hay que se resisten á perdonar las injurias á causa de su delicada susceptibilidad, y aunque así fuera, el hecho de que sea difícil de cumplir la ley que ordena el perdón de las injurias, no quiere decir que sea imposible, pues de lo contrario quedaría justificada la transgresión de la mayor parte de los Mandamientos de la ley de Dios, porque violentan las malas pasiones á que el hombre es propenso por el pecado original. Así, pues, á los que digan que es menester ser insensibles para no experimentar deseos de venganza contra quien los injuria, puede respondérseles con San Juan Crisóstomo: «Te felicito, querido hermano, de que tengas una ocasión para demostrar tu valor y hacer algo importante por Dios; está seguro de que la victoria que alcances sobre ti mismo será recompensada con una corona proporcionada á tu valeroso esfuerzo».

Pero quizá diga el hombre demasiado sensible á sus injurias: Ese que me ha ofendido no merece que le perdone, porque ni siquiera me pide esa gracia, y, lejos de eso aún sigue ul-

trajándome. En efecto, desde el punto de vista de la razón humana, el argumento no carece de fuerza; pero si discurres con las luces de la fe, verás que el mismo Jesucristo te pide el perdón que tu enemigo no merece. Y Jesucristo, que con ardorosas instancias lo pidió para ti á su Padre, y que fué escuchado cuando abogó en tu favor, ¿no podrá obtener de ti que te reconcilies con tu hermano?

Quedan aún los soberbios y los orgullosos, cuyo altanero lenguaje es este: «Se quiere que yo perdone á ese hombre; pero ¿quién es? Un cualquiera, de quien ninguna persona de mi posición debe tolerar una ofensa». ¿Y quién eres tú, puede respondérsele, para replicar á Dios y negarle la obediencia que le debes? Dices que esa injuria es insoportable, ¿pero acaso la cólera y los castigos que Dios reserva á los que le desobedecen son más tolerables?

Que nadie se forje ilusiones ni se engañe, exclama San Agustín; cualquiera que conserve en su corazón odio á su enemigo, jamás tendrá parte en la amistad de Dios, ni entrará nunca en el cielo, sean las que fueren las obras buenas que hiciere.

Y para que no te quede la menor sombra de duda en este punto, piensa en lo que le sucedió al siervo de la parábola á quien su señor le perdonó una deuda de diez mil talentos y él no quiso perdonar á un compañero otra de cien denarios. «¡Malvado siervo, le dijo su señor, yo te he perdonado todo lo que me debías porque así me lo has rogado; ¿no debías tú también tener piedad de tu compañero?» Y al mismo tiempo, añade el Evagelio, el señor, irritado, le puso entre las manos de los ministros

hasta que pagara todo lo que debiera. Teme no te suceda lo mismo si no perdonas á los que te ofenden.

Coloquio.—Amansad vos, Señor, mi corazón con vuestros divinos ejemplos; echad el agua de vuestra gracia para apagar las llamas de la ira y de la indignación que me abrasan y consumen. Domesticad esta fiera bestia y sosegad las alteraciones y vientos que me combaten. Dadme vuestro favor, y alumbradme con vuestra luz, para que considerando mis pecados, conozça que es merced vuestra pagar lo que por ellos merezco en esta vida; y para que vos me los perdonéis, perdonar yo por vuestro amor las injurias y agravios que de otros me parece haber recibido. Imite vuestra admirable paciencia y bondad con la cual me sufrís cuando os ofendo, y me esperáis cuando tardo, y me llamáis cuando huyo, y me recibís cuando me vuelvo yo á Vos, y como padre benignísimo, de enemigo me hacéis amigo, y me admitís al ósculo de paz, y me restituís en el número de vuestros hijos. Heme aquí, Dios mío, Rey mío, y bien mío; heme aquí, en vuestras manos me pongo, en vuestros brazos me arrojo, todas las injurias y agravios que he recibido y puedo recibir de los hombres, los perdono por vuestro amor, y os suplico que Vos se los perdonéis y les hagáis bien por el mal que á mí me hicieron ó pretendieron hacer.

Propósitos.—Examina tu corazón para averiguar, si tienes alguna tibieza ó resentimiento con alguno, y no hagas la temeridad de rezar el Padre nuestro que el mismo Cristo nos enseñó, sin perdonar á tu enemigo.

19 DE SEPTIEMBRE

Parábola del mayordomo infiel.

Preludios.—Imagínate que Dios te llama de repente y te pide cuenta de tu vida. Entra dentro de ti mismo y ruega humildemente al Señor que te conceda la gracia de tener siempre tan ajustadas tus cuentas, que en cualquier momento que seas llamado por la muerte puedas rendirlas claras é íntegras ante el Juez de todos los hombres.

Punto I

Quién era el hombre rico, y quién el mayordomo.

Considera que aquel hombre rico de que habla nuestro Señor en esta parábola, y al que vinieron á decir que su mayordomo no le era fiel, representa al mismo Dios, del que son todas las riquezas del cielo y de la tierra: las riquezas materiales que sirven al cuerpo para su mantenimiento, vestido y adorno; las espirituales, que son la gracia y virtudes, y las eternas, con las cuales son premiados los justos en el cielo. Estas riquezas reparte Dios á los hombres, y de las primeras da á buenos y malos, fieles é infieles. De las segundas da solo á los fieles, y algunas de ellas solamente á los justos. De las postreras sólo gozan los bienaventurados. ¡Oh Dios soberano, rico en misericordia y rico para todos los que invocan tu santo nombre! Concédeme que de tal manera use de las riquezas temporales, que no pierda las espirituales, y que de tal manera negocie con éstas que alcance las eternas.

Siendo Dios el hombre rico, el mayordomo de que trata la parábola es el hombre á quien aquel soberano Señor ha entregado en administración las riquezas que posee, así en el cuerpo como en el alma, y se las ha dado en administración, y es el hombre respecto de ellas mayordomo y no dueño, porque su dominio no es absoluto, sino sujeto por entero al dominio de Dios, y no puede el hombre usar ni distribuir los bienes que tiene si no es conforme á la voluntad divina, y á Dios ha de dar cuenta y razón de todo, el día que se la pidie-

re; para lo cual hay libro de recibo y gasto en que se asienta lo que se nos da y el modo como lo distribuímos.

Considera que el mayordomo de los bienes divinos, ó sea el hombre, desperdicia y malgasta aquéllos cuando los usa contra la voluntad del divino dueño, ó lo que es igual, contra los preceptos de su santa ley. Desperdicio el manjar si le como por gula, y el vestido si le uso por vanidad, y el dinero si le gasto en cosas prohibidas ó no lo doy á los pobres cuando Dios lo manda; y de la misma manera desperdicio vida y salud, sentidos y potencias del alma cuando los empleo en cosa que sea ofensa del que me las dió.

Por todo esto viene á ser infamado el mayordomo delante de su señor, porque nuestra buena ó mala fama para con Dios no depende de los dichos de los hombres, sino de nuestras obras. ¡Oh Dios eterno, que por tu infinita misericordia hiciste al hombre mayordomo de esta gran casa del mundo, y «pusiste todas las cosas debajo de sus pies!» no permitas que yo siga los pasos del viejo Adán, que dió mala cuenta de su mayordomía en el paraíso terreno, sino ayúdame con tu gracia para que haga tales obras que me acrediten contigo, y por ellas me admitas en tu paraíso celestial.

Punto II

De la cuenta que pidió el Señor al mayordomo.

Considera la reprensión que el hombre rico, ó sea nuestro Señor, dirigió al mayordomo, diciéndole: «¿Qué es lo que oigo de ti? Rindeme cuentas inmediatamente, porque, con la sospe-

cha que he concebido, ya no puedes continuar siendo mi mayordomo». Y piensa en que, así como el hombre rico quitó antes de tiempo la mayordomía al mayordomo por las noticias que tuvo de lo mal que desempeñaba su oficio, el clamor de nuestros pecados es causa de que Dios nos acorte la vida y nos llame antes de tiempo á que le demos cuenta de ella. Y reflexiona en que este llamamiento inesperado puede ser de dos maneras: la una es terribilísima, cuando llama Dios á los pecadores tan de repente, que no tienen aviso de que se mueren, ni tiempo de prepararse para la cuenta que han de dar. La otra es cuando nos llama poco á poco por medio de alguna enfermedad, la cual es aviso de la muerte, y entonces es cuando nos dice aquella palabra: «¿Qué es lo que oigo decir de ti?»

¡Oh alma mía, oye la voz de Dios y enmienda con tiempo lo que Dios te avisa: porque si no estuvieres enmendado en la muerte, la palabra que ahora te dice para tu salvación te la dirá entonces para tu condenación!

Considera la confusión del mayordomo, al oir: «Dame cuenta de tu mayordomía, porque no puedes seguir siendo mi mayordomo». No se atrevería, de seguro, ni á levantar la vista del suelo por no tropezar con los ojos del señor, que le pedía cuentas. Y reflexiona tú sobre lo que ha de sucederte cuando el Señor tuyo te diga: Dame cuenta de la casa y granja de este mundo que crié para tu morada; de las plantas y animales que hice para tu sustento; de los tesoros, riquezas, oficios y dignidades que has tenido: de los años de vida, salud y fuerzas, y de los talentos que te he dado.

Dámela de los pensamientos que has revuelto por tu memoria, de las palabras que han salido de tu boca, de las obras que has hecho con tus manos y de los pasos que has andado; de los afectos y deseos que has fraguado dentro de tu corazón. Dame cuenta, finalmente, de todo lo que pertenece al oficio de mayordomo, porque ya no podrás seguir ejerciéndole; pasó ya el día en que podías negociar, y viene la noche en que no se puede merecer; es llegada la hora en que, mal que te pese, has de ser presentado á mi tribunal para dar razón de lo que has hecho viviendo en ese cuerpo, y recibir premio ó castigo por ello. Ten siempre estas palabras delante de los ojos, pues es cierto que ha de llegar hora en que se te han de decir, y es gran cordura vivir tan bien apercibido que puedas dar cuentas en el mismo momento en que fueres llamado.

Punto III

De la conclusión de la parábola.

Considérese, por último, la astucia con que el mayordomo infiel se granjeó amigos, repartiendo de los bienes que le quedaban del señor, en lo cual se ha de mirar, por lo que se refiere á la corteza de la parábola, cómo hay mundanos que son astutos y sagaces para todo lo malo, y que ni quieren trabajar, porque son regalones y amigos de holgar, ni mendigar, porque son vanidosos y enemigos de los oficios humildes, y así viven á costa de la hacienda ajena con engaños y trapacerías. Pero reflexiona que no trae Cristo N. S. este ejemplo del mayordomo para que lo imitemos, sino

para que de la providencia que tuvo en remediar sus necesidades corporales, aprendamos á remediar las de nuestra alma. ¡Oh alma mía, mira la prudencia de los hombres en su modo de vida mundana, y confúndete de ver la que te falta en la tuya religiosa y cristiana! Aquellos son diligentes para el vicio, y tú perezosa para la virtud; aquellos, sin dilación, hacen luego cuanto pueden, aunque sea trabajoso y difícil por alcanzar riquezas y honores, y tú, con dilaciones de día en día, no haces lo que puedes aunque sea fácil y llano.

Considérese también que en el hecho de este mayordomo se encierra un espíritu en que se apuntan varios ejercicios provechosos para granjear la vida eterna. Unos se ganan esta vida trabajando, esto es, por la penitencia y mortificación de su carne, con grandes rigores y asperezas. Pero esta vida, aunque muy excelente, no es para todos; porque muchos son flacos y enfermos, y no soportan tanto rigor. Otros hay que granjean la vida eterna pidiendo siempre, esto es, por la contemplación y oración, en la cual no se hace otra cosa que mendigar á Dios y á sus santos lo necesario para la perfección y salvación. Pero este modo, aunque también muy excelente, tampoco es para todos, y así hay otros que dicen como el mayordomo: «yo no puedo cavar, y tengo vergüenza de mendigar», y toman otro tercer modo de granjear la vida eterna con limosnas y obras de misericordia, y con ellas se alcanza de nuestro Señor perdón de pecados y dones grandes de su gracia en esta vida, y después el premio de la vida eterna.

Esto es lo que Cristo N. S. infirió de esta pa-

rábola, diciendo: «por tanto yo os aviso que ganéis amigos con las riquezas de maldad para que cuando muriereis os reciban en las eternas moradas», en cuyas palabras llama riquezas de maldad á las temporales, ó porque solamente los malos las tienen por riquezas, ó porque son ocasión de innumerables males de culpa y pena á los que las aman desordenadamente. Pero no se ha de olvidar que tales riquezas pueden ser instrumentos de ganar las espirituales cuando se sigue el consejo que da Cristo N. S. á los ricos, diciéndoles que con sus bienes ganen amigos, para que, al salir de este mundo, los reciban en las eternas moradas, ó sea ejerciendo con los pobres obras de misericordia.

Estas obras son amigos fidelísimos para negociar con nuestro Señor que si se muere muerte de culpa, nos libre de ella con las riquezas de la gracia, y si se muere muerte temporal, nos libre de la eterna dándonos las riquezas de la gloria, las cuales exceden á las de esta vida, tanto en la grandeza como en la duración; y esto nos ha de mover á dar infinitas gracias al que tal cambio y trueque ha ordenado, dándonos facultad de poder con tanta facilidad trocar lo terreno por lo celestial, y con tan viles riquezas, como son las de la tierra, granjear dos suertes de amigos que nos negocien las del cielo; es á saber: obras de misericordia que puestas en el seno del pobre, como dice el Sabio, oran por nosotros; y los mismos pobres, cuyas oraciones oye Dios cuando ruegan por quien les hace bien.

Coloquio.—¡Oh Dios misericordiosísimo, ilustra y enciende los corazones de los ricos de este siglo con

el resplandor y fuego de tu gracia y caridad, para que con las riquezas que les has dado «se hagan ricos en buenas obras» y ganen por amigos á los pobres y justos de la tierra y á los ángeles y santos del cielo, por cuya intercesión sean recibidos en las eternas moradas! Dame gracia para que, aprovechándome de los talentos y gracias que me has dado, de tal manera administre toda mi hacienda espiritual y material, que esté siempre dispuesto á dar tan buena cuenta de mí que no me condenes, sino que me salves el día terrible del juicio.

Propósitos.—Vive de tal modo y de tal modo administralo todo, tus talentos, riquezas, salud y cuanto tienes, como que aun del último centavo has de dar á Dios cuenta estrechísima.

20 DE SEPTIEMBRE

De la limosna.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Obligación de la limosna.

Considera que Cristo N. S. dedujo de la parábola del mayordomo infiel esta consecuencia: «Por tanto, yo os aviso que ganéis amigos con las riquezas de maldad, para que cuando muriereis os reciban en las eternas moradas». Los santos Padres ven en estas palabras una excitación á la limosna y á las obras de misericordia, ya que el modo de atesorar riquezas allí, donde no llegan ladrones ni polilla, es ponerlas en manos de los pobres, y ya que el único dinero que de este mundo se llevan los ricos es el que han depositado en las arcas de la misericordia. Si, pues, quieres ser prudente como el mayordomo y granjearte

amigos para el día de la cuenta, gánate á los pobres con la caridad, pues ganando á los pobres te ganas á Cristo, que quiso en la Iglesia quedar viviendo y ser representado en los pobres.

Considera, pues, ante todo, la obligación de la limosna, y que Jesucristo, en el día del juicio, condenará á los que no la hayan dado según sus facultades; y esta es la prueba más concluyente de la obligación que tienes de darla, pues siendo Dios infinitamente justo, no ha de condenar por la omisión de una obra de puro consejo. Existe, por tanto, el precepto claro y terminante de dar limosna al necesitado, y se funda en estos dos principios: la soberanía de Dios y la indigencia del pobre.

Medita, en efecto, que Dios es el soberano dueño de todos tus bienes, y que, por tanto, le debes por ellos un tributo. Ese tributo no quiere recibirlo para sí y lo ha transmitido á los pobres, á los que no has de dar limosna solamente por deber de caridad hacia ellos, sino por deber de dependencia respecto de Dios. De aquí se deduce que el rico que niega al pobre la limosna, es un súbdito rebelde que niega á su soberano el tributo que le debe.

De esto has de sacar dos consecuencias, á saber: la primera, que es esencial que la limosna sea hecha con sentimiento de humildad, no con la soberbia con que la hacen muchos fariseos que sólo hacen el bien al sonido de trompeta, porque es una confesión que el hombre hace á Dios de su dependencia. Por eso Abraham, cuando al ver á tres pobres se disponía á cumplir con ellos los deberes de la hospitalidad, comenzó por adorar á Dios. La

segunda consecuencia que has de sacar es, que la limosna debe ser proporcionada á tus bienes y calidad, pues Dios te exige ese tributo en proporción de tus haberes, y no es limosna, según dice San Ambrosio, dar poco cuando se ha recibido mucho. Piensa que incurres en un grave desorden al arreglar todos tus gastos según tus rentas, excepto el que se refiere á la limosna, para la cual no las tienes en cuenta. Porque tú bien quieres estar alimentado, servido, alojado y vestido en proporción á tus bienes, y sólo en la limosna no admites esa proporción; de lo que resulta que á veces los pobres atienden más á las necesidades de los pobres, que los mismos ricos.

Además de que el precepto de la limosna se funda en la soberanía de Dios, se funda también en la indigencia de los pobres. A este propósito considera que estás obligado á remediar las necesidades de los pobres á título de justicia, y á título de caridad. A título de justicia, porque Dios no te ha hecho rico precisamente por ti mismo, sino por los pobres, y no socorriéndolos deshonras á la divina Providencia, de la que los ricos son como administradores y canales, y autorizas las murmuraciones de los pobres contra ella, lo que indudablemente te acarreará la venganza de esa misma Providencia á quien ofendes. A título de caridad, porque esos pobres son tus hermanos, hijos de Dios y á veces mejores que tú, y, como dice el discípulo amado, un hombre que ve á su hermano en la necesidad y no le socorre, no puede tener caridad. Teme los dos escollos en medio de los que se hallan los ricos, y que son, la avaricia y la sensualidad, que comúnmente

tienen su origen en la indiferencia para con los pobres, y procura evitarlos por medio de la limosna.

No seas tú, por Dios, ni de los que se enriquecen con el sudor y la sangre del pobre y tienen el corazón tan duro que no parece sino que también se ha trocado en vil metal como todo lo que les rodea: ni de los ricos á los que todo les parece poco para sus lujos y sus vicios y mucho para los pobres del Señor; de los que tratan mejor á sus perros y caballos que á sus criados y á los pobres de Cristo: de los que derrochan en una fiesta profana lo que haría la felicidad de muchas familias hambrientas, y luego regatean una limosna al huérfano y á la viuda. Estos tales no tienen de cristianos sino el nombre, y con su avaricia y dureza encienden la ira y la venganza de Dios y la de los pobres, que no viendo en el rico un hermano sino un explotador tiránico, se aprestan á tomar venganza y serán el azote providencial con que Dios castigará sus pecados y la dureza de su corazón. Examínate en esta materia, y ve si haces todo lo que debes y todo lo que puedes en favor de tus hermanos menores, los pobres de Cristo.

Punto II

Materia de la limosna.

Considera que establecer el precepto de la limosna sin determinar su materia, es turbar á las almas escrupulosas, autorizar á las almas duras y asignar al pobre sobre el rico una deuda sin límites. Ahora bien, ¿cuál es la materia de la limosna? Lo superfluo de los ricos; y

esta es la razón por la que decía San Pablo á los corintios: «Que vuestra abundancia supla á la indigencia de los pobres». Fundados en esto, enseñan los santos Padres que retener lo superfluo es un robo; así lo dice San Ambrosio, y Santo Tomás añade, que no habría justicia en la repartición de los bienes de Dios si lo superfluo de los unos no debiese ser entregado á los otros. En este sentido nada superfluo existe en el mundo, porque lo superfluo para el rico es lo necesario para el pobre; y Dios quiere, añade el Apóstol, que eso necesario le sea dado para establecer entre los hombres una bienaventurada igualdad. En esto has de ver la providencia de Dios y su misericordia para con los ricos, pues si les fuera permitido guardar lo superfluo, eso superfluo sería el mayor obstáculo para su salvación. ¿Pero qué es lo superfluo? dirás, y aquí realmente está el punto de la dificultad. Porque desde luego se comprende que lo superfluo es todo aquello que no es necesario á cada cual en su respectivo estado; pero de ahí nacen mil pretextos; pues, según los ricos, todo lo que tienen, es necesario á su estado. Para resolver con acierto este asunto, has de examinar dos cosas: 1.ª Cuál es ese estado. 2.ª Qué es lo necesario para ese estado. ¿Y cuál es ese estado? ¿Es, acaso, un estado de ambición sin límites y que sólo está fundado sobre tus vastas ideas de orgullo y de codicia? Si así fuera, tendrías razón al decir que no tienes nada superfluo; ¿pero cómo, siendo cristiano, podrás exponer semejante excusa? Y si esa clase de estados estuviese autorizada, ¿á qué quedaría reducido el precepto de la limosna? Aparte de esto, y aun cuando tu posi-

ción fuese la que te imaginas, debes, á lo menos, llamar superfluo á todo lo que no es para ti solamente inútil, sino perjudicial, esto es, lo que sirve para sostener tus desórdenes, tus excesos, tus placeres vergonzosos, tus gastos excesivos, tu vanidad y tu lujo. Reduce todo esto y tendrás lo superfluo.

Pero tal vez dirás: ¿Acaso no tengo derecho á lo superfluo para engrandecer mi familia? Ahí precisamente está el escollo y la piedra de escándalo para todos los ricos mundanos; porque ese deseo es criminal en cuanto que tiende á beneficiarte con lo superfluo, que pertenece de derecho á los pobres. Te es permitido engrandecer tu familia con tal de que te contengas en los límites de una razonable modestia y cuidando de que ese engrandecimiento no destruya el precepto de la limosna, y siempre que en la misma proporción que tu engrandecimiento crezcan tus limosnas, puesto que ellas constituyen una parte esencial de tu obligación.

No digas tampoco que tienes una familia é hijos á quienes sostener, porque no por eso debes abandonar á los miembros de Jesucristo, que son tu familia también. Y por otra parte, así como si Dios te hubiera dado una familia más numerosa, á toda ella la harías partícipe de tus riquezas, del mismo modo debes ver en el pobre á un hijo más que aumenta los gastos de tu casa.

Acuérdate, por último, de que á la hora de la muerte tendrás que perder eso superfluo, y empléalo ahora de modo que te atraigas las bendiciones de Dios, á quien nada moverá tanto á aumentar tus bienes temporales como

el buen uso que de ellos hagas en favor de los pobres. Muévate á ser misericordioso con ellos el hecho mil veces repetido y comprobado por gran número de personas graves, que te aseguran no haberse dado el caso de que un rico que se haya mostrado generoso con los pobres, deje de experimentar á la hora de su muerte ciertos efectos de la gracia y misericordia de Dios que han llenado de consuelo á los que le asistían en trance tan extremo, mientras, por el contrario, es muy común ver á ricos insensibles á las miserias del prójimo envejecer en sus desórdenes, endurecérseles el corazón y morir al fin en la impenitencia. Y no puede menos de ser así, porque, según la sentencia del Espíritu Santo, no hay misericordia para quien no ha usado de misericordia.

Punto III

Premios de la limosna.

Considera que la limosna es una de las señales más ciertas de la predestinación, porque es una de las causas, ó la más eficaz, de la salvación, pues nos alcanza todos los medios para asegurarla y quita todas las dificultades que pueden impedirla. La misericordia de Dios es el fundamento más sólido de nuestra salvación; y ¿quién nos asegura de ella más infaliblemente que la misericordia con los pobres? «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Jesucristo no puede dejar de tener misericordia de los que la hacen, sin faltar á su palabra. «Dad, y se os dará»; pero, ¿qué se nos dará? Una medida abundantísima; se nos dará mu-

cho más de lo que diéremos; se nos darán bienes de otra naturaleza, de otro valor; se nos darán bienes espirituales, divinos, eternos; gracias abundantes, el perdón de nuestros pecados, la amistad con Dios, prendas seguras de nuestra predestinación. Estos son los bienes que la Escritura promete por un vaso de agua, por un bocado de pan dado á un pobre; ¿son, por ventura, caros ó costosos á este precio?

No solamente la limosna nos alcanza todos los medios para nuestra salvación, sino que quita todos los obstáculos ó impedimentos. Nuestros pecados son los que impiden nuestra salvación. «La limosna, dice Tobías, purifica nuestras almas de sus pecados, alcanzándonos el perdón de ellos». «Dad limosna, decía el Salvador, y seréis purificados de todas vuestras culpas». Deudores, pues, somos de diez mil talentos á la justicia de Dios, podemos redimir esta inmensa obligación con una pequeña limosna. ¡Qué dichosa, pero qué fácil compensación! Si quedamos deudores, es absolutamente por nuestra culpa. «Redime tus pecados con tus limosnas», decía Daniel á Nabucodonosor. La única ventaja que las riquezas dan á los ricos para su salvación, en medio de los impedimentos que les causan, es darles el medio de pagar lo que deben á la justicia divina, distribuyendo sus riquezas con los pobres; y esto, aunque ellos sean muy deudores, ó por el mal uso que han hecho de sus riquezas, ó por el sobrado gusto que en ellas pusieron.

Saca, pues, de todo lo que has leído y meditado como doctrina muy acomodada para curar las llagas del siglo y encender tu corazón en la caridad, que es verdad de fe que Jesu-

cristo quiere ser reconocido en la persona del pobre, que reputa su pobreza como propia y que agradece y paga como hecho á El el bien que al pobre se hace. Si despreciamos al pobre es por efecto de nuestra poca fe, que nos hace olvidar la estrecha alianza de naturaleza, y de gracia que al pobre nos une, y la más estrecha que une al pobre con Jesucristo. Imbuídos en las máximas del mundo no hacemos caso sino de pompas exteriores, que ¡cuántas veces sólo sirven para cubrir la ignominia y el pecado! No mires al pobre, dice San Agustín, con ojos de carne sino con los de la fe, y entonces verás en él una especie de sacramento de nuestra religión que oculta grandes misterios debajo de especies despreciables. Haz como los Magos, adora á tu Dios en la pobreza, ó como el buen ladrón, proclama á tu rey bajo una corona de espinas.

Considera, pues, que el Hijo de Dios se presenta á ti en la persona del pobre, no tanto para recibir la limosna como para tener ocasión de hacértela. Si el pobre es ingrato, no te importe, Dios no lo es y el provecho siempre es para ti. La limosna te la haces á ti mismo, y si tuvieses fe, debías de mirar al pobre no como deudor sino como acreedor tuyo y en cierto modo como tu salvador, porque la limosna es la absolución de tus pecados. No amas á Jesucristo si sólo lo buscas en la prosperidad y huyes de El en la cruz. El amor divino no halla casa más agradable que la casa del pobre, que el hospital y la cárcel, porque sabe que Jesucristo se complace en esos centros del dolor y la misericordia más que en los palacios de los grandes. Ni puede ser la caridad delicada, ni

menos altanera, porque la honra de visitar y curar los miembros doloridos de Cristo debe sobreponerse á los impulsos de nuestra naturaleza. Ve si son esos los sentimientos de tu corazón y si son esas tus ideas, porque si no estás muy lejos de tener el espíritu de Jesucristo.

Coloquio.—¡Señor mío Jesucristo, que siendo riquísimo y Dios y Señor del cielo y de la tierra os hicisteis pobre por mí para hacerme rico, y nacisteis en un portal, y vivisteis en suma pobreza y moristeis desnudo en una cruz sin tener donde reclinar vuestra cabeza, para enseñarme el menosprecio de las riquezas y de todas las cosas de la tierra! yo os suplico que me deis vuestro espíritu, y apaguéis en mí la sed y apetito desordenado de la hacienda, y arranquéis de mi alma la codicia y el deseo de aquellos bienes que no pueden henchir el vacío de mi corazón, ni hartarle, ni darle contento, y se adquieren con trabajo, y se poseen con cuidado, y se pierden con dolor, y las más veces se alcanzan y se gastan con pecado, y son lazos de las almas y materia de muchos males. Yo, Señor mío y bien mío, desde hoy detesto la codicia de bienes temporales, y os suplico que me hagáis rico de los espirituales y eternos, y me deis vuestra gracia para que si tuviere hacienda la reparta largamente con vuestros pobres, é imite vuestra inmensa liberalidad; y si no la tuviere, me alegre de ser pobre por ser más semejante á Vos, y confíe en Vos y esté colgado de vuestra divina Providencia.

Propósitos.—Resuélvete á seguir el consejo de Daniel, redimiendo tus pecados con limosnas.

21 DE SEPTIEMBRE

Parábola de la viña.

Preludios.—Imagínate la ingratitud de aquellos renteros que debiéndolo todo al Padre de familias, mataron, sin embargo, á sus criados y al mismo Hijo del Señor, y pide no ser tú nunca desagradecido á los beneficios infinitos de Dios.

Punto I

De la providencia de Dios con su Iglesia y con las almas figuradas por esta viña.

Considera la soberana providencia de Dios con la viña de su Iglesia, la cual resplandece señaladamente en tres cosas, figuradas por la cerca, el lagar y la torre. Cerca, es la protección de los ángeles, que la defienden de los demonios y de las fieras de los perseguidores, para que no la huellen, y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él solo fuera la viña; pero muy más fuerte cerca es la protección del mismo Dios, que está alrededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones y le tiene cercado con preceptos, fortificado con promesas de grandes premios para quien los guardare, y con amenazas de terribles castigos á quien los quebrantare.

Lagar, es la muchedumbre de sacramentos y sacrificios en que se recoge la sangre de Jesucristo, en cuya virtud se comunica el perdón de los pecados y el vino de la caridad. Y entre todos tiene la primacía el Santo Sacramento y sacrificio del altar, en el cual depositó su mismo cuerpo y sangre para embriagar-

nos con el vino de su amor. Lagar es también la divina ley, con sus preceptos y consejos de perfección, cuyo fin es el vino puro de la caridad, exprimido con la piedra de la mortificación y penitencia, y con la carga de la humillación.

Torre, es la providencia especial de nuestro Dios, que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas, y el templo y casa de oración donde invocamos el nombre de nuestro Señor, que es torre fortísima para nuestra defensa; y también la muchedumbre de prelados y maestros que, como atalayas, guardan la viña para que ni las fieras la destrocen, ni las raposas la destruyan. Y, finalmente, es torre la doctrina alta y soberana de la Sagrada Escritura y Evangelios, con la cual se levanta nuestro corazón de lo terreno á lo celestial, y tiene, como la torre de David, armas ofensivas y defensivas de grandes avisos y remedios contra las tentaciones y molestias de nuestros enemigos públicos y secretos.

Considera, igualmente, cómo Cristo N. S. entrega esta viña á labradores y renteros, que son los hombres, no por venta, sino por arrendamiento, porque El se queda con el dominio y nos pide que la labremos para que lleve fruto de bendición, y cada uno ha de labrar la parte que le cabe, que es su propia alma y las almas de los que están á su cargo. Y hecha la entrega, dice que se parte muy lejos, para dar á entender que se trata como ausente, dejándonos en nuestra libertad, sin hacernos fuerza y como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo y está en todo lugar.

Con estas consideraciones, hablando conmigo mismo, me diré: Procura ser liberal con Dios, como Dios lo es contigo; y pues Dios te ha hecho rentero de viña tan preciosa, vuélvele copiosos frutos aprovechándote de la cerca, lagar y torre que hay en ella. Y pues se hace del ausente para probar tu fidelidad, sírvele fielmente como si le vieras, para que llegues á verle como deseas. ¡Oh Dios liberalísimo, que me pides renta de esta viña, no por tu provecho, sino por el mío, concédeme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria, sino para la tuya, por todos los siglos!

Punto II

De la horrible ingratitud de los criados para con su amo y señor de la viña.

La segunda parte de la parábola refiere la indigna conducta de los renteros. Porque «llegado el tiempo de los frutos, envió el Padre de familias diversas veces muchos criados para recoger los frutos, pero los renteros los maltrataron. Visto esto, envió á su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo; pero ellos, en viéndole, dijeron: Este es el heredero; venid y matémosle, y nos quedamos con la viña y heredad. Y prendiéndole, sacáronle de la viña y lo mataron».

Considera la suave providencia de Dios con los renteros en solicitarlos á lo bueno por varios medios, y la maldad abominable de los renteros contra Dios en atropellarlos todos. Y hay que advertir que el tiempo de los frutos es todo lo que dura esta vida mortal; porque después del fin del mundo y de la muerte de cada

uno, no es tiempo de fructificar, porque, si se pasa el tiempo, nos hallaremos sin remedio.

Esto supuesto, se ha de ponderar la infinita caridad de nuestro Padre de familias, el cual en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores que exhortasen á los renteros á trabajar en bien de sus almas; y aunque los hombres maltrataron y mataron á estos profetas y predicadores, El, por su infinita bondad, en lugar de abrasar á estos homicidas, les dió á su Hijo unigénito hecho hombre, para que viniese en persona á exhortarles lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros, que se atrevieron á querer matar á su Hijo unigénito y echarle de la viña que era suya, entregándole á los gentiles, de los cuales, como manso cordero, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalén, y con su sangre preciosa quiso regar la viña, para que llevase fruto con abundancia. ¡Oh Padre Eterno! ¿Qué provecho te traen los frutos de esta viña, para que envíes á tu Hijo á solicitarlos, sabiendo cuán mal le habían de tratar sus renteros? ¡Oh Hijo de Dios vivo! ¿Por qué amas tanto á esta viña, que quieres morir por ella? ¡Oh amor excesivo del Hijo de Dios! Ahora, Señor, veo con cuánta verdad dijiste: «¿Qué más pude hacer por mi viña de lo que hice?» Verdaderamente hiciste lo sumo que podías en hacerte hombre y morir por el hombre. Pero el hombre ingrato y rebelde no puede hacer mayor mal del que hizo quitándote la vida, resistiendo á tu predicación y queriéndose alzar con los bienes que le diste. Mas todo esto me convida á que te ame y trabaje por darte el fruto que te debo, haciendo

lo sumo que pudiere en tu servicio, como Tú lo hiciste en mi provecho.

Luego ponderaré el cuidado cotidiano que tiene Dios N. S. de avisarme que cuide de la viña de mi alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones, aunque yo soy tan malo, que muchas veces lo maltrato y ahogo el espíritu que me incita á lo bueno y piso el dictamen de la conciencia que me reprende lo malo, y crucifico dentro de mí al Hijo de Dios, echándole fuera de mi corazón por dar entrada al pecado. Y habiendo sido tanta la bondad del Padre Eterno, que quiso que su propio Hijo estuviese en medio de la viña de la Iglesia, en el santo sacramento del altar, para que teniendo respeto á su presencia me animase á trabajar y cultivar mi alma, ni esto ha bastado para que yo lo hiciese. ¡Oh dureza rebelde! ¡Oh rebeldía ingrata! ¡Oh ingratitud abominable de mi corazón! ¿Por qué no te ablandas con tantos favores, para servir como debes á este Señor, de quien tanto bien recibes? Ayúdame, Salvador mío, con tu gracia, para que desde luego comience nueva vida.

Punto III

Conclusión de la parábola.

Considera cómo los judíos respondieron á nuestro Señor que el Señor de la viña debía de destruir á los malos renteros, en lo que se ve cuán justo es Dios N. S. en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que El había de pronunciar, y cuán

abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesta en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios justísimamente había de pronunciar contra él para castigarle como merece. ¡Oh Padre misericordioso y juez muy justo, templa tu justa ira con tu grande misericordia; y si con tales parábolas nos quieres convencer, no sea para condenarnos como á los fariseos, sino para que conociendo nuestras culpas como David, hagamos penitencia de ellas!

Pondera aquí el terrible castigo, pero justísimo, con que Cristo amenazó á los judíos diciendo que les quitaría el reino de Dios, que es lo mismo que la viña con su cerca, lagar y torre, desamparándolos por su pertinacia para que fuesen destruídos. Quitóles el derecho que tenían á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y leyes del reino del Mesías, traspasando todo esto en la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por tanto, ¡oh alma mía! escarmienta en cabeza ajena antes que venga el castigo por la propia. Mira que Dios desampara á los que le dejan, y sabe pasar su fe de un punto á otro y los reinados y dignidades de una persona en otra, quitándolas por su culpa al que las tiene y poniendo otros en su lugar; y si uno falta en la fe ó religión que profesó, llamará otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. «Ten, pues, lo que tienes, porque no reciba otro tu corona».

Coloquio.—¡Oh Padre soberano, gracias te doy por los bienes que haces á esta viña que plantaste por tu mano; y pues me has puesto en ella, tómame

debajo de tu protección y amparo, embriágame con el vino de tu amor, alégrame en la casa de tu oración, gobiérname por medio de tus ministros y dame luz para aprovecharme de tu santísima doctrina, de modo que alcance la perfección para que se ordena! Que no sea yo ingrato á tus beneficios, antes aprovechándome de ellos y cultivando con esmero y regando con mis sudores y mi sangre la viña de mi alma, consiga yo que dé frutos agradables á tus divinos ojos.

Propósitos.—Sé agradecido á los beneficios de Dios y fiel á sus inspiraciones, no sea que te quite lo que te ha dado y lo traspase á quien sea más fiel que tú.

22 DE SEPTIEMBRE

De la ingratitud del hombre para con Dios.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Cuán injurioso es á Dios el pecado de la ingratitud.

Considera que la ingratitud fué el primer vicio del mundo, y que cuando somos ingratos para con Dios, hacemos ver que somos los herederos del pecado del primer hombre, así como somos sus hijos. En la naturaleza de la ingratitud encuentra Santo Tomás tres grados. El primero es, no hacer lo que se puede para agradecer el beneficio recibido, correspondiendo con otro beneficio recíproco. Y como á Dios ningún beneficio puede hacer el hombre miserable, porque El no tiene necesidad de nuestros bienes, los suplimos con la reverencia y el amor que le tributamos para corresponder á sus dones. El segundo grado de la ingratitud consiste, en no tributar gra-

cias y alabanzas al bienhechor si no se puede hacer otra cosa, disimulando y dejando pasar en el silencio el beneficio recibido. El tercero, borrar el beneficio del corazón y darle al olvido. En rigor aún se podría añadir un cuarto grado, que es el de ultrajar y ofender á su bienhechor, valiéndonos de sus mismos beneficios. Además, considera que de dos maneras somos ingratos para con Dios; por omisión, cuando no le damos alguna muestra de nuestra gratitud, ó positivamente, cuando hacemos algo contrario al agradecimiento que le debemos. El que no hace algún acto de amor á Dios, cuando recibe algún beneficio, cae en el primer grado de ingratitud, y el que no reflexiona sobre las gracias recibidas y no las declara, ni confiesa, ni da por ellas á Dios mil acciones de gracias y alabanzas, cae en el segundo grado. Pero si además de esto ultraja y ofende á Dios con sus mismos dones, entonces cae en el último grado del abismo de la ingratitud é incurre en el horrendo pecado de los que, según el Salmista, devuelven mal por bien.

Con esta sola definición basta para que comprendas la gravedad de la ingratitud; pero hay otras dos razones que te harán ver claramente su enormidad. La una, nace del objeto á que se refiere; la otra, del sujeto que la produce. Esto es: de Dios, á quien ofende nuestro desagradecimiento, y del hombre, que comete la ofensa.

Nada, pues, desagrada tanto á Dios como la ingratitud, porque contraría y combate la inclinación más fuerte, y, por decirlo así, más natural en Dios, que es el deseo de que su in-

finita bondad distribuya sus bienes en el seno de sus criaturas y derrame los tesoros de sus gracias en los corazones de los cristianos que ha escogido para sus hijos. Pero todavía hace la ingratitud á Dios otra ofensa, no menor que la primera, y es que le arrebata el único homenaje que puede recibir de la criatura inteligente, pues siendo de Dios, que lo ha creado, todo cuanto tenemos, con nada más que con nuestro agradecimiento podemos pagarle los beneficios que nos hace.

Considera también que el ingrato, en cuanto está de su parte, priva á Dios del fin para que creó al mundo y á todas las criaturas. La Sagrada Escritura enseña que Dios crió todas las cosas para sí; ¿pero qué es lo que Dios se propone obtener más particularmente de la creación del mundo? No es ninguna alegría ni felicidad intrínseca, pues El es infinitamente feliz; tampoco ningún auxilio, porque es Todopoderoso; ni ningún bien, porque es Señor y Soberano de todos los bienes. ¿Qué beneficios, pues, le pudo reportar la creación del mundo? El único que puede obtener y el sólo fruto que puede de ella sacar, es su gloria. ¿Y quién puede tributárselo? Todas las cosas creadas pregonan con su hermosura, con su bondad ó con su utilidad, la grandeza de Dios; pero sólo el hombre tiene voluntad y lengua para darle gracias y cantar sus alabanzas. Por consiguiente, el ingrato que por negligencia ú olvido, ó por desprecio á su Creador, deja de cumplir este deber, frustra en cuanto está en su mano el designio que Dios se ha propuesto en la creación y gobierno del mundo, y que no es otro que el de verse conocido, honrado y

alabado por sus criaturas. ¿Cómo, pues, no ha de ser muy odiosa á los ojos de Dios esta conducta del ingrato que detiene el curso de su misericordia, seca las fuentes de la bondad divina y le roba el único bien que puede recibir de los hombres?

Y ¡oh dolor! El número de los que así proceden es infinito aun entre los mismos cristianos, muchos de los que, á semejanza de esos animales que devoran cuanto encuentran á su paso sin levantar la cabeza para ver de dónde procede, reciben incesantemente de la mano generosa de Dios los bienes de fortuna, de naturaleza y de gracia, sin reflexionar quién se los envía, ni levantar los ojos al cielo para adorar y bendecir á su magnánimo bienhechor.

No seas tú de ese número, abre tu corazón para recibir las dádivas de Dios, pero al mismo tiempo cumple con los deberes que te impone la gratitud, tributando á Dios las alabanzas y devolviéndole el único bien que de ti espera, ó teme si no el terrible castigo que merece tu desagradecimiento y no te portes con Dios como no te portarías con el más miserable de los hombres si éste te hiciese algún favor de los infinitos que el Señor te hace.

Punto II

La ingratitud es perniciosa y dañosísima para el hombre.

Considera que, según la opinión de muchos autores profanos, la ingratitud encierra en sí en grado máximo todos los vicios. Llamar á un hombre ingrato es colmarle de todas las injurias; y si eso puede decirse del que es ingrato

con los hombres, ¿qué se podrá decir del que es ingrato para con Dios?

San Agustín en sus *Soliloquios*, dirigiéndose á Dios, le dice: «Señor, yo sé y Vos me lo habéis hecho conocer, que la ingratitud encierra, no solamente la malicia de todos los pecados, sino todos los males y penas de que los pecadores están amenazados, y por esto podemos llamarla la raíz de todo el mal espiritual». San Bernardo añade que la ingratitud es la grande enemiga de Dios, el anonadamiento de los méritos, la disipación de las virtudes y la pérdida de los beneficios recibidos.

Y así es, efectivamente, porque la ingratitud quita al hombre las primeras gracias y le impide recibir las segundas, puesto que el ingrato merece perder lo que ha recibido y no merece obtener lo que le falta. En él se verifica aquella terrible amenaza de Jesucristo en el Evangelio: «Al que no tiene se le quitará lo que tiene»; pues en el ingrato se encuentran á la vez estas dos condiciones tan opuestas. Porque, si bien lo consideras, verás que tiene los dones que Dios le ha dado y las gracias que su magnanimidad le otorga; pero al mismo tiempo no los tiene para conocer y alabar á Dios ni para el buen empleo ni para el buen uso de ellos, puesto que los deja inactivos, á semejanza de los avaros que al ocultar bajo tierra sus tesoros sin atreverse á servirse de ellos, tienen bienes y no los tienen, porque tienen la propiedad, pero no el goce de sus riquezas. De aquí que Dios, viendo que los ingratos no hacen buen uso de las gracias que les ha dado, les quita lo que tienen ó los deja tan secos y áridos como si no lo tuvieran.

Y no sólo les quita esas primeras gracias, sino las segundas, porque justo es que aquel que impide que las gracias que ha recibido fructifiquen y vayan adonde deben ir, esto es, á Dios, de quien proceden, no reciba las segundas; del mismo modo que el que detiene el curso de un río impide que corran no sólo las aguas que estanca sino las que vienen detrás, que quedan igualmente detenidas.

Considera, por último, que este pecado de la ingratitud desarregla y pervierte todas las potencias del alma. Hiere á la memoria con el olvido de Dios; llena el entendimiento con las tinieblas de la ignorancia y produce en la voluntad un desorden, un endurecimiento, una soberbia y una perversión que son terribles prenuncios de la eterna reprobación.

De aquí se sigue necesariamente que cuando la ingratitud se ha apoderado de un alma borrando de ella el recuerdo de los beneficios de Dios, la predispone á toda clase de pecados; porque del olvido de Dios se cae bien pronto en su desprecio, desde donde se precipita el pecador en el abismo de todos los crímenes. Tal sucedió al pueblo de Israel, que del olvido de las maravillas que Dios había obrado para librarle de la servidumbre de Egipto, pasó á la murmuración, luego al desprecio del Señor y después á la impiedad hasta caer en la más espantosa idolatría.

No caigas en semejante abominación. Muéstrate con las palabras y las obras agradecido á la bondad infinita de Dios. Alábalo, sírvelo y ámalo, que eso te proporcionará el que cada día crezca para ti el torrente de sus gracias y favores.

Punto III

Medios de evitar los daños que causa la ingratitud.

Considera que el primero y principal remedio de toda enfermedad es conocer su intensidad y naturaleza. Confiesa, pues, delante de Dios, que perteneces al número de los ingratos, y duélete de ello, porque en las enfermedades del alma el aborrecimiento del mal es casi la curación completa.

Mira también á qué grado de ingratitud perteneces, porque los hay de diferente gravedad, y según sea ésta así ha de ser la medicina. Los que viven habitualmente en pecado mortal y en él perseveran, son los mayores ingratos, porque pagan con el mayor de los ultrajes los beneficios recibidos de Dios. Los que salen con frecuencia de ese miserable estado por medio de la penitencia, pero luego vuelven á caer en él á causa, ó de su miserable flaqueza, ó de su perversa costumbre, no serán tan ingratos como los primeros; pero todavía lo son mucho, porque ofenden con frecuencia á su bienhechor, ahogando sus gracias en el veneno de la ingratitud y del pecado. Aquellos, por último, que evitan el pecado mortal, pero que se abandonan al venial, en mentiras, vanidades, impaciencias, cóleras y palabras ociosas, son menos ingratos que los demás, pero lo son aún, porque ofender á su bienhechor en la cosa más pequeña, es, de todos modos, ser ingrato. ¿A cuál de esas clases perteneces tú? Examínalo con detención, pues en conocerlo estriba el principal remedio de tan terrible enfermedad.

El segundo remedio consiste en meditar de-

tenidamente acerca de los beneficios recibidos de Dios, que son de dos clases, á saber: los generales y comunes á todo el mundo, como la creación, la conservación, la redención, la fe en las cosas divinas y sobrenaturales, la esperanza en la vida eterna y el derecho á la corona de la gloria, y los particulares y personales cuyo número es infinito, pues si llevaras la cuenta de los que Dios te ha hecho en el curso de tu vida, verías que son muchos más que los instantes de tu existencia. En la imposibilidad de contarlos, piensa al menos en las veces que Dios te ha apartado del pecado mortal y librado del infierno desde que recibiste el Bautismo, y piensa que cada vez que respiras debes de nuevo la vida á tu Dios.

Debes, en tercer lugar, después de haber meditado los beneficios que Dios te ha hecho, darle gracias por ellos, siguiendo el consejo de San Pablo, que dice: «que siendo infinitos y continuos los beneficios que Dios nos hace, continuas deben ser nuestras acciones de gracias». Dáselas, pues, por los bienes espirituales y por los bienes temporales que de El has recibido y continuamente recibes, y si la vista de toda la naturaleza, que á su modo alaba y bendice al Creador, no te bastara para unir tus alabanzas á las suyas, mira con los ojos de la fe á los innumerables millones de espíritus angélicos y á todos los santos, que manifiestan su gratitud á Dios con bendiciones y alabanzas perpetuas. Comienza desde ahora á hacer imperfectamente en este mundo lo que habrás de hacer perfectamente en el cielo, si tienes la dicha de penetrar en él, tributándole las debidas alabanzas para poder luego can-

tar eternamete sus misericordias y darle infinitas gracias por su bondad, para que de ti pueda decirse: ¡Oh, Señor: bienaventurados los que habitan en vuestra casa, porque ellos os alabarán eternamente!

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo y liberalísimo, cómo podré yo corresponder á los infinitos beneficios que me haces, y de los que vivo y me sustento! Yo no quiero ser más ingrato con un Dios tan bueno y generoso. Y pues Tú me concedes el que pueda devolverte como mío lo que por cien títulos es tuyo, toma mi corazón, pues me le diste; tómale, pues me le pides, y porque yo no le puedo dar con la liberalidad y perfección que deseo, suple Tú mi falta para que te lo dé como deseas! ¡Oh Padre mío, toma para Ti mi corazón, que mejor y más seguro estará en tus manos que en mi pecho! Desde hoy más te ofrezco mis afectos, mis deseos y aficiones, mis obras y todas mis cosas; toda la fruta de este árbol quiero que sea para Ti, Dios mío: liberalmente te la doy, porque no quiero nada en mí que no sea para tu servicio y gloria.

Propósitos.—En todas cosas, prósperas y adversas, da gracias al Señor. Todos son beneficios suyos, y el ser agradecido con Dios es el medio de que aumente su largueza para contigo.

23 DE SEPTIEMBRE

Parábola de los convidados á las bodas y á la cena.

Preludios.—Imagínate el reino de los cielos como se propone en esta parábola, bajo la figura de un magnífico banquete de bodas, y pide al Señor que no seas tú por tus culpas de los arrojados á las tinieblas exteriores, sino que por los méritos de Cristo y tu correspondencia á la gracia, merezcas participar de aquellas eternas delicias de los bienaventurados.

Punto I

Del convite.

Considera cómo el Eterno Padre, Rey de cielos y tierra, quiso que su Hijo unigénito se

desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en un todo igual á su Padre. Pasó más adelante la bondad de este Padre celestial, porque también quiso que su Hijo se desposase con la Iglesia, que es la congregación de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes, cuales convienen á esposas de tan soberano Rey.

Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque llama á muchos, para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó pecador, aunque haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. Y para celebrarlo prepara un gran convite, y en él sirve tres manjares preciosímos: la doctrina, que es el sustento del entendimiento; los consejos de perfección, que son alimento de la voluntad, y los sacramentos que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas, entre los cuales el más principal es el santísimo Sacramento del altar, en el cual el mismo Jesucristo da real y verdaderamente su cuerpo por manjar y su sangre por bebida. ¡Oh convite soberano! ¡Oh cena grande y sobre todas las que ha habido y habrá en el mundo! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero! ¡El es el que convida y El es el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que lo coma, y llenándole de los deleites del cielo!

Considera que los predicadores son como los criados del Rey y del Esposo que llaman á

los convidados á este banquete de bodas, y que también son solicitados estos por secretas inspiraciones, por toques interiores dentro del corazón, á pesar de lo cual hay muchos que se excusan de asistir al banquete. Uno dice: «he comprado una heredad, tengo necesidad de ir á verla, te ruego, pues, que me tengas por excusado»; y otro: «compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos, ruégote me tengas por excusado»; y otro: «me he casado y por eso no puedo ir», en cuyas tres excusas has de ver los vicios que nos detienen é impiden convertirnos á Dios, es á saber: la soberbia de la vida, la codicia de los ojos y la concupiscencia de la carne.

Considera, por último, que aquellos desvergonzados que mataron á los criados del rey, son los que aborrecen á los predicadores y confesores y á cuantos les reprenden sus vicios, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra; y así, al pecado de no venir al banquete, añaden el de afrentar á los mensajeros. ¡Oh Rey eterno, ablanda la dureza de los rebeldes; refrena, Señor, tu ira, y ten de ellos misericordia! ¡Y ablanda también mi corazón para que no se haga sordo á los llamamientos de tu gracia!

Punto II

De cómo se llenó la sala del banquete.

Considera cuán grande es la liberalidad de Dios, que no se cansa de los hombres, aunque tantos desprecian sus convites y aunque los ingratos sean, en general, los ricos y poderosos del mundo; y cómo viendo que éstos son

indignos, quiere llamar á los más despreciados y á los que el mismo mundo tiene por indignos. Y admite á los buenos y á los malos, esto es, á los de buen natural y buenas inclinaciones, y á los que tienen malo aquél y malas éstas, para que todos se hagan buenos y santos gozando de su convite; y lo que más admira es que, en especial, manda llamar á los pobres y tullidos, á los ciegos y cojos, y que, si éstos no bastan, llamen á cuantos encontraren y les compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. Y el mismo Señor interiormente, con la luz de sus divinas y eficaces inspiraciones, les fuerza á venir con grande gusto y voluntad, rendidos á lo que quiere. ¡Oh Padre de misericordia, que á ninguno quieres forzar contra su voluntad á que te sirva; fuérzame, Señor, con esta fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la tuya! Mira, Padre soberano, que está este mundo lleno de ciegos y cojos, de tullidos y miserables pecadores, que ni ven el camino por donde han de venir á tus bodas, ni tienen pies para andarle, ni fuerzas para emprenderle, ni constancia para proseguirle. Bien sé, Dios mío, que estás preparado para darles todo lo que les falta; pero á tu bondad suplico que des luz de fe á los ciegos, pies de recta intención á los cojos, fortaleza á los tullidos y caudal de gracia á los mendigos, forzándolos con la dulce fuerza de tu inspiración para que obedezcan á tu santo llamamiento.

Punto III

Del que no tenía vestido de boda.

Considera que habiendo el rey reparado en uno de los convidados que había tomado puesto en el festín sin el correspondiente vestido de boda, que según costumbre de aquellos pueblos había de llevar y el rey había proporcionado, le preguntó que cómo se había atrevido á presentarse así; y no sabiendo el audaz convidado qué responder, mandó el rey á sus ministros que lo echasen fuera. En lo que se ha de ver que no basta acudir al divino llamamiento y venir á su banquete con la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de bodas, esto es, con caridad y pureza de vida, que es lo que hace al hombre digno de estar en este convite. Con esta ropa se ha de comer el manjar de la doctrina y el de los sacramentos, especialmente del cuerpo y sangre de Jesucristo S. N., y quien no la tiene, ha de llegar de tal manera á los sacramentos, que por ellos la reciba.

Considera que así como el rey advirtió al final del convite la mala traza de aquel infeliz convidado, del mismo modo el Rey de cielos y tierra verá al final de la vida de cada uno quién asistió á ella sin ropa de caridad y de pura vida, antes por el contrario, con traje manchado de pecados.

Y de este juicio nadie ha de escapar; porque el Rey todo lo ve y examina, y así no pudo substraerse á su pesquisa aquel solo convidado, aunque estaba confundido en la multitud de los que iban bien vestidos. Del mismo mo-

do, aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese más que uno solo malo que comulgase mal ó no guardase la ley de Dios, ese no se podría esconder, porque los ojos de Dios le descubrirían y condenarían.

Considérese, por último, la terribilidad de aquella reprensión de Cristo, dada no por odio de la persona, sino por celo de la justicia contra el pecado y el pecador obstinado, y por eso le llama «amigo» y le dice: «¿cómo entraste aquí? ¿Quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan sucia y asquerosa?» Y lo mandó arrojar fuera de la sala, condenándole á «cárcel perpetua», que esto es lo que significa atarle de pies y manos, y á «tinieblas éxtremas y terribles», así del alma por la privación de Dios, como exteriores del lugar infernal, cuyo fuego abrasará y no dará luz, y á «llanto y crujir de dientes»; porque llorará acordándose del convite adonde estuvo y de la facilidad que tuvo para salvarse, y de lo que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el lloro será con crujimiento de dientes por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos.

Todo esto mandará el Rey á los ministros, ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada.

Coloquio—¡Oh Rey eterno y Juez justísimo, cuyos juicios son rectos, aunque terribles con los malos: yo me presento delante de tu Majestad, atado

de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, dispuesto para no resistir á cuanto me mandares! Confirma, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que siendo constante en amarte y obedecerte, llegue á verte y gozarte. Dame asiento y lugar en tu soberano convite, que yo procuraré ir con el limpio vestido de la pureza de conciencia para que tú no me arrojes de tu lado, pues en estar junto á Ti está mi dicha en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—Mira si tu conciencia está tan limpia que no tengas miedo de que el Señor te mande arrojar de su mesa.

24 DE SEPTIEMBRE

De la preparación que exige el banquete Eucarístico.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la preparación al convite Eucarístico.

Considera que la majestad y santidad del que viene á nosotros en la comunión, los grandes designios de amor que le traen, los infinitos milagros que obra para cumplir esos designios, y, en fin, nuestra bajeza y nuestra indignidad, nos obligan á hacer todo lo que pudiéremos para prepararnos á recibirle menos indignamente y presentarnos en el divino banquete con el traje blanco de la pureza. Porque siendo el sacramento de la Eucaristía el más santo y el más augusto de todos nuestros sacramentos, la comunión que nos hace participar de él es la más grande y la más importante acción de toda nuestra vida. Si no hubiéramos de comulgar sino una vez en ella,

toda nuestra vida, por santa y devota que fuese, no sería sobrado tiempo para prepararnos á una sola comunión, aun cuando la hubiéramos empleado en los ejercicios de la penitencia más austera, en la práctica de todas las buenas obras y de todas las virtudes y en continua y altísima oración.

¿Qué se debe, pues, pensar de nosotros, que no queremos emplear un día siquiera para disponernos á recibir tan altísimo misterio? Y ¿qué digo un día? Ni aun algunas pocas horas dedicamos á prepararnos á la comunión. Pero á lo menos, ya que no empleemos tanto tiempo como corresponde á la grandeza del Señor que en ella recibimos, debemos suplir con nuestro fervor y espíritu el tiempo que nos falta, y con una santa prisa hacer todo lo que podemos, ya que es imposible á nuestra flaqueza el hacer más. Así lo practicaríamos si estuviésemos persuadidos de la infinita grandeza del que viene; de nuestra bajeza é indignidad, de los grandes designios que tiene el Señor al venir á nosotros y de los grandes bienes que podemos granjear con su visita. La tibieza y negligencia con que nos llegamos á estos divinos misterios, muestran, ó que no creemos con fe viva que Dios viene á nosotros, ó que no pensamos en ello: mas ¿cómo se pueden dejar de pensar cosas tan altas y sublimes cuando se creen? ¿Y cómo no nos anonadamos y nos confundimos de pavor y de respeto delante de esta suprema Majestad, cuando se piensa que viene á nosotros?

Eso en cuanto al tiempo de la preparación, que si luego miras al fervor de tu espíritu, pensando en el divino manjar que recibimos, de-

bes deducir que aunque empleásemos todas las fuerzas de nuestra alma, toda la aplicación de nuestro espíritu, toda la ternura de nuestro corazón en prepararnos para el banquete del Señor, no deberíamos acercarnos á estos divinos misterios, sin un santo temor y una grandísima humildad nacida de la viva persuasión de nuestra indignidad para comer el pan de los ángeles. Porque si ese era el afecto y sentimiento de los mayores santos, de las almas más puras, ¿cuál deberá ser el nuestro? ¿Cuál debe ser nuestra confusión y nuestro temor, cuando nos atrevemos á llegar á estos adorables misterios con espíritu disipado, con los sentidos divertidos y con el corazón lleno de vanidad, sin fe viva, sin afectos de amor á Jesús, ni de contrición de nuestros pecados? En lugar de emplear gran parte del día en prepararnos para la comunión, como hacía San Francisco de Borja, apenas empleamos algunos momentos; en lugar de hacer todos los esfuerzos para disponernos con el amor, la fe y la reverencia á la participación de misterios tan augustos, llegamos de suerte que parece no recibimos á Jesucristo sino para su escarnio y nuestra condenación. ¡Ah, Dios mío! Yo tengo tanto dolor como confusión de verme así tan indigno de Vos y de vuestra visita; pero mi consuelo, Señor, es, que así como el sol cuando entra en un calabozo lleva toda su luz consigo, así cuando entráis en mi alma impura é imperfecta traéis toda vuestra gloria y santidad, sin perder nada. Preparadme, pues, Señor, para recibiros, pues solo Vos lo podéis hacer dignamente.

Saca de aquí que el principal cuidado de tu

vida debe ser la preparación para la comunión, y acuérdate que es una acción de infinita importancia, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios.

Punto II

De la práctica de la preparación para la comunión.

Considera que si no debiésemos comulgar sino una vez en la vida, deberíamos emplear todos los momentos de ésta en prepararnos, pues por grandes que fuesen nuestra fe y fervor y los esfuerzos que hiciésemos para disponernos bien, no nos excederíamos jamás, y podríamos decir siempre con tanta verdad como el humilde Centurión: «Señor, yo no soy digno». El solo pensamiento de decir: un día he de comulgar, nos debía hacer estar en el más profundo éxtasis de amor, de temor y de atención pensando en Dios y en nosotros mismos; debíamos siempre vigilar hasta los más pequeños movimientos de nuestro corazón para que no hubiese alguno contrario á la pureza necesaria para recibir á un Dios que es la misma pureza. Pero como nuestro Señor, por su bondad, nos concede la gracia de comulgar más á menudo, debemos, á lo menos, emplear en prepararnos para cada comunión, todo el espacio que hay entre nuestras comuniones, siguiendo el ejemplo de tantos y tan grandes santos. Y ya que nuestra flaqueza no nos permite ni aun eso, y ya que Dios tiene la condescendencia infinita de condescender con nosotros, es menester, á lo menos, que no limitemos, como hacen muchos, nuestra prepara-

ción al poco tiempo que precede inmediatamente á la comunión, sino que empleemos á lo menos un día, empezando á prepararnos desde la víspera.

Empezarás, pues, desde la víspera de la comunión á pensar en ella, y para esto ofrecerás lo primero á Dios, desde por la mañana, todas tus acciones unidas con las de Jesucristo, para alcanzar la gracia necesaria para comulgar dignamente. En segundo lugar, procurarás todo este día conservar mayor retiro y mayor atención á los afectos y movimientos de tu corazón, para que no se levante alguno que pueda manchar la pureza de tu alma. En tercer lugar, usarás, por jaculatorias, de algunos afectos tiernísimos que expliquen tu deseo de comulgar, y lo indigno que eres de esta dicha. Lo cuarto, harás por esta intención algún acto de mortificación y de piedad, como una visita á los pobres, ya que es buen medio para prepararse á recibir la visita del Señor visitarle en sus miembros. Lo quinto, por la tarde visitarás al santísimo Sacramento, pidiéndole que disponga tu corazón con su gracia para que le recibas con fervor y con fruto. Lo sexto, antes de acostarte pensarás en la dicha que has de conseguir al día siguiente, rogando al Angel de la Guarda vele por ti para defenderte de tus enemigos interiores y exteriores, para que ni en sueños te suceda cosa ninguna contraria á la pureza que pide el recibir á un Dios, que es la misma santidad.

Lo séptimo, por la mañana, luego que te despiertes, imaginarás que el Angel de la Guarda te dice: «Ya llega tu Dios, ya viene; levántate para irle al encuentro, prepárate

para recibirle». Lo octavo, guardarás devoto silencio, cuanto te fuere posible, teniendo en gran recogimiento tu corazón y tus sentidos y desembarazándote de cualquiera otro negocio que no sea el de tu alma. Lo noveno, hasta el momento de la comunión meditarás estas ideas: ¿quién es el que viene? Es Dios. ¿Y á quién viene? A un hombre, á un gusano de la tierra, á un pecador. ¿Por qué viene? Para darse á mí totalmente y unirme á El y hacerme una cosa consigo. Lo décimo, asistirás á la Misa con el mayor respeto, atención y devoción, y cuando se acerque el tiempo de la comunión formarás actos de fe viva sobre este misterio, de adoración lleno de temor y de respeto, de profunda humildad y de gran confianza en la bondad del que viene á ti, con grandes ansias de recibirle y de unirte á su divina Majestad, renovando también los actos de amor con mucha ternura é igual humildad.

Resuélvete á observar siempre esta práctica para la preparación, si no tienes otra mejor, pues ya sabes que los cielos y la tierra no son bastante puros para recibir y hospedar á aquel Señor, que en su bondad nos dice: «Venid todos á Mí para recibirme».

Punto III

De la acción de gracias después de la comunión.

No debemos jamás descuidarnos de tomar algún tiempo después de haber comulgado para la acción de gracias. El beneficio que recibimos en la comunión, que es nada menos que venir un Dios á nuestro pecho, merece que lo agradezcamos. Un cortesano, á quien su prín-

cipe, por particular amistad, concede una audiencia, ¿dejaría perder ocasión tan favorable para pedirle alguna gracia? Pero si callase y dejase de hablar con su rey, y le volviese la espalda para hablar con otro cualquiera, del mismo favor que le había concedido el príncipe, ¿no haría motivo el rey de su ruina? ¿No sería digno de castigo? ¿Pues lo merecemos acaso menos nosotros cuando, después de la comunión, en seguida nos divertimos á cosas profanas y dejamos á Jesucristo, para pensar sólo y ocuparnos de algún objeto frívolo y baladí como si ningún respeto mereciese el Señor que llevamos en nuestro pecho? ¡Oh, qué frialdad y tibieza tan insufrible! ¡Oh, qué fe tan fría y casi casi moribunda! Santa Teresa decía que el tiempo que se sigue inmediatamente á la comunión es el más precioso de toda nuestra vida, como se sepa aprovechar bien. Es de aquellas favorables coyunturas que no se deben dejar perder y de aquellos dichosos momentos que se deben aprovechar; porque entonces Cristo nuestro Bien viene cargado de gracias; y es aliviarle el dulce peso que trae el darle el gusto de recibirlas; abrámosle nuestro corazón, que él le llenará de sus dones; pero ¡desdichados de nosotros si se lo cerramos con nuestra disipación!

Luego, pues, que hayas recibido el cuerpo de N. S. Jesucristo en la comunión, échate á sus pies, y animando tu fe sobre su divina presencia, adórale con el más profundo respeto, mezclado de admiración, por ver que el Dios de la gloria y de la majestad se digna descender hasta venir á habitar en el corazón del hombre, y de un hombre pecador; y con esta

reflexión dirás con Salomón: «¿Pues cómo, Señor, si los cielos no son dignos de contener vuestra grandeza y Majestad, cómo podré yo recibiros?» Después, pasando de la admiración y humildad á la acción de gracias y reconocimiento, en la imposibilidad que te hallarás de podérsele mostrar dignamente á tu Salvador, convidarás á que le bendigan todas las criaturas contigo; le ofrecerás el amor que le tienen todos los serafines y los bienaventurados, deseando amarle como ellos le aman; le presentarás el fervor con que tantas almas santas comulgan, para suplir el que te falta y desearías tener.

Después descubrirás á nuestro Señor todas tus flaquezas, miserias y necesidades, diciéndole: Señor, pues sólo el tocar tu vestido curó á tantos enfermos, ¿cómo el tocar tu cuerpo, que tantas veces he recibido, no me ha curado de mis enfermedades? ¿Eres, acaso, menos bueno ó menos poderoso de lo que eras entonces? Pero ¡ay! que soy yo el que tengo menos fe; pero vuestra divina Majestad me la puede dar. Otras veces, hablando con Él con viva confianza, le dirás como Marta: «Señor, el que amáis está enfermo», y yo no puedo dudar de vuestro amor, viendo lo que hacéis por mí en este santo Sacramento. Vos me amáis, veis mis enfermedades, me podéis curar, y ¿no lo haréis? Otras veces, imitando á la Magdalena, te quedarás en silencio á sus pies para escuchar, ó las quejas cariñosas que te da, ó los avisos caritativos con que te amonesta. Otras veces unirás tu corazón al suyo para adorar, amar y venerar á su Eterno Padre, tanto como merece, con los afectos de su divino Corazón,

que por la comunión es en alguna manera tuyo; y en fin, no dejes nunca de hacerle el sacrificio, ó de alguna criatura que aparta tu corazón de Dios, ó de alguna pasión que sea obstáculo á sus designios, ó de aquel pecado á que tengas más asimiento ó inclinación.

Coloquio.—Gracias te doy, Señor Dios Padre todopoderoso por todos tus beneficios, y señaladamente porque quisiste admitirme á la participación del sacratísimo cuerpo de tu unigénito Hijo. Suplícote, Padre clementísimo, que esta sagrada comunión no sea para mi alma lazo ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón; séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, paciencia y verdadera humildad, y de todas las virtudes: sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensa de todos mis enemigos visibles é invisibles, y perpetua unión contigo solo, mi verdadero Dios y Señor; y ten por bien de llevarme á aquel convite inefable donde tú eres luz verdadera, hartura cumplida y gozo perdurable en los siglos de los siglos.

Propósitos. Prescríbete la ley de no dejar jamás de emplear un cuarto de hora, á lo menos, para la acción de gracias después de la comunión.

25 DE SEPTIEMBRE

De los afectos con que nos hemos de disponer á la sagrada comunión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De los afectos con que hemos de comulgar.

Considera que el primer afecto debe ser el deseo de nuestra santificación. Basta una buena comunión para hacer un santo; y para una buena comunión no se requiere otra cosa que

una excelente voluntad de santificarnos por medio del augusto Sacramento del altar. Los que piden una santidad perfecta, como disposición necesaria para este divino Sacramento, pensando honrarle más, en cierto modo le quitan su virtud y lo deshonran; porque lo hacen, por decirlo así, enteramente inútil á los que le reciben, y á los que no lo reciben. ¿Qué bien me produciría este Sacramento si hallase en mí una santidad consumada, y quién le recibiría si hubiese de tener esta santidad? Y á más, ¿es ser santo creer que se ha llegado á la cumbre de la perfección? ¿No es más bien una refinada soberbia? Si medimos nuestro mérito y dignidad por la excelencia de este Sacramento, no comulgaríamos jamás; pero si le medimos por nuestra necesidad é indigencia, comulguemos con cuanta frecuencia podamos. Jesús no está en este Sacramento para hacerse temer, sino para hacerse amar; no ha tomado la apariencia de pan para que sólo le contemplemos, sino para que le comamos. ¿Cuál es tu disposición? ¿Te acercas con frecuencia á la sagrada mesa? ¿Qué te impide que lo hagas?

El segundo afecto debe ser el conocimiento de nuestras miserias con una firme esperanza de que nuestro Señor, por su bondad, suplirá lo que nos falte, y con un deseo afectuoso de recibirle. Porque Jesús, en este divino Sacramento, es para nuestras almas comida y remedio; y si como manjar nos alimenta, como remedio nos cura. Pues si estás enfermo no debes apartarte, sino más bien acercarte al médico divino. Se puede recibir el efecto principal de este Sacramento, esto es, el aumento de

la gracia santificante, sin recibir todos los efectos que produce. Para recibir el aumento de la gracia es preciso estar exento de culpa grave; mas para recibir todos los frutos maravillosos de una comunión perfecta, no se debe tener ninguna afición al pecado venial. Pero no confundas la inclinación al mal con el consentimiento en el mal; porque así como puedes ser vicioso, aunque sientas grandes inclinaciones al bien, también puedes ser santo, combatido de grandes inclinaciones al mal, con tal que no consientas. Las tentaciones no nos deben apartar de la sagrada mesa, antes bien deben acercarnos para cobrar fuerza y remediar nuestros males. No querer vestirse porque se siente frío, ni querer comer porque se tiene debilidad, ni tomar medicina porque se está enfermo, ¿son resoluciones estas de una persona discreta, y que quiere vivir, ó de un desesperado que quiere morir?

La devoción sensible tampoco es necesaria para comulgar bien, porque no siempre depende de nuestra voluntad, y Dios la niega muchas veces á los mayores santos, para que no le cobren excesiva afición, y conciban alguna presunción de sí mismos. La verdadera devoción no consiste en esas ternuras, sino en una pronta y constante voluntad de hacer todo lo que Dios quiere, y de no hacer cosa alguna de las que prohibe. Haz todo lo que puedas con la gracia de Dios, y con tu humildad suple, como dice San Bernardo, lo que falta á tu caridad; de esta manera estarás muy bien preparado. Sin la gracia no puedes obrar bien alguno, ¿y en dónde la adquirirás sino en este Sacramento, que es el alimento del alma, y la

fuente y el celestial conducto de todas las gracias?

El tercer afecto es de humildad. La humildad y el vivo deseo de unirnos con Jesús, ¡cuán bien disponen al alma para recibir la comunión! La humildad nos hace ver nuestra indignidad, y los deseos de comulgar, nuestra indigencia; la humildad nos aparta de la sagrada mesa, y el deseo nos acerca á ella; aquélla nos hace decir con el Centurión: «Señor, yo no soy digno»; y con San Pedro: «Señor, apartaos de mí, que soy un pecador»; mas ésta nos hace decir con el mismo Apóstol, cuando los demás se retiraban de la compañía de su Maestro: «Señor, ¿á quién iremos sino á Vos? Vos tenéis palabras de vida eterna».

Para humillarse delante de Dios basta considerar estas dos palabras: «¿Quién sois Vos, Dios mío, y quién soy yo?» Vos sois mi Criador, yo vuestra criatura; Vos el ser por esencia, yo la nada; Vos sois la luz, yo las tinieblas; Vos la fuerza y la bondad misma, yo la debilidad y la malicia; Vos sois el Santo de los santos, yo el mayor de todos los pecadores. Para desear recibir á Jesucristo debemos considerar el honor y provecho que nos resulta de comer su cuerpo sacratísimo en su celestial banquete; el amor infinito que nos profesa; el deseo que tiene de entrar en nuestro corazón y comunicarnos su gracia; la extrema miseria á que estamos reducidos y la necesidad que tenemos de su auxilio para resistir á las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne y caminar por las sendas de la perfección.

¡Felices los que son llamados á las bodas

del Cordero! ¡Más felices los que asisten á ellas algunas veces! ¡Y mil veces felices los que comen en esa mesa celestial con frecuencia y se acercan dignamente preparados! Tienen la gran señal de su eterna salvación, y la prenda casi segura de su predestinación.

Punto II

De los pretextos para apartarnos de la sagrada comunión.

Considera que es cosa verdaderamente extraña, que los que habíamos de buscar razones para acercarnos con frecuencia á la comunión, que debía de ser nuestra vida, las busquemos para apartarnos de ella. Lo peor es que, ordinariamente, son pretextos y no razones. Yo no soy digno de comulgar, se suele decir. ¿Esperas á comulgar cuando juzgues que lo eres? Según eso, nunca comulgarías. ¿Qué hombre hay, por santo que sea, que se pueda juzgar digno de comulgar? Una de las mejores disposiciones para comulgar bien y con fruto, es juzgarse indigno de acercarse á recibir el pan que no merecen los ángeles, aunque haciendo de su parte todo lo posible para merecerlo; nuestra humildad, entonces, suple en lo que cabe á nuestra indignidad. Si renuncias al pecado con un dolor verdadero y una resolución eficaz de no cometerle más, la Iglesia te juzga digno de comulgar. Muy bueno fuera que todo el mundo tuviese una perfecta y altísima santidad para acercarse á la comunión; pero poner la santidad y perfección como condición precisa y necesaria para comulgar, es excluir á casi todo el mundo de

este convite general que á todos los hombres, y principalmente á los débiles y enfermos, hizo el Salvador; es poner, por disposición de la comunión, lo que debe ser su efecto y su fruto. Cuando el Salvador comulgó á sus discípulos, ¿eran ya todos perfectos?

Pero yo soy muy frío en el fervor, muy cobarde y muy débil. Es decir, que te disculpas de arrimarte al fuego, porque tienes frío; de comer, porque sientes hambre y necesidad, y de aplicarte remedios, porque estás enfermo. Si estás frío, no con el hielo de la culpa mortal, que excluye la caridad, sino con aquella tibieza que se opone al fervor, ¿cómo puedes mejor calentarte que acercándote á este horno del divino amor? Si estás débil, ¿cómo puedes fortificarte mejor que comiendo el pan de los fuertes? Si estás enfermo, aplícate este remedio tan eficaz y tan universal para todos los males del alma.

Otros dan por razón, para apartarse de la sagrada comunión, el poco provecho que de ella sacan; pero ¿de qué procede que aprovechen tan poco? ¿De quién se quejan? Y, después de todo, ¿quiénes son los que adelantan más en la virtud? ¿Los que comulgan con frecuencia, ó los que comulgan de tarde en tarde? Puede ser que Dios te oculte el provecho que haces para mantenerte en la humildad; además de que estos progresos algunas veces no dejan de ser muy grandes, aunque no sean sensibles. Si tu concupiscencia es menos violenta, y tus pasiones menos fuertes; si resistes con más valor á las tentaciones; si caes con menos frecuencia y menos gravedad en las culpas, efecto es de tus comuniones. Compáre-

se la vida de los que sólo comulgan una vez al año con la de los que comulgan cada ocho días: ¡qué gran diferencia se hallará entre unos y otros!

Para la tranquilidad y paz de tu alma, y para que veas á qué altura de perfección estás, y, por consiguiente, cuándo te debes llegar á la sagrada mesa, considera las reglas que dan en general los santos respecto á esta materia importantísima para las personas que aspiran á la perfección. Ante todo, es claro que la comunión frecuente es, por sí misma, preferible á comulgar de tarde en tarde, y es temeridad insufrible, después de la declaración del Concilio de Trento, desaprobar la frecuente comunión. En segundo lugar, la comunión debe ser más ó menos frecuente, según la necesidad que se tiene, la disposición en que se está y el fruto que de ella se saca. Pero la disposición absolutamente necesaria para comulgar es la que declara el Concilio de Trento, que consiste en una confesión entera de los pecados mortales, en un dolor verdadero de haberlos cometido y en un firme propósito de no volver á cometerlos más. Tercero, pretender, como algunos quieren, que todos los que se hallaren en esta disposición pueden comulgar todos los días, es absolutamente opuesto á la razón, al sentir de los Padres y á la práctica de los más sabios directores. Y por último, los que ordinariamente no incurren en pecados mortales, aunque cometan algunas veces pecados veniales, pueden comulgar con más frecuencia, la que puede aumentar á medida que crezca tu odio al pecado venial deliberado, tu desasimiento del mundo, tu práctica de

las virtudes sólidas y tu amor fervoroso á Jesucristo.

Procura imponerte la obligación, y como ley inviolable, de guardar estas reglas en tus comuniones, y de seguir sobre esto lo que dijere un confesor prudente, piadoso y letrado. ¡Ah Dios mío! ¡que muchas almas no comulgan con más frecuencia, porque no quieren resolverse á vivir con más recogimiento y con mayor despego de las cosas terrenas! Esta es la verdadera causa de no querer comulgar con más frecuencia. Conocen que la frecuente comunión no está en armonía con el deseo de figurar, ni con la vanidad en el vestir, ni con la afición á convites, comodidades y conversaciones ociosas; conocen que entonces habría que dedicar más tiempo á la oración, darse más á la mortificación interna y externa y vivir con más recogimiento; y por esto se avergüenzan de acercarse con más frecuencia á la sagrada mesa. No hay duda que tales almas deben abstenerse de la frecuente comunión, mientras se hallen en este miserable estado de tibieza, porque comulgar casi cada día como hacen algunas personas, mundanas en sus ideas y en su vida, es un escándalo de la piedad y una profanación de la Eucaristía; per de esta tibieza debe cuanto antes salir el que siendo llamado á una vida más perfecta, no quiere arriesgar su eterna salvación.

Punto III

De las malas comuniones.

Considera que así como nada honra más á Dios, ni nada nos aprovecha más, que una

buena comunión, así nada lo deshonra más ni nada nos es más dañoso que una mala comunión. El que quebranta la ley del príncipe, es culpable, porque realmente le ofende; pero el que ofende á su persona es reo de lesa majestad. Todos los pecados ofenden á Dios, porque quebrantan su ley; pero el sacrilegio ofende á su persona misma, y hace al hombre reo de lesa Majestad divina. No solamente se injuria al mismo Dios, sino que se injuria á un Dios Salvador, cuando precisamente hace este oficio en el Sacramento, y cuando Jesús lleva el amor al hombre hasta el límite á que lo pudo llevar el mismo Dios. ¿Qué puede haber más horrible? Por eso San Pablo no halla términos con que explicar bastantemente la maldad de este delito. Comulgar indignamente, según él dice, es hacerse reo del cuerpo y sangre de Jesucristo, comer nuestro juicio y condenación, profanar su divina sangre y pisar al mismo Jesucristo.

Considera después, que así como no hay delito que más ofenda á Dios que una comunión sacrílega, ninguno hay tampoco que Dios castigue más severamente; Dios castiga este horrible pecado con dos géneros de castigos: espirituales y corporales. San Pablo atribuye las frecuentes enfermedades y las muertes infelices de los cristianos á sus malas comuniones. San Cipriano y San Crisóstomo atribuyen las calamidades públicas de sus tiempos á la profanación de este Sacramento; pero las penas espirituales con que Dios castiga á los que comulgan indignamente, son mucho más terribles. La ceguedad del espíritu, la obstinación del corazón y la impenitencia final, son

las consecuencias más ordinarias, como se vió claramente en el desgraciado Judas.

Medita, por último, que el sacrilegio es el delito que Dios perdona más difícilmente; porque la obstinación, que es su efecto ordinario, lleva al alma á la impenitencia final y la hace incapaz de perdón. La sangre de Cristo solamente puede lavar nuestros delitos; pero si del sacrificio mismo hacemos un sacrilegio, si pisamos esta preciosa sangre; esta víctima, este sacrificio y esta sangre, en lugar de aplacar á Dios, pedirán justicia y venganza contra nosotros.

Coloquio.—¡Oh maravilloso Sacramento, que eres vida de nuestras almas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana! Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con este se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma aliento para caminar hasta el monte de Dios. No permitas, Señor, que por mi culpa se convierta en daño de mi alma lo que con amor inmenso me dejaste para mi remedio y salud.

Propósitos.—Huir, como de un gran peligro para tu santificación, de la rutina en tus confesiones y comuniones.

26 DE SEPTIEMBRE

De los designios de Dios en la Eucaristía.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De los designios de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que las grandes cosas que Jesucristo hace para venir á nosotros en la Eucaristía, dan bien á entender que tiene grandes designios al querer unirse con nosotros en dicho Sacramento; porque si se manifiesta la omnipotencia de Dios haciendo de nada cosas muy grandes, no es propio de su sabiduría el hacer grandes cosas para fines mezquinos. Dios renueva y junta en el Sacramento de la Eucaristía los mayores milagros que ha obrado jamás. Porque los más grandes esfuerzos de la omnipotencia de Dios, y las invenciones más admirables de su sabiduría, son la creación del mundo, la Encarnación del Verbo y la redención de los hombres, y Jesucristo renueva y reune en el sacramento de su amor todos los milagros que estos misterios encierran. Renueva el milagro de la creación, porque el sacerdote produce independientemente de ningún sujeto el cuerpo de Jesucristo tantas veces cuantas pronuncia las palabras de la consagración, sucediendo al mismo tiempo otro milagro no menos difícil, que es ver subsistir los accidentes en sí mismos y conservarse sin la substancia que los sustenta.

Renueva Dios en la Eucaristía el milagro

de la Encarnación, y esta es la razón porque los Padres llaman á la Eucaristía una extensión de la Encarnación del Verbo de Dios. En efecto, el mismo Verbo que se unió á la humanidad de Cristo en la Encarnación, se une á cada uno de nosotros en particular en la Eucaristía; con esta diferencia, que constituye la gloria de la Eucaristía: que en la Encarnación, la unión del Verbo con la santísima humanidad de Cristo N. S. hace una persona de dos naturalezas, pero no hace una sola substancia, mas en la Eucaristía el que recibe el cuerpo de Jesucristo se hace en alguna manera una misma substancia con Jesucristo. En la Encarnación, Dios se hizo hombre; en la Eucaristía, el hombre se hace Dios en cierto modo: «*Non Dii, sed divini*», como dice San Dionisio. Y, en fin, Dios renueva en este Sacramento los milagros que se hallan en el misterio de la redención de los hombres y en el sacrificio de la cruz; porque la Eucaristía es, no solamente un Sacramento, sino también un sacrificio, y el mismo sacrificio que fué ofrecido en el Calvario. ¡Qué de milagros, qué de misterios encierra este divinísimo Sacramento!

Pues considera que Dios, infinitamente sabio, no puede hacer grandes cosas sin grandes designios. ¿Cuáles serán, pues, los designios que tiene cuando hace tan grandes milagros para venir á nosotros en la Eucaristía? Nosotros no podríamos creerlos si él mismo no nos lo asegurase. El primero es darnos, no solamente la vida del alma, sino una vida abundante, una vida toda divina, de modo que vivamos con la misma vida que él. El segundo designio, es unirnos á sí con una unión la más

íntima y la más perfecta que se puede imaginar. El tercer designio es que, así como Jesucristo vive únicamente por su Padre y para su Padre, así el que le recibe en la Eucaristía viva sólo por Jesucristo y para Jesucristo, viviendo con la misma vida que él. Dios, en todo omnipotente, ¿puede proponerse más grandes designios en favor del hombre? Y el hombre, por ambicioso que sea, ¿puede llevar sus pretensiones más allá? ¡Qué flaqueza y qué ingratitud no corresponder á las miras más sublimes que el mismo Dios puede tener sobre nosotros! Y ¡qué terquedad y locura el resistir al amor infinito del corazón de Dios! Y ¡cuántas veces he sido ingrato á quien tan infinitamente me ama!

Resuélvete á hacer de tu parte cuanto pudieres para prepararte á recibir á Jesucristo en la Eucaristía, de modo que puedas corresponder á los grandes designios que Jesucristo tiene al venir á tu pecho.

Punto II

De los obstáculos que ponemos á los designios de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que si los grandes milagros que Jesucristo hace en la Eucaristía para venir á nuestro pecho dan bien á entender que tiene grandes designios sobre nosotros, el poco provecho que sacamos de la comunión después de todos estos esfuerzos, manifiesta que nosotros ponemos los mayores obstáculos á su amor. No parece sino que el hombre quiere disputar con Dios y hacer ver que su resistencia puede ir más lejos que el poder divino, y que su in-

gratitud puede exceder á su bondad infinita. Enemigo de su propia dicha, se opone el hombre á todos los esfuerzos que Dios hace sólo por su bien, y detiene el curso de las gracias que su divina Majestad quiere dirigir hacia su alma. Una sola comunión debía hacer á cada uno de nosotros un santo; y no obstante, ¿en qué paran tantas comuniones? Parece que sólo consiguen hacernos más tibios y más imperfectos. ¿De dónde procede todo este increíble desorden? Viene de que ponemos tres impedimentos que se oponen á los tres designios que Jesucristo tiene cuando se da á nosotros en la Eucaristía. El primer designio del Salvador es de dar, conservar y aumentar la vida de la gracia, y nosotros nos oponemos á este adorable designio del Señor acercándonos á este Sacramento con desordenado afecto al pecado mortal, ó á lo menos al venial.

El segundo designio que ha tenido el Hijo de Dios en darse á nosotros en la Eucaristía, es el unirnos totalmente consigo, y nosotros nos oponemos á ese designio ya con las inclinaciones desarregladas, ó sobradamente fuertes, ó excesivamente sensibles que tenemos á las criaturas. Muchas veces parécenos poca cosa; pero esto poco prueba nuestra mezquindad para con el Señor y basta á trastornar todos sus designios en la santificación de un alma. Y ¿se puede tener por poca cosa lo que detiene el curso de las liberalidades de Dios, y lo que impide la perfecta unión que pretende Jesucristo con nosotros? Unión, que es el efecto más admirable, más divino y más útil de una buena comunión. Te crees libre de esta culpa, porque no estás apegado fuertemente á las

criaturas; pero lo estás á ti mismo, á tus gustos, á tu vanidad, á tu sensualidad y, en una palabra, á tus pasiones, y esto sólo basta para privarte de todo el fruto de la comunión. Sin duda es esto lo que hace inútiles tus frecuentes comuniones, y puede ser que las haga dañosas.

El tercer designio del Salvador en la Eucaristía es hacer que vivamos por El del mismo modo que El vive por su Padre; de manera que así como su Padre es el principio y fin de todas sus acciones, así Jesucristo sea el principio y fin de todas las nuestras, y que podamos decir con El: Yo nada hago por mí mismo; Jesucristo es quien obra en mí y yo no obro sino por El. Ponemos un grande obstáculo á este designio, viviendo sólo para el mundo, para las criaturas ó para nosotros mismos. ¿Cómo podremos al mismo tiempo vivir para Jesucristo? ¿Cómo se puede unir á Jesucristo y Belial? La naturaleza, el gusto ó la pasión son el principio de la mayor parte de nuestras acciones. Y la conveniencia, el deleite, la vanidad y respeto humano son el fin. ¿Cómo puede, pues, ser su principio el espíritu de Jesucristo que es el que debe de animar en todo al que comulga con tanta frecuencia como tú? ¿Cómo podrá la voluntad de Cristo ser la regla de su vida? ¿Cómo podrá su gloria ser el fin? ¿Pues de qué nos admiramos si se ve tan poco fruto en tantas comuniones, y si en lugar de sacar de ellas provecho no sacamos sino espantosa responsabilidad delante de Dios?

Punto III

De los frutos y efectos de la fervorosa comunión.

Considera que en los demás sacramentos Jesucristo nos comunica su gracia por medio de signos sensibles de ella, pero en éste se nos da El á sí por sí mismo, nos confiere su gracia, y por consiguiente en mayor abundancia que en los otros sacramentos. ¡Qué dicha la de recibir, como San Simeón, á Jesús entre nuestros brazos! ¡Hacerle entrar en nuestra boca y después en nuestro pecho! ¡Cambiar también, en cierto modo, con él nuestro corazón! ¡Quién es el médico, que se dé á sí mismo al enfermo por medicina para sanarle! ¡Que entre en su pecho, y que visite todas las potencias de su alma, para fortalecerla en la salud!

Además de aumentar la gracia santificante comunica al alma el don de fe, iluminándola con luces celestiales, para que crea tan grande misterio, y las demás verdades de nuestra religión con fe vivísima, haciéndole gustar lo que no puede comprender. Cuanto más uno se acerca al sol, tanta mayor luz recibe. Los dos discípulos que caminaban á Emmaús reconocieron á Jesucristo en el partir el pan: acércate á aquella mesa, come con fervor ese pan y se abrirán los ojos de tu alma.

La esperanza recibe de este divino sacramento un vigor y una fortaleza maravillosa. Nuestros pecados nos llenan de temor, y frecuentemente nos hacen desconfiar de nuestra eterna salvación: mas el uso de este sacramento alienta nuestro espíritu y fortifica nuestra esperanza con las promesas que nos hace

nuestro Señor: «Quien come de este pan, vivirá eternamente. Quien come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. Como yo vivo por mi Padre, que me ha enviado, así quien me come vivirá por mí, y no tendrá hambre ni sed; no morirá, sino que vivirá siempre. Tiene la vida eterna en si, y yo le resucitaré en el último día». Todas son palabras de Jesucristo que fortifican nuestra esperanza. ¿Y quien nos da lo más, nos negará lo menos? ¿Y quien se da á sí mismo, rehusará darnos sus bienes? ¿Aquellos que están bien unidos con Jesucristo en esta vida, serán separados de él en la otra?

Mas el principal efecto de este sacramento de amor es producir el amor en el corazón de quien le recibe; aumentar la caridad y la devoción; enriquecerle de los dones del Espíritu Santo, y de las virtudes infusas; y esto de un modo más especial que en los otros sacramentos. A la manera que un cuerpo, que todo es fuego, quema á quien le toca, así el corazón de Jesús, que todo es amor, entrando en el nuestro, le abrasa y le enciende todo. ¡Qué hielo puede resistir á aquel fuego divino, que nos penetra y rodea por todas partes! Si nos encontramos tibios y fríos, es porque no nos disponemos, como conviene, ó porque nuestro corazón está encendido en algún amor profano y enemigo del de Jesús.

Este sacramento nos fortifica también contra todas las tentaciones de nuestro enemigo. Como el demonio es soberbio, y ha sido vencido por medio de la cruz, no puede sufrir el sacrificio del altar. Jesús, con una sola palabra, hizo sosegar los vientos y puso en calma

la más furiosa tempestad. ¿Y qué tempestad no podrá calmarse á la sola presencia de Jesucristo? ¿Qué pasiones no reprimirá cuando, entrando en nuestro pecho, diga: La paz sea con vosotros, no se turbe vuestro corazón, yo soy; yo soy el que os ha preparado una mesa contra todos aquellos que os persiguen y afligen.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y bien mío, Jesús mío dulcísimo y amabilísimo! Mi alma desfallece en la consideración de este inefable Sacramento, y de la entrañable caridad con que le instituisteis, y os dejasteis debajo de esas especies visibles para nuestra compañía, consuelo y remedio. Mi entendimiento se agota, mi lengua enmudece, mis sentidos no están en sí y pierden sus fuerzas contemplándoos aquí y sabiendo que estáis con nosotros en el altar. Reconozca yo este soberano beneficio, agradézcale con profunda humildad, aprovéchemе de esta medicina de mi alma, coma de este pan de vida, y embriágueme con este cáliz del Señor: acuérdeme que murió por mí, y que no soy mío, sino esclavo suyo, y comprado con su sangre; y alentado con este memorial de su pasión, y con las prendas de la bienaventuranza, corra en pos de él con paciencia, fortaleza y alegría, hasta que por su gracia le vea cara á cara como él es.

Propósitos.—Dices que no comulgas con más frecuencia por hallarte indigno. Procura, pues, hacerte digno de comulgar más á menudo, practicando lo que has meditado en este día.

27 DE SEPTIEMBRE

Parábola de las diez vírgenes.

Preludios.—Imagínate en el juicio de Dios dando cuenta de todas tus acciones, y pide que se te abran las puertas del cielo y que jamás te diga el Señor aquella terrible palabra: "No os conozco„.

Punto I

De las cualidades de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes.

Recuerda la parábola que dice: «lo que pasa en el reino de los cielos es como lo que sucedió á diez vírgenes, que tomaron sus lámparas para salir á recibir al esposo y á la esposa. Las cinco de ellas eran necias y no se proveyeron de aceite; las otras cinco eran prudentes y proveyeron sus lámparas de aceite».

Considera cómo en la Iglesia hay justos y pecadores, figurados por estas diez vírgenes, y los unos y los otros están esperando la venida de Cristo N. S. á juzgar al mundo y celebrar las bodas con su esposa la Iglesia triunfante. Todos se aperciben con la fe y obras comunes y exteriores que pide el ser cristiano; pero en diferente manera, porque unos son prudentes y se proveen de todo lo necesario para la venida del esposo, otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras muy necesarias.

Los necios son como las cinco vírgenes locas, que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ni lo tienen en las vasijas para cebarlas; esto es, tienen fe y no caridad; tienen luz de verdades y no el óleo de las virtudes; tie-

nen lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de obras interiores; tienen á veces devoción sensible de lágrimas, que duran poco, y no la devoción interior y substancial que dura mucho; tienen virginidad y entereza del cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección, y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. Finalmente, conténtanse con tener lo bueno, que no dura más que la vida presente, y dejan lo que ha de durar en la futura por la eternidad; y, por consiguiente, cuando viene la muerte se hallan desapercibidos de lo que habían menester para recibir al Esposo. Pues ¿qué mayor locura puede ser, que esperar con tan corta preparación la venida de un Juez tan riguroso y de un Esposo que tiene ojos de lince, y penetra lo exterior y lo interior, y no se paga de cosas exteriores si están todas vacías de la virtud interior?

Los cuerdos son como las vírgenes prudentes, que tienen lámparas llenas de aceite y sus vasijas bien proveídas para irlas cebando, porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu; y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo lucido y apacible á los hombres, que para en la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu y la piedad que vale para todo, y la caridad que nunca desfallece ni se acaba, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan!

¡Oh Dios de mi alma, dame esta prudencia y discreción, para que de tal manera aperciba y aderece la lámpara de mi corazón con luz de verdades y óleo de heroicas virtudes, que tenga todo lo necesario y bastante para esperar tu venida y parecer dignamente en tu presencia.

Punto II

De la súbita venida del Esposo.

Tardando el Esposo, las diez vírgenes se durmieron; pero á la media noche sonó un gran clamor, que decía: «Mirad que viene el Esposo, salidle á recibir».

Considera cómo la venida del Esposo tarda, al parecer de todos los hombres, porque todos piensan que su vida será larga, y que hay mucho de aquí á la muerte y al juicio que en ella se hace; de donde procede que los buenos dormiten con el sueño de la pereza dando cabezadas de pecados veniales, y los malos duerman con el sueño del pecado mortal, muy descuidados de la venida del Juez.

Considera luego cómo todas las diez vírgenes dormitaron y durmieron, porque todos los hombres vienen á caer en enfermedad, ó vejez, ó flaqueza, ó en otra alguna causa que dispone para el sueño de la muerte, y al fin todos vienen á dormir este sueño último, sin que ninguno se pueda escapar de él. Y llámase la muerte sueño, porque, como el sueño, mal que nos pese, nos vence por más que le resistamos y porfiemos, y por entonces nos priva del uso de los sentidos y de todas las cosas deleitables de esta vida, así también la

muerte; y como viendo la imagen me acuerdo de la cosa que representa, así siempre que me acomete el sueño ó voy á dormir, tengo de acordarme de la muerte y traerla delante de los ojos lo más que pudiere, y, por consiguiente, en viendo la cama donde se cubre el cuerpo dormido, me debería entonces acordar de la sepultura donde se esconde el cuerpo muerto.

Pondera cómo á media noche sonó aquella clamorosa voz: «Mirad que viene el Esposo, salidle á recibir». Porque de repente, cuando estuviéremos descuidados, seremos llamados al juicio, así al juicio particular que se hace al fin de la vida de cada uno, como al universal, que se ha de hacer al fin del mundo; y aunque el que viene es Esposo de las almas justas, pero también es juez, y así viene con adorno de esposo para los buenos y con rigor de juez para los malos. Viene como esposo para regalar y enriquecer á los que hallare bien dispuestos y preparados, y para excluir y desechar á los que hallare mal apercibidos. ¡Oh alma mía, suene á menudo en tus oídos esta temerosa voz, y procura estar preparada, pues no sabes el día ni la hora en que ha de sonar! Cuando te toca la enfermedad, imagina que es sonido de esta voz para que te apercibas, pues no sabes en lo que ha de parar; y para oirla entonces con seguridad, óyela también cuando vas á comulgar, imaginando que te dicen: Mira que viene tu esposo; sal á recibirle bien preparado, pues viene para desposarse contigo en misericordia y caridad.

Punto III

Lo que hicieron las vírgenes á la llegada del Esposo.

Considera cómo todas las vírgenes, en oyendo la voz, se levantaron y prepararon sus lámparas. Las necias echaron de menos el aceite; pidiéronselo á las prudentes, y ellas respondieron que no podían dárselo porque todo lo que tenían habían menester para sí, que lo fuesen á comprar. Y entre tanto que fueron llegó el Esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas.

Considera cómo los buenos y malos han de resucitar y comparecer en el juicio universal; y antes de esto, en muriendo han de abrir los ojos como quien despierta del sueño que tenían en esta vida mortal, y se han de hallar en el juicio particular, y cada uno ha de llevar consigo su lámpara con lo que se granjeó en esta vida, ó sin aceite, ó con aceite, poco ó mucho, «porque sus obras le han de seguir», malas ó buenas, tales cuales fueron, y según ellas ha de ser juzgado.

Es cierto que los malos y necios en aquella hora se hallarán burlados, y caerán en la cuenta de su necedad, viendo sus lámparas muertas por falta de aceite; y aunque acudan á los buenos á pedir misericordia é intercesión, no habrá quien interceda ni abogue por ellos, porque cada uno tendrá harto que ver consigo, y porque ya cesó el tiempo de la intercesión por otros; antes, como por escarnio, les dirán: Id á comprarlo de los que lo venden; que es decir: tarde os habéis acordado, porque ya no hallaréis quien os lo dé, ni os lo

venda, ni lo podréis comprar, porque se pasó la hora de la compra. ¡Oh alma mía! sé cuerda, comprando con tiempo este aceite, pues Dios está preparado para vendértele, y El mismo te da el precio con que le has de comprar, que es como dártelo de balde; El te convida con su gracia y caridad, con sus virtudes y dones celestiales, y El te dará la disposición para alcanzarlas, previniéndote con sus divinas inspiraciones; oye con tiempo lo que te inspira, y haz lo que te manda. Ahora tienes intercesores que rogarán por ti, y serán sus ruegos admitidos; la Virgen sacratísima nuestra Señora, los Apóstoles, los mártires y los santos del cielo, con todos los coros angelicales, serán tus abogados, acude ahora á esta muchedumbre de espíritus prudentes, que todos te favorecerán; porque después de la vida, ni querrán, ni podrán.

Luego considera cómo llegando el Esposo á juicio, todas las almas puras y prudentes que están preparadas con la gracia que ganaron en la vida, serán admitidas á las bodas celestiales en compañía de su dulce Esposo. ¡Oh, qué contentas se hallarán, por haberse apercibido con tiempo! ¡Oh, qué alegres de verse con quien tanto amaron! ¡Oh, qué dulzura será la suya, y qué consuelo cuando vean á su Esposo celestial cara á cara, y le abracen con el amor beatífico, y coman con El á su mesa los manjares de la eterna dicha y beban del río de sus deleites! ¡Oh, qué resplandeciente estará la lámpara de su alma, con la lumbre de su gloria! ¡Qué ardiente con el fuego de la caridad! ¡Qué devota y alegre con el óleo de la divina consolación! ¡Qué segura de no que-

brar con la protección de Dios! ¡Oh dichosos trabajos, que llevan á tan preciosos descansos!

Por último, medita cómo en entrando el Esposo con las vírgenes prudentes, se cerró la puerta, y viniendo las necias á llamar, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos»; El respondió: «Dígoos de verdad, que no os conozco». Mira cómo la puerta del cielo se cierra el día del juicio universal, de tal manera, que nunca más se abre para echar de allí al que una vez entró, porque su gloria será perpetua mientras Dios fuere Dios, gozando eternamente de su compañía, sin miedo ni recelo de perderle. En esta vida algunas veces Dios nos visita y consuela con inspiraciones; pero siempre queda la puerta abierta; y cuando menos pienso, me echan fuera ó me salgo; pero en entrando en el cielo, luego se cierra la puerta de modo que nadie me echará de él ni yo querré salir. ¡Oh entrada dichosa y bienaventurada! ¡Oh lugar seguro! Entre yo, Dios mío, en esa gloria celestial de los bienaventurados, para estar siempre contigo, alegrándome con ellos.

Finalmente, se ha de ponderar la conclusión de la parábola, que es el fin é intento de ella, en aquellas palabras: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora». Las cuales he de tener impresas en mi memoria, pues, como refiere el evangelista San Marcos, á todos y á cada uno en particular se dicen.

Coloquio.—¡Oh Juez soberano, líbrame de este mal sueño, no dormite mi alma, porque no venga á dormir del todo! No se descuide en muchas culpas ligeras, porque no venga á dar en las graves. Despierta ¡oh alma mía! que duermes, y clama á Cristo para que te resucite y vivifique con su gracia muy copiosa, para que vivas eternamente. Alma mía,

vela en oración y penitencia, y en continuo ejercicio de buenas obras; y si dormitares por tibieza, despierta luego con diligencia, pues no sabes si la hora presente será la postrera de tu vigilia, en que serás llamada para las bodas, y si estás desapercida, para siempre serás excluída, y si preparada, para siempre serás admitida, para que te goces con tu Esposo Jesús por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Fija profundamente en tu mente esta terrible sentencia: «Velad y orad, porque no sabéis ni el día ni la hora».

28 DE SEPTIEMBRE

Del santo temor de Dios.

Preludios.—Imagínate que estás en el juicio divino expuesto á que el Señor te diga por tus pecados y tibiezas lo que á las vírgenes necias: "No os conozco„, y pide con David que el temor santo de Dios clave tu carne y tus apetitos en la cruz de Cristo y en el exacto cumplimiento de tus deberes.

Punto I

De los frutos del santo temor de Dios.

Considera, ante todo, que los teólogos señalan cinco géneros de temor: natural, humano, servil, filial é inicial. El natural es común á hombres y animales, dado por Dios para que huyan de lo que les puede dañar, y por esto es bueno, aunque moralmente hablando, es indiferente; y puede ser bueno ó malo, según la inclinación que le dé el que lo tiene.

El temor humano, comúnmente llamado mundano, es el que mueve á los hombres á temer el mal de la pena más que el de la culpa, y la pérdida temporal más que la espiritual; y este temor es malo y mal ordenado, y nace de mala raíz y es causa de que el alma

atropelle muchas veces la ley de Dios, por no padecer alguna mengua ó pena temporal.

El temor servil es el que teme la pena, en especial la eterna, y este temor es bueno y de Dios, aunque tal vez se halle en el pecador junto con la mala voluntad de pecar, si pudiera hacerlo sin riesgo de incurrir en la pena, porque el dicho temor no es causa ni efecto de la mala voluntad, antes la detiene para que no se abalance al pecado, por lo menos en lo exterior, y dispone al pecador para la piedad y perfecta conversión.

El cuarto es el temor filial, casto y reverencial, el cual es perfecto, santo y don del Espíritu Santo, porque con él teme el hombre cometer cualquier culpa por no ofender á Dios y está dispuesto á padecer cualquiera pena antes que ofenderle en la cosa más mínima, y aunque por no ofenderle hubiera de padecer castigo, lo cual dispone y da fuerzas para no ofender á Dios, sólo por ser quien es. Se llama este temor filial, porque es propio de hijos, casto, porque es temor de esposa, y reverencial, porque es de amigo inferior á superior, que con suma voluntad le reconoce y reverencia.

El quinto temor señalado por los teólogos se llama inicial y está compuesto de filial y servil, pues el que lo tiene teme ofender á Dios al mismo tiempo por el mal de la culpa y de la pena. Llámase inicial porque el que lo tiene ha empezado el camino de la perfección, aunque no ha llegado á aquel grado de ella que aleja todo temor de pena. Y de ese temor habla San Juan cuando dice: «El que teme no ha llegado á la perfección de la caridad»,

porque la perfecta caridad desecha todo temor y se entrega de tal suerte á Dios que se olvida de toda comodidad é interés propio, y de tal suerte coloca toda su confianza en Dios que no teme otra cosa sino ofenderle.

Sentado esto, has de considerar los frutos de este santo temor nacido de la meditación de los castigos de Dios en contra del pecador. Dichos frutos los puedes reducir á cuatro. El primero, que el temor servil, aunque ínfimo entre todos los buenos temores, es principio de la sabiduría, y esta utilidad es tan grande, que sería cosa de dar por ella cuanto tuviéramos si pudiera ser comprada. Y llámase con razón principio de la sabiduría, porque entonces es cuando el hombre empieza á saber usar de su razón, estimando las cosas verdaderamente grandes con el aprecio que merecen, y teniendo en poco las necedades y locuras mundanas.

Es, además, este temor el principio de la sabiduría, porque es el primero de los afectos de la voluntad cuando quiere la criatura convertirse á su Criador, porque este santo temor hace que comience á aborrecer el pecado por el cual corre el peligro de caer en las manos de Dios vivo é irritado contra él. Nace el temor de Dios de conocer cuán perfecto y justo sea en sí, y cuán terrible en sus efectos, así temporales como eternos; con lo cual teme el pecador la justicia de Dios, tiembla de su ira y estremécese de su furor.

El segundo fruto que produce el santo temor de Dios, es que defiende al hombre de los peligros de pecar, conservando la gracia adquirida por la penitencia. Este fruto lo expli-

can los santos de varios modos, y entre ellos San Basilio compara el temor de Dios á unos clavos agudos que tienen preso y clavado al hombre, sin poderse mover á una parte ni á otra, porque con cualquier movimiento que intente se le rasgarían las heridas con gran dolor. Así el hombre, poseído del temor de las penas del infierno, está como clavado, sin atreverse á extender la mano á cosa mala, y hasta los pensamientos tiene ceñidos para no desmandarse.

Otro fruto produce en el espíritu el temor de Dios, aunque sea servil, y es que le libra de la tiranía del temor humano y del mundo, enfermedad la más incurable en el hombre, pues nace con él y no le deja hasta la vejez. El temor y respeto humano al qué dirán engendra las traiciones y todo linaje de vicios, impide la corrección fraterna y es causa de venganzas y homicidios. Y no solamente esto, sino que muchos que conocen la torpeza de los pecados no tienen valor para abstenerse de ellos por temor á que el mundo los moteje de devotos y religiosos, como si la templanza, la modestia, la religión y las demás virtudes fueran vicios dignos de la mayor reprensión. Ese temor tan dañoso desaparece con el temor de Dios, porque la experiencia enseña que el temor grande quita otro menor, y así el temor á las penas del infierno destierra y consume el temor de perder la estimación de los hombres.

El cuarto fruto que produce el santo temor de Dios, es el alejamiento de los vicios á que inclina al hombre su natural flaqueza; pues cuando ese santo temor se apodera del hombre, le

sirve de freno para no caer en el vicio, y de espuela para ejercitar las virtudes. Conviene, pues, que vayas poco á poco aprovechando y creciendo en el temor de Dios, hasta que llegues á su colmo y perfección y sean poseídos de él totalmente tus ojos, tus manos, tu lengua, oídos, pies, entendimiento y voluntad, sin que quede en ti sentido ni potencia que no se llene de ese santo temor. y puedas decir como Job: «Todas mis obras hacía con temor». Porque de este modo, y poseído de la plenitud de ese santo temor, nunca pensarás ni harás cosa mala, porque siempre estarás temeroso de ofender á Dios.

Punto II

Necesidad del santo temor de Dios para emprender el camino de la virtud.

Considera que el santo temor de Dios es necesario al pecador como principio de su salvación. Aquella palabra de Cristo: «En verdad os digo, amigos míos, que temáis á Aquel que puede matar vuestros cuerpos y arrojar vuestras almas al infierno», bastan para ablandar, si bien se meditan, los pechos más duros. Dos razones encuentra Tertuliano para explicar por qué un Dios de bondad como el nuestro quiere infundirnos ese temor: la primera, porque Dios se ve glorificado cuando contempla á sus criaturas humilladas ante El. Dios quiere que el hombre le tema, porque este temor es el fundamento de su salvación. Porque quien presume de sí, teme menos, y quien menos teme está menos vigilante, y por conse-

cuencia más en peligro, pues la desconfianza es la madre de la seguridad.

Has de considerar también que el pecador es un ciego á quien hay que devolver la vista, y un ignorante á quien hay que instruir; y como el temor de Dios es, como dice el Espíritu Santo, el principio de la sabiduría, de aquí se sigue la necesidad de esta saludable medicina para que disipe las tinieblas que le ciegan y la ignorancia que le embrutece.

Este temor es el que enseña al pecador que es necesario ser santo ó condenarse, hacer penitencia ó arder en los infiernos, y que la fe sin obras es una fe muerta. Abre, pues, tu pecho á ese temor saludable, y pide á Dios que te lo conceda para la salvación de tu alma.

En segundo lugar, considera que el temor de Dios es necesario para buscar y adelantar en el camino de la salvación. Para esto, son necesarias la gracia actual y la cooperación á esta gracia. Por la humildad recibe el hombre la primera, por la vigilancia y el cuidado coopera á ella, y ambas se consiguen por el temor de Dios, según esta palabra de San Pablo: «Trabajad en vuestra salvación con temor y con temblor».

La experiencia, dice San Agustín, nos enseña que las aguas que corren y pasan por la cima de las montañas son ordinariamente estériles, al paso que las que se detienen en los valles los ablandan y fertilizan. Lo mismo puede decirse de la gracia, pues los rocíos y lluvias de dones del Espíritu Santo corren y pasan inútilmente por los espíritus orgullosos, y llevan la abundancia de las virtudes á las almas humildes. Esto por lo que toca á la hu-

mildad, que en lo que al cuidado y solicitud se refiere, el temor de Dios consiste en velar atentamente sobre nosotros mismos, y en hacer todas las cosas con una santa solicitud para evitar el pecado. El sabio, dice el Espíritu Santo, todo lo teme, y este temor le hace vivir sobre aviso, no solamente para no perder la gracia de Dios, sino para acrecentarla por la práctica de las buenas obras y de las virtudes cristianas.

Imita el ejemplo de las vírgenes prudentes del Evangelio, que son el símbolo de los predestinados, y que velaban noche y día para impedir que se apagaran sus lámparas, y no menos presente debes tener que este santo temor de Dios es, según San Agustín, como el centinela puesto para evitar las sorpresas y emboscadas del enemigo. Ese temor, dice San Basilio, sirve de freno á las almas para impedir que den rienda suelta á sus codicias, y es también como un prudente piloto que no abandona nunca el timón y tiene constantemente los ojos bien abiertos para prevenir las tormentas y conducir el barco á puerto seguro.

Por el contrario, el alma presuntuosa que se cree segura de su salvación, no vela sobre sí, y es como aquel que monta en un caballo fogoso, que, al desbocarse, lleva á su jinete adonde le place. Si le escuchas te dirá, aunque vive en el olvido de Dios y hundido en el cieno de los vicios, que él nada tiene que temer, que se burla de todas las amenazas de la fe acerca de la eternidad, y que espera irse derecho al paraíso, como los más inocentes y más austeros solitarios del desierto. En lo que se ve el cumplimiento de esta sentencia del Espíritu

Santo: «Hay impíos que viven en la misma seguridad que si tuvieran la inocencia y las buenas obras de los justos, y todo esto no es más que locura, vanidad é impiedad».

Punto III

El temor santo de Dios es necesario para perseverar en la gracia final.

Considera que el Espíritu Santo, que llama al temor de Dios el principio de la sabiduría, lo llama también su plenitud y coronamiento. Deduce de ahí que el temor servil arranca el pecado de las almas, y el temor puro y filial les da el aumento y la perfección de esa misma gracia. O lo que es lo mismo: que si por el temor de Dios empieza el hombre el negocio de su salvación, también por el temor lo acaba y perfecciona. Y aunque á primera vista parece una paradoja decir que el temor fortifica y que los valientes tiemblan, pues el temor es señal de debilidad y flaqueza de corazón, esto es verdad cuando se trata del temor meramente humano, pero no lo es cuando se trata del divino; porque en los designios de Dios es necesario empezar por este temor para llegar á la fortaleza. San Efren lo dice: «Si este temor reina bien en tu corazón, echará de él todos los demás temores, y por consecuencia te hará al mismo tiempo valeroso y fuerte, porque no temerás á nadie más que á Dios». «El que teme á Dios, dice el Espíritu Santo, no temblará jamás, ni será presa de ningún pavor á la vista y aproximación del mal, cualquiera que éste sea». Y fíjate bien en la razón que da para ello, y es, que el Dios

á quien teme es al mismo tiempo su esperanza.

Ve, pues, con cuánta sabiduría obra la Iglesia al recordarte tantas veces los novísimos del hombre, porque hay momentos terribles en que el abismo atrae y el peligro hace vacilar á un santo, y sólo el infierno nos detiene, y además para enseñarte que por el temor de Dios debes comenzar, proseguir y acabar la obra de tu salvación. Para excitarte á tenerlo, debes considerar, por último, cuánta sería tu turbación y hasta qué punto subiría tu sobresalto, si supieras que un poderoso de la tierra, irritado contra ti, había jurado tu pérdida. ¡Qué inquietud no sentirías, y cuánto sería tu apresuramiento para aplacar su cólera! Y si esto lo harías tratándose de un hombre miserable y mortal como tú y cuyas venganzas por grandes que fueran, forzosamente habrían de tener término, ¿qué no debes hacer para aplacar á un Dios que es eterno y que está en todas partes, y del que, vayas adonde fueres, no podrás librarte por toda una eternidad?

Piensa un momento en lo que tú eres y en quién es Dios. Qué consejo puedes oponer al consejo de Dios. Qué brazo podrás levantar contra el brazo de Dios. De qué escudo te servirás contra los dardos de Dios.

Despierta, pues, tu fe; presta oído á la voz de la Iglesia que te dice con San Pablo: «Ahora es tiempo de despertar del profundo sueño en que nos hallamos: dejemos las obras de las tinieblas y tomemos las armas de la luz». Esto es: teme al pecado y huye de él, y vence por la fe y el temor de Dios á todos los enemigos de tu eterna salvación.

Coloquio.— ¡Señor y Dios mío! Tremenda cosa es á todo hombre caer en vuestras manos para ser juzgado, porque, como sois poderosísimo, nadie puede escapar de ellas; como sois sapientísimo, nadie se puede esconder de vuestros ojos, y, como sois justísimo, nadie puede torcer la vara de vuestra rectitud. ¡Cómo no temblaré delante de Vos, siendo acusadora la conciencia, reo mi alma, abogada la razón, testigo la memoria y todo el mundo, y Vos el juez! Por eso os temo, Dios mío, y quiero temeros, para que el temor me haga convertirme á Vos y me estimule á serviros después, y siempre á amaros.

Propósitos.—Meditar con frecuencia en los terribles castigos del pecado y los pecadores.

29 DE SEPTIEMBRE

Parábola de la higuera infructuosa.

Preludios.—Mira al amo de la viña en la que estaba la higuera infructuosa, mandando cortarla y arrojarla al fuego, y pide al Señor tiempo para hacer verdadera penitencia de tus muchos y graves pecados.

Punto I

Esterilidad de la higuera.

«Tenía un hombre plantada en su viña una higuera, mas vino á recoger su fruto y nada encontró.» En ese árbol infructuoso, plantado en la viña de la Iglesia, regado con tantos afanes, puedo ver retratada á mi alma.

Consideraré que después de los infinitos cuidados que conmigo ha tenido el Señor, debía esperar de mi alma frutos de virtud y de santidad; pero hasta la hora presente, ¿qué es lo que ha encontrado? Hojas pomposas de vanidad, de orgullo y de amor propio, y á lo más, inútil follaje de obras exteriores, pero sin ningún fruto.

Imagínate, pues, estar viendo aquella hermosa higuera con sus extendidas hojas y sus tallos vigorosos. Abrigada de los vientos por una sólida cerca, regada sin cesar por río caudaloso, sepulta sus raíces en una tierra excelente. ¿Qué le falta? Jamás árbol alguno se vió en condiciones más favorables para producir abundantes frutos, y á pesar de ello la higuera es estéril. Pues ese árbol infructuoso soy yo. Dios me plantó en el campo de su Iglesia, y colocado desde mi nacimiento junto á las fuentes de la gracia, sólo en mí ha consistido si no me he aprovechado continuamente de los tesoros inagotables de la infinita misericordia. ¿No me ha regado Jesús, además, con sus lágrimas y con su sangre? ¿No ha llorado por mí? Los Sacramentos que he recibido ¿no reciben su eficacia de sus padecimientos y de su muerte? Por un efecto de la Providencia divina pasé del seno de mi madre al seno de la Iglesia, donde fuí alimentado sucesivamente con la leche de los niños y con el pan de los fuertes. Y después, ¡qué de atenciones y de cuidados; cuántas mercedes, cuántas inspiraciones, cuántas singulares gracias y especiales favores he recibido de Dios! Y á pesar de eso, ¿qué he sido yo sino una planta inútil y tal vez nociva en la viña del Señor? ¿Acaso mi tibieza no ha inutilizado estos dones de Dios? ¿Mis faltas y mis escándalos no han perjudicado á su gloria y á la salvación de muchas almas? ¿Qué fruto he sacado de tan fecundo y maravilloso cultivo? ¿Qué se ha hecho de tantas comuniones y de tanta sangre divina como se ha derramado sobre mi alma en el tribunal de la penitencia? Tiembla de

tu esterilidad y de la cuenta terrible que de ella tienes que dar al justo juez de vivos y muertos.

Punto II

Castigo que amenaza á la higuera infructuosa.

Dijo el amo al guarda de la viña: «He aquí que ha tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córtala, pues; ¿por qué ha de ocupar en vano la tierra?»

Considera que ni el castigo podía ser más merecido, ni la reconvención más justa. Y considera también que esta es la amenaza espantosa que Dios lanza contra las almas estériles en la virtud y en los frutos de santificación. ¿Pues qué, pretenderemos, acaso, que la paciencia de Dios se haga cómplice de nuestra rebeldía y tibieza, alentando eternamente nuestra ingratitud? Si la misericordia concede plazos, la justicia exige que no sean eternos. ¡Y hace ya tanto tiempo, oh Dios mío, que me burlo de vuestra paciencia! Si hoy mismo el Señor escudriñase el árbol estéril de mi alma, recorriendo todas sus ramas, el entendimiento, la memoria, la voluntad, y buscase los frutos que tiene derecho á esperar, ¿qué encontraría en mí? ¿Cuáles han sido y son mis pensamientos, mis deseos, mis recuerdos y mis afectos? ¡Por cuántos motivos merezco que se cumpla en mí la terrible sentencia, y que la espada de la justicia divina corte el hilo de esta vida inútil para el cumplimiento de los designios de la infinita misericordia! ¿Qué hace en la viña del Señor un árbol que sólo es fecundo para el mal? ¿Que

no tiene más que hojas sin ningún fruto? ¿Obras que engañan á los hombres, pero vacías de pureza de intención, de caridad, de espíritu de fe y de mortificación? Examínate despacio y penetra hasta el fondo de tu alma. ¡Cuán bien merezco, Señor, que esas gracias que malgastáis en mí las concedáis á almas más generosas y que mejor correspondan á vuestra bondad! Pero no me las quitéis, Dios mío, que yo os prometo serviros con más fervor, yo os prometo que mi corazón no será ya tierra estéril, sino que producirá en adelante frutos de penitencia y santidad.

Punto III

Misericordia del amo de la higuera.

Mas el guarda de la viña le dijo: «Señor, déjala un año más, que yo la cuidaré y abonaré, y así tal vez dará fruto; y si no, luego la podrás cortar».

Considera en este precioso cuadro la bondad infinita del Señor, que parece no se cansa nunca de dar plazos á nuestras ingratitudes y pecados, así como no se cansa nunca de perdonar al pecador arrepentido. Me figuraré que Dios me concede lo que se pide aquí para la higuera estéril. «Todavía un año, dice el cultivador; no me neguéis este último plazo. En este tiempo redoblaré mis esfuerzos y cuidados para combatir la perversa naturaleza de este árbol; quizá os indemnizará de los gastos que habéis hecho, dando abundantes frutos; pero si una vez más vuelve á engañar nuestras esperanzas, será sin remedio arrojado al fuego, que bien lo merece».

Aplíqueme ahora este pasaje al estado actual de mi alma. Yo he sido esta higuera tanto tiempo infructuosa. Yo también he encontrado para con Dios una mediación poderosa, una Madre cuya ternura y patrocinio me permiten esperar mi salvación. Porque en el plan divino entra el que todo bien nos llegue por conducto de María, y ¿puedo dudar que á su intercesión debo este nuevo plazo que Dios me otorga? Iba á perecer en la tibieza y en la ceguedad y en el endurecimiento de corazón; pero María ha visto el peligro que yo corría, y su Corazón maternal se ha conmovido. «Hijo mío, ha dicho á Jesucristo, tened piedad de ese cristiano tibio, hijo mío también. Mil veces ha merecido vuestra cólera, y grande ha sido vuestra paciencia soportándole tanto tiempo; pero se ha refugiado en mis brazos, yo también soy su Madre, pues por hijo me lo habéis dado cuando estabais en la cruz; más de una vez se ha consagrado á mi amor y devoción, y me ha invocado en sus peligros. Por estas razones no puedo abandonarle, y os pido que suspendáis aun la sentencia que le condena. Dejadme que le prodigue mis maternales cuidados, y á fuerza de clemencia quizá llegaré á salvarle». María habla aquí, más que como suplicante como soberana de cielos y tierra, según San Pedro Damián; y por efecto de sus ruegos de madre y de su poderosa intercesión, se concede un plazo nuevo al pecador y con él nuevas gracias.

¡Oh alma mía! Bendice á tu Salvador y á su benditísima Madre, y madre nuestra María; pero apresúrate á sacar partido del precioso

tiempo que para convertirte se te concede, y no olvides que el exceso de la bondad divina, si de él abusas, puede convertirse en terrible venganza. Figúrate que este es el último año de tu vida, y haz frutos de penitencia que sean dignos de Dios y de su infinita bondad y perseverante misericordia, y propios, por consiguiente, para reparar la triste vida que hasta aquí has llevado.

Coloquio.—Ahora, Señor, es cuando se trata de cortar la mano y de arrancar el ojo que me han servido de escándalo; de empezar de veras el camino de mi salvación, y nunca como en este momento me hace falta gracia y valor para ello. De Vos lo espero, ¡oh Dios mío! Venid en el Sacramento de vuestro amor ¡oh Jesús! verdadero pan de los fuertes, fuente y principio de toda fe y de toda fortaleza, para ayudarme á realizar lo que pide mi salvación. Venid á mí con gracias abundantes, que ya no las despreciaré como hasta ahora; antes os prometo, Jesús mío, hacer en lo que me resta de vida frutos dignos de penitencia, y no ser por más tiempo árbol estéril en el jardín de vuestra Iglesia.

Propósitos.—Figúrate que cada día es el último de tu vida, y hazlo todo como si inmediatamente de ello hubieras de dar cuenta á Dios.

30 DE SEPTIEMBRE

Del abuso de las gracias.

Preludios.—**(Los mismos de la meditación anterior.)**

PUNTO I

Gravedad que encierra el abuso de las gracias.

Considera cuán grave es el abusar de las gracias de Dios, porque es, en primer lugar, despreciar al mismo Dios en sus dones más generosos y gratuitos, y porque el alma que

así corresponde al Señor, hace para ella inútil todo cuanto hizo y sufrió Jesucristo por nuestra redención, y cuanto hace Dios para salvarnos.

Para persuadirnos de esta verdad, comenzaremos por considerar que si debemos temer y respetar á Dios por ser infinita su autoridad y poder sobre nosotros, le debemos obedecer con más prontitud y gusto, si cabe, cuando nos llama á sí valiéndose del amor y de la dulzura. Cuando manda, nada puede dispensarnos de someternos á sus mandatos, sin que nos sirva de excusa el decir que el precepto es superior á nuestras fuerzas ó que es demasiado riguroso. Todos los pretextos vanos de la pasión en nada disminuirán el pecado que encierra la desobediencia. Pero sean los que fueren los pretextos que busquemos, siempre seremos en este caso reos del pecado de menospreciar las leyes del Señor. ¿Pero no somos aún más ingratos y más rebeldes y duros de corazón cuando despreciamos sus gracias? Si Dios me manda como dueño, mi deber es obedecer; pero si me busca como tierno y cariñoso padre para ofrecerme beneficios y favores y yo le rechazo con desdén, ¿no será esto herir su corazón, despreciar sus favores y mostrarme al mismo tiempo el más cruel enemigo de mí mismo?

Cuando me veo colocado ya en la pendiente del pecado y del infierno, arrastrado á su fondo por el peso de mi naturaleza corrompida y oigo la voz de Dios que me tiende su mano y por medio de la inspiración de su gracia me toca al corazón y me llama á sí para que no me pierda, ¿será posible que cierre los oídos á

tan dulce invitación y que rechace auxilio tan poderoso para no escuchar sino el grito abominable de mis pasiones? ¡Qué odiosa preferencia! ¡Qué insultante desprecio de la bondad divina!

Pero lo que colma la medida de mi maldad, cuando rechazo la inspiración de Dios es, que al abusar tan indignamente de los dones del Señor, destruyo y aniquilo, en lo que de mí depende y con relación á mí, la obra magnífica de nuestra redención. Un Dios que se anonada tomando la forma de esclavo; un Dios que nace en la pobreza, que vive en medio de los mayores trabajos y humillaciones y muere padeciendo innumerables tormentos y oprobios para ganarme las gracias indispensables para mi salvación, esas gracias que yo rechazo desdeñando la voz de Dios y haciéndome sordo á sus divinas inspiraciones, ¿puede darse mayor ingratitud? ¿Cabe mayor dureza en el corazón ni mayor ceguedad en el entendimiento? Esas gracias que rechazo son el precio de la sangre de Jesucristo; con mi dureza y obstinación hago inútil para mí una redención á tanta costa comprada.

Punto II

Cómo castiga Dios en esta vida el abuso de las gracias.

Considera cómo aun en la vida presente Dios nos retira sus gracias para castigar el abuso que de ellas hacemos, y este castigo es tan justo como terrible. Ese castigo ha sido claramente anunciado y con frecuencia repetido en los sagrados libros. «Mi pueblo no ha escuchado mi voz; Israel no ha prestado atención á

mis palabras; por eso lo he abandonado á los deseos de su corazón para que siga su capricho, sus inclinaciones perversas». Y en otro lugar dice la Sagrada Escritura: «Dios los ha cegado y endurecido su corazón para que teniendo ojos no vean y teniendo oídos no oigan, de tal suerte, que jamás se conviertan ni puedan serles remitidos sus pecados». «En verdad, os digo, que se os quitará el reino de Dios y se le dará á un pueblo que lo haga fructificar».

La Escritura está llena de estas terribles amenazas, y multitud de ejemplos demuestran cómo Dios castiga el desprecio de sus gracias. Helí, Saúl, Judas y mil otros casos demuestran esta espantosa verdad, cómo Dios se retira de los ingratos y cómo permite se endurezcan los corazones que se hacen sordos á los llamamientos y toques de la gracia. Helí, era un pontífice que no parecía responsable más que de un exceso de condescendencia para con sus hijos; Saúl, un rey elegido por el Señor; Judas, un apóstol llamado por Jesucristo. Pues todos ellos son así rechazados porque rechazaron la gracia que se les ofrecía. Y este castigo, ¿acaso no es frecuente en nuestros días? ¡A cuántos cristianos no deja Dios dormir tranquilamente en la tibieza, y aun caer en la ceguedad y dureza de corazón para castigar así el abuso que han hecho de sus gracias!

Y este castigo, fuerza es confesarlo, no puede ser más justo. La gracia es un testimonio que Dios nos da de su amor. Para favorecernos nos llama con cariño de Padre, insiste en sus llamamientos con ternura á fin de que no nos neguemos á recibir sus gracias y favores.

Pero al ver que resistimos á sus invitaciones, cansado de ofrecer en vano sus beneficios, cesa de instarnos, y, por último, viéndose despreciado, se retira. ¿No es esto justo? ¿Osaríamos todavía pretender que recompensase nuestros insultos, ofreciéndonos con más instancia y siempre las gracias que rechazamos? Se quita el reino; pero, ¿á quién? A aquel que se hace indigno de llevar una corona que rechaza, además, con desdén y con orgullo. ¿Y no es esto lo que piden de consuno la equidad y la sana razón?

Castigo terrible, porque la gracia, ó más bien, Dios que se retira, es el soberano Bien que se aleja de nosotros, y el mal supremo, el pecado, el infierno en su lugar se acercan y se apoderan de nuestra alma. La más espantosa de todas las desdichas, la de morir siendo enemigo de Dios, no es en sí misma otra cosa que la negativa de la gracia decisiva y eficaz con que, antes de morir, se convertiría un pecador á sentimientos de verdadera penitencia. La gracia que se retira es la luz, es la fuerza que nos abandonan, es la virtud de Dios que desaparece, y es, por último, en cierto modo, la esperanza de nuestra salvación que se va y se retira de nosotros.

¡Oh, no, Dios mío! Todavía no ha llegado, y si yo quiero, no llegará jamás la hora de desesperarme, porque aún hoy, además de que tengo vuestra promesa de acoger siempre con bondad al pecador que vuelve sinceramente á Vos, recibo de vuestra misericordia una gracia de las más preciosas que podéis darme, el terror que me inspira el criminal abuso que hasta aquí he hecho de tantas otras gra-

cias vuestras. Esta gracia me aproximará á Vos, ¡oh Dios mío! pues ya siento renacer en mí la estimación que debo hacer de vuestras inspiraciones, y con vuestra gracia me propongo firmemente no hacerme por más tiempo sordo á vuestras divinas inspiraciones.

Punto III

Del juicio y penas del abuso de las gracias.

Considera que cuanto uno es más amado, es más deudor de quien le ama: aquel que más beneficios recibe, más estrecha cuenta tiene que dar de ellos. Así, pues, cuando llegue á presentarme ante el terrible juez de vivos y muertos, ¿cómo podré resistir á las reconvenciones que merezco por mi ingratitud y mi dureza? Tú serías, podrá decirme el Señor, menos culpado si te hubiera distinguido menos en la distribución de mis beneficios. La multitud y la excelencia de las gracias que mi amor te ha ofrecido y que tu tibieza ha malogrado, te han convertido en un pecador sin disculpa alguna, y á Mí en un juez sin piedad para contigo. ¿Y cuánta no será mi vergüenza cuando á las reconvenciones de mi Dios se junten las voces terribles de un gran número de réprobos cuyos medios de salvación hayan sido inferiores á los míos? ¡Ah, si el Señor hubiera hecho por otros lo que ha hecho por mí! ¡Qué comparaciones tan aterradoras! ¡Cuántas quejas! ¡Que desesperación! Mientras más vea lo fácil que me habría sido ir al cielo, más el infierno me parecerá una horrible é insoportable mansión. ¡Qué poco me hubiera costado salvarme! ¡Si casi me cos-

tó más sinsabores el condenarme y perderme! Pero entonces no será ya tiempo de reconocer la causa de mi desdicha para ponerle remedio. ¡Oh, si tuviese todavía, exclamaré, una sola de aquellas gracias que tuve á mi disposición con tanta abundancia, y que con tanta insensatez despreciaba! Pero ¡ah! ya no es tiempo ni de gracias ni de misericordia. Todas han desaparecido para no volver más: la fuente que las producía se ha secado, y si ahora me encuentro devorado por este fuego inextinguible, en estas tinieblas desoladoras y en este lugar de tormentos eternos, es porque así lo he querido. A tan terrible extremo me ha conducido el abuso de las gracias y mi increíble locura é ingratitud.

Coloquio.—¡Oh Dios mío! Vos habéis disipado las nieblas de mi entendimiento con las luces de vuestra inspiración: sed por ello bendito. Conozco por vuestra gracia la pérdida inmensa de mi alma al rechazar las que hasta aquí me habéis prodigado, el ultraje que os he inferido y el espantoso peligro á que tan temerariamente me he expuesto. Comprendo con qué atención debo en adelante estudiar los movimientos de vuestra gracia para seguirlos y hacer que produzca en mí frutos de fidelidad. Así debo hacerlo ¡oh Dios mío! y así lo quiero á todo trance. Perdonadme, ¡oh Salvador mío! adorable autor de la gracia, el abuso que de ella he hecho. Y ya que la Iglesia quiere que pida ser librado de mis males pasados, presentes y futuros, olvidad mis negligencias y pecados, curad mis dolencias presentes, y para lo sucesivo otorgadme la merced de que yo me aproveche del talento de vuestra gracia con una prudente economía y una fidelidad perseverante.

Propósitos.—No hacerte nunca sordo á las divinas inspiraciones, sino corresponder á ellas con prontitud y fidelidad.

MES DE OCTUBRE

DÍA PRIMERO

Parábola de Lázaro el pobre y del rico avariento.

Preludios.—Mira á Lázaro, ó llagado y pidiendo limosna á las puertas del rico, ó llevado por los ángeles al seno de Abraham, y pide parecerte más mil veces al mendigo y enfermo que se salva, que al rico y orgulloso que se condena.

PUNTO I

De Lázaro el pobre.

Considera la vida del mendigo Lázaro, la cual fué un ejercicio continuo de paciencia, por medio de la que llegó á grande santidad y perfección. Porque se señaló en padecer graves dolores de llagas; y lleno de ellas de pies á cabeza y tendido á la puerta del rico avariento, sufrió todo esto con gran conformidad con la voluntad de Dios, sin rencor, ni murmuración ni queja. Señalóse, además, en sufrir extremada pobreza, mendiguez y hambre; mas con tanto silencio, que no se dice de él que pidiese limosna con palabras, sino sólo con la demostración de sus llagas. Padeció también sumo desamparo y desprecio de los hombres, porque siendo tanta su hambre que «quisiera hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, no había quien se las die-

se»; y ni por esto se quejaba de la crueldad del rico ni de la dureza de sus criados. Por último, llegó á tanto su miseria, que los perros se acercaban á lamerle las llagas, y él estaba tan tullido, que ni los podía echar de sí ni había quien se los desviase. Y si decimos que esto era piedad natural de los perros, esto mismo aumentaba su pena, viendo que tenían de él piedad los perros, pero no los hombres.

Por estos escalones de maravillosa paciencia llegó Lázaro á tal santidad, que Cristo N. S. se quiso hacer cronista de su vida y de sus trabajos, y proponerla por ejemplo de virtud á todos; y en ella parece que dibujó su pasión, y nos enseñó que el camino breve para la santidad es padecer dolores, pobrezas, desamparos y desprecios de los hombres, conformándonos en todos nuestros trabajos con la divina voluntad.

Considera luego la gloriosa muerte de Lázaro, de quien dice Cristo N. S. «que en muriendo, los ángeles le llevaron al seno de Abraham». En lo cual pondera cómo la muerte de Lázaro fué fin de todos sus dolores, y principio de su descanso y honra. Porque aunque en cuanto al cuerpo fué vil y despreciada á los ojos del mundo, en cuanto al alma fué preciosa á los ojos de Dios, el cual envió sus ángeles para que le llevasen al seno de Abraham á descansar con los justos. Mira la gloria altísima de que goza ahora el alma de este mendigo tan alabado, canonizado y dado á conocer por Cristo N. S., y la que gozará su cuerpo en la resurrección. Por las llagas, recibe ahora gozos inmensos; por la pobreza, riquezas eternas; por la desnudez, vestidura de

gloria; por el hambre, hartura sempiterna; por el desamparo y desprecio de los hombres, amparo y honra de Dios y de sus ángeles. ¡Oh, por cuán bien empleados da los trabajos padecidos en esta vida! Ahora le parece que cuanto padeció fué poco y momentáneo, comparado con lo mucho y eterno que le han dado. Anímate ¡oh alma mía! á padecer en esta vida, pues tanto descanso te está esperando en la otra.

Punto II

Del rico avariento.

Considera la vida del avariento, en todo contraria á la de Lázaro, porque toda ella fué un continuo ejercicio de soberbia y avaricia: de regalo para consigo, y dureza de corazón para con los otros. La soberbia y sensualidad mostró en el vestido, vistiéndose de púrpura por vanidad, y de holanda por regalo; en la comida, haciendo cada día banquetes espléndidos por jactancia, y de manjares delicados por glotonería; la avaricia mostró usando de las riquezas para sí solo, teniendo gran dureza y crueldad con los pobres, sin tener misericordia de ellos, ni darles las migajas que caían de su mesa; y sin compadecerse del llagado y hambriento Lázaro que tenía á su puerta, siendo más cruel que sus mismos perros; y dando de comer á los perros, no lo daba á los pobres. De aquí procedía que los de su casa eran tales como él, aprendiendo del ejemplo de su señor, pues no hubo criado que tuviese piedad del pobre. Por estos pasos cayó en muchos y gravísimos pecados, be-

biendo todo el espíritu del mundo maligno, el cual se funda en codicia de carne y de hacienda, y en soberbia de la vida, todo contrario al espíritu de Cristo.

Por todo esto fué sumamente aborrecido de Cristo N. S., y cuando contó su vida no quiso nombrarle siquiera, en señal de que le aborrecía y despreciaba, y de que su nombre estaba borrado del libro de la vida, ni quería que hubiese de él memoria entre los hombres. Y del mismo modo Cristo aborrece á todos los que tienen este espíritu buscando la vanidad y sensualidad, y las propias comodidades, aunque sea con daño de sus prójimos. Por donde se ve cuán contrarios son los juicios de Cristo y los del mundo. Lázaro, en los ojos del mundo era desdichado, en los de Cristo dichoso. Al contrario el rico, en los ojos del mundo era dichoso, pero desdichado en los de Cristo.

Considera luego la desventurada muerte de este rico y los tormentos que padece; porque en muriendo, «fué sepultado en el infierno»; de suerte, que su muerte fué fin de todas sus riquezas, regalos y vanidades, y principio de las miserias, tormentos y desprecios que padece y padecerá sin fin. De esta vida no llevó sino los vicios y pecados que habían de ser cebo de sus tormentos: y así, se verificó en él lo que dice Job: «Pasan los días en deleites, y en un punto bajan al infierno»; porque aunque murió con apariencia de muerte tranquila, pero el punto último de su vida fué principio de su pena. ¡Oh punto terrible, fin de la vida deleitable que presto se acaba, y principio de la vida miserable que nunca se ha de acabar!

Si en este punto bajo al infierno, «¿de qué me servirá la soberbia? Y la jactancia de las riquezas, ¿de qué me aprovechará?» Mejor me está pasar los días en trabajos y en la hora de mi muerte subir al cielo á gozar el premio de ellos.

Punto III

De las penas del rico en el infierno.

Considera que Cristo N. S., para declarar las penas de este miserable, dice «que estando en los tormentos, levantó los ojos y vió á Lázaro en el seno de Abraham, y á voces dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía á Lázaro, para que con la punta de su dedo mojado en agua refresque mi lengua, porque soy muy atormentado en esta llama».

En lo cual se nos avisa que los condenados padecen tormentos proporcionados á sus culpas; y así, este desventurado padecía cuatro terribles castigos. El primero, de llamas que le cubrían de pies á cabeza, por la vanidad y regalo de la púrpura y holanda con que se vestía. El segundo, en la lengua, que fué el instrumento de sus gustos y glotonerías, abrasándole el fuego y padeciendo terrible hambre y sed rabiosa. El tercero, de envidia, viendo por revelación la buena suerte de Lázaro; y así, no se atrevió á pedirle nada, sino que se dirigió á Abraham. El cuarto, de desamparo y desprecio de todos, en castigo de su crueldad, porque no halló misericordia en Abraham, ni se le concedió la gota de agua que pedía, porque había negado la migaja de pan al pobre, y no mereció alcanzar misericordia

porque no tuvo misericordia. ¡Oh justísimo Dios, cuán justos son tus juicios, y cuán proporcionados tus castigos con nuestros pecados! ¿Cómo no temo el rigor de tu justicia? ¡Y cómo no tiemblo de las penas del infierno! Líbrame, Señor, de tus ofensas, porque no descarguen sobre mí tus iras; abre los ojos de los ricos, para que escarmienten en cabeza de este rico, y abre también los ojos de los pobres, para que no tengan envidia de los ricos.

Considera la respuesta de Abraham, notificándole la sentencia inmutable de la divina justicia, por estas palabras: «Acuérdate, hijo, que recibiste bienes en tu vida y Lázaro semejantemente males; pero ahora éste es consolado y tú atormentado, y en todas estas cosas hay entre vosotros y nosotros un grande caos ó abertura muy profunda, de modo que los que están aquí, no pueden pasar adonde vosotros estáis, ni vosotros venir adonde estamos nosotros».

Dos partes abraza esta sentencia. La primera, que el rico recibió en esta vida bienes temporales, poniendo en ellos toda su felicidad, y aceptándolos como premio de algunas obras buenas, y al contrario, Lázaro recibió en esta vida males y trabajos, abrazándolos con paciencia y purgando con ellos las culpas en que tal vez cayó, y en premio de las buenas obras que hizo se trocó su suerte y ahora recibe grandes bienes y regalos. Y así, cotejando las suertes de estos dos hombres, tengo de escoger para mí la de Lázaro, pues no es posible tener en esta vida la suerte del rico, y en la otra la del mendigo; y si tuviere la del mendigo, me consolaré con que no me cabrá

después la del rico. ¡Oh alma mía, mira bien la suerte que escoges en esta vida, pues de ella depende la que te ha de caber en la otra; tiembla de las prosperidades temporales, porque quizá serán premio de tus obras y se trocarán después en adversidades eternas! Y al contrario, gózate de las adversidades de esta vida, pues Dios te las envía como prendas de las prosperidades que te dará en la otra.

La segunda, es que no hay paso del infierno al cielo, ni del cielo al infierno, porque el decreto de Dios en esto es absoluto, firme é inmutable, con lo que queda bien probada la terrible eternidad de las penas del infierno.

Ultimamente, pondera otra petición que luego hizo este miserable á Abraham, y también se le negó: «Ya que Lázaro, dice, no puede venir adonde yo estoy, envíale á casa de mi padre, para que avise á cinco hermanos que tengo que no vivan como yo viví, para que no vengan á este lugar de tantos tormentos, donde yo estoy.»

Respondióle Abraham: «Allá tienen á Moisés y á los profetas que les avisan de ello, óiganlos, y esto les basta». Replicó el rico: «Creo que no bastará, como ni me bastó á mí, pero si alguno de los muertos va á decírselo, harán penitencia». Respondió Abraham: «Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán al muerto que resucitare» para decírselo, porque también podrán decir que es fantasma ó mentira. Y mucho más cierto es el testimonio de la Escritura revelada por Dios, que el de los muertos. De donde tengo de concluir, cuánto me importa entender y creer con viva fe lo que Dios ha revelado de

la otra vida en su Escritura y Evangelio, y conformar mi vida con esta creencia, escarmentando en cabeza ajena; porque si me ciego y endurezco para no oir lo que la fe me dice, también me cegaré y endureceré para no creer lo que me dijeren los muertos, si viniesen á hablarme. Y si quiero creer lo que dicen los muertos, mejor es oir lo que la Escritura cuenta de ellos como si á ellos mismos los oyera, pues siempre nos están diciendo aquello del *Eclesiástico:* «Acuérdate de mi juicio, porque tal será el tuyo. Lo que pasó ayer por mí, pasará hoy por ti».

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, con todo mi corazón abomino la soberbia de la púrpura y la delicadeza de la holanda, pues Tú estuviste vestido de vil púrpura por escarnio, y desnudo en una cruz! No quiero banquetes, ni regalos en la comida, pues Tú comías pan de cebada y en tu hambre te dieron hiel, y en tu sed te dieron á beber vinagre. No quiero que mi nombre sea vanamente pregonado en el mundo, porque no le borres del libro de la vida, ni te olvides de mí, echándome de tu santo reino. Quiero más bien parecerme al pobre Lázaro en las llagas, en los desprecios y en la pobreza, para que haciéndome como él copia tuya, merezca que Tú me alabes y me lleven los ángeles á tu gloria.

Propósitos.—Ten misericordia y caridad con los pobres y nunca los desprecies, y que tal vez ante Dios ellos se parezcan á Lázaro y tú al rico avariento.

2 DE OCTUBRE

De las riquezas espirituales del alma en oposición con las de los ricos del mundo.

Preludios.—Oye al otro rico del Evangelio, que se dice á sí mismo: "Come, bebe y banquetea, porque tienes muchas riquezas„ y que en medio de su alegría escucha aquella voz aterradora: "¡Insensato, esta noche morirás! ¿De quién serán los bienes que has amontonado?„ Pide al Señor no poner tu corazón más que en El y en los bienes eternos.

Punto I

Sólo merece llamarse rico el que posee á Dios.

Considera que, aunque tuvieras todos los tesoros de la tierra, estarías en la indigencia si de esos tesoros no pudieras sacar algún fruto, ni lograras con ellos procurarte una vida regalada y llena de todos los bienes que deseas. Pero, ¿dónde encontrar esa suma de bienestar que ahuyente todo temor y satisfaga todas tus aspiraciones? Fuera de Dios no la encontrarás en ninguna parte; porque todo lo que es creado, por grandes que sean sus apariencias de bondad, puede dañarte mucho y servirte de muy poca cosa para tu felicidad.

Mira, en efecto, que si te hallas enfermo, las riquezas no pueden devolverte la salud; si eres necio, tampoco te darán talento; si eres ignorante, no te harán sabio; si estás calificado de infame, no te devolverán la honra perdida, y en ninguno de esos casos te servirán de nada tus riquezas. En cambio, pueden dañarte y aun constituir tu desgracia, porque en muchas ocasiones se convertirán en el verdugo de tu alma y aun te quitarán el reposo y la paz del

corazón, haciéndote exclamar como al rico del Evangelio: «¿Qué haré de mis bienes?» Otras te arrebatarán el honor, en ocasiones pondrán á peligro tu conciencia, y á veces hasta la misma eternidad y la salvación de tu alma. Por eso los sabios dicen que los venenos más violentos se encuentran en las minas de oro, y realmente parece que los malos ricos encuentran su perdición y muerte en las riquezas que buscan con tanta ansia.

Considera, por el contrario, que el bien que se halla en Dios es un bien que jamás te puede dañar, y que es útil para todo lo que puede hacerte dichoso. Y no es solamente útil para tu dicha; es, por decirlo así, tu misma felicidad. No es solamente un medio, es el fin; porque poseer á Dios y su gracia, como la poseían los santos, es el colmo de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno. Si te hallas agobiado por la enfermedad, El es el médico que puede sanarte. Si el hambre te devora, El es el pan del cielo que alimenta tu alma, dándole la inmortalidad, y el Dios que también puede darte el pan de la tierra. Si estás amenazado de muerte, El es la fuente de la vida, y puede devolvértela cuando le agrade, y nadie puede quitártela sin su permiso. En una palabra: no tienes que multiplicar tus cuidados para buscar fuera de El lo que necesitas, pues en El encuentras el remedio de todos tus males, el consuelo y descanso en todos tus trabajos, la alegría en todas tus penas, la hartura de todas tus ansias y el cumplimiento de todos tus deseos.

¿Qué mal puede sucederte, ni qué bien faltarte si posees á tu Dios? Un alma posee todas

las cosas cuando posee al autor de ellas, y lo tiene todo cuando tiene por patrimonio al que es todo bien y felicidad para los que le temen, y no les deja carecer de nada. No dividas, pues, tus afectos. El bien que buscas es único, y Dios contiene todo bien y toda dicha ¡Oh venturoso amor! ¡Oh comercio maravilloso! ¡Oh secreto extraordinario, que te hace encontrar de una vez cuanto deseas!

Punto II

Utilidad de las riquezas del alma en oposición con las de la tierra.

Imagínate á un hombre dueño de grandes bienes. Si es virtuoso, puede servirse de ellos para ganar el cielo, pero ha de ser distribuyéndolos entre los pobres. Al vender sus bienes, compra el cielo; dando, atesora, y cuando parece que ha perdido todos los medios para proporcionarse goces, halla venturas inefables. Si ese hombre es, por el contrario, avaricioso y mundano, puede servirse de sus riquezas para procurarse amigos y servidores que le asistan y adulen, pero siempre será obligando á los primeros con sus liberalidades y recompensando con largueza á los segundos. De aquí se sigue, que tanto en uno como en otro caso, no es la posesión de las riquezas la que puede sernos útil, sino su empleo; no la posesión, sino el gasto, pues mientras más se guarden las riquezas, son más inútiles, y mientras más ahorres, serás más pobre, porque menor será el provecho que saques de ellas. Un avaro, que sólo sabe guardar lo mucho que posee, no es más rico que el que nada tiene. Las aguas

son vivas mientras corren por su canal, y las riquezas lo son igualmente cuando pasan al seno de los pobres. Sólo en este caso pueden ser llamadas riquezas vivas, porque sólo entonces pueden santificar el alma del que las posee y darle la vida eterna, por el buen uso que ha hecho de ellas.

Hay una santa avaricia, de todo punto contraria á la de los pecadores. Los que se hallan dominados por la avaricia del mundo, atesoran ahorrando, y los que siguen las inspiraciones de la caridad y misericordia cristiana, acumulan dando. La liberalidad de los buenos es, pues, una especie de avaricia que les hace apropiárselo todo, no reservándose nada, al parecer, porque no hay mejor usura que aquella que se aprovecha de sus larguezas, pero sin esperanza de devolución en la tierra. De todos modos, las riquezas de la tierra para el bien y para el mal sólo nos son útiles desprendiéndonos de ellas. No sucede lo mismo con el tesoro que se encuentra en la posesión de Dios. Si bien lo consideras, verás que su gracia es un tesoro que te sirve sin dejarte, que te aprovecha sin salir de tus manos, que no se disipa por el empleo ni se consume por el uso, y del que nunca obtienes mayores beneficios que cuando cuidadosamente lo guardas. Bien sabes tú, que frecuentas los sacramentos, que no hay tiempo más precioso que el de la sagrada comunión, después de haber recibido tan rico tesoro y cuando lo llevas en tu seno. Entonces, si sabes conservarlo en el silencio y en el recogimiento, no es posible calcular los bienes y riquezas espirituales que deja en tu corazón, donde hace su morada,

siendo tanto mayores esos preciosos dones mientras mayor es tu unión con Jesucristo sacramentado.

Considera, además, que ese tesoro te proporciona la ventaja de enriquecerte sin que te veas obligado á mendigar el bien ajeno para salir de tu indigencia, pues la gracia de Dios te hace rico sin empobrecer á nadie, porque Dios es un bien infinito que no puede agotarse nunca. Antes al contrario, mientras más santos le poseen, mayor parte toca á cada uno, y todo esto sin el inconveniente de despojar á los demás, inconveniente que tienen todas las riquezas de la tierra, por muy puras que sean las manos en que se encuentren. Porque si bien lo consideras, verás claramente que para tener oro y plata hay que registrar hasta las entrañas de la tierra. Para tener ricas vestiduras es preciso que los gusanos se abran el seno á fin de producir la seda. Para cubrir tu mesa de apetitosos manjares hay que despoblar casi todos los elementos. Y por último, así como los grandes árboles no se elevan sino chupando el jugo de la tierra, del mismo modo el hombre no aumenta sus riquezas sino á costa de los bienes de sus semejantes. De lo cual se siguen grandes trastornos, la envidia, el odio y todo linaje de males entre los hombres.

Pero Dios es riqueza universal, y los tesoros que derrama en los corazones de los hombres vienen á ser como una fuente pública donde todo el mundo puede saciar su sed. La multitud de concurrentes, lejos de disminuir tu dicha, la aumenta considerablemente, porque la caridad que te une á tus prójimos te hace

más rico, mientras más compañeros tengas en tus riquezas, como que tu felicidad se aumenta con la de tus semejantes, según la proporción con que los ames.

Deduce, pues, de todo esto, que la riqueza que verdaderamente merece ese nombre no es el oro ni la plata, sino la gracia de Dios, la fe viva, las virtudes sólidas y perfectas, que son las que intrínsecamente te hacen bueno, y te sirven no sólo para la dicha eterna, sino también para la felicidad temporal, que sólo la encontrarás en el servicio de Dios y en el exacto cumplimiento de tus deberes.

Punto III

Felicidad de las riquezas del alma en oposición con las del mundo.

Considera que así como es propio de la luz iluminar, del color hacer las cosas visibles, de la hermosura embellecer, así es igualmente propio del bien hacernos mejores y más dichosos. Estas condiciones sólo puedes encontrarlas en la posesión de Dios que es el Bien sumo, pues la de los bienes terrenos se halla mezclada con grandes males y sinsabores. Ser rico y no experimentar grandes turbaciones en el espíritu y en el corazón, por los peligros del lujo, la molicie y el regalo, puede considerarse como un milagro, cual lo sería estar en medio del fuego sin quemarse y amasando espinas sin punzarse. Y si la voluptuosidad es un escollo tan peligroso para la virtud, no lo es menos el orgullo. Ser rico y no ser presuntuoso con los que tienen menos medios de fortuna, es milagro no menos extraordinario que

el precedente. Lo general es, que el rico tenga su corazón en un perpetuo movimiento, cuyo extremo más alto es el orgullo y el más bajo la voluptuosidad. Todo contribuye á su engreimiento, porque el mundo los aplaude siempre y se convierte en idólatra de los ricos por muy perversos que sean.

Nada de esto, sin embargo, es causa de felicidad para ellos, porque nada, fuera de un bien universal, espiritual y eterno, puede ser buscado sin error, ni amado sin inquietud, ni poseído sin temor. Ahora bien: mira cuánto te engañas en la estimación de tus riquezas, puesto que no te hacen dichoso, sino que te turbas é inquietas al amarlas, pierdes la paz del corazón al poseerlas y si te hallas en peligro de perderlas, tu gozo no puede ser duradero.

No sucede así con el soberano bien, del que ni puedes hacer nunca mal uso, ni abrigar temor de perderlo jamás, porque sólo de ti depende conservarlo por toda una eternidad. Todas las riquezas del mundo son como torrentes que pasan, y si no las perdieres durante tu vida, forzosamente has de quedarte sin ellas á la hora de la muerte. Te engañas, pues, si las estimas en demasía; te acongojas si las buscas con ansia, y te pierdes si te adhieres á ellas con apego desordenado y mereces oir á la hora de la muerte esta terrible reconvención que escuchó el rico de la parábola del Evangelio: «¡Insensato: tu alma te será reclamada esta misma noche! ¿De quién serán los bienes que has amontonado?»

Considera á este propósito la locura é insensatez de ese rico. Dice dentro de sí mismo:

¿Qué haré de mis riquezas? porque no se fía de nadie. No tengo, añade, lugar alguno donde encerrar lo que he atesorado. Tiene tantos bienes, y á pesar de ellos está pobre, pues le falta lugar para guardarlos. Tan ocupado está en destruir y en edificar, que ni piensa en dar gracias á Dios por sus dones, ni sabe servirse de ellos para su gloria. He aquí, dice, lo que haré: destruiré mis graneros y los haré más grandes; en lugar de decir: Haré bien á los pobres, daré limosnas, repartiré lo que me sobra, que para eso me enriqueció el Señor. Si este pensamiento hubiera acudido á su imaginación, habría puesto término á sus inquietudes y obtenido las bendiciones del cielo. Pero mira lo que dijo aquel ciego: «Diré á mi alma: Tienes muchos bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida». ¡Oh palabras llenas de locura, dice San Basilio, más propias de una bestia que de un hombre! Llama bien de su alma á lo que es su veneno; descanso á lo que ha de ser su tormento; se promete muchos años de vida, cuando sólo le queda una sola noche. ¡Noche funesta, que es el fin de una vida brutal y el principio de una eternidad desventurada! ¡Feliz aquel á quien Dios ha librado de tan mala pasión! Huye tú de ella, y si quieres ser rico, sé rico de los dones de Dios. Si tienes muchos bienes, no pongas en ellos tu corazón; si tienes pocos, no desees más; si no tienes ninguno, conténtate con Dios y aprende á vivir sin todo lo demás, resignándote con la voluntad del Señor y dejándole que disponga de todo lo que te pertenece, pues si Dios está contigo no puedes llamarte pobre.

Pobres son los que se hallan privados de su amor, aunque tengan la casa llena de bienes, y ricos aquellos á quien Dios ha escogido para sí por los méritos de su Hijo, y que pueden decir con David: «Señor, Vos sois mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos». Este es el solo bien que puede hacerte feliz, y, por consecuencia, el único tesoro que debes estimar y en el que debes poner tu corazón.

Coloquio.—¡Dios y Señor mío, única riqueza de mi alma, porque nada la puede llenar y satisfacer más que Vos, que sois todo bien, toda verdad y toda hermosura! Otorgadme, Señor, la gracia de que mi corazón viva despegado de todo lo terreno, en el menosprecio de mí mismo, en la mortificación de mis pasiones, en la humildad, en la pobreza, al menos de espíritu, en la oración ferviente, y, sobre todo, en la contemplación de los bienes celestiales, para que, enamorado de ellos, se anegue mi alma en el abismo de aquella felicidad sin fin, tras la cual alienta y suspira mi corazón. No quiero más riqueza que á Vos, ni más tesoro que vuestra gracia y vuestro amor, que con ellos soy bastante rico, ni pido cosa alguna.

Propósitos.—Si las riquezas y bienes temporales son obstáculo á tu salvación, pide al Señor con fervor te las quite y te deje pobre y desamparado.

3 DE OCTUBRE

(De algunas meditaciones sobre obras milagrosas que hizo Cristo N. S. sanando enfermos, resucitando muertos y convirtiendo pecadores.)

De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo N. S. del demonio.

Preludios.— Mira á esta mujer admirable á los pies de Cristo, y pide saber orar y obtener como ella lo que deseas.

PUNTO I

De cómo la cananea salió al encuentro de Jesús.

Considera las virtudes de esta mujer para imitarlas, porque son excelentes. Primera-

mente fué grande su fe y confianza, sintiendo altamente de Cristo N. S., confesándole por Señor y por Mesías y por poderoso para echar los demonios, y tan poderoso que sólo bastaba quererlo ó mandarlo para que todo le obedeciese. Por eso, no dice, ruega por mí, sino ten misericordia de mí y ayúdame, proponiendo en breves palabras su miseria al que creía que la podía remediar. Además, fué grande su caridad, con la cual tenía los males de su hija como propios; y así no dijo, ten misericordia de mi hija y ayúdala, sino ten misericordia de mí y ayúdame. Y sobre todo resplandeció la humildad de esta dichosa mujer, porque quizá atribuía á sus pecados, más que á los de su hija, el ser ésta atormentada del demonio. En estas dos virtudes se señalan siempre los santos, haciendo propios los males de sus prójimos: el padre los de sus hijos, y el superior los de sus súbditos, y los súbditos los del superior, confesando que sus pecados son también causa de los trabajos que padecen otros. De esta humildad profundísima nació también la reverencia suma con que oró; porque, como dice San Marcos, «se postró á los pies de Cristo», y le adoró.

Finalmente, oró la cananea con grande afecto y constancia, como lo denotan así los clamores que daba salidos del afecto del corazón, como el seguir á Cristo, yendo tras El, y multiplicando sus peticiones. Con estas virtudes he de acompañar mi corazón; y cuando me viere tentado de algún vicio, de soberbia, gula ó ira, postrado á los pies de Cristo, le diré una y muchas veces: Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí, porque mi alma

está atormentada del demonio de la soberbia. Ayúdame, compadécete de mí y líbrame de ella. Y de la misma manera cuando vea algún prójimo estar rendido al vicio y al pecado, tomando su miseria por propia, diré á Cristo N. S.: Hijo de David, ten misericordia de mí, porque el alma de mi hermano está atormentada del demonio; ayúdame, pues al compadecerte de él, te compadeces de mí, porque su miseria es mía y mis pecados son la causa de ellos.

Punto II

De cómo Jesús probó la fe de la cananea.

Considera cómo no quiso Jesús responder palabra á la cananea, y perseverando ella en clamar, le dijo para probar su fe y su constancia: «No es bueno quitar el pan de los hijos y darlo á los perros»; esto es: los beneficios que se hacen á los judíos, que son hijos de Dios, no conviene darlos á los gentiles, que son desconocidos y extraños. Ella respondió: «Así es, Señor; pero los cachorrillos también comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores».

Aquí se ha de considerar lo que hizo Cristo N. S. en este caso, y lo que hizo la cananea. Lo primero, ponderaré cómo Cristo N. S. callaba, como quien, al parecer, no hacía caso de la petición de esta mujer, no por desprecio, sino para que con esta dilación creciese más su deseo y afecto. Y pasando más adelante, le dió muestras de negarle lo que pedía, motejándola de indigna de ello; lo cual hizo Cristo N. S. para probarla y humillarla, y con esto

disponerla mejor para recibir lo que pedía; porque la humillación de Dios, como dice San Bernardo, es señal de que nos quiere ensalzar, y también es señal de que halla corazones capaces de su gracia y dones, porque á los flacos suele dar luego lo que piden, como á niños; pero á los fuertes, cuya virtud tiene conocida, pruébalos con dilaciones y ásperas respuestas, como probó á su misma Madre en las bodas, para que con este ejemplo aprendamos á no desanimarnos si no fuéremos oídos tan presto como deseamos.

Ponderaré después las virtudes insignes en que probó Cristo N. S. á la cananea, que son la piedra de toque de la perfección; es á saber: la probó en paciencia, en humildad y en perseverancia, las cuales virtudes ejercitó admirablemente la cananea con gran prudencia; porque, lo primero, aunque oyó palabras tan duras y ásperas, no se indignó, ni quejó, ni murmuró de Cristo, ni cesó de su demanda, perseverando en ella con gran constancia. Lo segundo, con rara humildad confesó lo que era, diciendo: «Así es, Señor, que soy gentil, y aun perrilla desaprovechada». Y pasó más adelante, porque aunque los perrillos suelen comer de las migajas que caen de la mesa, ni aun de éstas se tuvo por digna, y así no pidió que le diese alguna migaja, sino calló, dejándolo á la liberalidad y misericordia del Señor. Lo tercero, con gran prudencia, de las mismas palabras de Cristo y de su propia bajeza sacó títulos para negociar lo que pedía; como quien dice: Si soy como una perra, también los señores sustentan, no sólo á los hijos, sino á los perrillos, con las migajas que caen de su mesa.

Con este espíritu diré á Cristo N. S.: ¡Oh Rey del cielo, que estáis en vuestro reino sentado á la mesa de vuestra bienaventuranza, dando espléndidamente de comer á vuestros hijos! No es vuestra mesa como la del rico avariento, de cuyas migajas no hubo quien diese alguna al mendigo y hambriento Lázaro; porque aunque sois rico, no sois avariento, sino dadivoso; no escaso, sino largo y manirroto. A vuestra presencia vengo como cachorrillo, esperando algún mendruguillo de pan de lo que de esa mesa se cae para los que viven en la tierra. Confieso, Señor, que no se ha de dar lo santo á los perros cuando lo quieren para morderlo y despedazarlo; pero yo, Dios mío, lo deseo para dejar de serlo, y así pido el Pan celestial que tiene virtud de convertir los perros en hijos vuestros; dadme algo de este Pan, aunque no lo merezca, pues tan generoso sois en dar lo que tenéis á los de vuestra casa.

Punto III

De cómo Jesús premió la fe de la cananea.

Considera cómo Jesús, habiendo oído la fervorosa réplica de la cananea, dijo: «¡Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres! por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija»; y al punto salió y quedó sana la endemoniada.

Donde se ha de ponderar el gusto grande que recibe Cristo N. S. con una alma humilde, sufrida y confiada; cómo la alaba y engrandece, y cómo le cumple sus deseos y le da cuanto le pide. Este afecto declaró con aquella exclamación: «¡Oh mujer, grande es tu fe!» ¡Oh

qué grande sería, pues un Dios tan grande la califica por grande! A los Apóstoles les llamó Cristo muchas veces hombres de poca fe; á esta cananea llama mujer de gran fe. ¡Oh Señor, dame esta grandeza de fe viva y confianza cierta en tu bondad, para que te agrade con ella!

También ponderaré, que alaba Dios y honra á los que tienen esta grandeza de fe, porque ellos con esa fe viva honran á Dios y le glorifican, sintiendo de El en bondad altamente, y arrojándose en su providencia, y es propio de Dios honrar á los que así le honran.

Finalmente, se ha de notar aquella palabra: «Por esto que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija». En lo cual Cristo N. S. atribuye la salida de este demonio á la palabra humilde de la cananea; porque la humildad espanta á los demonios y les hace huir de los cuerpos y de las almas.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío, pon en mi corazón y en mi lengua palabras de verdadera humildad, con las cuales en virtud tuya destierre de mi alma y de las de mis prójimos todos los demonios que las atormentan, para que libres de su servidumbre, te sirvamos en justicia y santidad. Enséñame, Señor, á orar con la viva fe, la profunda humildad y la perseverancia constante de esa bienaventurada mujer, de tal manera que en mis tribulaciones y trabajos merezca yo oir de tus divinos labios la palabra que ella oyó: «Hágase lo que quieres» y mi alma quedará curada de sus enfermedades por tu virtud y misericordia.

Propósitos.—Orar siempre como la cananea, con fe, humildad y perseverancia, poniendo en manos de N. S. tus peticiones, pues El es el único que sabe lo que te conviene.

4 DE OCTUBRE

Sobre la necesidad de la oración.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La oración es necesaria para conseguir la divina gracia.

Considera que lo único que nos es absolutamente necesario es la salvación eterna, y que para lograr esta salvación nos es indispensable el auxilio de la divina gracia, y que para conseguir este auxilio la oración es el medio necesario y el más fácil, más adecuado y eficaz. Por esto, Cristo N. S. nos dijo: «Conviene orar siempre». Considera, para entender bien esto, que la oración es un acto de la voluntad por la cual se expresa un deseo y se expone una necesidad á Dios. ¡Y qué cosa más fácil que desear y manifestar el deseo! ¿Acaso le cuesta mucho trabajo al pobre pedir limosna al rico? Admírate de que Dios haya puesto á tan bajo precio cosa de tanto valor como la gracia. Ni podía ser de otro modo dada nuestra suma pobreza y su infinita liberalidad, que se contenta para enriquecernos con la confesión de nuestras fiaquezas y la confianza en su infinito poder y amor.

Porque aunque hay gracias que Dios nos concede sin que se las pidamos, y á veces contra nuestro propio deseo é inclinación, como fué la que concedió á San Pablo y la gracia de la vocación á la fe, pero fuera de este y otros casos señalados, en el curso ordinario de la

providencia de Dios, á toda gracia ha de preceder una humilde y fervorosa petición, y Dios ha puesto esa condición precisa para todos los hombres: «Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido». Así nos ha dicho el Señor: *Pedid;* esto es, reconoced que toda gracia viene de lo alto, y que Dios es el soberano dispensador de todas las mercedes. *Pedid;* porque el que ama pide naturalmente al que es amado, y esta petición es de por sí un acto de amor. *Pedid;* porque así confesáis que nò tenéis, y que necesitáis del Señor, y esta confesión es un acto de humildad. *Pedid;* porque así habláis con Dios directamente y lo tratáis como hijos á su Padre, y de esta suerte quiere Dios ser tratado por nosotros.

Y recibiréis, esto es, si me pedís de este modo, humilde, confiada y amorosamente, como hijos cariñosos á su Padre amantísimo, Yo os concederé todo género de gracias espirituales, y aun las materiales si os convienen, y vuestro gozo espiritual será cumplido, y entre vosotros y Yo se establecerá una dulcísima correspondencia de afectos, una unión estrecha de amor que anticipará para vosotros los goces inefables de la bienaventuranza. ¿Qué mayor prueba de amor puede habernos dado Jesús, que enseñarnos esta necesidad de la oración?

Pero considera, además, que la oración es necesaria para honrar á la Majestad de Dios, y rendir homenaje á su infinita grandeza; para reconocer su providencia sobre todo el universo, y principalmente en los trabajos y necesidades de los hombres; para demostrarle nuestra dependencia; para granjearnos sus gra-

cias, disponernos á recibirlas y dilatar nuestro corazón por medio de los santos deseos y hacerle capaz de los beneficios que Dios quiere dispensarnos. Si eres pobre, lo eres porque no haces oración ó porque no la haces como conviene.

Además, la oración nos une con Dios, que es el manantial de todos los bienes; nos acerca á El para que saciemos nuestra sed en el manantial de sus gracias; nos enriquece con sus tesoros; nos socorre en todas nuestras necesidades; nos provee en nuestra indigencia; nos hace poderosos y fuertes con el poder y la fortaleza de Dios, y, en cierto modo, nos hace triunfar de Dios mismo. Muerto está el cuerpo que no respira y lo está también el alma que no tiene oración. Por eso dice la Sagrada Escritura que la oración penetra los cielos y alcanza de Dios cuanto le pide. Como Dios por su naturaleza es todo bondad, desea incesantemente difundirse; es una fuente que rebosa y quiere derramarse y como salir de sí; es un sol, todo luz, que quiere iluminarnos. Dios está siempre buscando un corazón vacío para llenarle de sus bienes; y la oración nos vacía de nosotros mismos con el conocimiento de nuestra pobreza, y nos llena de Dios y de sus gracias. Jesús ha empeñado su palabra, que recibiremos todo lo que pidamos en su santísimo nombre. Nos ha comunicado su Espíritu, que ruega en nosotros y por nosotros; nos ha conferido sus méritos, que, en cierto modo, deja á nuestra disposición. ¿Qué no alcanzaremos de Dios por los méritos de su Hijo, que le ofrecemos?

¿Pues de dónde proviene, dirás, que no logro

nada de lo que pido á Dios? Entra dentro de ti mismo y examina si tal vez depende de que acaso le pides cosas perniciosas; ó si son buenas y útiles, las pides en mal estado, esto es, en pecado mortal; y siendo así enemigo de Dios, no es extraño que Dios no te oiga, ó depende tal vez de que las pides sin humildad, sin atención, sin devoción, ó, por último, las pides, quizá, sin confianza y sin perseverancia.

Punto II

La oración es necesaria para obrar el bien.

Considera, en segundo lugar, que la oración nos es indispensable para obrar el bien, guardar los Mandamientos de la ley de Dios, y ejercitar las virtudes. Dios no puede mandarnos, siendo como es la justicia infinita, cosa imposible de cumplir. Por eso al darnos su ley, al exigirnos que seamos perfectos, nos previene que le pidamos á El humildemente la fuerza y los medios de cumplir cuanto nos manda. No siempre tenemos el poder de llevar á cabo todo género de buenas obras; pero siempre tenemos el poder de orar, y por la oración alcanzar la gracia que hemos menester. Por esto se puede afirmar que en la oración están, como en germen, todas las gracias y las virtudes todas, todos los dones y excelencias que vienen de Dios, y que por ese amplio y hermoso canal se derraman en nuestras almas.

Si alguno, dice Santiago el menor, necesita sabiduría, pídala á Dios, que á nadie la rehusa. Esta sabiduría es la divina gracia, el buen espíritu, que, según la promesa de Jesús,

infunde su Eterno Padre en todos los que verdaderamente lo pidieren. Si, pues, estamos menesterosos de un bien tan grande y tan necesario como es el verdadero espíritu cristiano, á nadie podemos quejarnos, porque basta que lo pidamos, como Dios quiere, para que seamos al punto abastecidos de él. Y ¡con qué magnanimidad y largueza! Cuanto es el hombre pobre, ignorante, duro é inflexible, es Dios rico, sabio, tierno y liberal. Conoce nuestra indigencia infinitamente mejor que nosotros mismos, y se compadece de ella con una compasión infinita. A pesar de esto, admírate de lo que pasa por ti mismo y por la mayor parte de los hombres. Los pobres piden á los ricos, y los hombres, sean ricos ó sean pobres, no piden á Dios; sin embargo de que hay más diferencia entre Dios y los hombres, que entre los hombres ricos y los hombres pobres. Los hombres son todos indigentes y miserables, Dios es infinitamente rico y opulento; los hombres ignoran nuestras miserias, Dios conoce todas nuestras necesidades; los hombres son duros é inexorables, Dios es infinitamente tierno y liberal; no gustan los hombres de que les pidan, Dios se agrada de que le roguemos. La oración es un sacrificio de alabanza y un perfume de todas las virtudes, que se ofrece á Dios. La fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia, la perseverancia, la reresignación, la conformidad con la voluntad de Dios, la devoción, el fervor y la obediencia, componen el sagrado bálsamo de la oración. Además, la oración es todopoderosa porque nos une á Dios, que, siendo infinitamente rico, gusta difundirse y comunicarse; porque inclu-

ye la esperanza, que fortifica al hombre, juntándole á la omnipotencia de Dios; porque se funda en la promesa que hace Jesucristo, y la confirma con juramento de que nos concederá cuanto le pidiéremos, la cual imprime en la oración una virtud omnipotente, porque se sirve de los méritos infinitos del Salvador, ofrece á Dios el sacrificio de todas las virtudes, que le es tan agradable, y, en suma, procede del Espíritu Santo, que ora en nosotros y por nosotros con gemidos inenarrables.

Pues ¿por qué oramos tan poco, con tanta frialdad y desconfianza? No conocemos nuestra miseria, ó nos complacemos en ella; no sabemos la eficacia de la oración, ó somos soberbios y no queremos humillarnos ante Dios. Somos impacientes, y nos repugna el que el Señor nos haga esperar; desconfiamos de su sabiduría, ó de su poder, ó de su bondad; por una especie de letargo no sentimos nuestros males; tememos, más bien que amamos, las verdaderas virtudes, porque sabemos que son penosas á la naturaleza, y así no las pedimos á Dios, y en fin, no tenemos fe, ni esperanza, ni caridad, ni humildad, ni devoción, ni perseverancia para evitar el mal, y para librarnos de él cuando en él hemos caído. Esto nos lo enseñó muy claramente Jesucristo, poniendo como última petición de la oración de «El Padre Nuestro», «líbranos de mal», en cuyas palabras se contienen todos los males que pueden sobrevenirnos, físicos y espirituales; pero muy especialmente aquel mal que es el supremo de todos, y tal, que comparados con él no son males los otros, aun los más terribles que pueden afligirnos. Semejante mal es el pecado,

y para evitarlo no hay otro medio más que la oración; porque nosotros somos naturalmente débiles y propensos al mal; y la oración es la que nos fortifica y reprime la inclinación viciosa de nuestra carne; es luz para hacernos ver los peligros y ocasiones, y gracia para detenernos y para no caer. Por esto Jesucristo N. S., previniendo la terrible tentación que iban á sufrir sus discípulos viendo á su Maestro en los trances dolorosísimos de la Pasión y afrentosa muerte, les dijo: «Velad y orad, para que no caigáis en la tentación». Y lo mismo nos dijo á nosotros: «Conviene orar siempre y nunca cansarse».

Saca, pues, de todo esto, cuánto te importa acudir á Dios en todas tus necesidades, pues nunca adelantarás en el camino de la virtud, ni harás cosa de provecho para tu alma, si antes no te das de lleno á la vida de oración y trato con Dios. ¿Lo haces así? ¿Y qué harás en adelante?

Punto III

La oración es necesaria para evitar el mal.

Considérese en tercer lugar, que si para conseguir el bien es tan necesaria la oración, no lo es menos, como decíamos poco ha, para evitar el mal. Ni conocemos los peligros ni tenemos fuerzas ni virtud para huirlos, ni podemos resistir á las tentaciones sin el auxilio de la gracia, y esta gracia sólo por la oración se nos comunica. Es más, el hombre no puede dar un solo paso para buscar su salvación; su voluntad fué bastante para apartarle de Dios; pero no es suficiente, ni mucho menos, para

volverle á Dios, pues sin la gracia de Dios ni aun el nombre de Jesús podemos pronunciar ni hacer la más pequeña acción que nos sirva para la vida eterna. Así que puede comparársele á un paralítico, imposibilitado de todos sus miembros, no puede levantarse, ni andar. Sólo le queda libre la lengua para quejarse de su desdicha, decírsela á Dios, y rogarle que le libre de ella, esto es, que, aunque no participe de las gracias que Dios concede á los justos, está en su albedrío pedir y lograr la gracia de la oración. Y por medio de esta gracia conseguir la de su conversión. Por esto decía David: «Bendito sea el Señor que dejándome el poder de orar, me ha dado un medio seguro de alcanzar su misericordia».

Coloquio.—¡Oh Dios mío! ¡Cuánto amáis á los pobres que son humildes, y cuánto aborrecéis á los pobres que son soberbios! No me admiro si no alcanzo cosa alguna de vuestra bondad, pues no conozco mi miseria, ni quiero conocerla; no quiero humillarme en vuestra presencia, ni acudo á Vos en mis necesidades y peligros. Y cuando acudo, os pido con frialdad, con negligencia, con hastío y con poca fe; y mi oración no es un perfume de virtudes, que sube al cielo, sino un negro vapor que se levanta á lo alto para provocar vuestra ira. Señor, miradme con ojos de misericordia, y no desechéis mi oración, porque de ella depende la salvación de mi alma. Yo la tendré en adelante con más frecuencia, con más humildad y con más constancia, confiado en que siempre me concederéis lo que os pida en el orden espiritual, y aun en el material, si me conviene.

Propósitos.—Acudir siempre á Dios pidiéndole gracia para no caer en todos los peligros y tentaciones.

5 DE OCTUBRE

Sobre las condiciones de la oración.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Dios no escucha nuestras oraciones porque no oramos como debemos.

Considera que la eficacia infalible que á la oración, cuando tiene las condiciones debidas, atribuyen los santos, se manifestó por manera admirable en el milagro de la hija de la cananea. Esa eficacia provino sin duda de la fe, humildad y confianza con que oraba esta admirable mujer. Escúchala cómo sale al paso de Jesús gritando: «Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí; mi hija está malamente atormentada del demonio»; mas de tal manera clamaba, que el mismo Dios quedó sorprendido y lleno de admiración, ante la fe vivísima de aquella mujer, que idólatra y todo como era, nos debe servir de modelo para aprender á orar. «¡Oh mujer, exclama al oirla el Salvador del mundo, grande es tu fe!» ¿No revelan estas divinas palabras que en la fe de esta cananea y en el fervor de su oración había algo de sorprendente y nuevo aun á los ojos del mismo Dios?

Considera después cómo Jesús, luego de haber mostrado así su admiración por la fe de la cananea, no solamente libró á su hija del poder del demonio, sino que además santificó á la madre con estas palabras: «Hágase contigo como quieres». Deduce de aquí que nada hay más eficaz delante de Dios que la oración,

pues su fuerza, como dice San Juan Crisóstomo, parece como que vuelve la palabra del hombre tan poderosa y aún más poderosa todavía que la palabra de Dios. Tan poderosa, porque así como Dios, con una palabra hizo todas las cosas, el hombre no hace más que hablar y pedir y todo le es concedido. Más poderosa aún, en cierto modo, porque si Dios se hace obedecer de los seres creados, por la virtud de la oración, el Señor obedece, según la frase de la Escritura, á la voz del hombre.

Pero ten en cuenta para no engañarte en este punto tan importante para tu salvación, que para que la oración sea infalible, es necesario que sea perfecta y que se haga con todas las condiciones que deben acompañarla; en una palabra: que sea como la oración de la cananea y que como ella, unas á la palabra la práctica de todas las virtudes que puedan ganar é interesar el corazón divino del Salvador del mundo.

Deduce de ahí cuál será la causa de que habiendo concedido Jesucristo á la oración hecha en su nombre un poder infalible, tengan las nuestras ordinariamente tan poco efecto. Esto nace, de que cuando oramos no somos amigos de Dios, porque estamos en pecado, y, por consiguiente, no tenemos derecho alguno para pedir nada á Dios, puesto que no estamos unidos á Jesucristo y somos enemigos suyos. La primera condición para que nuestra oración sea eficaz, es el estado de gracia. Un pecador que ni siquiera desea convertirse, no puede decir la oración que Jesucristo nos enseñó, y que es la que remedia todas nuestras necesidades, sin contradecirse y condenarse á

sí mismo. Pide el pecador que el nombre de Dios sea santificado, y glorificado, y al mismo tiempo está deshonrando este nombre con sus acciones y sus vicios. Pide que venga á él el reino de Dios, y al mismo tiempo huye de ese mismo reino, haciendo reinar en su corazón el pecado. Pide que la voluntad de Dios se cumpla, y al mismo tiempo se opone á ella quebrantando sus Mandamientos. Pide también que Dios le dé el pan sobresubstancial, ó pan de vida, y esto para recibirle indignamente. Pide, en fin, que su divina Majestad le libre del mayor mal de los males, que es el pecado, y quiere perseverar en él. ¡Qué extraña contradicción! ¡Pero qué gran motivo de condenación! Mira si oras tú así, y no te extrañe si tus oraciones no son atendidas por Dios.

Punto II

Dios no escucha nuestra oración porque no pedimos lo que debemos pedir.

Considera que la cananea pidió al Hijo de Dios que librase á su hija del demonio. ¿Son cosas tan justas las que pides á Dios en tus oraciones, ó le pides, por el contrario, cosas que consoliden en ti el dominio del demonio, y aun quizá de tantos demonios como son las pasiones que te dominan? ¿Qué es lo que pides generalmente á Dios? Le pides ó cosas perjudiciales para tu salvación, ó bienes puramente temporales, y todo lo más, gracias sobrenaturales; pero de la manera que tú las entiendes y quieres, y que, lejos de servir para tu santificación, servirían más bien para alejarte del camino de la salvación.

Uno de los vicios de los paganos consistía en pedir á sus dioses, ó la muerte de un pariente á quien heredar, ó la de un competidor que le estorbaba, ó el patrimonio de algún huérfano ó pupilo. Seguramente que esto te parecerá abominable; ¿pero acaso, si bien te examinas, no aparecerás á tus propios ojos tan abominable, en este punto, como ellos? Ellos, al fin, adoraban á divinidades viciosas y corrompidas; pero tú, como cristiano, sirves á un Dios no menos santo que poderoso y grande. Y sin embargo, las oraciones que le diriges, son en el fondo las mismas que los paganos dirigían á sus falsas divinidades, si bien en la forma procuras disimular su injusticia. Examina, si no, cuáles son tus ordinarias peticiones á Dios N. S. cuando oras.

Si eres hombre mundano, le pides á Dios medios para sostener y acrecentar tu condición; si padre de familia, medios con que encumbrarla; si estás enfermo, la salud del cuerpo; si litigante, la ganancia de tu pleito; todo ello en la apariencia muy conveniente, pero tal vez nocivo para tu salvación en el fondo, porque sólo buscas el interés, la ambición ó el goce. ¿Cómo, pues, te admiras de que Dios no escuche tus oraciones? Otras veces, aunque con mejor intención, le pides bienes temporales, y aunque éstos en sí sean dones de Dios y puedan pedírsele lícitamente, Dios te los niega porque no se los pides, ni según el orden, ni la condición que el Señor ha establecido, ni con relación al fin que les ha señalado. No se los pides en el orden que Dios ha establecido, porque no le pides más que gracias temporales, como si la oración fuera sólo para eso y

sin pensar en las espirituales, que son las que deben ocupar el primer lugar en tus oraciones. Como Antíoco, no pides ni el espíritu de penitencia, ni el don de piedad, ni la gracia de Dios, ni el respeto de las cosas santas, ni el vencer tus pasiones, sino la salud temporal que prefieres á todo esto. Con lo cual nada pides, porque todas las gracias temporales separadas de la salvación eterna, nada son delante de Dios. Por esto el Hijo de Dios dijo á sus discípulos al prometerles su mediación con el Padre: «Si alguna cosa pidiereis», añadiendo que nada habían pedido todavía, porque todo cuanto habían pedido hasta entonces se reducía á favores humanos y transitorios. ¡Cuántas veces podrías hacerte esa misma reconvención!

El orden de la oración exige, pues, que busques primeramente el reino de Dios, y si así lo hicieres, Jesucristo te promete que tendrás lo demás como añadidura. Piensa, pues, que si trastornas ese orden, no debes invocar los méritos de Cristo, porque tus oraciones no son según la regla que El nos ha prescrito, que es pedir siempre los bienes del alma, y lo demás pedirlo si nos conviene para nuestra salvación y santificación.

Para comprender mejor esto y por qué Dios no escucha nuestras oraciones, considera que carecen de virtud si no van unidas á las oraciones de Jesucristo. ¿Y qué es lo que pide Jesucristo para los hombres? Los bienes espirituales. ¿Y por qué los pide? Por el fin para que fué enviado El al mundo, que es la salvación del género humano. Compara las peticiones de Cristo con lo que tú pides, riquezas,

honores, una vana reputación, una vida cómoda. ¿Y para qué lo pides? Para fines que ninguna relación tienen con la salvación de tu alma. No existe, por tanto, ninguna conformidad entre tus oraciones y las de Jesucristo, y no debes, pues, extrañarte, si no consigues lo que pides.

Y esto te sucederá aunque pidas gracias sobrenaturales, si de la manera que las entiendes y pides, lejos de conducirte á tu santificación, sirven más bien para apartarte del camino de la virtud. Porque si con atención lo examinas, verás que esas gracias las pides según tus gustos y según las falsas ideas que acerca de ellas tienes, y que tal como tú las imaginas, de tal modo allanan á tus ojos el camino de la salvación, que crees con eso que ninguna medida te resta por tomar, ni ningún esfuerzo que hacer para salvarte; y en eso precisamente consiste tu engaño, en que aun en el camino del cielo quieres encontrar una senda ancha y cómoda y muy distinta del camino del Calvario, que es el enseñado por Cristo.

Imita al santo profeta, cuya plegaria consistía en pedir una sola cosa al Señor, y era morar siempre en su santa casa, y dale gracias, como San Agustín, de que no te haya escuchado según tus deseos, proponiéndote en adelante no pedirle más que los bienes del alma y todo lo demás, con tal que te conduzca á tu santificación.

Punto III

Dios no nos escucha porque no le pedimos con las condiciones con que es necesario pedir.

Considera que las condiciones que Dios pone para que nuestras oraciones sean eficaces, no son tan difíciles que deban servir de obstáculo para el cumplimiento de nuestros deseos. El Señor á quien rogamos es demasiado generoso y demasiado bueno para regatearnos sus gracias, y si examinamos bien las condiciones de la oración, hallarás que no hay ninguna que no sea fácil en la práctica y de una absoluta necesidad. Estas condiciones son cuatro: humildad, confianza, perseverancia y atención.

Humildad, ¿hay algo más razonable? ¿Puede tenerse una idea exacta de la oración, y olvidarse al orar de esta regla? ¿Ruegas, de otro modo, á los ricos, grandes y príncipes de la tierra? ¿Halló la cananea la menor dificultad en postrarse delante de Jesucristo y adorarle? ¿De qué modo recibió la negativa que primeramente le dió Cristo y en términos tan humillantes para ella y tan capaces de hacerla desistir de sus súplicas? Su oración fué humilde, y las tuyas van acompañadas del espíritu del orgullo, de la presunción, de un boato mundano, de un espíritu de rebeldía, que llevas hasta el mismo santuario. Pides á Dios gracias, no como gracias, sino como deudas, dispuesto á murmurar de su providencia si te las niega, y pronto á ensoberbecerte y olvidarlas si te las concede. Confianza; ¿hay algo más justo? ¿Qué de milagros no ha obrado Dios para premiar esta confianza? ¿No es á ésta,

aún más que á su misericordia, á la que atribuyen mil pasajes de la Escritura la virtud omnipotente de la oración? ¿Qué confianza no tuvo la cananea en Jesucristo? ¿Qué hubiera hecho si, ya cristiana, le hubiera conocido como tú le conoces? ¡Avergüénzate de que, cristiano y todo como eres, desconfías de Dios y de sus promesas más solemnes, y de que te turbas, te inquietas y te abandonas á secreta desesperación, y sólo recurres á la oración en último extremo y cuando todo otro auxilio te falta.

Perseverancia. Considera que las gracias de Dios son bastante preciosas para que merezcan que las pidas á menudo y durante largo tiempo. La cananea no cesó de orar, aunque Jesucristo no le respondía ni una palabra, y sólo por su perseverancia triunfó, en cierto modo, de la resistencia del Hijo de Dios. Pero esta asiduidad te fatiga y te molesta, y no pocas veces, cuando están ya á punto de cumplirse tus deseos, pierdes, por no insistir en tus peticiones, todo el mérito y provecho de la oración.

Atención del espíritu y afecto del corazón. ¿Hay nada más necesario y esencial en la oración? Piensa, si no, ¿qué es la oración? Un coloquio del alma con Dios, que supone, desde luego, un recogimiento y un sentimiento interior. De aquí has de deducir que, donde no hay atención ni afecto, no hay oración, de lo cual se desprenden tres consecuencias: 1.ª Que el ejercicio de la oración se halla casi extinguido entre los cristianos, porque la mayor parte ora, como los judíos, de labios afuera, y no de corazón. 2.ª Que en las oraciones que son obli-

gatorias, la atención es de precepto, porque los actos religiosos no son una práctica puramente exterior, y la Iglesia, así como cuando nos manda la confesión nos manda la contrición, del mismo modo cuando nos manda orar nos ordena la atención del espíritu. 3.ª Que no sin razón desprecia Dios tus plegarias, porque nada tienen de oraciones, pues quieres que Dios te atienda, mientras tú no atiendes á Dios ni á ti mismo. Propón enmendarte en este punto, y enmendarás toda tu vida. Para ello di á Dios, como los Apóstoles: «Señor, enséñame á orar».

Mira, por último, de dónde provienen las distracciones que te roban la atención y el afecto. Proceden del demonio, que quiere que concibas tedio de la oración; de tu imaginación, ligera y voluble; de tu mente, que durante el día se ocupa en vanos pensamientos; de tu corazón, que estando aficionado á las criaturas, vuela adonde se halla su tesoro y trata con quien ama, que es el mundo; así no gusta de Dios, porque le tiene poco afecto. Proceden también del cuerpo, que muy poco mortificado, hace pesado al espíritu; proceden de lo poco que atiendes á tu perfección; de tu delicadeza y falta de mortificación; de tu infidelidad y cobardía, porque es axioma en la vida espiritual que el alma inmortificada no puede ser alma de oración.

Coloquio.—¡Jesús y Señor mío! Ciego he debido estar cuando he pretendido alcanzar de Vos lo que necesitaba orando tan mal. No me escuchabais porque os pedía cosas contrarias á mi salvación, ó lo pedía sin humildad y sin fe, sin atención y sin respeto. En adelante oraré como Vos queréis que ore. En cualquier estado en que me encuentre cumpliré

con esta obligación. Reconoceré humildemente mi miseria; esperaré con paciencia vuestra visita; la pediré con fervor; sufriré la aridez y sequedad, y me tendré por muy honrado con hallarme en vuestra presencia. ¿No es estar en el paraíso estar con Vos? Yo me contento con eso sólo, y aunque esté sin consuelo y sin gusto sensible, quiero serviros y vivir en vuestra presencia, para estudiar el modo de hacer vuestra santísima voluntad.

Propósitos.—Examina si oras con estas condiciones y si tu oración se parece á la de la cananea, y si no proponte imitarla en adelante.

6 DE OCTUBRE

Del centurión cuyo criado sanó Cristo N. S.

Preludios.—Oye el precioso diálogo entre Jesús y el afortunado centurión, y aprende de éste á decir con viva fe y profunda humildad, cuando recibas á Jesús en tu pecho, aquellas palabras: "Señor, no soy digno de que entres en mi morada„.

Punto I

De cómo el centurión pidió á Jesús la curación de su siervo.

Considera la piedad de este centurión, pues tan solícito estaba de la salud, no de su hijo, como la cananea, sino de su siervo y esclavo, amando con caridad á los pequeñuelos, sin otras buenas obras que hacía, reparando las sinagogas y haciendo mucho bien á los judíos con ser él gentil. Mira su profunda humildad, con la cual se tenía por indigno de parecer delante de Cristo N. S., y de ir en persona donde El estaba, pareciéndole que era tan malo, y Cristo tan bueno, que no era digno de estar delante de El; y aunque los mensajeros dijeron á Cristo que era digno de que le concedie-

se lo que le pedía, por las buenas obras que les había hecho, él, olvidado de estas buenas obras, se tiene por indigno de todo. Pondera su grande fe y confianza, contentándose con declarar á Cristo la necesidad de su criado, que estaba perlático y muy atormentado, creyendo que Jesús era poderoso para sanarle en ausencia, y teniéndole por tan misericordioso, que bastaba representarle aquella necesidad, sin pedirle que la remediase. De donde tengo de sacar el modo de negociar con Cristo N. S., que es, no tanto con palabras como con afectos, no con llegarme presuntuosamente á El, sino con retirarme humildemente de El; porque este modo de retirarse es acercarse. Y así, San Mateo dice «que el centurión se llegó á Cristo», para dar á entender que á Cristo no se llega ni acerca uno con pasos del cuerpo, sino del espíritu, esto es, con actos y afectos de fe y confianza, de humildad y reverencia, con caridad.

¡Oh Dios de mi alma, dame luz de propio conocimiento, como á este centurión, para que olvidado de cualquier bien que hubiere hecho, me tenga por siervo desaprovechado é indigno de parecer en tu presencia, pero de tal manera, que no me retire tanto con pusilanimidad, que deje de acercarme á Ti con verdadera caridad! Mira, Señor, que mi siervo, que es este cuerpo que me sirve, está perlático y muy torpe para obedecer al espíritu, tullido y desfallecido para las obras de virtud; si Tú no remedias mi necesidad, no hay quien pueda librarme de ella.

Punto II

De cómo el Señor prometió curar al siervo del centurión.

Medita la benignidad de Cristo N. S. y lo mucho que favorece á los humildes y pequeñuelos, desfavoreciendo á los poderooos y soberbios. Al reyezuelo que le pidió fuese á su casa á sanar á su hijo, aunque era tan principal, y él mismo en persona venía á pedírselo, le respondió con aspereza notándole de incrédulo; pero á este centurión que con humildad no se tenía por digno de pedirle tal cosa, se ofreció á ello, y de hecho iba á su casa, y no para sanar á su hijo, sino á su esclavo. ¡Oh humildad, cuán grande es tu poder, pues así atraes al Hijo de Dios y le mueves á que venga á visitar la casa donde tú moras! ¡Oh, si mi corazón fuese morada tuya, para que el Hijo de Dios gustase de entrar y morar en ella!

Pondera cómo con esta merced que Cristo ofrecía al centurión, no sólo no se envaneció, sino creció más en humildad y en la fe de la omnipotencia de Cristo, que con una sola palabra podía sanar á su criado, de donde tomó la Iglesia estas palabras para decirlas antes de la comunión. Y así las tengo de decir con estos dos afectos de humildad y confianza, de reverencia y viva fe. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra, ¿quién soy yo para que Tú vengas á mi pobre morada? ¡no merezco tanto bien, ni casa tan vil es digna de aposentar huésped tan soberano! Basta, Señor, que digas una sola palabra para sanar mi alma y hacer cuanto quisieres en ella.

Considera cómo el centurión, por el propio conocimiento, subió á otros actos excelentes de virtud, engrandeciendo á Cristo N. S. por las palabras que añadió: «Yo soy, dice, un hombre, que tengo superior, y debajo de mi mando tengo soldados, y en diciendo á uno ve, luego va; y en diciendo á otro ven, luego viene»; que es decir: Yo soy un hombre terreno, sujeto á otros por razón de mi estado; pero Tú eres hombre celestial y Dios infinito, superior á todos, por lo cual no soy digno de que Señor tan alto venga á casa de hombre tan bajo; y si á mi palabra obedecen los soldados y criados que me sirven, mucho mejor obedecerán á tu palabra todas las criaturas y las mismas enfermedades; y en diciéndolas Tú ven, vendrán; y en diciéndolas idos, se irán. A imitación de este centurión, de lo que por mí pasa, sacaré la ciencia admirable de lo que puede Dios, gozándome de su excelencia y poder.

Punto III

De cómo Jesús premió la fe y la piedad del centurión.

Considera, primeramente, la admiración de Cristo N. S., pues de ella dió señales exteriores, para significarnos cómo la humildad y la fe son virtudes heroicas y tan admirables, y mucho más cuando las tales se hallan en personas del mundo, en capitanes y soldados, sacando de aquí grande amor y estima de estas virtudes. Mira cómo Cristo N. S. alabó la fe de este centurión gentil para honrarle, diciendo: «Que después que predicaba no había hallado otro tal en el pueblo judaico», y con ella confunde á los que por razón de su estado habían

de ser más humildes y piadosos y rendidos á Dios, sacando de esto temor grande de mi dureza en responder á los beneficios recibidos. ¡Oh Rey mío, no permitas que habiéndome llamado para tu fe y para ser hijo tuyo por la gracia, yo venga por mi culpa á perderla y á ser desheredado de tu reino, y echado en las tinieblas exteriores, fuera de tu luz y de tu amistad en los lagos tenebrosos del infierno donde todo es llanto y rabia! ¡Oh, si viniesen á tu santa fe todos los impíos y los incrédulos del mundo, para que tu Iglesia y tu reino celestial se pueble de muchos justos; pero no permitas, Señor, que los fieles que están ya dentro de tu Iglesia, salgan de ella y sean desechados del reino para que los llamaste!

Pondera, por último, cómo Cristo N. S. cumplió su deseo al centurión, sanando á su criado con sola una palabra, que dijo: «Hágase como quieres»; porque como dice David, «cumple Dios la voluntad de los que le temen». Aprende, pues, del centurión á pedir á Cristo con fe viva y confianza ilimitada, que El no desechará tu oración, si es como la suya, humilde y perseverante.

Coloquio.—Gózome, Salvador mío, de que seas supremo Monarca, á quien todos obedezcan, y que sea tan grande tu poder, que en diciendo con eficacia hágase esto, todos cumplan tu mandato. Dame, Señor, este poderío sobre mis potencias, para que en mandándoles algo de tu servicio, luego me obedezcan: que me obedezca mi corazón, mis apetitos, mi razón, todo mi sér, para que todo en mí te alabe y glorifique.

Propósitos.—Imita la caridad del centurión con los humildes y pequeños, y trata á tus criados, no como á esclavos, sino como á hijos de Dios y hermanos tuyos en Jesucristo.

7 DE OCTUBRE

Sobre la virtud de la humildad.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Bienes que acarrea al alma la humildad.

Considera en el centurión los bienes que trae consigo la humildad. ¡Cómo robó el amor y el corazón de Cristo! ¡Cómo consiguió inmediatamente del Señor aún más de lo que pretendía! Fundándote en este milagro de Cristo, medita para tu provecho algunos de los bienes que acarrea al alma esta virtud, cimiento y base de todas ellas. Y en primer lugar, la humildad nos alcanza la gracia del Señor. Dice la Escritura, que «Dios resiste y se opone á los soberbios, y da su gracia á los humildes. Llena los valles y abate los montes». En efecto, la mejor disposición para recibir la gracia y los dones de Dios es ser humilde. «¿En quién pondré los ojos, dice el Espíritu Santo, sino en el pobre y humilde de espíritu?» Lo que mira Dios con más complacencia, así en el cielo como en la tierra, es á los humildes; por eso la Virgen santísima asegura que su humildad fué causa de que Dios pusiese en ella los ojos para hacerla Madre de Dios, siendo la más elevada de todas las criaturas por haber sido la más humilde. Si hubiera habido en el mundo otra criatura más humilde que María, más humilde que la Virgen santísima, esa hubiera sido preferida. Pues si soy pobre y estoy desnudo de gracia, sólo me debo

quejar de mí mismo, porque mi soberbia y mi vanidad son la causa de mi pobreza.

En segundo lugar, la humildad nos consigue la dicha y la paz del corazón. «Aprended de mí á ser humildes, dice Cristo, y hallaréis la paz para vuestras almas». ¿Y quién jamás tuvo paz resistiendo á Dios, como lo hace el soberbio? ¿Y á quién le ha faltado jamás la paz, que haya sido verdaderamente humilde? La paz es la herencia de los humildes, de la misma manera que es patrimonio de la buena voluntad; porque el que es humilde tiene también buena voluntad, no pudiendo nuestra voluntad ser buena si no es humilde. ¿Cuál es la causa de nuestros disgustos, congojas é inquietudes? La más ordinaria es nuestra soberbia. Murmúrase de nosotros, ó se nos menosprecia; se nos iguala á éste, ó nos posponen al otro; niégasenos el lugar ó estimación que creemos merecer, y, como esto se opone á nuestra vanidad y á nuestro amor propio, desaparece de nuestro corazón la paz y sólo sentimos congojas y turbaciones. Pero quien es verdaderamente humilde, está libre de todos estos sinsabores; porque si se le menosprecia, cree se le hace justicia, porque él mismo se menosprecia; si le posponen á otros, él los prefiere también á sí mismo; si se olvidan de él, él se tiene olvidado y despreciado, y por esta razón, como tiene lo que pretende, está siempre en paz y vive contento.

La humildad, por último, haciéndonos huir de las honras, nos da la mayor honra que podemos desear. «El que se humillare, dijo el Salvador, será exaltado». Si quieres merecer el primer lugar del convite, empieza tomando

el último. La humildad es un camino tan breve y tan seguro para llegar á la gloria, que aun los soberbios parece le toman para conseguirla. Aunque no sean humildes, lo fingen, y aunque no tengan la realidad de esta virtud, procuran demostrarlo en la apariencia, persuadidos de que es el único modo para adquirir la estimación de los hombres. Así encubren su vanidad y disimulan su orgullo, porque saben que nada les haría más despreciables que aparecer soberbios. Dios se sirve de los humildes para sus mayores designios; les confía con facilidad el cuidado de su gloria, por saber que no se quedarán con ella, y siempre y en todo caso son los humildes los grandes instrumentos de la gloria de Dios. Y Dios paga y recompensa la humildad con una gloria que está sobre toda gloria; y los santos más pequeños á sus ojos y á los del mundo, son hoy venerados por reyes y emperadores, y sus nombres están sobre los nombres de los grandes y poderosos de la tierra.

Cuando Jesucristo se humilló en el bautismo, entonces el Padre Eterno declaró que su Hijo era el objeto de su eterna complacencia. Nunca podemos ser mayores, ni más gloriosos, que cuando estamos más cerca del principio de la grandeza y de la gloria, que es Jesucristo; con que nunca somos más grandes, y nunca nos acercamos más á él que cuando somos humildes y humillados, y amamos por su amor nuestra humillación.

Si queremos, pues, ser perfectos y santos, seamos humildes y aceptemos voluntariamente la humillación. Nuestra santidad y nuestra perfección consiste en la semejanza con Jesu-

cristo, y en la conformidad de nuestro corazón con el suyo. ¿Se puede ser cristiano y dudar de esto? ¿Y podemos tener esta conformidad, si no estimamos, amamos y abrazamos lo que Jesucristo estimó, amó y abrazó sobre todas las cosas, esto es, la humildad, los menosprecios y las humillaciones?

Punto II

Necesidad de la humildad.

Considera que hay algunos que tienen la virtud de la paciencia; otros la de la caridad y la prudencia; otros son generosos con los pobres; otros son penitentes y pacíficos; pero verdaderamente humildes de corazón, amantes de humillarse y ser humillados, se hallan muy pocos. Y sin embargo, las otras virtudes sin la humildad pueden hacer hombres buenos, según el mundo, pero no pueden hacer verdaderos cristianos. Sin humildad no hay verdadera ni sólida piedad, ni perfección levantada sobre cimiento sólido. Sólo el verdadero cristiano puede ser humilde; pero si el hombre no es verdaderamente humilde, no podrá ser verdadero cristiano. Los antiguos filósofos, que dijeron tan admirables cosas de todas las otras virtudes, de la humildad, ignoraron hasta el nombre. Esta es la razón por qué Jesucristo nos dijo que sólo de él se podía aprender la humildad: *Discite á me.* Aprended de mí á ser humildes de corazón. De esta necesidad absoluta de la humildad deduce que sin humildad no podemos salvarnos, de la misma manera que sin el bautismo. La una no es menos necesaria que el otro. ¿Por qué crees

que el bautismo es necesario para salvarse? Porque Jesucristo dice, que «el que no renace del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios». Pues el mismo Jesucristo asegura á sus discípulos «que si no se vuelven pequeños y humildes, como los niños, no entrarán jamás en el reino de los cielos». ¿Por qué crees lo uno, si no crees lo otro? O á lo menos, ¿por qué vives como si no lo creyeras, ó como si estuvieses persuadido de lo contrario? Lo uno y lo otro está igualmente apoyado sobre la palabra de Dios, que no puede engañarnos. La fe nos enseña, que no nos podemos salvar sin la conformidad ó semejanza con Jesucristo. El Evangelio y la razón nos convencen de que no podemos tener esta semejanza con Jesucristo, sin la humildad; con que la fe y la razón condenan nuestra soberbia y vanidad, haciéndonosla mirar como principio de nuestra reprobación.

Considera, además, que la humildad es una virtud propia de todos los estados y de todas las condiciones. Los grandes no están menos obligados que los pequeños. La práctica les es más difícil, pero la obligación no es menor. Los pequeños están muchas veces humillados sin ser humildes. Los grandes quisieran ser humildes, sin humillarse, mas todos los hombres, por muy grandes que sean, deben humillarse debajo de la mano omnipotente de Dios, reconociendo que todos dependen absolutamente de su divina Majestad; que todo el poder y la riqueza y todos los bienes de la tierra vienen de Dios, y que deben emplearlos en extender la gloria de Dios, ya que para eso estamos todos en el mundo, persuadidos de que son nada de-

lante de Dios; que los pequeños no son menos que ellos; que Dios es Señor de todos; que ellos solamente tienen la distinción de ser los primeros vasallos de Dios; y aun por eso deben ser los más obedientes; pues no hay otro Evangelio, otra ley, ni otras verdades para los ricos que para los pobres. Deben humillarse los grandes con la idea de que no les servirá de nada el serlo, si no son grandes delante de Dios; esto es, si no son pequeños á sus propios ojos, y verdaderamente humildes, y que los pobres serán algún día más grandes que ellos si tuvieren más humildad. Deben humillarse los ricos con el pensamiento de que su estado es un estado que está en oposición con la vida de un Dios pobre y humilde, y que su elevación es, por consiguiente, un gran motivo de humildad; porque es un grande obstáculo á la semejanza con Jesucristo y á su salvación.

Saca, pues, de todo esto, que grande ó pequeño, rico ó pobre, necesitas ser humilde ante tus ojos si quieres tener el verdadero espíritu de Cristo.

Punto III

De la práctica de la humildad.

Considera cómo todos deseamos ser humildes; pero no podemos ser humildes sin humillaciones, porque en vano se pretende conseguir la humildad por otro camino que el de la humillación y el abatimiento. ¿Por qué, pues, huyes con tanto horror del único medio que tienes para conseguir una virtud que tú mismo conoces que te es tan necesaria, como que

es la base y fundamento de todas ellas? Pues considera que, aunque huyas de la humillación, ella te seguirá á tu pesar, siendo como la sombra que sigue á los que huyen. Porque las humillaciones nos vienen, ó de las criaturas, ó de Dios, ó de nosotros mismos; y tiene el hombre en sí propio tantos motivos de humildad, que es menester separarse de sí mismo para no humillarse; y siendo esto imposible, ¿por qué no procuramos aprovecharnos aceptándola, si no con alegría, á lo menos con paciencia? Los santos que merecían la gloria y los aplausos de los hombres, los huían, y buscaban con la mayor ansia la humillación; ¿y yo, que sólo merezco el desprecio, busco los aplausos? ¡Qué locura, y que contradicción entre mis ideas y mis obras!

Verdaderamente nada hay más difícil á nuestra naturaleza, nada que se oponga más á nuestro orgullo y á nuestras inclinaciones, que la humillación; pero tampoco hay nada que concuerde más con nuestra fe, ni que se conforme más con las luces de la gracia que nos hacen mirar la humillación como uno de los medios más seguros de nuestra salvación y más conducentes para la gloria de Dios. La gloria de Dios consiste en el anonadamiento de la criatura, y nuestra gloria en hacernos semejantes á Jesucristo, cuya vida fué una continua humillación. Las humillaciones nos llevan al conocimiento y amor de Jesucristo, y al altísimo premio que El da á los que le imitan y le hacen el difícil sacrificio de su honra y estimación. Si no tenemos bastante virtud para amar la humillación, tengamos, á lo menos, bastante fe para recibirla sin mur-

murar. Sólo vuestro amor, ¡oh Salvador mío! puede hacerme amar la humillación que Vos mismo habéis tan tiernamente amado; pero sólo el amor que yo tuviere á humillarme por Vos es la prueba infalible de que os amo, pues toda otra prueba es débil y sospechosa.

Deduce, pues, de todo esto que es necesario sufrir el menosprecio y aun amar el ser menospreciados. Debemos sufrir el menosprecio, porque es un mal imaginario; y le debemos amar, porque es un bien positivo y solidísimo. Deseémosle como un verdadero bien y busquémosle porque es un bien inestimable y necesario para alcanzar la humildad. Escondamos nuestros tesoros en el seno de la humildad para que el demonio no nos los robe. Así como es natural guardar lo que aprovecha y arrojar lejos de nosotros lo que perjudica, reserva tus virtudes y arroja lejos de ti cuanto puede contribuir á fomentar tu vanidad ó tu orgullo. Toma todos los medios para ser humilde aunque no lo parezcas; esconde los dones de Dios, no hables nunca ni bien ni mal de ti mismo, porque si hablas bien, es para parecer santo; si mal, es para parecer humilde. Ama generalmente todo aquello que te mantenga en la humillación. Nuestro centro es la bajeza y la nada; á ella nos debemos encaminar y en ella buscar nuestro descanso. Examina, despacio, qué opinión tienes de ti mismo; qué sientes de los otros; si hablas bien de ti y mal del prójimo; si gustas de comparecer en público, si aspiras á engrandecerte, ó bien huyes el menosprecio y miras con horror la confusión; si envidias á tus semejantes y disminuyes la gloria y la estimación de tus competidores; si

eres arrogante, vanidoso ó soberbio; si te perturban tus faltas é imperfecciones; si temes los respetos humanos; si todo esto pasa por ti, eres un cobarde y un soberbio y no tienes el espíritu de Jesús, que es espíritu de humildad.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Señor mío! ¡Cómo es posible que yo estime en tanto la humildad y aborrezca tanto la humillación, siendo así que sin la humillación no puedo adquirir la humildad! Dadme á cualquiera costa esta virtud, aunque sea con pérdida de mi honor y de cuantos bienes poseo en esta vida. Hacedme la gracia de que yo ame el menosprecio, por lo menos de que yo le sufra con paciencia, para que os posea en el cielo, adonde no entraré jamás, si no soy verdaderamente humilde de corazón y humilde de entendimiento.

Propósitos.—Buscar en todo el último lugar y sufrir hasta con alegría el ser menospreciado y tenido en poco por los hombres.

8 DE OCTUBRE

De la mujer á quien sanó Cristo N. S. del flujo de sangre.

Preludios.—Mira con qué fe y confianza toca esta triste mujer la orla de la vestidura de Cristo N. S., y cómo al punto quedó sana. Pide esa fe viva, para que sientas en tu alma los efectos de la virtud que sale de los santos Sacramentos bien recibidos.

Punto I

Cómo la hemorroisa tocó la vestidura de Jesús N. S. y quedó sanada.

Considérese la miseria de esta mujer y el poco remedio que halló en los médicos de la tierra, permitiéndolo así nuestro Señor para que acudiese al Médico del cielo. En la persona de esta mujer tengo de considerar á mi

alma que padece todo linaje de males, esto es, de amor propio, de codicias y aficiones desordenadas, de soberbia, de ira y de otros innumerables vicios y pecados que se alcanzan unos á otros, y salen con tanta fuerza, que no hay remedio en la tierra para detener su corriente tan furiosa, si Dios no la detiene. ¡Oh Médico soberano y todopoderoso! Mira este cúmulo de pecados y de vicios que padezco, y pues en la tierra no hay remedio para reprimirle, envíale del cielo para sanarle.

Pondera la grande fe y confianza de esta mujer, porque con ver que su enfermedad era incurable, en oyendo la fama de los milagros de Cristo concibió tanta fe de su santidad y omnipotencia, que creyó la sanaría sin pedírselo y sin que la tocase El con sus manos, sino sólo con tocar ella su vestido, por ser vestido de persona tan santa. Con esta confianza juntó grande humildad, devoción y reverencia, llegándose á Cristo por la espalda y con secreto; y tocando el ruedo del vestido, al punto quedó sana.

Este milagro puedo aplicar á la comunión, considerando tres puntos, es á saber: la miseria de mi alma, la virtud infinita de Cristo y el modo como tengo de tocarle, ponderando: Que Cristo N. S. quiso quedarse entre nosotros cubierto con la vestidura de aquellas especies sacramentales, para que, tocándola los que le comen y reciben, queden sanos de sus codicias y pasiones desordenadas, y quizá por esto se quedó en forma de pan, para que tocase, cuando es comido, nuestro cuerpo y lo sanase. Toca la lengua para sanarla de parlerías, murmuraciones y otros muchos pecados

que de ella nacen; toca la garganta, para reprimir gulas y glotonerías de la sensualidad; toca el pecho, para reprimir pensamientos y codicias demasiadas de ira y de soberbia. Y aunque todo esto parezca incurable, hallará remedio en la omnipotencia y misericordia de Cristo, que allí está encerrado. Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Jesús! porque te quedaste con nosotros para remediar nuestros males. ¡Oh fuente de misericordia, seca en mi corazón la fuente de mi miseria, y muestra conmigo tu omnipotencia, favoreciéndome para que te toque y reciba de tal manera, que cese del todo este abominable mal que yo padezco!

Luego ponderaré el modo cómo tengo de tocar y recibir á Cristo, porque tengo de llegar como esta mujer, por una parte con gran fe y confianza en la bondad y omnipotencia de este Señor, y por otra parte con gran reverencia y temor por mi indignidad, juzgándome por indigno de tocarle, ni aun de mirarle. ¿Quién soy yo, Señor, para tocaros y recibiros? Merecía que de vuestro vestido y de este santo Sacramento salieran rayos de fuego que me abrasaran; pero de vuestra misericordia espero que saldrán rayos de amor que sequen esta corriente de mis malas inclinaciones, y con esta confianza me llego á recibiros.

Punto II

De cómo Jesús proclamó el milagro que había hecho.

En este punto consideraré cómo Cristo N. S. unas veces encubría sus milagros y mandaba que se callasen, para darnos ejemplo de su

humildad; pero esta vez quiso descubrir este prodigio que la mujer encubría, para grandes provechos que de aquí sacó en bien de ella y de todos; en especial tuvo tres motivos para darlo á conocer.

Primeramente, para que se echase de ver la diferencia que hay entre los que tocan á Cristo, y se llegan á sus sacramentos con humildad, reverencia y devoción, y los que le tocan sin ella; porque los primeros agrádanle mucho, y de El sale virtud de gracia, dones y favores que les comunica. Los segundos le desagradan, y así no participan de su virtud como la muchedumbre de los que comulgan sin espíritu. Y haciendo reflexión sobre mí mismo, tengo de llorar las veces que toco á Cristo afligiéndole con mi poca reverencia y devoción, ponderando cómo por esto saco poco fruto de las comuniones y misas que digo ó que oigo, y de las obras que hago. ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo te toque y trate tus cosas sin la reverencia y devoción debida! No es justo que toque tu divino cuerpo, y coma el pan de los ángeles, sin hacer diferencia de él al pan ordinario de los hombres. Mira, ¡oh alma mía! cómo le tocas y recibes, siquiera porque no se convierta en enfermedad y muerte, lo que se instituyó para tu salud y vida.

Pero tengo de ponderar que aunque sale virtud de Cristo para santificar á todos los que dignamente le tocan y reciben sacramentalmente; pero tanto sale mayor virtud, cuanto más dignamente le tocan. Y esta virtud que sale es la caridad, humildad, obediencia, paciencia, oración, devoción y las demás virtudes y dones del Espíritu Santo; y también sale

virtud de paz, gozo y consuelo espiritual, inspiraciones é ilustraciones celestiales. Todo lo cual comunica este Señor á la medida de nuestra disposición, dando mayores dones de su gracia al que le recibe con mejor disposición.

Además, Cristo N. S. quiso curar la imperfección é ignorancia de esta mujer, la cual, aunque devota, pensó que podía tocar á Cristo sin que El lo echase de ver, tocándole á bulto cuando muchos le tocaban; y por sacarla de esta ignorancia, dijo: «¿Quién me tocó?» Para que yo entienda que Cristo N. S. sabe y conoce todos los que le tocan y se llegan á El, aunque sea muy en secreto, y aunque sean muchos; y ve quién le toca y comulga con reverencia y devoción, y quién sin ella. Por tanto, ¡oh alma mía! abre los ojos, y mira cuando comulgas, que aquel Señor á quien tocas, aunque está encubierto con el velo del santo Sacramento, ve tu corazón y sabe el modo como le tocas: no te puedes encubrir, ni quedará secreto lo que ahora haces. El lo manifestará para tu honra, si fuere bueno; y para tu confusión si fuere malo. Por tanto, procura recibirle y llegarte á El con tanta pureza y limpieza de corazón, como quien es visto de Dios y como si fueres visto de todo el mundo.

Por último, quiso también Jesús curar otra imperfección de esta mujer, que era la vergüenza y empacho que tenía de manifestar su enfermedad, pareciéndole que era asquerosa y que todos la desecharían como inmunda. Para quitarle este empacho, y para que se fundase en humildad, hizo Cristo N. S. que ella misma se manifestase, para que yo entienda cómo no le agrada la vergüenza demasiada

que yo tengo de manifestar mis culpas en la confesión, ni las ganas que tengo de encubrir mis faltas y flaquezas, y las cosas que me pueden humillar, haciéndolo esto por vano temor de la humillación; antes quiere que rompa esta vana vergüenza, para que mi salud espiritual sea durable y perfecta. Y si alguna vez con la contrición de mis pecados en lo secreto de mi corazón alcanzare perdón de ellos, todavía es necesario declararlos al confesor, y que él, con su sentencia de absolución, ratifique lo que Dios hizo.

Líbrame, ¡oh buen Jesús! de la mala confusión que trae consigo el pecado y cierra la puerta á su remedio, y favorece mi pusilanimidad, para que tenga brío en manifestar mis culpas, sin temor de la ignominia de ellas, pues esta confusión traerá gloria para Ti y gloria para mí, quedando yo glorificado con la gracia que recibiré de Ti.

Punto III

De cómo el Señor despidió á la hemorroisa.

Considera la caridad de Cristo N. S. en consolar á sus escogidos, porque como esta mujer estaba congojada y temerosa, no sabiendo si le había desagradado en tocarle, ó si le había de quitar la salud que le había dado; para consolarla y asegurarla en todo, con amor la llama hija, y le dice, que por lá fe que tuvo alcanzó la salud, y así que no se la quitará. De donde sacaré, primeramente, cómo es propio de buenas almas temer culpa donde no hay que temer, y recelarse si agradan á Dios con sus comuniones y devociones; y así andan con

dudas si se llegarán á Cristo, y le recibirán ó no. Permitiendo esto nuestro Señor, para labrarlos y fundarlos en humildad y en diligencia de aprovechar cada día más en la virtud, y para que se preparen mejor para la comunión.

Sacaré, por último, cómo Cristo N. S. gusta más de que nos lleguemos á El con amor, que no de que nos retiremos con temor; y así, aprobó el espíritu de esta mujer y la llamó hija, porque el espíritu de amor y de confianza es propio de los hijos de Dios, el cual muestra su infinita bondad en mirar con buenos ojos nuestras cosas, aunque vayan mezcladas con algunas imperfecciones, como alabó la fe de esta mujer y atribuyó á ella la salud que había recibido, aunque fué imperfecta, para que yo no desmaye cuando viere mis obras mezcladas con alguna imperfección. Pues como dijo el profeta David, también escribe Dios á los imperfectos en el libro de la vida, y después de juzgados los admite en su gloria.

Coloquio.—¡Oh virtud inefable de la humilde confianza, que tanto alcanzas tocando con espíritu á Jesús! ¡Oh virtud infinita de Jesús, que tales maravillas obras en los que te tocan con humilde confianza! «Cuantos enfermos tocaban el ruedo de su vestidura, quedaban sanos, porque de El salía virtud para sanar á todos». ¡Oh dulce Jesús, quién te tocase con tal espíritu, que saliese de Ti virtud para sanar mis enfermedades y llenarme de tus virtudes!

Propósitos.—Huir la rutina y la falta de preparación en la frecuencia de tus confesiones y comuniones.

9 DE OCTUBRE

Sobre la fe como principio de nuestra salvación.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La fe, principio de nuestra salvación.

Considera que á cada uno de los cristianos dice Cristo N. S. lo que á la mujer del Evangelio: «La fe te ha hecho salva», porque es dogma de nuestra religión que «sin fe es imposible agradar á Dios, y que para acercarse á Dios y convertirse á El, lo primero es creer». Es, pues, error falsísimo lo que cada día oirás decir á gentes perversas y descreídas, que Dios mira á las buenas obras y no á las creencias. El buen cristiano debe horrorizarse de esta blasfemia y decir que en el orden sobrenatural y con relación á la vida eterna, ni hay ni puede haber buenas obras sin fe, virtud divina por la que sin ver creemos lo que Dios ha dicho y la Iglesia nos propone. Sin la fe, pues, nadie se puede salvar; porque creer en su palabra confirmada por tantos prodigios y tantos motivos de credulidad es el primer tributo que Dios pide al hombre, y por eso es la fe la primera piedra fundamental de la justificación y salvación.

Considera luego que de dos modos has de considerar que te salva la fe, ó como perfección de tus buenas obras, ó como principio de ellas. Te salva como perfección de tus buenas obras, porque de la fe, sobre todo, reciben para la vida eterna su eficacia y valor. Así lo

enseñan terminantemente San Pablo y San Agustín: el uno, contra los judíos, que sólo confiaban en las buenas obras de la ley de Moisés, y el otro, contra los pelagianos, que atribuían la salvación á sus buenas obras naturales. Del mismo modo todos los Padres de la Iglesia han demostrado que fuera de la Iglesia, y sin la verdadera fe, no hay obras meritorias ni, por consecuencia, salvación. Agradece, pues, con toda tu alma á Dios N. S. la gracia de tu vocación á la fe, y tenla en grandísima estima y guárdala contra todos los peligros que la rodean, porque sin ella todas las buenas obras serían inútiles para el cielo.

La fe te salva, también, como principio de tus buenas obras, porque de la fe es de donde debes sacar ese ardor que te lleva á practicarlas, pues ella es, según el Apóstol, la causa activa que hace obrar á todas las virtudes, y aún va más lejos todavía, pues añade, que la fe es la que produce en nosotros los actos mismos de todas las virtudes. Por esta razón el Concilio de Trento llama á la fe, el principio, el fundamento y la raíz de nuestra justificación. Si te preguntas cómo, siendo esto así, hay tantos cristianos que se condenan, puedes responderte que aun entre los mismos cristianos hay muy pocos, por desgracia, que tengan verdadera fe. Son cristianos de nombre, pero no lo son en realidad, porque muchísimos carecen de fe, y otros, aunque la tengan, obran contra las luces y las máximas de la fe. Es una fe muerta, y no es esa la que salva, sino la fe viva informada por la caridad y que se manifiesta por las buenas obras que brotan de la fe como de raíz y de principio vital.

En vano, pues, alardearás de tener fe si te abandonas al pecado, á la sensualidad, á la avaricia, á la ambición, á cualquier vicio, como pudiera hacerlo un pagano, y aún más todavía; porque con esos actos abominables, desmientes y deshonras tu fe y das á entender que no la tienes; y aún quizá sería más honroso para la Religión que no la tuvieras, que no tenerla tan débil y tan apagada que, lejos de resistir con las armas de la fe á tus malas pasiones, te dejas arrastrar de los más vergonzosos desarreglos y las más horribles abominaciones, y la fe, en vez de ser tu salvaguardia y escudo, es ocasión de tu ruina y condenación.

Punto II

La fe nos condena.

Considera que al tener fe y obrar contra sus luces y sus máximas, la fe, en lugar de salvarte, te condena, porque no vives según sus preceptos, sino en contradicción con la misma fe; lo que hace que la tengas cautiva en la injusticia, según la expresión de San Pablo; que le arrebates el más hermoso fruto, que es la fecundidad de la virtud, esto es, de las buenas obras, y que, según el sentir del mismo Apóstol, la hagas morir dentro de ti mismo.

Todo esto será causa de que la fe te condene en el día del juicio, acusándote de tres cosas, á saber: de que has podido vivir como la fe te enseñaba; de que has debido vivir según sus máximas, y de que no has querido vivir como buen cristiano.

Considera que para vivir como la fe te enseña, nada te falta. Ni luces, pues ella misma con sus máximas divinas te sirve de guía, revelándote todas sus verdades para iluminarte, haciéndolas resonar en tu corazón, unas veces excitándote por la esperanza, otras por el amor, y siempre para enseñarte y conmoverte; ni auxilios, porque en los Sacramentos tienes todos los tesoros de la gracia; tantos medios, además, para purificarte, fortificarte, reconciliarte con Dios y alimentarte; tantos ministros del Señor para enseñarte y santificarte, tantos buenos consejos, tantos ejemplos, en una palabra, tantos medios para salvarte.

Te convencerá, además, de que has debido vivir como cristiano, pues con la más solemne palabra te habías comprometido á ello en las sagradas aguas del bautismo y al pie de los altares. Habías solemnemente renunciado al demonio y á todas sus obras, al mundo y á todas sus pompas, á la carne y á todos sus apetitos sensuales. Esta renuncia hecha en tu nombre, la ratificaste al llegar al uso de la razón, y desde entonces estabas sometido á la ley y á la fe, obligándote de una manera irrevocable á vivir como cristiano y según las máximas del evangelio.

La fe, por último, te convencerá y será el último testimonio que dará contra ti, de que no has querido vivir como cristiano, y para ello expondrá todos sus principios y sus máximas y los comparará con tu vida. ¡Qué contraste entre los unos y la otra! ¡La fe enseñándote á despreciar las riquezas, y tú empleando toda tu vida en adquirirlas con avaricia, en conservarlas con apego desmedido y acumu-

larlas por todos los medios, aun los más injustos, que son los que te inspira una codicia insaciable! ¡La fe enseñándote á humillarte, á huir del mundo y de sus falsas grandezas, á tomar la cruz de la mortificación, á orar, á domar los apetitos de tu carne, y tú ensoberbeciéndote, viviendo vida mundana y dando rienda suelta á tus pasiones!

Ante acusaciones tan tremendas y justificadas, ¿qué puedes esperar sino una sentencia sin misericordia? Piensa en ello y cuida de que tu misma fe no sea el más terrible instrumento de tu condenación, sino la vida de tu alma, de tu corazón y, sobre todo, de tus obras. Pídeselo así fervorosamente á Cristo Jesús, autor divino y consumador de nuestra fe.

Punto III

Debemos escoger entre que la fe nos salve ó nos condene.

Considera seriamente que si no te salva la fe, has de ser condenado por la fe, porque si la fe no es el principio de tu justificación, forzosamente lo ha de ser de tu condenación.

Pero considera que sólo de ti depende, ya que la gracia de Dios no te falta, el que tu fe te sirva de medio para tu salvación, porque sólo tú puedes hacer de ella el uso conveniente para dar á Dios lo que Dios te pide. En tu mano está aprovecharte de las luces y enseñanzas de la fe, ajustando tu vida á ellas, y rigiéndote en todo por sus máximas y principios y no por las del mundo, enemigo de Cristo. Mira que todo pasa y muy en breve; que ahora Dios te da tiempo para ello; mañana

quizá sea tarde. Para excitarte á obrar según las máximas de la fe, piensa cuán grande será tu confusión cuando fuera del mundo, cuyas falsas máximas te retienen, te veas á solas con la fe y el Evangelio delante del Tribunal de Dios, si no has vivido sujeto á sus preceptos. ¿Qué responderás á la fe cuando Jesucristo te reconvenga de que pudiendo y debiendo hacerlo no has vivido como cristiano? ¿Qué disculpa darás que no sea rebatida con argumentos invencibles y que serán otras tantas condenaciones de tu conducta?

Medita en esto todos los días y aunque te cueste violencia, reforma tu vida de tal modo que se conforme en un todo á las promesas y renuncias que hiciste en el bautismo, y sólo así podrás evitar que tu propia fe se levante contra ti en el tremendo día del juicio. De no hacerlo así, ten por seguro que más te hubiera valido no haber tenido jamás fe, que haberla profanado con una vida llena de pecados. Pero ni aun eso estará ya en tu mano, pues á pesar tuyo será eternamente verdad que has sido bautizado y tendrás que sufrir eternamente la pena de no haber sido cristiano más que de nombre y de una manera puramente especulativa, y no por las costumbres y por las obras.

Para preservarte de esa terrible reconvención y del espantoso castigo de que estás amenazado, sólo te queda un partido que tomar, y es, avivar la fe en tu alma y vivir según ella y no como tantos cristianos en perpetua contradicción con sus creencias.

La fe, es cierto, enseña cosas que repugnan á tus sentidos; pero con el auxilio de la divina

gracia vencerás esas repugnancias y merecerás un día oir de la boca de Jesucristo lo que dijo al enfermo del Evangelio: «La fe te ha salvado».

Coloquio.—¡Oh Jesús! divino autor, consumador y objeto de mi fe. Creo, Señor, te diré con el ciego del Evangelio, pero aumenta mi poca fe. Creo, pero haz, Dios mío, que mis obras correspondan á mi fe; que viva yo conforme á las máximas de mi fe, que sea la fe la luz de mi vida y el áncora de mi esperanza. Que por la fe esté dispuesto á derramar mi sangre y nada haga que la ponga jamás en peligro, para que la fe, informada por tu caridad, me salve de los peligros de la vida y me lleve al puerto de la eterna dicha.

Propósitos.—No leer ni libros, ni periódicos, ni tratar, sino lo absolutamente indispensable, con personas cuyas máximas y obras estén en oposición con la fe que profeso.

10 DE OCTUBRE

Del espíritu de fe, como principio de nuestra santificación.

Preludios.—Oye á Dios que dice: "Mi justo vive de fe„, y pídele vivir siempre de esta vida sobrenatural y divina para que tus obras sean perfectas en el acatamiento del Señor.

Punto I

En qué consiste el espíritu de fe.

Consiste en una convicción tan profunda y tan viva de las verdades sobrenaturales, que aquel que vive de este espíritu está siempre más ó menos ocupado en ellas, de ellas vive, por ellas obra y trabaja y á ellas lo refiere todo. Este espíritu de fe le debe animar en todas las acciones de su vida, así como el alma

es el principio de todos los movimientos del cuerpo. Eso es lo que el apóstol San Pablo llama vivir de fe y lo que forma al verdadero justo. En el alma que así vive, no se manifiesta solamente la fe por actos pasajeros, sino que el espíritu de fe consagra todo el conjunto de la vida sobrenatural, haciendo circular en cierto modo en todos sus pensamientos, palabras y obras el espíritu de Jesucristo; de suerte que si nos dejásemos dirigir por ese soplo divino nos convertiríamos en verdaderos hijos de Dios, que harían siempre la voluntad suya y como El quiere y desea. ¡Qué dignidad, qué mérito y qué santidad hay en el hombre animado por este divino espíritu! Separada del espíritu que la vivifica y la hace practicar santas obras, la fe es un cuerpo separado del alma, esto es, una fe muerta. Santiago lo repite tres veces en un mismo capítulo de su carta.

Además, vivir de fe es mirar los objetos naturales ó sobrenaturales, como los mira Dios; es apreciarlo todo según su conocimiento divino y conformar á él nuestra conducta. Es, en una palabra, considerar los honores, oprobios, la riqueza, la pobreza y todos los acontecimientos de la tierra, no según las luces de nuestra débil razón, ni por el falso prisma con que los ve el mundo, sino á la luz de la verdad divina y como Dios mismo juzga de ellos. De aquí se sigue que si la fe es común á todos los cristianos, vivir vida de fe, tener su espíritu, ó sea fe viva, es, por desgracia, muy raro, y por eso es tan rara la santidad. Si no creyese, no haría nada por mi salvación; pero si tuviera espíritu de fe, ¿haría tan poco por mi santifica-

ción como hago? Y, sin embargo, de este espíritu de fe habla Cristo cuando promete la salvación á quien crea. Porque no habla nuestro Señor de una simple adhesión de nuestro entendimiento á las verdades que nos enseña, habla de aquella fe viva que «obra por la caridad». Esa fe es la que nos salva y santifica por el influjo que ejerce en nuestros pensamientos, en nuestros afectos y en nuestras obras, poniendo en los primeros la verdad, en los segundos la santidad y el mérito en todos nuestros actos, hasta en los más insignificantes.

Por eso San Pedro compara á la fe con una lámpara que sirve para alumbrarnos en las tinieblas, mientras llega la luz del día. Cuando el gran día de la eternidad aparezca, absorberá la luz de la fe con su luz, infinitamente más esplendorosa; hasta entonces estamos en las tinieblas. ¿Quién no compadecerá á un hombre que camine sin una antorcha durante la noche y en una senda rodeada de precipicios? Triste imagen de la fe de un gran número de cristianos; fe vacilante y muerta, porque carece de obras, y que sólo arroja una luz pálida é incierta sobre el camino que recorren; de lo que se siguen no pocas caídas y una lamentable ceguedad. Al mal le llaman bien, vicio á la virtud, lloran cuando debían reir y se regocijan cuando deberían llorar. Muy diferente es la conducta de quien tiene siempre en la mano la antorcha de la fe y siempre se guía por su claridad. Aprecia las cosas en su justo valor, las ve como son, pues que las ve con las luces, y por decirlo así, con los ojos de Dios.

Además, como el entendimiento es el que da al corazón sus afectos, si mi conocimiento, uni-

do al de Dios, participa de su infalible verdad, mis afectos, al tener el mismo origen que los suyos, habrán de participar también de su infinita santidad. Pues estimaré lo que Dios estime y tanto como El lo estime; despreciaré lo que El desprecie y amaré lo que El ame. Eso es vivir de fe y esa es la vida de los justos. ¿Es esa, acaso, tu vida espiritual? Pues, si no lo es, estás muy lejos del camino de la virtud.

Procura, pues, si quieres realmente ser alma espiritual, que como el pan acompaña todos los manjares, así esa fe viva sea como el manjar universal de tu espíritu. Pan de vida, porque con él vivirás vida de gracia; pan del entendimiento, porque con la vida de fe lo verás todo á la luz de Dios que es la verdad; pan del corazón y del alma, porque sus verdades son las únicas que sustentan y vigorizan. No basta la razón, ni la fe ó apagada ó vacilante; hace falta la fe viva para poder, en medio de tantas tinieblas, atinar con el camino de nuestra santificación. Como el mundano vive con los sueños de su ambición y las sombras de la mentira, y el avariento no piensa sino en el oro, y el militar en sus glorias y honores, y el traficante no sabe hablar sino de sus negocios y todo lo encamina á ellos, así el justo que vive de fe, por la fe lo mide todo, de ella alienta y vive hasta acabar por sustentarse no con la apariencia del bien, sino con la misma substancia y vida de Dios, ya que, según San Pablo, la fe es substancia y no sombra, como los bienes de la tierra. Esta luz es vida al justo, y porque lo ve todo á su verdadera luz, la honra es vanidad para él; la deshonra, gloria; el deleite, basura; la tribulación, regalo; las riquezas, car-

ga y espinas; la pobreza, descanso. Así lo ve todo el justo con la luz de la fe, porque no se contenta con tener la fe en el corazón y en la boca; como es fe viva, brota y sale á las obras, que son las que nos han de salvar.

Punto II

La vida de fe es necesaria para evitar el pecado.

Considera que es oráculo del Espíritu Santo, que todos los hombres en quienes la ciencia de Dios, esto es, la fe, no es como el sostén, el fundamento, la base y el principio secreto de su vida, son *vanos* é *inútiles*, porque carecen de fuerza para practicar la virtud ó para defenderse del pecado. La vida de fe es, por tanto, necesaria para huir del mal y para mantenernos en el santo temor de Dios. La Sagrada Escritura y la experiencia te enseñan esta verdad, cuando te muestran de una manera clara que la falta de esta fe viva y actual es la causa de todos los desórdenes de tu vida, de tus pecados y de tus tibiezas.

Para penetrarte bien de esta verdad, considera que para contener á una voluntad débil é inclinada naturalmente al mal y rodeada de mil ocasiones que la solicitan á que sucumba á todas las tentaciones del mundo y de la carne, es necesario que la gracia la suministre sus auxilios actuales con abundancia. Pero como este socorro no llega generalmente más que por el conocimiento que la fe nos proporciona, este conocimiento por medio de la fe debe ser más poderoso que los estímulos del mal y las seducciones de los bienes sensibles que á la voluntad solicitan. Pero este conoci-

miento, para ser verdadero y poderoso, presupone ó encierra el ejercicio activo de una fe viva y enérgica que nos habla alta y claramente de Dios, de nuestros deberes para con El, de las verdades eternas, de todo aquello que nos pueda contener en el camino del pecado; luego por una consecuencia necesaria, aquél que se priva del ejercicio de la fe y no acude á ella en los peligros, si encuentra á su alrededor atractivos que le seduzcan y ocasiones que le comprometan, seguirá, ordinariamente, los movimientos de la naturaleza corrompida, se olvidará de Dios, y, por consecuencia, caerá en el pecado mortal. ¡Cuántas veces, desgraciadamente, habrás tú experimentado esto!

Piensa también, que aunque la fe no sea el solo medio que Jesucristo te ha dado para fortificar tu debilidad, es, sin embargo, la virtud que te hace acudir á todos los demás, á la oración y los sacramentos; la que aplica todos los demás medios por el conocimiento que te da de su necesidad y excelencia, de su fuerza y energía para luchar y vencer contigo; y por tanto, aquel que deja que su fe languidezca y duerma en su alma, se aleja de todos los demás medios de salvación, haciéndolos inútiles ó ineficaces. Por esta razón San Pablo exhorta á los fieles á tomar en todas las ocasiones el escudo de la fe. Cualquiera que sean, dice, las armas que toméis, no abandonéis nunca el escudo de la fe. ¿Lo haces tú así? ¿Mides todas tus obras por esa divina medida? ¿Lo ves todo á esa divina luz? ¿Cuál es tu criterio para juzgar de las cosas?

Punto III

La vida de fe es necesaria para adquirir la perfección.

Considera que todo hombre que quiere acercarse á Dios, debe necesariamente y ante todo creer, porque toda la vida sobrenatural está fundada en el conocimiento que tiene de Dios por la fe. Pero sería una ilusión manifiesta imaginarse que este primer conocimiento de Dios por la fe es solamente necesario para la justificación, que es como la primera aproximación del hombre á Dios, pues no es menos necesaria la fe para llegarnos á El por medio de la práctica de la virtud y buenas obras, que son como los pasos sucesivos hacia este gran término. Porque así como en el movimiento natural, para que éste no sea inútil, es necesario proponerse un término, del mismo modo en el movimiento sobrenatural de la gracia es necesario que el cristiano se proponga un término que sea proporcionado á su cualidad de tal y á su último fin. Ahora bien: como sólo la fe es la que le descubre ese término, el cristiano que descuida el acudir á su divina luz para que le ilumine, descuida lo que debe determinar y perfeccionar sus actos, para que éstos le sirvan y aprovechen para la vida eterna; de lo que lógicamente se sigue que ó no practicará las virtudes ó lo hará con una tibieza impropia de las cosas del servicio de Dios ó se cansará muy pronto de recorrer el árido camino de la perfección.

Mira, si no, cómo de la falta de esa vida actual de fe nacen tu poca devoción, tu frialdad

en los ejercicios espirituales, tu cobardía para resistir á las tentaciones, y otros mil defectos que son causa de tus caídas en el pecado, y de lo poco ó nada que aprovechas en la senda de la virtud.

Penetrado ya, pues, de las excelencias de esta vida de fe, examina cuidadosamente si existe en ti, ó si, por el contrario, yace tu fe medio muerta en el lecho de la tibieza, como el paralítico de que habla el Evangelio. ¿Tienes esa fe viva que te enseña la obligación estrechísima de vivir siempre y en todo según Dios, en el seno de tu familia, trabajando en la educación de tus hijos y en la instrucción cristiana de tus criados? ¿Crees que Dios te pedirá cuenta de tus hijos y servidores? ¿Crees que por el hecho de vivir en el mundo no estás dispensado de la necesidad de mortificar tus pasiones, de violentar tus apetitos y de renunciarte á ti mismo? ¿Crees en las máximas de la moral del Evangelio, con la misma fe con que crees en sus misterios? ¿No participas de ese desorden tan común entre los falsos cristianos, de creer á medias y de rechazar en el orden práctico todo aquello que te moleste ó te humille?

Para remediar ese mal, decía Tertuliano que deben los cristianos nutrirse, esto es, vivir de la substancia de la fe, lo cual pide tres cosas: Primera, creer en todos los objetos de la fe sin excluir ninguno, y no como hacen algunos insensatos, que como si todos los dogmas no se fundaran en la palabra de Dios, creen en un misterio y no creen en otro. Segunda, creer en las virtudes prácticas con la misma firmeza que en las especulativas; á sa-

ber: lo mismo en los mandamientos de la ley de Dios y en las palabras de Cristo en su Evangelio, que en los misterios de la Religión, pues para nutrirse de la substancia de la fe es necesario ser fiel en la práctica, como serlo en las creencias. Tercera, que la fe sea entera y comprenda lo mismo lo interior que lo exterior del cristiano; que sea, como dice el Apóstol, una fe no fingida, una fe que no sólo tenga la apariencia, sino la substancia viva, plena, activa, llena de fervor y de sacrificio.

Examina cuidadosamente tu conciencia y mira si tienes esa fe entera y substancial, ó si, por el contrario, eres como esos malos cristianos, fieles á la Iglesia en sus casas, pero infieles y traidores á Cristo en público y delante de sus enemigos; fieles al parecer, por sus actos de piedad y por la frecuencia de Sacramentos, pero no en la caridad con sus prójimos, en el amor á la cruz y á la abnegación interior; fieles en su vida privada, pero no en su vida pública, sin tener en cuenta que el juicio de Dios no entiende de semejantes distinciones.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! enséñame ese gran secreto de la santidad. Que viva yo de ese espíritu de fe que fué el gran alimento de las almas santas. Que te vea yo, Señor, en todo, dentro y fuera de mí; que tus máximas sean la luz de mis pasos, que mi alma aspire ese ambiente divino que le dará vida y fortaleza para caminar sin cansarse hasta llegar al cielo. Mas, puesto que yo puedo tan poco por mí mismo, aliéntame con tu gracia para que pueda realizar lo que en este momento es el deseo y el propósito de mi corazón.

Propósitos. — En todas tus obras procura mirar siempre á Dios y á tu último fin, y no á los hombres ni á fines puramente naturales y humanos.

11 DE OCTUBRE

Del enfermo á quien sanó Cristo N. S. en la probática piscina.

Preludios.—Imagínate el concurso de enfermos que se agolpaba en la probática piscina en busca de la salud corporal, y pídele á Dios ser tú sanado en la piscina espiritual del sacramento de la penitencia.

Punto I

De la probática piscina.

Considera que esta piscina era una figura de la penitencia en la que N. S. nos prepara un baño con su sangre preciosa, la que mezclada con nuestras lágrimas y aplicada por el sacerdote, que es el ángel del nuevo testamento, borra todos los pecados y cura á todos los pecadores. El mundo es como un gran hospital que, á semejanza de la piscina de Jerusalén, contiene inmensa muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos y víctimas de todo linaje de enfermedades. Mira aquí el estado de la mayor parte de los cristianos y una imagen de las enfermedades de sus almas. Unos languidecen en el camino de la virtud, otros son ciegos para no ver más que las cosas de la tierra; otros cojos, inclinándose á ratos á Dios y á ratos á Satanás; otros pasan la vida en perpetua ociosidad; otros están áridos y secos sin saborear jamás las dulzuras de la devoción. Mira á qué clase de enfermos perteneces tú, si ya no perteneces á todos, y aviva tu fe para que puedas ser sanado en la celestial piscina de la penitencia y confesión.

Considera después, que aquella piscina que

había en Jerusalén, adonde iban los ciegos, cojos y debilitados, esperando que el Angel del Señor bajase á mover el agua, y entonces, el primero que entraba en ella quedaba sano, era figura de los sacramentos que Cristo nuestro bien había de instituir con la sangre que derramaría en el sacrificio de la cruz. Estos sacramentos son el bautismo de agua y la penitencia, que es bautismo de fuego y lágrimas, cuyas excelencias más principales eran figuradas en aquel milagro. La piscina sanaba todas las enfermedades del cuerpo, pero no se dice que resucitase muertos; para sanar, bajaba un ángel, porque el agua no tenía naturalmente tal virtud, y bajaba, no cuando lo pedían los enfermos, sino cuando Dios lo enviaba. Finalmente, en la piscina sólo se sanaba de cada vez á un enfermo, y era este el primero que entraba en el agua, en premio de su diligencia.

Tales propiedades eran un símbolo pobre y mezquino de las que adornan á los sacramentos del bautismo y de la penitencia. Porque estos tienen virtud de lavar todos los pecados y sanar todas las enfermedades del alma, y lo que es más, de resucitar de la muerte de la culpa á la vida de la gracia; y además, el Angel del gran consejo, que es Cristo N. S. está preparado para venir á santificarnos en estos sacramentos siempre, en todo tiempo, y esto lo ha puesto en voluntad de sus ministros y de los mismos enfermos.

Se ha de mirar, sin embargo, que principalmente sanan estos sacramentos á los primeros que á ellos acuden, esto es, á los más diligentes y mejor dispuestos en dolor y examen de

conciencia. Todos deberíamos procurar ser los primeros en esto, como cuidadosos de nuestra salud y para recibir más copioso fruto de los sacramentos; mas es tanta la bondad de Dios, que también sana á los imperfectos y tibios que no llevan tan excelente disposición, supliendo con la gracia del santo sacramento la falta de nuestro perfecto dolor. Pero yo, Señor, con vuestra ayuda deseo ser el primero en todo lo que toca á vuestro servicio y al bien de mi alma, sacudiendo toda pereza, aventajándome á los demás para gloria vuestra.

Punto II

Del milagro de Jesús.

Considera aquí, lo primero, la gran misericordia de Cristo N. S., que entrando en los patios en que estaba la piscina, solo y desconocido, como nadie le pidiese nada, puso los ojos en el enfermo más necesitado de todos y más desamparado, para curarle; porque cuanto es mayor la miseria, tanto más provoca á la misericordia del Corazón de Jesús para remediarla. Pondera la razón por que Cristo N. S. preguntó al enfermo: «¿quieres ser sano?», pues era evidente que deseaba sanar; pero quiso significar que en el negocio de nuestra salud espiritual son necesarias dos voluntades: la de Dios y la nuestra, y esta última ha de ser verdadera y eficaz y no de cumplimiento. El paralítico de la piscina confesó su voluntad y juntamente su imposibilidad de sanar; porque no tenía quien le ayudase, ni fuerzas para entrar en el agua, en lo cual se nos avisa que debemos confesar humildemente nuestra fla-

queza. ¡Redentor mío, tullido estoy, sin fuerzas para buscar salud y sin ayuda de criaturas para procurarla! ¡Y no puedo decir que no tengo hombre, pues os tengo á Vos, que sois hombre y me podéis ayudar! Ayudadme, Señor, pues no confío en otro hombre, sino en Vos, Dios y hombre verdadero, cuya es la salud y la bendición, por todos los siglos de los siglos.

Considera después la omnipotencia y misericordia infinita del Salvador, que, usando de la plenitud de su poder y bondad, no pidió fe al paralítico, ni le tocó con la mano, ni le lavó con el agua de la piscina, sino con sólo su palabra le dió entera y perfecta salud, diciéndole: «toma tu lecho y anda»; para que se entienda que la salud que da Dios, así la corporal como la espiritual, es perfecta y vigorosa, y el enfermo que tiene su alma tullida, como el paralítico tenía su cuerpo, en virtud de Cristo se levanta sano, y con todas sus pasiones domadas y sujetas á la razón, que esta es señal de haber sanado perfectamente. ¡Oh buen Jesús, di á mi alma: «toma tu lecho y anda», para que ande por los caminos de tu santa ley!

Mira, por último, la obediencia perfectísima del paralítico; porque con ser sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo «toma tu lecho y anda», rindió su juicio, y con gran presteza y alegría comenzó á caminar. Los que le encontraban, le decían: «mira que es sábado y no te es lícito llevar esa carga»; y él respondía: «El que me sanó me dijo: «toma tu lecho y anda». Como si dijera: Quien fué tan santo y poderoso que pudo sanarme, me mandó esto, y será

lícito, pues El me lo mandó, y esto sin conocer que era Cristo, el cual quiere que obedezcan los súbditos á los superiores y los penitentes á los confesores con semejante obediencia, pronta, puntual, alegre y rendida. ¡Oh Dios mío, salud verdadera de mi alma! mándame cuanto quisieres, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, porque á todo me rendiré de buena voluntad, y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios que me sanó, me lo manda; bástame que El lo mande, para que yo lo cumpla.

Punto III

Del agradecimiento del paralítico.

Considera el ejemplo de humildad que nos dió Cristo N. S., escondiéndose y huyendo las alabanzas de los hombres, y el cuidado con que acudió al templo, no sólo para dar gracias á su Padre por aquella obra, sino para perfeccionarla con los avisos que dió al paralítico, sabiendo que iba allá.

Y véase también el buen afecto de agradecimiento que tuvo este enfermo, pues en viéndose sano, la primera cosa que hizo fué ir al templo á dar gracias á Dios por la merced que le había hecho. De donde tomaré ejemplo de acudir luego, después de confesado, á dar gracias á Dios por la merced que con aquel sacramento me hizo, recogiéndome en el templo, ó en otro lugar conveniente, á considerar esta merced y agradecerla.

Considera en segundo lugar, aquellas palabras que dijo Jesús al paralítico: «no quieras pecar más, porque no te suceda otra cosa

peor», en las que hay encerrados tres avisos importantes: el primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de nuestros pecados, y así lo he de pensar yo de las mías; el segundo es, que no quiera más pecar: no dice que no peque más, porque de hombres es pecar, especialmente en culpas ligeras, sino que no quiera más pecar, esto es, que haga un propósito firme y tenga voluntad muy resuelta de no pecar más con la divina gracia, y este propósito se ha de renovar en la confesión con verdadero deseo de enmendarse. El tercero es, que la recaída será peor que la caída, por el desagradecimiento que muestra en ofender á quien le perdonó y en hacer poco caso de la salud perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor.

Se ha de considerar, por último, la prudencia del paralítico juntamente con su agradecimiento al Redentor, lo que se manifestó en el modo como proclamó que Jesús lo había sanado. No dijo: «Jesús, el que me mandó llevar á cuestas el lecho, sino, el que me sanó», por no dar ocasión á los judíos de calumniar á Cristo N. S., de quien habían comenzado á murmurar porque curaba en sábado. He de sacar de aquí el recato que debo tener en las palabras, y en contar lo bueno que he sabido, sin mezclar cosa de que puedan asir los malos para cebo de su maldad.

En cuanto á su gratitud, he de aprender con este ejemplo el celo y fervor de los verdaderos penitentes que han recibido de Dios singular beneficio de salud, los cuales desean que Dios sea conocido y venerado de todos, publi-

cando el bien que de El han recibido, conforme á lo que dijo nuestro Señor al hombre de quien echó la legión de demonios: «vuélvete á tu casa y publica cuantas mercedes Dios te ha hecho». Y así, puedo decir á nuestro Señor con David: «Vuélveme, Dios mío, la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal, porque si esto haces, yo enseñaré á los malos tu camino y los pecadores se convertirán á Ti».

Coloquio.—¡Oh Maestro verdadero, cuyas obras son perfectas y cuyos desengaños son ciertos y provechosos! he oído tus avisos; ayúdame, Señor, para guardarlos en mi corazón y ordenar mi vida según ellos; líbrame de las recaídas y dame firme voluntad de nunca más pecar, y conservar lo que me has dado para que siempre viva con pureza y santidad. Sáname de mis infinitos males de alma y de cuerpo en el agua purísima de tu bondad y misericordia, para que todo mi sér te alabe y se regocije en ti, que eres mi esperanza, mi auxilio y mi única alegría.

Propósitos.—No poner nunca tu confianza en los hombres ni esperar en ellos, sino únicamente en Dios, único amigo fiel y verdadero.

12 DE OCTUBRE

De la paciencia que hemos de tener en las enfermedades y demás tribulaciones.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De cómo debe el cristiano mirar las enfermedades y tribulaciones.

Considera que las enfermedades son uno de tantos castigos que impuso Dios al linaje humano por el pecado de Adán y Eva, y que de

generación en generación se ha transmitido á nosotros con la culpa que fué su origen y su causa. Y siendo el pecado de todo el linaje humano, á todo él alcanza este género de castigo, sin que se eximan de él ni los buenos ni los malos, ni los ricos ni los pobres, ni los reyes ni los súbditos, ni los que vienen al mundo con cuerpo robusto y aun exuberante de fuerzas físicas; porque cada temperamento y cada humor tiene dolencias que le son propias ó peculiares, y lo mismo padece el anémico por la ruindad de su sangre, que el pletórico por la abundancia y riqueza de la suya.

Considera que las enfermedades que á cada individuo aquejan, pueden ser castigo de sus propios pecados ú originadas muchas veces de sus propios desórdenes. Pero ya miradas como castigo del linaje humano, ya como pena merecida por el sujeto particular que las sufre, son las enfermedades castigo y pena, como todos los temporales, mezclados con muchísima misericordia, pues tiran á evitarnos el castigo y pena eternos que merecemos por nuestros pecados, y así, lejos de ser un mal, son un bien para nosotros y una señal ciertísima de que Dios no quiere perdernos para siempre, sino que amorosamente nos avisa por medio de esos dolores y miserias para que volvamos en nosotros y nos volvamos á El y nos salvemos. Y lo mismo di de las tribulaciones en general. Porque una de las mejores pruebas que Dios nos da de su amor, es enviarnos trabajos, porque éstos nos hacen pensar en nuestra salvación. Así como la prosperidad y delicias nos hacen olvidar nuestro principal cuidado, que es el de salvarnos, de la misma manera las ad-

versidades y trabajos nos lo recuerdan. El que vive rodeado de felicidades y entregado á placeres, poquísimo se acuerda de Dios y de su salvación; pero cuando llega la adversidad, cuando vienen los trabajos, cesamos de amar al mundo; porque, ¿cómo podemos poner la voluntad en bienes de cuya vanidad nos convence la experiencia? Nuestro corazón no puede estar sin amar; cuando no está apegado al mundo, tiene disposición para entregarse á Dios; en desembarazándose del cuidado de la fortuna, por conocer su inconstancia, se pone en condiciones de pensar en salvarse. David, tan santo como era, no resistió en la prosperidad; cayó miserablemente porque era muy dichoso; pero si la prosperidad le derribó, la adversidad le hizo volver sobre sí. «Yo hallé la tribulación, dice también, y al mismo tiempo recurrí al Señor». Tú mismo, ¿cuándo has olvidado más á Dios y cuándo has omitido más el cuidado de tu salvación? ¿No ha sido en el tiempo de la prosperidad? ¿Cuándo has pensado en convertirte? ¿No ha sido en el tiempo de la tribulación?

También son prueba del amor de Dios los trabajos, porque nos facilitan el poder satisfacer por nuestras culpas, y puesto que es menester satisfacer por los pecados pasados, y no cometerlos en adelante, la tribulación nos facilita estas dos obligaciones. Porque preciso que las culpas sean castigadas, ó por Dios justiciero ó por el hombre penitente. Si Dios nos dejase este cuidado siempre á nosotros, la mayor parte de los hombres faltarían, ó por exceso ó por defecto, y esto último sería casi lo general. Para prevenir estos dos inconvenientes,

Dios, que sabe perfectamente lo que podemos sobrellevar, nos envía trabajos proporcionados á nuestros pecados, á nuestras necesidades y á nuestras fuerzas, y sólo hemos menester sujetarnos voluntariamente á la voluntad de Dios y así queda El satisfecho. ¿Qué puede haber, ni más fácil, ni más seguro? Pero es menester no incurrir en adelante en nuevos pecados, y eso mismo nos lo facilitan las adversidades. Aquel hubiera usado mal de las riquezas, y Dios le aflije con la pérdida de bienes: el otro tenía sobrado asimiento á alguna criatura, y Dios se la quita de delante. Yo abusaría de mi salud, pues Dios me envía enfermedades que me privan de ella. ¿Cuántos pecados excusa Dios N. S. con esta providencia? Y siendo esto así ¿cuánto deberemos agradecer á Dios N. S. el que nos constituya en la dichosa imposibilidad de ofenderle? Vos sois misericordioso, Señor, decía San Agustín, cuando nos afligís de este modo; y el que resistiere después de esta consideración á las aflicciones que le enviareis, merece en castigo que no le aflijáis, sino que le hagáis dichoso con esa dicha falsa temporal que ha hecho temblar siempre á los santos.

Punto II

De cómo debemos aceptar las enfermedades y tribulaciones.

Considerando las enfermedades según queda dicho, debemos recibirlas y aceptarlas como un precioso don que nos regala Dios, como un amoroso llamamiento de su gracia y como un castigo justo de nuestros pecados, muy peque-

ño si se le compara con la enormidad de aquéllos, y muy suave si consideramos los que pueden evitarnos, si las sufrimos con paciencia. Ofrece á Dios la enfermedad como una satisfacción pequeña del pecado original, que fué la causa de todas las enfermedades, que hace tantos miles de años vienen afligiendo al género humano, y han de afligirle aún hasta el fin de los tiempos; piensa que de este diluvio de las enfermedades y dolencias no ha habido un Noé que se haya salvado, ni arca donde pueda escapar ningún nacido; que los mayores santos las sufrieron, y algunos terribilísimas y espantosas. ¿Cómo querías tú exceptuarte de esta ley universal? Lo que te conviene es aprovecharte de ella para tu salvación, y, con la paciencia, convertir ese mal temporal en bien eterno.

Pensando en tus pecados, recibe la tribulación con espíritu de penitencia, y di como Job: «Yo he pecado, Señor, y siendo tan gran pecador como soy, por grandes que sean los males con que me afliges, son livianos en comparación de lo que merezco». Bendice la misericordia de Dios, que viendo cuán necesaria te es la penitencia, y cuán flaco tu valor para practicarla, te da en la enfermedad el medio de hacerla. Admira la bondad del Señor, que se contenta con que admitas de buen grado esa dolencia, mereciendo por ella como si fuese voluntaria, aunque no la puedes excusar. Si has incurrido en alguna destemplanza ó desorden, en que casi todos incurren, de los que producen las enfermedades, reconoce y adora la mano de Dios que te hiere, privándote justísimamente de la salud que habías empleado

tan mal, y confiesa, con San Gregorio, que mejor es padecer los ardores de la calentura que los de la concupiscencia. Recuerda que tu cuerpo ha sido instrumento de tus pecados, y que justo es que sea también instrumento de tu penitencia. Alégrate, por último, que se destruya en ti el reino del pecado, y de que la enfermedad te ponga en la dichosa imposibilidad de ofender á Dios.

Pero si eres fervoroso debes aspirar á aceptar las tribulaciones de todo género, no ya sólo con resignación sino con alegría. Para ello te ayudará el pensar que ellas son las que nos dan seguridad moral de nuestra bienaventuranza, por ser prendas y señales de nuestra predestinación. «Todos los predestinados, dice el Apóstol, deben conformarse y ser semejantes á Jesucristo». ¿Y qué cosa nos hará tan parecidos á nuestro Redentor, crucificado por nosotros, como los trabajos? Por eso dice el mismo Apóstol, «que si padecemos con Cristo, seremos con El mismo glorificados; que si le acompañamos ahora, llevando con El la cruz, reinaremos con El en el cielo». Nuestro mismo Salvador nos lo aseguró diciendo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». No pueden hallarse dos expresiones más claras que éstas, con que Jesucristo asegura que las adversidades son prenda segura de la salvación; dudar de ello es dudar de la fidelidad de Jesucristo, y es menester ser infiel para dudar de la verdad de Dios. Anímate, pues, á sufrir, no sólo con paciencia, sino con alegría, sabiendo que Dios

no te puede hacer mejor obsequio y regalo que el que hizo á su divino Hijo, y el que siempre ha hecho á las almas más predilectas y queridas suyas.

Punto III

De las consideraciones que nos ayudan á sufrir con paciencia las enfermedades y tribulaciones.

Considera que, comparado con el infierno, el mal físico de la más terrible dolencia que puede afligirnos en este mundo, es dolor y mal tan liviano, que ni parece realmente mal. Todo mal es ligero si se le pone en parangón con el infierno; un condenado creería hallarse en el paraíso, si le sacasen de su eterna cárcel y lo sometieran á los más espantosos dolores y á las más crueles adversidades de la vida. Nada debe parecer duro á un hombre que ha meditado sobre el infierno, y que sabe á ciencia cierta que lo ha merecido.

También, cuando te afligen los dolores y achaques propios de la enfermedad, debes llevar el pensamiento á la cima del Calvario y comparar tus dolores con los de Jesucristo S. N., y entonces tendrás vergüenza de quejarte. Jesucristo N. S. no se quejaba, porque sabía que sufría por la redención y salvación del género humano, y tú ¿te atreves á quejarte, sabiendo que padeces por tu propia salvación? El padeció siendo la inocencia infinita, y no se quejaba, sin embargo; ¿tú padeces porque has pecado y te quejas? Sus dolores en su Pasión fueron infinitos y sin consuelo, y no se quejó; tus penas son cortas, Dios te consuela, y, no obstante, te estás siempre que-

jando. Jesucristo pudo evitarse todos sus dolores, pudo bajar de la cruz, y no lo hizo; tú no puedes excusar ni alejar de ti la tribulación, no necesitas para santificarte sino aceptar con paciencia el mismo dolor que sufres, y ni aun esto quieres hacerlo. ¡Qué corta es tu fe, y qué pobre y miserable tu corazón!

La consideración del paraíso es, por último, un grandísimo motivo de paciencia en las enfermedades y trabajos. «Mira al cielo, decía la madre de los macabeos á uno de sus hijos, y esta vista endulzará tus penas». «Un momento de dolor bien sufrido, dice San Pablo, alcanza un inmenso colmo de gloria eterna». Considérese lo que es esta gloria, y parecerán, no ya tolerables, sino apetecibles los mayores padecimientos de este mundo, con tal que nos merezcan la gloria ó nos faciliten el camino de llegar á poseer la eterna bienaventuranza. Pues mira que el prepararnos para ella es uno de los efectos maravillosos del dolor y de la tribulación. Porque ella limpia el alma y la purga de sus vicios y pasiones, la alumbra con luz divina para hacerle ver en su ser verdadero las cosas de la tierra y las del cielo, y la perfecciona y purifica como el crisol aquilata el oro. Y no hay escuela de sabiduría donde el hombre sea mejor y más pronto enseñado que la tribulación, porque como dijo el *Eclesiástico:* «El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?» Por eso los santos que estudiaron esa ciencia divina, que al fin y al cabo no es otra más que la ciencia oculta al mundo, de la cruz de Cristo, llaman á la tribulación y al dolor trilla admirable que separa la paja del grano, lima áspera que pule el

hierro de nuestra voluntad y albedrío, fuego y fragua que la ablanda, crisol que afina el oro de las virtudes, sol que conserva la gracia de Dios en el alma, martillo que nos labra, agua con que se apaga el fuego de la concupiscencia, viento con que más se enciende el fuego del amor divino y con que más presto llegamos al puerto, y, por omitir otros preciosos títulos, la llaman librea de los hijos de Dios y la prueba cierta del siervo fiel del Señor. Bendice, pues, la mano de Jesús que vino á este mundo á sanar todas las enfermedades, á cicatrizar todas las heridas del alma y á calmar sus dolores para transformarlos, transfigurarlos y convertirlos en manantiales de placer inefable.

Coloquio.—¡Oh Dios misericordiosísimo, que nos envías dolores y enfermedades para acrisolar nuestra fe y nuestra virtud y para que hagamos penitencia por nuestros pecados; que nos castigas así temporalmente para evitarnos el eterno castigo del infierno; yo te suplico que me des tu gracia para sobrellevar estos males pasajeros con paciencia y resignación, y convertirlos en bienes perdurables de vida eterna! En sufrir con paciencia y aun con gusto cuantos trabajos me envíes, quiero probarte que mi amor hacia Ti no es interesado, pues bendeciré tu mano si me aflige lo mismo que si me bendice. Sólo te suplico que si me quieres llevar al cielo por el camino seguro del Calvario, que no me desampares, sino que tu gracia y tu cruz me ayuden y fortifiquen para que nunca decaiga ni mi corazón ni mi espíritu.

Propósitos. — Mirar siempre en toda suerte de trabajos la mano de Dios, que ó te castiga ó te purifica ó te ofrece medios de aumentar tu corona.

13 DE OCTUBRE

De la curación del leproso.

Preludios.—Mira al pobre leproso postrado con fe y amor á los pies de Jesús y diciendo aquellas palabras: "Si quieres, puedes limpiarme„. Pide á Cristo oir tú también de sus divinos labios que quedas limpio de la fea lepra de tus pecados.

Punto I

De cómo un hombre cubierto de lepra se prosternó ante Jesús y le dijo: «si quieres, puedes limpiarme».

Considera las virtudes de este leproso en su oración. La primera, grande reverencia exterior é interior, hincando las rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo y llamándole Señor. La segunda, grande fe en la omnipotencia de Cristo, confesando que con sólo quererlo podía sanarle; no dice, si lo pidieres á Dios, sino, si quisieres, puedes sanarme, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Ni dijo «si quieres» por dudar de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo merecían ó si le convenía aquella salud corporal. La tercera, fué gran resignación, porque no pidió alguna cosa expresamente, pues no añadió límpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con vivísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo y remitió á su voluntad el sanarle.

Con estas virtudes tengo de ponerme delante de Cristo N. S., como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de mis potencias y sentidos, y de toda mi alma, que es la ira, gula, soberbia y los demás vicios, y luego con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe

y gran resignación, le diré: Señor, si quieres, me puedes limpiar. Y en lugar de la palabra Señor, puedo poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia y á mí me provovoquen á reverencia; y en lugar de la palabra limpiar, puedo poner otras en que le pida remedio de algunas miserias, diciendo: Padre mío, Médico mío, Salvador mío y todo mi bien, si quieres, me puedes sanar de mi soberbia, de mi gula y de mi amor propio. Si quieres me puedes alumbrar y abrasar con tu amor. Si quieres me puedes hacer paciente, manso y humilde. No dudo de tu omnipotencia, porque todo lo puedes, ni de tu voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseas: por mi indignidad dudo, en tus manos me arrojo, y en tu voluntad pongo mi remedio. Esta es una oración de las que llaman jaculatorias, admirable para repetirla á menudo entre día; y á imitación de ésta, podemos hacer otras, y aprovecharnos de las que el Señor nos inspirare.

Punto II

De cómo el Señor se compadeció del leproso y lo sanó.

Pondera las maravillosas virtudes y excelencias de Cristo N. S. La primera, su misericordia. Luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilación alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compadece de las miserias del cuerpo, ¿cuánto más se compadecerá de las del alma? Porque la lepra de pecados, que provoca la ira é indignación de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida, y desea-

mos sanar de ella. ¡Oh misericordioso Jesús, ten misericordia de mí, pues de tu misericordia nace ser yo libre de mi miseria! Y pone esta palabra el Evangelista, para que se vea que la causa del milagro no fué vana ostentación, sino compasión.

La segunda, fué una rara muestra de su bondad y omnipotencia, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole: «Quiero, sé limpio». Tú dices si quiero, pues digo que quiero. Tú dices si puedo, pues digo sé limpio, y así fué. ¡Oh grandeza de la bondad y omnipotencia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confían en El! Di, Señor, á mi alma: «Yo soy tu salud»; quiero, sé limpia, porque tu decir es hacer, y diciéndolo será sana.

La tercera fué gran benignidad, porque sin tener asco de la lepra, de que tenían tanto asco los judíos, que ni la tocaban, ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba, su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y pondera el Evangelista, que extendió la mano, para significar que la había de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne sacratísima tenía virtud de sanar á los que tocaba; y que cuando Dios extiende y abre su mano, á todos hinche de bendiciones y dones. Por donde se ve la eficacia de la oración que se hace con las condiciones debidas y el fin á que tengo de enderezarla, que es alcanzar de Cristo N. S. un quiero, y un sé limpio, y un abrir la mano que tenía cerrada y apretada, y un tocar nuestras miserias con que sane la lepra de mi alma.

Punto III

Por qué Jesús envió el leproso al sacerdote.

Pondera, ante todo, el celo que tenía Cristo N. S. de que se guardase la ley vieja mientras duraba, queriendo que los leprosos guardasen lo que les estaba mandado, que en siendo sanos, se presentasen al sacerdote y ofreciesen dones y sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced que les había hecho, como en testimonio de que estaban limpios; y quien tanto celo tenía de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿cuánto le tendrá mayor de que se obedezca á los de la nueva?

Después mandó esto al leproso para significar el sacramento de la Penitencia de la nueva ley, en la cual se manda que cualquier pecador con lepra de pecados, aunque haya por la contrición alcanzado perdón de ellos, se presente al sacerdote y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca el sacrificio del espíritu atribulado y del corazón contrito y humillado, y oiga la sentencia de absolución, con la cual se confirma el perdón recibido y se purifica y perfecciona más el alma mediante la gracia sacramental, y queda hábil para recibir el sacramento de la Comunión; como antiguamente los leprosos, presentándose al sacerdote, se raían los cabellos y lavaban sus vestidos y su carne, y ofrecían en sacrificio un cordero sin mancilla, y de esta suerte quedaban limpios de la inmundicia legal y eran admitidos al trato común con todos. De donde sacaré dos avisos importantes: uno, que cuando me recojo á examinar

la conciencia y prepararme para la confesión, he de procurar tal dolor, que allí quede limpio de la lepra en virtud de la contrición, porque esta es la mejor disposición para la confesión. El segundo, que luego con humildad me presente al sacerdote y le diga mis pecados con nuevo sacrificio de corazón contrito, procurando lavar con agua de lágrimas mi alma y sus vestiduras, que son las obras, y ofrecerme á que el confesor, con la penitencia, corrección y mortificación, me ayude á purificarme; y de esta manera llegaré limpio á ofrecer el sacrificio del cordero sin mancilla, Cristo-Jesús, y á recibir su santísimo cuerpo.

Finalmente, ponderaré cómo Cristo N. S. mandó á este leproso que no divulgase este milagro; y San Marcos dice: «Que se lo mandó con amenaza», ó con brío y vehemencia, para darnos ejemplo de humildad, y para que le viésemos cuán de veras huía de las alabanzas de los hombres. Pero el leproso, sin embargo de esto predicó y publicó el milagro, y fué causa de que concurriese mucha gente á oir á Cristo, en lo cual no fué desobediente, ni erró; antes lo hizo movido de buen espíritu, y por celo de la gloria de Dios y de agradecimiento al que le había sanado, para que fuese venerado de todos, y muchos se aprovechasen de su doctrina, porque el mismo Cristo N. S. gusta que no faltemos á las leyes del agradecimiento y de la gloria de Dios; y en este hecho nos avisa, que si el justo por su humildad quiere encubrir sus obras, yo, cuando no hay inconveniente, las pregone y ensalce para ejemplo de otros y honra suya.

Coloquio. — ¡Oh benignísimo Jesús, que te com-

padeciste del leproso y lo sanaste; compadécete de mi y sáname; limpia mi alma de la inmunda lepra del pecado, infundiéndome tu gracia para que confiese mis culpas y enmiende mi vida! Límpiame de la lepra de la sensualidad y de la soberbia, de la lepra de mi pasión dominante, para que me convierta de veras á Ti y merezca oir de tus divinos labios aquella dulce palabra: «Sé limpio».

Propósitos.—Prepararte siempre á la confesión, como si aquella hubiera de ser la última de tu vida.

14 DE OCTUBRE

Sobre la confesión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la misericordia de Dios en este sacramento.

Considera que en nada brilla tanto la misericordia de Dios y su piedad como en el sacramento de la penitencia, porque basta confesar los delitos con un corazón contrito y humillado, para conseguir el perdón. Múdase en inocente el que se reconoce culpado, y merece ser absuelto por Dios el que se acusa á sí mismo. ¿Qué delincuente de lesa Majestad habría que no quedase libre si para obtener la gracia del perdón le bastase confesar su delito? ¿Se tendría dificultad en decir la enfermedad á un médico, si no fuera menester más que decírsela para quedar sanos? Pues ¿por qué nos ha de costar trabajo el descubrir las llagas de nuestro corazón al confesor, estando seguros de que mostrándoselas como se debe, hallamos pronto y perfecto remedio? Verdaderamente merece eterna condenación quien

se deja de curar por omitir un remedio tan fácil y tan seguro.

Considera luego que tener reparo en confesar los pecados, es trastornar enteramente el orden de la misma naturaleza. La vergüenza debe estar naturalmente unida al pecado, la gloria debe seguir á la confesión humilde del pecado. No obstante, cuando se ofrece ocasión de pecar, la aprovechamos con osadía y atrevimiento; y cuando es menester confesar la falta y el pecado, andamos con vergüenza y temor. Pues esta vergüenza y este temor los debíamos aceptar como expiación de la facilidad con que pecamos y ofendemos á Dios, y serán remedio de la culpa y parte de la penitencia. Y pues la soberbia es el origen del pecado, que sea su medicina la humildad unida con una sincera confesión; porque atacar al mal en su origen, es pena por lo pasado y preservación para lo por venir.

No tengas, pues, vergüenza en declarar tus pecados al sacerdote, que tiene el lugar de Jesucristo, y que, ó no te conoce, ó aunque te conozca está obligado á guardar un secreto inviolable, y que no te oye, sino para absolverte, y en lugar de estimarte menos, concibe más amor; admiración y compasión por un alma, que ve prevenida de la gracia, penetrada de un vivo dolor de sus pecados y en quien reconoce los efectos visibles del valor de la sangre de Jesucristo, y la fuerza de los auxilios de su divina gracia. Además, que este hombre, ó es pecador ó es santo. Si es pecador, como tú, la experiencia de sus flaquezas le hará compadecerse de las tuyas; si es santo, tendrá el espíritu de Jesucristo, y el espíritu

de Jesucristo es todo compasión y misericordia para los pecadores, y jamás desechó á ninguno. Mira que la fe te dice que es menester, ó descubrir los pecados á un sacerdote en secreto para recibir el perdón, ó que un día sean publicados á la faz de todo el universo para recibir la sentencia de condenación: ¿cuál de los dos partidos te parece más ventajoso?

Punto II

De las disposiciones para recibir bien y con fruto este sacramento.

La primera condición es el examen. Sobre esto pondera que hay algunos que no se examinan bastante, y otros que se examinan con sobrada prolijidad. Los primeros son los que no entran dentro de sí mismos, ni dan el tiempo necesario para indagar sus pecados, y los segundos ocupándose sólo en pensar sus faltas, no se aplican á veces á concebir el dolor que deben inspirarles. Esta es una astucia del demonio, al que no le importa nada que te confieses con tal que no tengas arrepentimiento, y para impedir que formes actos de verdadera contrición, te ocupa sin cesar la mente con las cosas que tienes que decir y no te deja que pienses ni en la bondad de Dios, ni en tu ingratitud, ni en tu perfidia, ni en las causas de tus desórdenes, ni en los medios de salir de ellos y de enmendarte de veras de tus culpas y pecados. ¿Eres tú de esos penitentes inquietos y escrupulosos que se creen perdidos si se olvidan de un solo pecado venial, y que están muy satisfechos de su confesión cuando han

hecho una exacta manifestación de sus culpas; pero que, en cambio, se confiesan sin ningún dolor, ni contrición, ni menos propósito de la enmienda?

Si has hecho el examen de tu conciencia con el tiempo y la calma precisa, y con el deseo sincero de confesarte bien y de todo, ¿por qué te inquietas? ¿Puedes declarar tus pecados si Dios no hace que te acuerdes de todos ellos? Dios conoce todos tus pecados, y si quiere que los confieses, te los dará á conocer; pero si no te concede este conocimiento cuando has empleado el tiempo conveniente para examinarte, es prueba que se contenta con lo que has hecho y te perdona los que has olvidado. Más le agrada que trabajes con tu voluntad que con tu entendimiento; que detestes tus pecados más bien que te acuerdes de ellos, y que hagas más esfuerzos con el corazón que con la memoria. Quiere que te humilles en su presencia; que le hagas el sacrificio de tu propia voluntad; que te entregues á su misericordia, y que te apliques más á lo que debes hacer que á lo que tienes que decir. Corrígete seriamente de tus defectos y pide perdón á Dios de lo profundo de tu alma, y tu confesión será muy agradable á los ojos del Dios de las misericordias.

No es necesario que la contrición sea sensible para que sea verdadera. Debemos concebir un grande dolor de las propias culpas; pero no juzguemos de la grandeza de este dolor por el efecto natural y sensible que nos cause. Aquel muestra que tiene verdadero arrepentimiento, que no quiere engañar á Dios ni hacer un sacrilegio; que detesta con

todo su corazón todos los pecados, y que está resuelto á no cometer ninguno. El demonio acostumbra á persuadir á los penitentes que no tienen verdadero arrepentimiento, cuando no lo sienten interiormente, y así llenándolos de turbación é inquietud, miran con verdadero temor el sacramento de la penitencia y permanecen tristemente esclavos de sus pecados. ¿Eres tú de esos penitentes que creen que no tienen contrición cuando no la sienten? Corrígete, pues, de este defecto que es muy peligroso; trata con Dios con sencillez y verdad, no vayas materializando tu devoción, porque El ama la sencillez en el corazón del hombre. Haz cuanto puedas para concebir dolor de tus pecados; y si este dolor no es sensible, no te inquietes por eso, y suple la falta de las lágrimas exteriores con una profunda humildad y con una confianza filial en la misericordia de Dios.

La recaída no es una señal cierta de que el arrepentimiento anterior haya sido defectuoso y falso. Los sacramentos no nos hacen impecables; aunque nos impiden el caer con tanta frecuencia y tanta gravedad como antes, y este es su efecto. La verdad de un acto precedente no se destruye por la verdad de un acto que le sigue, y cualquiera puede caer enfermo después de haber recobrado la salud. ¿San Pedro no había hecho una buena comunión? ¿Pues qué pecado tan grave no cometió aquella misma noche? No obstante, cuando se reincide continuamente y sin enmienda en pecados graves, y cuando no se observa ni más vigilancia ni más fidelidad, es mucho de temer que todavía haya en el corazón afecto y ape-

go al pecado mortal, que no se hayan puesto todos los medios para destruirlo, y entonces hay mucho que temer por nuestras confesiones y comuniones. La naturaleza es frágil, mas el corazón es muy perverso, y no hay que fiarse ni de su amor ni de su odio. Mira, pues, si la rutina ha entrado en tus confesiones y comuniones; si no sacas provecho de ellas; si cometes todas las semanas los mismos pecados, y tiembla de la responsabilidad que este proceder tuyo te acarrea en el acatamiento divino.

Punto III

De la sinceridad de la penitencia y del propósito de la enmienda.

Considera que no basta el tener dolor de los pecados cometidos, es menester resolverse sinceramente á no cometerlos en adelante. La verdadera señal para conocer el dolor es la firme resolución de no pecar más; cuando no volvemos á caer en el mismo pecado, podemos creer que estamos verdaderamente arrepentidos. Es la mejor señal de arrepentimiento, porque si volvemos á caer fácilmente en las mismas culpas, podemos desconfiar con razón, de no haber estado verdaderamente arrepentidos de ellas. Dice San Gregorio: «No es penitente, sino embustero, el que se deleita en incurrir en las faltas que un momento antes lloraba á los pies del confesor». Examina por esta regla la sinceridad de tus propósitos, y la de tus confesiones.

El propósito de no pecar más debe ser absoluto, y no de esas pasajeras y frívolas resolu-

ciones que llamamos veleidades, porque de éstas está lleno el infierno. Estas ligeras impresiones nos entristecen, nos inquietan, pero no nos hacen verdaderos penitentes. Estos débiles sentimientos del pecado y débiles deseos de la virtud, pueden divertirnos y engañarnos, pero no justificarnos. Para ser penitente no basta decir: Yo quisiera; sino, yo quiero y lo haré á cualquier precio. Las veleidades son deseos condicionales que nada sólido producen en el alma. Yo quisiera, equivale á decir: yo consintiera renunciar al pecado, pero con tal ó cual condición. Y es este un deseo, ó mejor dicho, una veleidad que ni te justifica ni puede agradar á Dios, porque encierra en sí una contradicción. Yo quisiera, quiere decir: Dios me solicita por sus inspiraciones á dejar el pecado; pero yo, á la verdad, no hago más que resistirme; me resisto á los movimientos de la gracia por el abuso de mi albedrío; los gritos de mi conciencia los juzgo consentimientos de mi voluntad al bien, y los deseos ineficaces de convertirme los tomo como efectos de mi conversión. ¿No es esto lo que te ha lisonjeado hasta aquí? ¿Lo que haciéndote formar fingida é imaginaria idea de penitencia, te ha embarazado para no tener un verdadero arrepentimiento? La poca firmeza que has tenido en tus propósitos te convencerá de ello bastantemente.

El propósito, además, debe ser eficaz. El perezoso, dice la Escritura, quiere y no quiere; porque formando débiles resoluciones, cree querer, pero como no pone la mano al trabajo, y no ejecuta nada de lo propuesto, es evidente que no quiere. Querer con eficacia apar-

tarse del pecado es aplicar todos los medios, por difíciles ó poco gratos que sean, para conseguirlo; es aplicarse á vencer todas las dificultades que se oponen á nuestras buenas resoluciones; es huír de la ocasión de volverlo á hacer; es acudir á Dios en los peligros; es darnos á la penitencia; es volver las espaldas al mundo; es vivir verdadera vida de espíritu. ¿Has hecho esto tú cuando has querido apartarte del pecado? Si lo has hecho así, tu propósito es sincero y tu penitencia verdadera; pero si no, ¿qué valor tendrán tus confesiones? Quiera Dios que no tengas un día que arrepentirte de tus mismos arrepentimientos.

Coloquio.—¡Oh bondad de mi Dios, cuán obligado os estoy por haberme presentado en la penitencia esta favorable tabla de salvación después de mi naufragio, y de haberme provisto de un remedio tan fácil para curar mis llagas! ¿Qué sería de mí si no tuviese este refugio? ¿En dónde estaría yo ahora? ¿Qué sería de mí en lo venidero si no tuviera este medio de volver á vuestra gracia? ¡Bienaventurados los que se lavan con frecuencia en este baño sagrado de vuestra sangre! Desgraciados los que quieren más bien morir eternamente que tomar este remedio, y más desgraciados todavía los que, abusando de la clemencia divina, hacen servir para sus crímenes el sacramento que debiera purificarlos y santificarlos. Yo cantaré eternamente, con vuestro Profeta, aquel sublime cántico de amor y de reconocimiento: «Bendice, alma mía, al Señor, y todas las cosas que hay dentro de mí alaben su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de todas sus misericordias. El perdona todas tus maldades; El sana todas tus enfermedades. El redime tu vida de la muerte; El te corona de misericordia y piedad. El llena de bienes tu deseo, y hará que se renueve tu juventud como la del águila».

Propósitos.—Procura ser constante y fiel en

guardar tus propósitos, y, por el modo con que los guardares, juzga de la sinceridad del dolor y de la bondad de tus confesiones.

15 DE OCTUBRE

Festividad de Santa Teresa de Jesús.

Preludios.—Contempla á esta Santa admirable extasiada en la oración ó en el momento en que un ángel transverbera su corazón, y pide á la insigne doctora te anime á amar á Jesús como lo amó la Santa.

Punto I

Santa Teresa, prevenida por el amor de Jesucristo.

Considera cómo el amor de Dios, que había escogido á Teresa para consumada maestra de la sublime ciencia de la caridad divina y para poblar los claustros de serafines en carne humana, la dotó con todas las extraordinarias cualidades que pueden conducir á dicho fin, dándola un excelente natural, un espíritu levantado y excelso, un alma generosísima y un corazón grande y muy apto para todos los extremos del amor.

Este santo amor, imprimió también en el entendimiento de Santa Teresa desde su más tierna infancia, el pensamiento de la eternidad, de tal manera, que niña aún no cesaba de repetir: «Para siempre, para siempre, para siempre; ó eternamente feliz ó eternamente desventurada. Escoge, Teresa».

La vista de esta inmensa eternidad le descubrió todas las vanidades de las criaturas, por las que concibió tal menosprecio, que su único placer consistía en vivir retirada con Dios en las ermitas que ella misma fabricaba en la casa de su padre, y donde pasaba días enteros

suspirando por su amado Jesús y repitiendo muchas veces con la samaritana: «Señor, dadme el agua de vuestra gracia y apagad la sed de mi corazón con las aguas de vuestro amor».

Previno, también, el amor de Dios á Teresa con la divina vocación de padecer por Jesucristo, inspirada en la lectura de los combates y padecimientos de los mártires: muy niña aún, persuade á su hermano á salirse de la casa paterna para buscar el martirio entre los infieles. Le infundió también tal devoción á la santísima Vírgen, que la hacía postrarse á los pies de una imagen de la excelsa Señora pidiéndole con ardientes súplicas y bañada en lágrimas, que le sirviera en adelante de madre, cuando á los doce años de edad perdió á la suya: favor que obtuvo de la Virgen María, que desde aquel momento la adoptó por hija.

Admira aquí la bondad inmensa de Dios, que con tantas gracias y favores va preparando á las almas que le son fieles para que le sirvan de santuario; pero al mismo tiempo considera con gran temor en qué poco estuvo que todos aquellos tesoros puestos por Dios en el alma de Teresa se perdieran. El demonio, envidioso de tanta santidad, inspírale la curiosidad de leer libros de caballería, que eran las novelas de aquellos tiempos, poniéndola en trance de perder su alma y de privar al mundo de los frutos de su maravillosa santidad y celo y de la fundación de dos grandes Órdenes que han poblado la tierra de tantas vírgenes y tantos sabios y el cielo de tantos santos. Mira adónde puede llevarnos una infidelidad á la gracia de Dios, y cómo una falta leve puede ponernos en peligro de perdernos para siempre. Fruto de

aquellas profanas lecturas fué el retirarse las luces del Espíritu Santo del entendimiento de Teresa, que de recogida y entregada á la oración, se transformó en aficionada al bullicio del mundo y á perder el tiempo con la curiosidad de sus vanidades. Sus ojos, antes fijos casi constantemente en las imágenes del Redentor y de su Santísima Madre, contemplan ahora en un espejo los atractivos de su propia hermosura, y la que sólo hablaba del valor invencible de los mártires y de las virtudes heroicas de los santos, ahora no habla de otras cosas que de las locas vanidades de que el mundo ha llenado su imaginación.

Pero admira aquí una vez más la fuerza incontrastable del amor divino, que, armado de todas sus armas, persigue á la fugitiva Teresa y le sale al encuentro en todas sus diversiones mundanas, hasta tal punto, que la misma santa confiesa que en todos sus pensamientos se le presentaba á la imaginación la vanidad del mundo y temblaba á pesar suyo ante la idea de la sorpresa de la muerte y de las amenazas del infierno.

Quince meses duró esta lucha, en la que á veces sintió Santa Teresa dolores tan vivos, que le parecía que le dislocaban los huesos y le arrancaban el alma del cuerpo; pero el amor divino triunfó al fin, y la joven Teresa, seducida breve tiempo por el amor propio y por la vanidad del siglo, volvió á echarse en brazos de la Virgen Santísima, su Madre, tomando el hábito de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

Pero todavía considera cómo aun siendo extraordinaria esta muestra del amor divino,

tampoco se rindió por completo á ella el alma de Santa Teresa, que si renunció á las vanidades del siglo no se entregó del todo á Jesús, sino que, en el claustro, prosiguió dejándose llevar de las sugestiones de su amor propio, incurriendo en vanas curiosidades, pérdidas de tiempo, omisiones en la oración y familiaridades peligrosas. Cansado de tantas resistencias Jesús, resolvió darle un golpe decisivo valiéndose de una imagen suya. Presentósele coronado de espinas, el cuerpo desgarrado por los azotes, y mientras Santa Teresa detenía su vista en tal cuadro de sublimes dolores, obró tan poderosamente el amor divino en su interior, que aquellas llagas quedaron impresas en su alma y sus espinas la hirieron tan profundamente, que la fuerza de un amor compasivo hizo penetrar en su corazón todos los instrumentos y todos los dolores de la Pasión de Jesucristo. Y entonces fué cuando el amor, transformado en serafín, armado de una flecha de oro con punta de fuego, atravesó profundamente el corazón de Santa Teresa y obtuvo, por medio de tan grave herida, la gloriosa y completa victoria que durante tanto tiempo había buscado. Saca de aquí adónde te pueden conducir tus infidelidades á la gracia de Dios y de qué méritos y, tal vez, de que altísima perfección y santidad te privas por no ser generoso con Jesús, que tan generoso es y desea serlo aún más contigo, si tú le corresponde como El desea.

PUNTO II

Santa Teresa herida por el amor de Jesucristo.

Considera, para apreciar el carácter de esta maravillosa herida que el amor hizo en el corazón de Teresa, que con ella experimentó dolor y goce al mismo tiempo; dolor, porque es propio de toda herida producirlo; goce, porque fué el amor divino quien la produjo. Para convencerte de ello has de reflexionar en que, si como afirma San Gregorio Nacianceno, las lágrimas son la sangre del alma, fácil es de ver que el alma de Santa Teresa quedó gravemente herida, pues la santa quedó bañada en ellas, y los suspiros y sollozos de su pecho daban testimonio elocuente del dolor que sentía. Pero, al mismo tiempo, con aquella herida recibió más dulzura y mayor consuelo que en todo el resto de su vida.

Esto lo comprenderás si reflexionas que el dolor de Teresa nacía de tres profundos conocimientos con que Dios iluminó sensiblemente su mente en el momento de su perfecta conversión. El primero fué el de la grandeza de Dios, la majestad de su sér, de sus infinitas perfecciones, y, sobre todo, de su soberana bondad y de su inmortal belleza. El segundo fué una representación sensible de todo lo que un Dios tan grande y tan adorable había hecho en el espacio de dos años, para apartar su corazón de las criaturas y para hacerse dueño de él, y la paciencia amorosa con que había soportado sus tibiezas, sus negativas y sus ingratitudes. El tercero fué una visión clara y distinta del número de sus faltas y del abuso

de las gracias de Dios y de sus terribles consecuencias.

Estos conocimientos llenaron su alma de amargura y de una perfecta contrición que la hizo exclamar desde el fondo de su corazón, con San Agustín: ¡Oh Dios mío, y todo mi bien! ¿Quién es Teresa para estrecharla así á que os ame? ¡Oh soberana grandeza, oh Majestad infinita! ¿Es posible que durante dos años hayáis estado empeñado en buscar á una tan ruin criatura? ¡Oh ingrata y desdichada Teresa! ¿Puedes sufrirte á ti misma, reconociéndote culpada de tan cobarde y negra ingratitud? ¡Oh Dios mío! ¿Era necesario que Vos fueseis tan bueno y yo tan miserable é ingrata? ¡Oh, cuán tarde os he conocido, pues tanto he tardado en amaros!

No puede negarse que hay un gran dolor en un corazón que suspira y se lamenta de esta suerte; pero, si bien lo consideras, hay igualmente mucha dulzura. Esta dulzura consiste en que el ardiente fuego que va unido á la punta del áureo dardo, no bien abrasa el corazón de Teresa, se funde y corre suavemente por esta herida hasta el corazón de Dios. Y, ¿qué dulzura, ni qué delicias pueden compararse con las que encuentra un alma cuando se ve mezclada y absorbida en las suavidades y delicias del corazón divino?

Piensa, para que mejor te penetres de esta idea, que la dulzura que experimenta un alma en estas condiciones, consiste en la estrecha unión que se establece entre el amor divino y el corazón humano durante tanto tiempo solicitado; pues como dice San Gregorio Niseno, si esa sagrada flecha ha herido y abierto ese

pecho, ha sido para entrar en él y hacer allí su morada. Considera, además, que donde se encuentra el amor se encuentran la alegría y el goce; pero si se trata de un amor conquistador y triunfante, entonces los goces y alegrías que le siguen son inefables.

Punto III

Santa Teresa transformada en el amor de Jesucristo.

Considera que de esta flecha de amor puede decirse que al traspasar las entrañas del hombre, ahoga en ellas todos los vicios, destruye las pasiones y de un solo golpe da la muerte al hombre antiguo y hace nacer al nuevo, que es Jesucristo.

Esto fué lo que sucedió á Santa Teresa. De aquella divina herida salieron aquellos arrobamientos y éxtasis, aquellos transportes de caridad y todo cuanto se admira de grande y perfecto en el resto de la vida de Santa Teresa, cuyas palabras fueron desde entonces otros tantos carbones encendidos del santuario para abrasar los corazones, ó como las chispas de aquel dardo de fuego que abrasaba el suyo.

Advierte también que el principal efecto que produce ese amor es la estrecha unión que hace contraer con Dios al alma de tal modo herida; de lo que se sigue que á causa de esta alianza, Teresa ya no es sino de su Esposo, y ni en ella tienen ya parte ni las demás criaturas ni su amor propio. No quiero, le dice el amor divino al herirla, que tengas más familiaridades con los hombres, sino únicamente conmigo y con mis ángeles. Y Teresa entra

de este modo en comunidad de bienes con su Jesús, y participa de su divina sabiduría y así ella por sus elevados y sublimes conocimientos que sobrepujan con mucho á las luces de toda humana ciencia, por la perfección y sublimidad de su doctrina ha llegado á ser la maestra de los santos y de la teología mística, y ha sido destinada á iluminar al mundo y á acrecentar en él la piedad.

Igualmente Teresa fué investida de la virtud y del poder de su esposo, que la hizo invencible para todos sus enemigos, infatigable en los trabajos y constante é inquebrantable en medio de toda clase de persecuciones, cumpliéndose en ella ese prodigio tan raro, según el Espíritu Santo, y que consiste en hallar una mujer fuerte. Prueba patente de la fuerza de su corazón, fué aquella heroica paciencia, aquel amor á la cruz que, en medio de las mayores pruebas, la hacía exclamar: «Vivamos en la cruz ó expiremos en la cruz. O padecer ó morir.»

Considera también que el celo por la gloria de su Padre que constituyó la vida de Jesús, se transmitió á Teresa por medio de aquella divina herida, hasta el punto de obligarse por voto expreso á hacer siempre lo que le pareciese que era de más gloria de Dios. Y este celo la hizo acometer empresas temerarias desde el punto de vista humano y realizar proyectos tenidos por imposibles. Este celo la hizo en su cualidad de esposa de Jesucristo, madre fecunda de dos célebres Ordenes religiosas, y en una palabra, este celo como era el celo que hizo vivir á Jesús y luego morir en el Calvario, produjo en la debida proporción

tales ansias en el alma de Santa Teresa de padecer por la gloria de Dios, que la hizo hallar á la hora de la muerte el martirio porque tanto había suspirado en los comienzos de su vida.

Tales son los efectos de esa maravillosa herida, y el fruto que debes sacar de esta meditación es el deseo de que tu alma sea herida de la misma manera, pues como dice San Agustín, nadie llegará á la vida eterna si no fuese herido ó por la espada del temor de Dios ó por la de su amor. Considera que hay tres clases de personas que yerran acerca de este punto. A la primera pertenecen los que temen ser tocados en el corazón por Dios y ni quieren oir la divina palabra, ni leer buenos libros, ni tratar con personas piadosas para no experimentar ni aun el deseo de su conversión. Otros hay más criminales todavía, y son los que de tal modo se endurecen que todos los dardos de amor son impotentes para herirlos. Y por último, existen otros de cuya salvación hay todavía esperanzas y son aquellos que desean ser heridos por los dardos del amor divino y lo son, en efecto, pero que arrancan demasiado pronto la flecha de la herida y no conservan mucho tiempo los toques interiores y santos movimientos que han recibido de Dios. Procura tú ser herido de ese divino amor y pídele á Dios que te de la gracia de conservar abierta esa venturosa llaga, á fin de que sea en ti, como lo fué en Santa Teresa, un manantial fecundo de gracias.

Coloquio.—¡Poderosísima protectora mía y abogada santa Teresa, Doctora mística, vivo ejemplo de perfección, restauradora de la piedad y celadora

del honor de Dios! Postrado á vuestras plantas, vengo lleno de confianza á implorar vuestra poderosa protección, deseando imitar vuestras heroicas virtudes, especialmente la generosidad y gran corazón para con Dios, con que, despreciando el qué dirán y las burlas y persecuciones del mundo, atendisteis únicamente con todo empeño á promover en vos y en los prójimos la mayor gloria y alabanza de Dios, y la tierna y sólida devoción á María santísima y á su casto esposo San José. Protegedme desde el cielo, haciendo que crezca en mí el espíritu de fervor, y alcanzadme que, libre de mis pasiones, sirva con generosidad y constancia á Dios en el estado de vida en que por su divina voluntad me hallo, mereciendo llegar por este medio al felicísimo fin de la eterna bienaventuranza.

Propósitos. — Imitar la grandeza de alma, el celo por la gloria de Dios y la generosidad de corazón de Santa Teresa.

16 DE OCTUBRE

Del ciego que curó Cristo N. S. camino de Jericó.

Preludios.—Imagínate la fe vivísima del ciego de Jericó, y su constancia en pedir al Señor su curación á pesar de que las gentes lo mandaban callar. Pide la misma fervorosa insistencia en tus oraciones, y luz divina para conocer á Jesucristo y conocerte á ti.

Punto I

Oración del ciego de Jericó.

Un ciego, en el camino de Jericó, gritaba: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí». Y aunque le mandaban que callase, él seguía repitiendo lo mismo dando cada vez mayores voces.

Considera las virtudes que descubrió este ciego en su oración. La primera, fué grande fe y confianza en Cristo N. S., creyendo que era hijo de David y Dios todopoderoso. La se-

gunda fué gran fervor nacido del conocimiento de su ceguedad y miseria, y de la esperanza que tenía en Cristo N. S.; y este afecto declaraba con aquel clamor. La tercera fué gran constancia, sin hacer caso de los que le mandaban callar; antes tomaba ocasión de esto para alzar más la voz y repetir su oración.

En persona de este ciego imaginaré verme á mí mismo, ciego espiritualmente con las dos ceguedades de ignorancia y culpa, error y pasión, las cuales ciegan los ojos del alma, y que San Bernardo llama conocimiento y amor. De donde se sigue que toda la vida estoy ocioso, sin atender á las obras de virtud, ocupándome en mendigar de las criaturas que pasan por este mundo alguna cosilla de deleite, honra ó interés que me entretenga la vida, lo cual todo es poco y perecedero, como limosna de pasajeros y pobres caminantes. Ponderando esta miseria de mi alma, ciega, ociosa y mendiga, he de clamar á mi único remediador, Cristo-Jesús, diciéndole: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí». Esta oración tengo de acompañar con las virtudes que se han dicho, persuadiéndome que cuatro cosas han de impedir mi oración si valerosamente no las resisto; es á saber: tropel de pensamientos, y varias imaginaciones que pasan por mi corazón y no le dejan atender á lo que ora. Muchedumbre de remordimientos de los pecados que he cometido, los cuales me reprenden y me dicen que cómo tengo atrevimiento de clamar á Dios, siendo quien soy. También el tropel de las miserias del cuerpo, y el de las ocupaciones del siglo, y á veces algunos de los que van con Cristo me quitan la oración, llevándome tras

sí á sus negocios con capa de piedad. Pero, sin embargo de todo esto, he de orar y clamar con el corazón y á tiempos con la boca, diciendo: «Jesús, hijo de David, compadécete de mí»; líbrame, Señor, porque soy necesitado y mi corazón anda muy turbado; voyme deshaciendo como sombra cuando declina el día, arrojándome mis pensamientos de una parte á otra; sosiégalos, Señor, con firmeza, para que ore y te alabe con fervor.

Punto II

Petición del pobre ciego á Jesús.

Jesús preguntó al ciego qué es lo que quería, y el ciego respondió: «Señor, ver». Y replicó Jesús: «Ve».

Considera qué preciosa súplica la del pobre ciego, y qué poder tuvo en el corazón de Jesús. Obliga á llamar á aquel pobre para saber de él mismo lo que desea, resuelto á concederle cuanto le pida. «¿Qué quieres que te haga?» Como si dijera: No puedo negarte cosa alguna. ¡Oh bondad de Dios, que pregunta á un hombre qué quiere que haga! Antes bien, ¡oh Jesús mío! nosotros debemos decirte con San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que hagamos?» Pero son muchos aquellos á quienes Dios se ve precisado, en cierto modo, á decirles: «¿Qué queréis que haga de vosotros?» Pocos, pocos son los que le dicen con el santo Apóstol: «Señor, ¿qué queréis que haga?

Considera, además, cómo Cristo N. S., aunque desde el principio entendió el clamor de este ciego, hizo como que no lo oía, para probar su perseverancia y para que creciese más

el deseo de la salud. Y lo mismo hace con nosotros, para que nuestra perseverancia en el pedir nos disponga á recibir lo que pedimos. Pero luego mostró su clemencia en detenerse á la voz de un mendigo, aunque iba ocupado con mucha gente, haciendo que todos parasen y se le trajesen para sanarle. ¡Oh buen Jesús, Sol de justicia, que obedeces á la voz del hombre y te detienes en medio de tu carrera para darle la luz que desea, oye mi clamor y alumbra mi ceguedad, pues no puedo tener gozo si no es viendo la luz del cielo!

Pondera luego, cómo el ciego, en oyendo decir que Jesús le llamaba, dejó su vestido al punto, y saltando de placer, fué donde estaba el Salvador. En lo cual se representa el gozo del alma que siente la interior vocación de Dios, con lo cual deja luego todas las cosas para acudir á obedecerla, esperando que hallará seguramente lo que desea para su salvación y perfección, como lo experimentan los que son llamados por Dios á estado de religión.

Considera luego el misterio de aquella pregunta: «¿Qué quieres que haga contigo?» Y la respuesta del ciego: «Señor, que vea». «Pues ve». Y con sola esta palabra cumplió Cristo N. S. su deseo, correspondiendo á la grande fe con que le pidió la vista con otra palabra semejante. ¡Oh Dios de mi alma, bien sé que preguntas al ciego lo que quiere, para significar que no quieres dar los dones de tu gracia, si no es al que quiere disponerse para recibirlos! ¡Oh, si me dijeses ¿qué quieres que haga contigo? Yo, Señor, respondería: que vea con ojos de fe muy viva, que te vea á Ti para que te conozca y ame, pues en este conocimiento

amoroso está la vida eterna. Más te pido, Señor: que vea tu divina voluntad y tu santa ley, que vea á mí mismo para reconocerme de modo que me aborrezca y me humille, que vea las criaturas, con ojos del alma por la contemplación, mirando en ellas á Ti, mi Criador, de quien tantos bienes recibo. Y finalmente, que á su tiempo vea claramente tu divinidad con la Trinidad de las Personas, con cuya vista quede mi ánima bienaventurada en tu dulce compañía.

Punto III

De cómo el Señor curó al ciego.

Pondera cómo Cristo N. S. atribuyó á la fe del ciego lo que era obra de su omnipotencia y misericordia, para honrarle y aficionarnos á esta virtud, pues ella dispone para tales maravillas, como lo declaró diciendo á otros dos ciegos que le pedían vista: ¿Creéis que puedo dárosla? «Sí, Señor». «Pues según vuestra fe se haga con vosotros»; y tocándolos, vieron luego. Y es mucho de notar, que en ambos casos cobraron estos ciegos la vista en un momento por su grande fe, habiéndola recibido otro ciego poco á poco por su corta fe, porque primero veía no más que bultos de hombres, como árboles que se movían, y después vió claramente todas las cosas. En lo cual también se nos representan dos modos que tiene nuestro Señor de comunicar la luz espiritual y la perfección de espíritu: uno extraordinario y de repente, como la comunicó á Saulo; otro ordinario, comunicando primero un conocimiento obscuro de sus misterios; después otro

más claro, creciendo la claridad como crece la disposición. De modo que vea las cosas divinas con tanta luz, que se certifique de ellas como si las viese, subiendo, como dice el Apóstol San Pablo, de una claridad en otra, hasta transformarse en la imagen de su gloria.

Finalmente, ponderaré cómo el ciego, viéndose sano, seguía á Cristo glorificando á Dios; porque como las obras de este Señor son perfectas, con la vista del cuerpo le dió la del alma, para que olvidado de todas las cosas, se fuese tras quien tanto bien le hizo. En lo cual también se representa que la luz interior que Cristo N. S. comunica en la oración, tiene por fin seguirle, imitando sus virtudes con perfección, y ocupándose en sus alabanzas con acción de gracias por los beneficios recibidos.

Coloquio.—Señor, que yo vea, que os conozca, y que me conozca; que reconozca vuestra bondad, y que reconozca mi malicia; que entienda que Vos sois el todo y yo la nada, y que comprenda vuestras perfecciones y mis defectos. Señor, yo soy un ciego, yo no sé lo que deseo; os pido ver lo que necesito y para salvarme me conviene ¡Oh dulce Jesús mío! Concededme lo que os pido: que yo os vea, os alabe y os ame. Hacedme humilde, sufrido, pacífico y caritativo; hacedme un hombre á medida de vuestro corazón y que cumpla siempre vuestra voluntad

Propósitos.—Procura imitar la oración constante, la fe viva y la correspondencia á las inspiraciones de la gracia del ciego de Jericó.

17 DE OCTUBRE

De la ceguedad espiritual.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

En qué consiste la ceguedad espiritual.

Considera que Dios, que es luz increada, no puede ser causa positiva de la ceguedad de los pecadores, porque no es propio del sol cubrir la tierra de tinieblas, sino iluminarla y esclarecerla. Pero como en el orden natural sucede que el sol nos deja en la obscuridad, ó porque voluntariamente cerramos los ojos á la luz, ó porque nos ciega con el fulgor de sus rayos, ó porque se oculta y se pone de nuestra vista, de la misma manera por un terrible castigo que nos atraemos sobre nosotros mismos, el sol de eterna justicia, Cristo-Jesús, que vino á iluminar á todo hombre, deja á éste en espantosa obscuridad y en noche obscurísima, no infundiendo errores ó tinieblas en nuestra alma sino de una de estas tres maneras, ó por estas tres causas: ó porque ponemos obstáculos á las gracias, ó porque abusamos de ellas, ó porque Dios se retira de nosotros en castigo de nuestras infidelidades y pecados. «He venido, dice el mismo Cristo, al mundo para hacer un juicio, á fin de que los que no ven, vean, y los que ven queden ciegos [1]». Porque, en efecto, Cristo es luz del mundo; pero es luz voluntaria, y libremente y con justicia deja de esclarecer á los que ni aman, ni buscan

1 Joann., IX, 39.

más que las tinieblas. La causa, pues, de esta ceguera, es el hombre mismo. La prosperidad, semejante al sol que nace, le descubre los bienes de la tierra y le oculta los del cielo; la vanidad, ofusca; la avaricia y el amor desordenado de riquezas es terrible escollo en que naufraga la fe, según el Apóstol, y por último, la concupiscencia de la carne hace al hombre semejante á la bestia, que nunca levanta sus ojos al sol, y es aquel pozo del abismo de donde brota todo error y toda impiedad, y el pecador, víctima de ella, acaba por no ver ni á Dios ni verse á sí mismo.

Considera, además, que la ceguedad espiritual es la causa más ordinaria y frecuente de los pecados. Todo pecador es un ciego, ó por mejor decir, es pecador porque es ciego. Si viese á Dios, si se viese á sí mismo, si viese el pecado á la luz natural de la fe, ¿cometería pecados jamás? Era preciso que estuviera loco. Por ventura, si conociese á un Dios tan grande, tan bueno, tan justo, tan hermoso, tan amante de los hombres, tan deseoso de su felicidad, ¿podría ofenderle? ¿Podría menospreciarle, aborrecerle y ultrajarle? Y si se viese á sí mismo tan vil, tan miserable, tan dependiente de Dios y por Dios tan amado, ¿podría preferirse á Dios, como lo hace, cuando peca mortalmente? ¿Podría tampoco cometer ningún pecado, si viese en su horrible desnudez lo que es el pecado, si lo conociese en su espantosa realidad, tan feo, tan repugnante, tan monstruoso, tan opuesto á Dios y tan contrario al fin y destino del hombre; si lo viese como el sumo y el único mal, la negación de Dios, el destructor de la naturaleza y de la gracia?

El pecador no conoce, no ve la maldad del pecado; no conoce que pecando ofende á Dios, creador, conservador y Padre amoroso de los hombres, sin razón y sin justicia; no ve que pecando se declara enemigo del que le ama infinitamente, que se sirve de sus beneficios para hacerle guerra, que peca en su presencia y que prefiere al demonio, enemigo de Dios y enemigo suyo; no comprende que escoge al tirano por rey, que se alista en el bando de Satanás al mismo tiempo que Dios le colma de gracias y le soporta con una paciencia infinita aun en el momento en que peca.

¡Oh ceguedad espiritual, y qué dañosa eres! ¡Y qué culpable, pues pecamos en plena luz y somos ciegos voluntarios! ¡Abridme, Señor mío y Redentor mío, los ojos del alma; que vea quién eres tú, quién soy yo y qué es el pecado! ¡Alumbrad mi espíritu, curad mi ceguedad, haced que vea yo vuestra bondad para reverenciarla y amarla; mi bajeza, ruindad y miseria, para menospreciarla, y la fealdad del pecado para huir de él y aborrecerle!

Punto II

La ceguedad espiritual efecto del pecado.

Considera que la ceguedad del alma, no sólo es causa, sino también efecto del pecado, dándose aquí una especie de prodigio, en cuya virtud ella lo produce, y es producida por él. Es efecto, en primer lugar, del pecado original, y por este pecado todo el linaje humano es propenso á esta ceguera, y como que nacemos todos con los ojos del alma tiernos y débiles, y en situación muy adecuada para perder del

todo la vista de ellos, cualquier ocasión ó pasión hace que ceguemos y no veamos. Pero con el auxilio sobrenatural de Jesucristo y las gracias que superabundantemente nos comunica, los ojos del alma se fortifican, y ven cada vez con más claridad, á medida que la gracia es mayor, y así los justos llegan en esta vida á ver muy clara y distintamente la bondad y grandeza de Dios, las cosas del alma, del cielo y la eternidad, la pequeñez y miseria propia y la fealdad y horror del pecado, y como tan claramente lo ven todo esto, aman á Dios sobre todas las cosas, se menosprecian á sí mismos, y huyen del pecado como del más espantoso mal que puede sobrevenirles. Son hijos de la luz y viven en ella, así como los pecadores son hijos de las tinieblas y de la muerte.

Al revés los malos, á medida que se van alejando de Dios y perdiendo su gracia, se les va debilitando cada vez más la vista del alma, y cada nuevo pecado que cometen es como nueva venda que se ponen voluntariamente en los ojos y ven cada vez más turbio y borroso lo que debieran ver claro para no pecar; y de la grandeza y bondad de Dios sólo les queda una idea confusa, y pierden la noción de su propia pequeñez, y se les representa el pecado, no como monstruo, feo y horrible, sino bello y deseable.

De suerte que la ceguedad, efecto de sus pecados, engendra en ellos nuevos pecados; porque se olvidan de Dios, y no piensan en El jamás; y de sí propios se forman la idea más ventajosa, creyéndose buenos y prudentes, y fiándose de su parecer en todo y apeteciendo

su regalo y comodidad, y que los demás los alaben y ensalcen, y pierden todo horror al vicio, figurándose que no es malo, sino cosa natural ó por lo menos tolerable; y van de mal en peor, cada vez más ciegos, hasta llegar á creer que Dios no castiga los pecados, y que después de esta vida, han de pasar las cosas como aquí, con lo que la ceguedad está ya en su punto, habiendo perdido absolutamente los desdichados la vista del alma.

Considera que esa terrible ceguedad del alma, es una de las penas mayores con que Dios castiga á los hombres, privándolos de sus luces, y dejándolos entregados á las tinieblas y negruras de su razón y de sus pasiones. Pondera que este es el castigo de Dios más riguroso, y lo que le hace tan terrible es que esa ceguedad en que viven tantos mundanos, es un mal sin mezcla alguna de bien; porque todos los demás males pueden ser, si nosotros queremos, medios de salvación, á modo de penas, ó medicinales, ó satisfactorias, ó meritorias, mientras la ceguedad es un mal estéril, que no sirve ni de remedio, ni de penitencia, ni de mérito, sino que se parece al castigo que sufren los condenados.

Deduce de ahí el error en que están aquellos que dicen que Dios no castiga en esta vida, especialmente á los pecadores, y que nada en este mundo los distingue de los elegidos. «Dios juzga á los mundanos, según San Agustín, aun en esta vida, y en esta vida establece entre ellos y los elegidos una terrible diferencia. No espera hasta el fin de los siglos para separar el trigo de la cizaña, pues en el tiempo presente les impone una pena que basta

para esa separación y es, la ceguedad espiritual».

Piensa con temor desde este momento, que si Dios no ha permitido aún que caigas en esa ceguedad que tal vez has merecido, quizá está resuelto á no esperar más y que sólo aguarda á que cometas un nuevo pecado para extinguir en ti sus luces y cegarte. ¿Cómo no te espantas al considerar que hay un pecado que Dios ha señalado como el último término de su gracia? ¿Cuál será ese pecado? No puedes saberlo. ¿Después de qué número de pecados vendrá? Tampoco lo sabes. ¿De qué naturaleza será? Otro misterio para ti. ¿Será un pecado especial y extraordinario? ¿Será, por el contrario, un pecado ordinario y común? Arcano es este que ningún hombre logrará descubrir. Lo único que sabes es que no debes nada olvidar, ni nada omitir para evitar esa desgracia que te amenaza. ¡Feliz tú, si Dios te hace ver el peligro y está dispuesto todavía á ayudarte! ¡Soberanamente dichoso, si desde ahora en adelante caminas siempre iluminado por sus divinas luces!

Punto III

La ceguedad espiritual castigo del pecado.

Considera en tercer lugar, que la ceguedad del espíritu no es sólo causa y efecto, sino también castigo, y muy terrible, del pecado. El pecador, dice Jesucristo, huye de la luz y busca las tinieblas, y Dios, para castigarle le deja en ellas perpetuamente.

No puede el mismo Dios castigarle con mayor rigor que dándole lo que desea, y lo que

el pecador desea es la ceguera que no le permita ver á Dios justamente irritado contra el, ni la fealdad del pecado que ama. El pecador, pues, hace consistir su dicha en su ceguedad, y Dios hace consistir en la misma ceguedad el mayor castigo del pecador. Así, pues, privándole Dios de la luz del alma, le impone la más terrible y justa pena de la ceguedad voluntaria en que incurrió, y que busca con afán como único medio de que no le perturben los remordimientos. «Si quieres, Señor, castigar á este pueblo, como Dios omnipotente que eres, decía el profeta Isaías, ciégalo de modo que mire sin ver». Luego viene la dureza del corazón, el letargo, la indiferencia é insensibilidad en el asunto de la salvación, señal inequívoca de ceguera del alma y otra terrible consecuencia del mismo castigo de Dios. Considera cuán terrible es este castigo. La ceguedad del cuerpo es mucho menos densa que la del espíritu; el ciego corporal sabe que está ciego; pero el espiritual, mientras menos ve, cree que ve más, y toma las quimeras de su fantasía extraviada por realidades y se figura que tiene vista de lince cuando nada ve.

Sólo una gracia extraordinaria y singularísima disipa alguna vez esta ceguera en que caen tantas almas desventuradas. ¡Milagro mil veces más portentoso que el que, por ministerio del arcángel San Rafael, llevó Dios á cabo con su siervo Tobías!

Coloquio.—¡Oh Dios que eres luz, y que lo iluminas todo con tu inefable resplandor y con los rayos de tu gracia; no permitas que mi pobre alma caiga en la ceguera espiritual, y si caigo por el pecado, sáname; sáname pronto, para que nunca pierda de vista tu grandeza y tu bondad, para que no pierda la

noción exacta de mi pequeñez y miseria, y para que vea siempre al pecado, como él es en sí, esto es, horrible y espantoso, el único mal sin mezcla de bien alguno, porque es la muerte eterna del alma! Sé tú, Señor y Dios mío, mi luz, mi verdad y mi vida, que todo lo vea con la luz de tus palabras, que mi entendimiento no se nuble con las sombras del pecado, sino que vaya creciendo de claridad en claridad hasta llegar á verte en la eterna luz de los cielos.

Propósitos.—Decir con frecuencia al Señor las palabras del ciego: «Señor, que yo vea».

18 DE OCTUBRE

Del milagro que hizo Cristo N. S. calmando la tempestad del mar.

Preludios.—Represéntate á Jesús calmando la tempestad en el lago de Tiberiades, y pídele que calme las tempestades que en tu corazón remueven las pasiones y afectos desordenados.

Punto I

Del sueño de nuestro Señor en la barca.

«Habiendo Cristo N. S. predicado á mucha gente, siendo ya tarde, entró en una nave y mandó á sus discípulos que navegasen, y El se echó á dormir en la popa; al mismo punto se levantó una grande tempestad, de modo que las olas entraban dentro de la nave y la llenaban de agua con peligro de hundirla.» Acerca de este sueño de Cristo N. S. consideraré las tres condiciones que en él concurrieron. La primera, que fué después de largo trabajo, mostrando que era hombre verdadero y necesitado de este alivio. La segunda, que no se fué á dormir como Jonás al profundo del navío, sino en la popa, donde diesen con El y fácilmente pudiesen despertarle. La tercera, que,

aunque dormía el cuerpo, velaba su corazón, conociendo lo que pasaba, como si estuviera despierto. Con estas tres condiciones he de acompañar mi sueño, procurando que no sea por regalo y ociosidad, sino forzado de necesidad, con moderación y modestia, y si fuere posible, mezclado con santos afectos para que pueda decir lo del Salmo: «Aunque duermo, vela mi corazón».

Luego ponderaré el misterio de este sueño, cómo Cristo N. S., en la nave de su Iglesia y de cada alma, se hace algunas veces el dormido, como quien se descuida de nosotros, permitiendo que se levanten tan bravas tempestades de persecuciones y tentaciones, que parece está cerca de ser anegada; porque, no solamente las olas la combaten por de fuera, sino entran dentro y casi llenan la navecilla del alma con tristezas, temores, escrúpulos y otras varias turbaciones. Mas no por eso hemos de pensar que está Dios ausente, ni que deja de ver todo lo que pasa en el mundo y los peligros de sus escogidos, sino que se hace el dormido para probar nuestra fe y confianza. Nunca desconfíes del triunfo de la Iglesia, aunque las olas del mar parezcan anegarla. La nave de Pedro, en la que está Jesús, flotará siempre, y todos sus enemigos se hundirán en el abismo. ¡Oh Salvador dulcísimo, que fuiste combatido en el mar de este mundo con terribles olas de trabajos, entrando en tu alma las aguas amargas de las tristezas, esfuérzame con el ejemplo que me diste para que no me anegue la tribulación interior y exterior que me combatiere!

Ultimamente consideraré que Cristo N. S.

permite estas borrascas también en nuestra alma, como aquí se apunta, para probar nuestra fe y avivar nuestra confianza, fundarnos en humildad, purificarnos de vicios, y provocarnos al ejercicio de la oración y de varias virtudes; pues por esto se dice: Que quien entra en la mar, aprende á orar, y entrando en el alma las olas de las tribulaciones, suelen salir de ella las olas de los vicios; entrando la humillación, sale el viento de la soberbia, y entrando la congoja, sale la tibieza.

Punto II

De cómo hay que acudir á Jesús en la tribulación, y cómo Jesús acude á nuestro llamamiento.

Considera cómo los discípulos fueron á Cristo N. S. y despertáronle, diciendo: «Señor, sálvanos, que perecemos». Díjoles: «¿De qué teméis, hombres de poca fe?» Dos cosas se han de considerar aquí: una de parte de los discípulos, los cuales en este aprieto acudieron al único remedio de todos los trabajos, que es Dios, por medio de la oración. Unos, usando de palabras breves, pero eficaces, alegando su peligro y necesidad, le dijeron: «Señor, líbranos, porque perecemos». Otros, con un modo de queja amorosa, dijeron: «Maestro, ¿no te toca mirar que perecemos?» Como quien dice: A Ti pertenece mirar por nosotros, porque eres nuestro Maestro, y en Ti tenemos puesta nuestra confianza, pues, ¿cómo nos dejas en tanto peligro? A imitación de estos discípulos, he de acudir á Cristo N. S. en mis trabajos con estas dos oraciones, diciéndole: Señor, sálvame, porque perezco. Maestro mío, á

Ti pertenece librar mi alma, porque más es tuya que mía. Yo soy tu discípulo y debajo de tu protección vivo. Tuvo soy, sálvame. Levántate, Señor; ¿por qué duermes? Levántate, y no me deseches hasta el fin; ¿por qué vuelves tu rostro y te olvidas de mi pobreza y de mi tribulación?

De parte de Cristo N. S. se ha de ponderar cuán presto despertó, como quien tenía gana de socorrer á sus discípulos, reprendiéndolos de la poca fe y confianza que tenían en su omnipotencia. Y por esto les dijo: «¿De qué teméis, hombres de poca fe?» Como quien dice: Aunque mirando vuestro peligro y vuestras propias fuerzas, hay razón de temer; pero mirando que estáis en mi compañía, no hay por qué temáis si tenéis fe de quien soy Yo. ¡Oh Salvador mío dulcísimo! confieso que mirándote á Ti no tengo por qué dudar ni de tu poder, ni de tu saber, ni de tu querer para mi remedio, porque Tú eres infinitamente poderoso, sabio y bueno; en tus manos me arrojo de todo corazón, y cuanto fuere mayor mi tribulación, tanta será mayor mi confianza para que muestres en mí tu omnipotencia.

Punto III

Del imperio de Cristo sobre los elementos.

Considera cómo luego Cristo N. S. mandó á los vientos y al mar que se sosegasen, diciendo: «Calla, enmudece»; y al punto cesó el viento y quedó sosegado el mar.

Lo primero, admiraré la omnipotencia de Cristo N. S., el imperio que tiene sobre sus criaturas, y la obediencia tan puntual que

ellas tienen á lo que les manda, gozándome de todo esto por ser gloria de mi Redentor, y confundiéndome de mi poca obediencia y mucha rebeldía. Pero tienen misterio estas dos palabras: «Calla, enmudece»; porque las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere mostrar su omnipotencia, no sólo manda callar, sino enmudecer, que es más, sanando la turbación de raíz y causando perfecta paz. Y así, cuando me viere turbado con varios pensamientos ó pasiones, he de suplicar á nuestro Señor les mande, no solamente callar por un rato, sino enmudecer, para que nunca más me turben en la materia en que me turbaron, y si me conviniere, así lo hará, de modo que con grande admiración de lo que en mí experimento, diga lo que decía la gente del navío: «¿Quién es éste á quien así obedecen los vientos y el mar?»

Coloquio.—¡Oh Salvador omnipotentísimo! Mi corazón es un mar turbado con mil borrascas de tentaciones é inquietudes, y anda muy alterado con vientos de contrarias pasiones; mándale que sosiegue. Dile: «Calla, enmudece»; porque tu decir es omnipotente, y luego te obedecerá. ¡Oh piloto sapientísimo, gobierna como quisieres la nave de mi alma con tal que no te ausentes de ella; porque si Tú estás presente, aunque sea combatida, no será hundida, sino mejorada, levantándola las olas de las tribulaciones al ejercicio soberano de todas las virtudes!

Propósitos.—En todos los peligros acude á nuestro Señor con las palabras de los Apóstoles: «Señor, sálvame, que perezco».

19 DE OCTUBRE

De las turbaciones y borrascas que se levantan en nuestras almas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La tempestad se levanta en presencia de Jesucristo y por su mandato.

Considera que la tempestad de que nos habla el Evangelio no sobrevino por casualidad, ni como accidente fortuito, sino por un designio de la providencia de Dios, de lo que se deducen dos verdades muy importantes. La primera, que sea cualquiera el estado en que te halles y por muy seguro que estés de que tienes á Jesucristo en el corazón, no debes por eso considerarte libre de peligros, turbaciones y tentaciones, mientras te halles en el mar borrascoso de la vida, donde la tempestad, esto es, los escrúpulos, las congojas, los temores y las agitaciones del ánimo sobrevienen cuando menos piensas, como las olas de un mar enfurecido que amenazan sepultarte en su seno. La segunda es, que debes permanecer tranquilo y sin perder la confianza en Dios mientras dure la borrasca, sin que te desalientes ni turbes porque parezca que Jesucristo te ha abandonado. Mira con los ojos de la fe que El es quien te guarda y que se encuentra á tu lado amparándote con su protección, pues si El no te sostuviera no tendrías fuerza para resistir.

No mires, pues, en tus trabajos interiores al enemigo infernal que te ataca, sino al brazo de

Dios que te proteje y que te dice por su Profeta, que cuando andes por entre las olas estará contigo y no permitirá que seas tragado por las aguas. No temas al mal que el demonio quiere hacerte, y considera, sí, el socorro que Dios quiere darte, ni abata tu espíritu la tentación ó prueba del demonio, la persecución de los hombres, sino eleva tu espíritu hacia Dios, pensando en que la protección divina te fortifica por medio de la fe viva y firmísima en su protección.

Considera, después, que la tempestad no se levantó solamente en presencia de Jesucristo, sino por su mandato, obedeciendo al poder de Aquel que manda en los vientos y la bonanza. No obedeció aquella tormenta á causas naturales, sino al mandato de Jesucristo que quiso mostrar que las buenas almas se hallan con frecuencia afligidas no sólo por los espíritus malignos que las tientan, ni por los hombres que las persiguen, ni por su propia miseria, sino también por Dios que las prueba con amor, con sabiduría, con santidad y con justicia.

Las prueba con amor, para hacerlas merecer tesoros de gracias por medio de la prueba y tribulación. Con sabiduría, destruyendo todos los cálculos humanos y haciéndolas caminar por vías desconocidas y conduciéndolas por sendas invisibles á la altura de la perfección. Con santidad, apartando á las almas poco á poco del comercio del mundo, de las satisfacciones de los sentidos, privándolas de los gustos y consuelos sensibles, á fin de desligarlas de todo lo que es humano, y si la debilidad de nuestra frágil naturaleza las hace caer en algunas imperfecciones y faltas du-

rante la tempestad, la justicia divina juntándose á la santidad, no deja pasar nada sin la debida corrección, á fin de que el castigo que les impone en esta vida, dé lugar á la misericordia que les prepara ricas coronas en el cielo.

Deduce de esto que cuándo sientas turbaciones y congojas en tu espíritu no debe flaquear tu fe, sino aumentarse en ti el espíritu de oración para acudir á Jesús con la confianza de los Apóstoles, diciendo: «Señor, sálvame», y El te salvará, pues no desea otra cosa y para eso está en medio de tu corazón.

Punto II

Jesús duerme en medio de la tempestad.

Considera que este sueño de nuestro Señor en medio de las tempestades que te envía, no significa otra cosa sino el aplazamiento del socorro que te es necesario, con lo cual te enseña que no has de verte libre de la borrasca cuándo y como tú quieras, sino cuando su divina voluntad lo juzgue conveniente. Este aplazamiento te es útil, porque te enseña á ser humilde y á recurrir á Dios en la aflicción y á ver que nada puedes por ti mismo.

También á veces difiere Dios el socorrernos en los trabajos, tanto interiores como exteriores, para hacer resplandecer la grandeza de su poder por la grandeza del peligro ó del mal de que nos quiere librar, ó para probar nuestra fe y fortaleza, así como Cristo N. S. trató á sus discípulos como á generosos atletas á quienes ejercitaba en el combate para la conquista del mundo. Deduce de aquí que la vida

de los servidores de Jesucristo es un ejercicio continuo de paciencia, y que el ideal de la santidad es encontrar el descanso en medio de las tempestades, ó, mejor dicho, no turbarse en ellas, como en otro tiempo San Esteban que se durmió con el sueño dulce de la muerte bajo la granizada de piedras que sobre él cayeron. ¡Oh, qué tranquilo y apacible sueño! Aquel que pueda hallar su reposo entre el furor de los que le apedrean y maltratan, ¡de qué tranquilidad de vida no gozará en medio de sus tribulaciones!

Ten tú, pues, una conciencia tranquila sostenida por una firme confianza en Dios, y dormirás un sueño apacible, exento de temores y de inquietudes, en medio de las mayores tempestades, y nada te turbará y nada te espantará sabiendo que Jesús está contigo.

¡Oh Dios mío! A Vos sólo quiero buscar, y mejor estoy solo con Vos que acompañado de alguna criatura. Pues cuando sólo os tenga á Vos, mi corazón no estará dividido, y os amaré sin restricciones ni reservas. Y entonces, y sólo entonces, mi corazón gozará de paz en medio de las mayores borrascas, porque si Vos estáis conmigo, ¿quién contra mí?

Punto III

Medios de que es necesario servirse contra las tempestades que se levantan en el alma.

Considera que es gran medio contra esas tempestades el conocimiento del peligro en que te hallas. Fácil cosa es de ver este peligro en lo que toca á los bienes temporales que perdemos, ó á los males físicos que sufrimos.

Pero no sucede así respecto de los bienes espirituales, pues más de una vez te hallarás en medio de la tempestad y creerás gozar de absoluta calma. Muchas veces te dormirás, como Jonás en el fondo del barco, mientras el viento te impulsará contra los escollos y las olas estarán próximas á sumergirte. Otras veces te imaginarás que la tempestad te es favorable, y, lejos de combatir la tentación, la secundarás y aumentarás su fuerza con peligro de perecer, si no acudes prontamente al remedio.

Este remedio no es otro que el de acercarte á Jesucristo por medio de la oración y penitencia, y decirle como los discípulos: «¡Señor, que perecemos!» despiértale con el recuerdo de su Pasión, é implora su auxilio con el fervor de tus oraciones. Pero has de acercarte á Jesús en primer lugar con un sincero dolor de haberle ofendido, y con un firme propósito de enmendar tu vida, pues, como dice San Gregorio, es señal de gran locura que un hombre no quiera poner término á sus vicios, como es justo, y que quiera injustamente que Dios deje de castigarle por ellos.

Para despertar á Jesucristo con el recuerdo de sus trabajos y sufrimientos has de procurar imitarlos, pues como dice San Agustín, Jesús duerme para nosotros, cuando nosotros le olvidamos. «Si os infieren una injuria, dice este santo Padre, esa injuria es un viento que sopla en contra vuestra: á causa de esto, vuestra cólera se exalta; es una ola que os impulsa; y ese viento que sopla, esa ola que impulsa, ponen á vuestro barco en peligro de perecer y vuestro corazón corre el riesgo de perderse en el abismo. Después de haber recibido

la injuria, meditáis la venganza y la tomáis inmediatamente; ya estáis en el naufragio. Pero ¿de dónde procede esa desgracia? De que Jesucristo duerme en vosotros, porque vosotros le habéis olvidado. Despertad, pues, á Jesucristo, acordaos de El y de su Pasión y pensad en El frecuentemente y con atención y se calmará vuestra alma».

Te es necesario, además, implorar el auxilio de Dios con el fervor de la oración. «Levantaos é invocad á Dios», dice el piloto á Jonás, viendo á su barco en peligro de perecer. Esa conducta debe ser la tuya, pues la oración es el canal por el que nuestro Señor hace correr desde sus llagas las gracias necesarias para resistir al pecado y soportar todas las penas que nos afligan. Pero has de orar con plena confianza de ser escuchado, porque la fe y la confianza en Dios son las dos virtudes que dan valor á la oración y le comunican la fuerza necesaria para obtener lo que pide. «¿Por qué tembláis, hombres de poca fe?», dice el Salvador á sus discípulos. «¿Dónde está vuestra fe?» Tales son las reconvenciones que Jesucristo hace á sus discípulos, y con muchísima razón. Tienen á Jesús con ellos y temen perecer en su compañía; lo han dejado todo por seguirle y recelan que les falte su asistencia y amparo; son testigos de los milagros que ha hecho, y tiemblan, como si dudasen de su poder. Todo esto revela falta de fe y de confianza.

¡Hombres de poca fe! ¡Ah! Con más razón aún que á sus discípulos puede decirte eso á ti nuestro Salvador. Tú sabes que lo ve todo, que todo lo puede, que á todo está presente, y

en lugar de recurrir á El y de apoyarte en su bondad, murmuras, te aflijes excesivamente, parlamentas con la serpiente tentadora, y dudas entre el temor y la confianza. ¿Dónde está aquí tu fe? ¿Dónde tu esperanza? ¿Dónde tu paciencia? ¿Dónde tu resignación y fidelidad? ¡Oh alma mía! ¿Qué puedes responder á estas preguntas? Nada más sino acusarte de tu cobardía, confundiéndote en la presencia de Dios y proponiéndote seguir siempre la luz de la fe aun en medio de las más espesas tinieblas, temiendo que el Hijo de Dios se ofenda al encontrarse con un corazón tan cobarde y tímido que tiembla ante una ola del mar teniendo á su lado al Señor de todo lo criado.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío! Si dormís mientras yo estoy combatido por la tempestad, no permitáis que mi fe y mi esperanza duerman en el peligro en que se halla mi alma. Que no me falte la confianza en Ti; que acuda á Ti, ya que tú eres el sol que serenas todas las tormentas de mi corazón. Contigo, Señor, no las temo, pues sé que ellas sólo me servirán para empujarme con más vigor al puerto de mi salvación.

Propósitos.—Servirte de las tribulaciones, para que crezca en ti el espíritu de fe y de oración.

20 DE OCTUBRE

Sobre la conversión de la samaritana.

Preludios.—Imagínate el pozo de Jacob, y á nuestro Señor sentado junto á él, diciendo á la samaritana: "tengo sed„, y prométele que harás por tu parte cuanto puedas para satisfacer su sed de justicia y de santidad.

Punto I

De cómo Jesús llegó fatigado al pozo, se sentó junto á él á la hora de sexta y llegó allí la samaritana.

Pondera los trabajos de Cristo N. S. en sus peregrinaciones por el bien de las almas, ca-

minando á pie con soles de mediodía y jornadas largas y penosísimas. En prueba de esta caridad no se sentó junto al pozo tanto para descanso de su cuerpo cuanto para ganar un alma que tenía para sí escogida, porque nunca perdía ocasión de hacer bien á los hombres. Admira los secretos de Dios en la conversión de los pecadores, porque era la samaritana mujer pecadora y carnal, y viniendo por agua, bien descuidada de su salvación, allí encontró á Cristo que le hizo extraordinarios favores con admirable eficacia y suavidad, acomodándose á la calidad y condición de la persona con quien trataba.

Considera cómo primeramente Jesús pidió de beber á la samaritana; y extrañándose ella de que, siendo judío, pidiera de beber á una mujer de Samaria, el Señor le replicó: «Si conocieras el don de Dios y quien te pide de beber, tú quizá se lo pedirías, y El te daría agua viva». En este primer coloquio se representa muy al vivo quién es el hombre para con Dios, y quién es Dios para con el hombre. Porque Cristo N. S., aunque tenía sed corporal, porque llegó allí fatigado del camino y bajo el sol del Mediodía; pero tenía mucha mayor sed espiritual de la salvación de aquella alma, como cuando dijo en la cruz: «Sed tengo». Y como el que tiene sed, con mucho gusto bebe el agua fresca y cristalina, así Cristo N. S. con grande gusto busca las almas, incorporándolas consigo con el amor y gracia divina, y con este deseo le dice: «dame de beber». La samaritana negó á Cristo el agua, y aun le reprendió porque hablaba con ella. En esto se representa la cortedad y villanía de

los hombres con Dios, negándole lo que les pide, ora se lo pida por secreta inspiración, ora por su santa ley ó por medio de los superiores, ó tal vez por los pobres que les piden limosna y nunca les faltan achaques para no dar á Dios aquello que nos pide. Y todo esto procede de que los hombres no conocen, como la samaritana, quién es Dios que se lo pide, ni tienen de El la estima que fuera razón, por tener la fe muy amortiguada y el corazón y la mente anublados por las pasiones.

Considera cómo en la respuesta de Cristo N. S., se descubre su infinita caridad y liberalidad para con el hombre. En lugar de vengarse de nosotros, de nuevo nos convida á que le pidamos los bienes que nos faltan. Desea que conozcamos quién es Dios y cuán grandes son sus dones para que los deseemos y apreciemos. Y por esto dijo á la samaritana: «¡Oh, si conocieses el don de Dios, que tienes presente, que es su Hijo unigénito, dado al mundo graciosamente para comunicarle el don del Espíritu Santo y los otros dones de su gracia; y si conocieses la ocasión que te ofrece ahora de tu salvación, y quién es Este que te pide de beber, tú quizá se lo pedirías á El, y El es tan liberal que no te lo negaría como tú se lo niegas; antes te daría una agua, no muerta, sino viva, de la cual depende tu misma vida!» Y en esto muestra su infinita liberalidad, porque muestra mayor deseo de darnos sus dones, que los hombres de pedírselos.

Cinco propiedades maravillosas pone Cristo N. S. del agua viva de su gracia, contraponiéndola al agua corporal. Porque la gracia quita la sed para siempre, mientras que el

agua corporal es corruptible y pronto se consume. En segundo lugar, de tal manera harta el alma, que quita la sed de los demás bienes de la tierra. Además, es la gracia agua viva que siempre mana, porque dentro del alma está el Espíritu Santo, fuente de las gracias. Añádase que del alma del justo sale esta agua viva bullendo y saltando con ímpetu hacia el cielo: quiere decir que la gracia nos inclina á las cosas celestiales, porque no consiente ser detenida en las cosas terrenas. Y por último, salta la gracia hasta la vida eterna, en lo cual, no solamente se diferencia de los bienes corporales, sino también de algunos espirituales que se acaban con la vida y con el tiempo, como es la virtud de la fe y de la esperanza.

De estas consideraciones he de sacar una grande estima de este don de Dios, y grandes ansias de procurarle, acudiendo con gran gozo á las fuentes del Salvador, que son los sacramentos, de donde se saca esta agua y el aumento de ella, si los recibimos con las disposiciones debidas.

Punto II

Cómo dispuso nuestro Señor á la samaritana para que fuese recibiendo su divina gracia.

Considera la maravillosa destreza con que Cristo N. S. fué disponiendo á la samaritana para que quitase lo que le estorbaba recibir el agua viva de la gracia, porque viendo su deseo, le dijo: «Llama á tu marido». Respondió ella que no tenía. Díjole Jesús: «Bien dijiste, porque cinco varones has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo: verdad has dicho». En lo

cual se ha de presuponer que esta mujer es figura de las almas que están apegadas á las criaturas por medio de sus apetitos perversos. De donde resulta que no están por entonces capaces para recibir el agua viva de la gracia y el don del Espíritu Santo. Pero Cristo N. S., para sanar de raíz á esta mujer, abrió la postema del pecado que tenía encubierto, reprendiéndola, no con palabras ásperas, sino con espíritu de blandura, diciendo: «Con haber tenido cinco varones, tienes ahora otro que no es tuyo». Como quien dice: Razón fuera poner freno al apetito insaciable de tus deleites y apartarte ya de ellos. ¡Mira cuán bien llevó la samaritana esta reprensión! Porque no negó la verdad, ni se indignó contra Cristo; antes le veneró llamándole Señor y creyendo que era profeta. Y con esta humilde confesión de sus culpas dió principio á su conversión; porque cerca está de ser curado quien lleva bien el ser reprendido.

Luego dió otra segunda señal de su arrepentimiento, queriendo ser enseñada por Cristo N. S. en materia de fe y religión de que estaba dudosa; y así, le dijo: «Nuestros padres adoraron á Dios en este monte, vosotros decís que se ha de adorar en Jerusalén». Respondióle Jesús: «Mujer, créeme que vendrá hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre, y ya es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores le adorarán en espíritu y en verdad, porque el Padre busca quien le adore de esta manera; Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y verdad le han de adorar». Que fué decirle: ya no es necesaria esta tu pregunta cuanto al lugar de

adorar á Dios con los sacrificios y ceremonias con que hasta ahora ha sido adorado, porque todos han de cesar, y Dios ha de ser adorado con el espíritu y verdad que estaba encubierto en esas sombras y figuras exteriores.

Pero ponderando más el espíritu de estas palabras, en ellas nos enseña Cristo N. S. el modo cómo quiere ser adorado de los fieles en la ley evangélica, especialmente con la adoración que cada uno hace á Dios á sus solas. Lo primero, esta adoración se puede hacer en todo lugar, porque aunque hay templos, en cualquier lugar y rincón puedes y debes adorar á Dios, porque El está en todo lugar.

Demás de esto, esta adoración se ha de hacer dentro de nuestro espíritu, que es templo espiritual de Dios en el cual nos manda Cristo entrar para orar en lo escondido á nuestro Padre celestial, que está allí y nos ve cómo le adoramos. Lo tercero, esta adoración ha de ser en espíritu y en verdad, porque ha de proceder de la inspiración del Espíritu Santo y de la verdad, que es Cristo, y seguir su dirección conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento alguno; porque como Dios es espíritu y es la misma verdad, busca adoradores semejantes que sean espirituales y verdaderos como El lo es. Y, por consiguiente, no he de contentarme con el culto exterior, sino principalmente he de procurar los actos interiores de las virtudes que le dan vida, como son fe de las grandezas de Dios, esperanza de las divinas promesas, amor de Dios con actos de devoción, alabanza y ac-

ción de gracias. De este modo es Dios adorado como desea: «Porque el Padre celestial busca tales personas que así le adoren». ¡Oh Padre de misericordias, pues en tu mano está hallar lo que buscas y hacer lo que deseas, haz que muchos te adoren con el espíritu y verdad con que quieres ser adorado! Y pues me has hecho tan dichoso que viva en la ley de gracia, concédeme que te adore, no en un lugar solo, sino en todo lugar; no con sólo el cuerpo, sino con el espíritu; no con apariencias, sino con verdad, siguiendote á Ti, que eres camino, verdad y vida, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Punto III

Conversión de la samaritana.

Considera la maravillosa conversión y mudanza de la samaritana, la cual, como ruda en las cosas de Dios, no alcanzó la alteza de la doctrina de Cristo; y así, le dijo: «Sé que ha de venir el Mesías; cuando El venga, nos enseñará todas estas cosas». Respondióle Jesús: «Yo soy, que hablo contigo». En las cuales palabras se ha de ponderar primeramente la infinita caridad de Cristo N. S., el cual quiso descubrir tan claramente una verdad tan alta á una mujer tan pecadora, habiéndola encubierto á los escribas y fariseos, ó declarádosela no más que por rodeos y parábolas en castigo de su soberbia. Pero no menos resplandece su amorosa omnipotencia en las maravillas que obró en esta mujer, en virtud de esta palabra: «Yo soy, que hablo contigo».

Con lo cual, lo primero ilustró su entendimiento con verdadera fe para que conociese quién era el que hablaba con ella y le creyese por Mesías; y juntamente le habló al corazón, enterneciéndoselo para aborrecer la vida pasada. Tras esto le dió el agua viva de la gracia que le había pedido. Lo tercero, llenóla de tanto gozo interior, que se olvidó del agua corporal por que había venido, y dejando el cántaro en el pozo, se volvió con presteza á la ciudad á dar noticia de Cristo N. S. á sus ciudadanos, para que viniesen á gozar de lo que ella gozaba. En lo cual se ve el fervor del alma tocada de Dios, que deja todo lo que tiene para estar libre y suelta para las cosas del divino servicio, como lo hicieron los Apóstoles. Lo cuarto, dióle una perfecta humildad, por la cual no se desdeñó de infamarse á sí misma en razón de honrar á Cristo, publicando que le había descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta. Lo quinto, dióle grande prudencia y el agua viva de la sabiduría en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo: Creedme, he visto un profeta, sin duda es el Mesías; sino conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecía ser creída, les decía: «Venid y vedle». Y aunque dijo, «ved si por ventura es Cristo», no fué dudando, sino deseando con modestia que viniesen ellos á verlo y probarlo, confiada en que Cristo los enseñaría como la enseñó á ella. Finalmente, le comunicó tanto fervor y espíritu en su palabra, «que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo N. S., y por su causa creyeron en El.

Coloquio. — ¡Oh riquezas de la divina gracia!

¿Quién otro que Tú, Dios mío, pudiera tan presto trocar el corazón de esta mujer, y obrar en ella y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza cuando veo el fervor de esta gran pecadora. Ilústrame, Señor, enciéndeme y múdame como á esta samaritana, para que te sirva y predique tus grandezas, de modo que sea digno instrumento de tu gloria.

Propósitos. — Saca gran entereza y deseo del agua viva de la gracia y desprecio de los charcos cenagosos de los placeres del mundo.

21 DE OCTUBRE

De tres propiedades de las aguas de la gracia ofrecidas á la samaritana por Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Las aguas de la gracia se sacan con facilidad y se reparten con abundancia.

Considera que sólo Dios encuentra en su origen y en sí mismo la fuente inagotable de su soberana felicidad. Pero todas las criaturas nacen sedientas y espoleadas por un violento deseo de acudir á la fuente de la vida, para apagar allí su sed y para hallar en ella su satisfacción y dicha. Las hay que quieren vivir de sí mismas, hallar en sí la dicha y beber en su propia fuente; pero las que así proceden se embriagan con las aguas de su amor propio que las envenenan y las matan. Otras hay que, obligadas por la sed, salen fuera de sí mismas, como la samaritana, en busca de una fuente que apague su sed, pero su desgracia consiste en que, pudiendo beber fácil-

mente las aguas de una fuente divina, buscan, á costa de grandes trabajos, las turbias aguas de los pozos y cisternas cenagosas del mundo, según Dios se lo echa en cara por medio del profeta Jeremías.

La diferencia que existe, dice San Agustín á este propósito, entre una fuente y un pozo, consiste en que las fuentes se hallan ordinariamente levantadas sobre la superficie de la tierra y con sólo inclinarse, y á veces sin necesidad de hacerlo, pueden los hombres acercar su boca al caño, al paso que los pozos son profundos y se saca de ellos el agua con dificultad. Considera aquí la primera diferencia que existe entre el agua de la gracia que Jesucristo te ofrece y el agua de las satisfacciones y alegrías que buscas entre las criaturas. El pozo es hondo, decía la samaritana, y bien puedes decir otro tanto de todos los manantiales del mundo, cuya profundidad es tal, que sólo á costa de grandes penalidades puedes sacar agua de ellos.

Pregunta á ese avaro cuánto tiempo hace que cava la tierra para encontrar el agua que le libre de la sed de su avaricia; pide á ese ambicioso que te diga cuántas turbaciones é inquietudes le cuesta esa gotilla de vanidad, esa mirada ó esa palabra amistosa de un poderoso. Examina la vida de un cortesano, pregúntale algo acerca de este asunto y seguro estoy de que te dirá lo que, según San Agustín, decían aquellos dos favoritos de un emperador romano: «¿Qué pretendemos? ¿Qué buscamos con estos trabajos y estas abyectas humillaciones? ¿Cuántos peligros no corremos para llegar á un peligro mayor? ¿Cuánto tiempo

durará esa engañosa felicidad buscada con tantos peligros y penas?» Piensa en todo esto y considera que con sólo quererlo puedes ser amigo de Dios, gozar de sus favores y beber de las fuentes purísimas de su gracia. Piensa, también, en que además de ser el pozo del mundo muy hondo y no poderse sacar agua de él sino á fuerza de brazo, su boca es muy estrecha, y como junto á ella hay muchos que desean beber, se empujan unos á otros alrededor del pozo, estorbándose los unos á los otros, de lo que nacen las envidias, las contradicciones, los altercados y los procesos.

No sucede así con el agua que Jesucristo ofrece á la samaritana, que no es de un pozo, sino de una hermosísima fuente, cuyos dorados canales son anchos y sacian á los que beben en ellos, todo cuanto permite su capacidad. Sólo esta fuente no se agota ni se estanca, ni disminuye su corriente jamás.

Es, además, una fuente pública y de aprovechamiento común, abierta á toda la casa de David, pues así como no hay punto de la tierra tan apartado del sol que no vea llegar el día, ni pueblo tan seco donde no se encuentre algún hilo de agua, del mismo modo, según dice San Cipriano, no hay alma tan perdida ni pecador tan obstinado que no pueda beber en esta fuente del espíritu de Jesús, que brota por todas partes y corre por muchos canales. Porque no sólo se comunica por los sacramentos de la Iglesia, sino que fertiliza todas las virtudes y acciones que se practican por la caridad en la Iglesia. No hay tampoco que ahondar ni hacer largos viajes para encontrarla, pues ella es la que busca á todos los hombres,

y Jesucristo hace invisiblemente todos los días lo que hizo visiblemente con la samaritana, siendo de notar que sus aguas no solamente nos siguen y nos convidan á beber, sino que si nosotros lo queremos, esta fuente la tendremos dentro de nosotros mismos, pues vendrá á colocarse en medio de nuestro mismo corazón.

¿Podrás extrañar después de esto que esta fuente adorable de amor, al verse despreciada por ti, se mude en manantial de amarguras para tu alma? Ten presente, ¡oh alma obstinada! esta amenaza que Dios fulmina por medio de Jeremías. «A causa de esto, dice Dios, les alimentaré con el ajenjo de mi odio y les haré beber la hiel de mi cólera».

Medita bien estas amenazas, y huye de que, por tu obstinada negativa en beber las aguas de la gracia, se cumplan en ti.

Punto II

Los que beben las aguas de la gracia no tendrán jamás sed.

Considera cómo apenas dijo Jesús estas palabras á la samaritana, la convirtió y la ganó para sí, y la que momentos antes respondía con una especie de desprecio al Salvador, así que le oyó hablar de un agua que quitaba la sed para siempre, exclamó: «Señor, dame esa agua». Y, realmente, motivos había para que la pidiese, porque la calidad de esa agua es tan extraordinaria como preciosa. El mundo, engañador como es, confiesa ingenuamente que sus pozos no tienen esa propiedad. El avaro, el lujurioso, el soberbio, beben de las

aguas del mundo hasta hincharse, y á pesar de esto cada vez están más sedientos.

Tres son las razones que hay para que así suceda. Primera: que esas aguas no son propias de la alteza y dignidad del alma racional, pues son comunes á las bestias, que es lo que significa el pozo de la samaritana, del que dice que bebían Jacob, sus hijos y todos sus ganados. Es necesario, pues, para aplacar la sed del alma, una bebida que le sea propia y conforme á su nobleza. Segunda: las aguas del mundo no aplacan la sed, porque son la sed misma. «Todo lo que hay en el mundo, dice San Juan, no es más que concupiscencia.» ¿Y qué es la concupiscencia sino un deseo ardiente, y, por consecuencia, una sed rabiosa de un corazón irritado? Piensa, á este propósito, que el mundo no te puede dar más que lo que tiene; y como no tiene otra cosa más que sed, y la sed, si fuera cosa que se pudiera beber, más se aumentaría mientras más bebieras, de aquí resulta que cuanto más bebas de las aguas del mundo más atormentado estarás por la sed de los vanos deseos que te consumen. Tercera: para aplacar la sed, es necesario que el que bebe se una realmente, y de una manera íntima á la bebida que toma; porque si sólo se une en apariencia, como el que se imagina beber en sueños, jamás apagará su sed. Nada de cuanto las criaturas pueden darte, es capaz de unirse inmediatamente á tu corazón, esto es, á tu alma, que es una substancia simplicísima y espiritual. Así el corazón del avaro, por ejemplo, esta en su cofre y en su tesoro; pero ni el cofre ni el tesoro están en su corazón, porque sólo Dios es capaz de entrar en el

alma y de unirse inmediatamente á ella y de vivir en ella. El que tiene sed no se mete dentro de la fuente, sino que el agua de la fuente es la que penetra dentro de su pecho.

Considera también que las aguas de la gracia no han de ser solamente el objeto de tus deseos. Es necesario que corran dentro de tu corazón y que rieguen todas las potencias de tu alma, y la fortifiquen, la tranquilicen y la consuelen. Pero aquí asaltará á tu ánimo una dificultad, y es que si se tratara de las aguas de la gloria, y no de las de la gracia, desde luego comprenderías que apagasen la sed por toda una eternidad; mas las almas de los santos, mientras han vivido en este mundo, han sido las más sedientas. Y si esto es así, ¿cómo puede decirse que las aguas de la gracia apagan para siempre la sed?

Para responder á esta dificultad bastará que pienses que hay una sed buena y una sed mala; una sed que atormenta con el deseo de los bienes del mundo, y otra sed que, según el juicio de Jesucristo, hace al alma bienaventurada; y esta sed bienhechora que se tiene bebiendo las aguas de la gracia, es la que extingue la mala sed de las concupiscencias carnales. Los que han gustado las dulzuras de las aguas de la gracia, jamás vuelven á tener sed de las aguas saladas y corrompidas del mundo. Mira á un San Francisco todo sumergido en esa divina fuente, que ya no quiere más que sus dulces y riquísimas aguas. Contempla á David, que tampoco quiere otra cosa más que vivir en la casa de Dios. Represéntate á San Pablo, que ha gustado esas aguas celestiales y antes probó las aguas turbias de los bienes

del mundo, y él te dirá: «Todo lo tengo por basura con tal de ganar á Cristo». Y á la vista de la felicidad de los santos en medio de sus trabajos y penas y de la desdicha de los mundanos, á pesar de sus placeres y riquezas, saca la consecuencia que aun en este mundo no hay más dicha que la que acarrea el poseer á Dios por la gracia, fuente inagotable de la paz del corazón.

Punto III

Las aguas de la gracia son aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

Considera que todas las aguas del mundo son aguas muertas y estancadas y componen ese mar muerto de que habla Ezequiel; y no sólo son aguas sucias y muertas sino que ordinariamente contienen un veneno mortal, porque todo lo que el siglo nos ofrece respira la muerte y al morir nos mata con la muerte de la culpa.

Admirable es San Antonio de Padua, cuando dice que todas las criaturas en las que el pecador busca su felicidad y satisfacción y de quien se hace idólatra, dicen contra él las palabras que los judíos profirieron contra Jesucristo: «Tenemos una ley, y según esa ley debe morir». Hermosura mortal, dice el mismo santo, he aquí un hombre que tiene por ti un amor inmenso, que no piensa más que en ti, ni mira á nadie más que á ti, y que todo, aun su misma alma, la da por ti. ¿Y qué das á ese hombre tan apasionado por tu hermosura? «Tengo una ley, responde esa belleza mortal, y según esa ley, todo aquel que deja la hermosura inmor-

tal, para adherirse á la mortal, debe morir». Lo mismo te dicen las riquezas, los honores y todos los goces mundanos.

Las aguas de Jesucristo son, por el contrario, vivas y vivificantes. Vivas, porque contienen el espíritu de vida, y vivificantes, porque tienen la virtud de dar la vida al pecador muerto. Esto es lo que significaban las aguas que Ezequiel vió salir del templo y que corriendo por el mar muerto, no sólo endulzaba sus aguas, sino que daba la vida á todo lo que estaba muerto.

Así son las aguas de la gracia, que como vienen de un manantial tan vivo y tan alto como el cielo, saltan y corren hasta la vida eterna, y todo lo que es regado por ellas merece por recompensa los bienes infinitos de la gloria. ¡Ah! Si conocieras el valor de las aguas de la gracia, seguramente que no estarías sediento. Pide á Dios este conocimiento y básalo en la meditación y en las buenas obras. Dios te lo concederá, y desde ese momento suspirarás por esa agua, despreciarás la de los pozos corrompidos del mundo y no te apartarás de esa fuente que te conducirá felizmente á los manantiales de la vida eterna.

Coloquio.—¡Oh Señor de cielos y tierra! Dame esta agua viva para que nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de agua viva! Pon dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna. ¡Oh Maestro del cielo, que por medio de tu Iglesia, figurada por la fervorosa samaritana, nos das noticias de esas divinas aguas! Dánosla también Tú por Ti mismo dentro de nuestros corazones. Está con nosotros, enseñándonos

bien los preceptos de tu amor, para que, guardándolos con entereza, lleguemos á ver con claridad que Tú eres nuestro Dios y Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—No buscar nunca tu felicidad en las criaturas, sino sólo en Aquel que es el único manantial de todas las dichas puras del corazón.

22 DE OCTUBRE

De la mujer adúltera á la que Cristo N. S. perdonó los pecados y libró de los acusadores.

Preludios.—Imagínate á nuestro Señor confundiendo con su prudencia y sabiduría á los acusadores de la adúltera, y á ésta con su inefable misericordia, y pídele que te perdone como perdonó á esta pecadora.

Punto I

Presentan á nuestro Señor una mujer adúltera y le preguntan si debían apedrearla.

Pondera la mansedumbre de nuestro Señor en conversar con los pecadores, y su misericordia en perdonarlos; pues sus mismos enemigos quisieron hacer de ella lazo para tentarle, haciéndole juez de esta adúltera, pareciéndoles que con su misericordia la perdonaría, atropellando, según ellos, la ley de Moisés, y así, tendrían ocasión de acusarle de contrario á Moisés y á su ley; ó si la condenaba, publicarían que no era tan misericordioso como se decía. De donde sacaré gozo de tener tan manso y misericordioso Salvador y maestro.

Considera cómo nuestro Señor, sin contestar á la pregunta que le hacían, inclinándose, escribía en la tierra. Lo hizo, primeramente, para significar que no hacía caso de aquella

pregunta, porque no le tocaba entonces ser juez de tales causas en juicio exterior, ni se quería meter en ellas; y, además, también para traerles á la memoria cómo El era el mismo Dios, que con su dedo escribió la ley de Moisés en las tablas de piedra, y así, que sabía y conocía bien á todos aquellos fariseos que la quebrantaban con pertinacia, «y los había de escribir en la tierra y no en el cielo, porque se apartaron de Dios y dejaron la vena de las aguas vivas». Y, por consiguiente, que á ellos también los escribiría en la tierra, pues acusando á la mujer por quebrantadora de la ley, ellos la quebrantaban en el modo de acusarla y en la intención perversa que traían de acusarla. ¡Oh Juez justísimo que escudriñas los corazones de los hombres! escribe en el mío con tu dedo tu santa ley de modo que la cumpla enteramente, porque no venga á ser escrito como los condenados en la tierra, sino como los escogidos en el cielo.

Punto II

«*El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.*»

Considera lo primero, la prudencia divina y entereza de Cristo N. S. en esta respuesta, porque sin ir contra la ley ni condenar á la mujer, confundió á sus acusadores, y esto con gran rectitud; lo cual significa haberse levantado y puesto derecho cuando pronunció esta sentencia. Pondera luego cómo Cristo N. S. con esta sentencia revolvió las memorias de aquellos falsos y corrompidos acusadores, para que se acordasen de sus pecados que tenían olvi-

dados, para que, viéndolos, cesasen de acusar á la pobre mujer, y también para que todos aprendan á compadecerse de los pecadores, pues también son pecadores como ellos. Y yo puedo caer en el mismo pecado en que cayó mi prójimo, y no es justo que yo tire contra él piedras de murmuraciones, calumnias ó afrentas, como no querría que otro las tirase contra mí. Luego, Cristo N. S. se inclinó segunda vez para escribir en la tierra, para darles lugar de que hiciesen lo que habían de hacer, dejándoles en las manos de su conciencia, para que ella aplicase la sentencia. Pero los desventurados, aunque conocieron sus culpas, no quisieron confesarlas delante de Cristo, pidiéndole perdón de ellas, sino, corridos, se fueron de su presencia, para que se vea cuán terrible es el tormento de la propia conciencia y cuánto temor tiene de estar delante del supremo Juez; mira en esto la diferencia entre varios pecadores, porque unos, muy obstinados en su pecado, aunque le conocen y se confunden, no le confiesan, sino huyen de Dios y quiérense esconder de El, como lo hizo Adán; pero otros, tocados de la divina inspiración, van á Dios á pedirle perdón, como el publicano. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez justo, aunque conozco mis culpas no quiero huir de tu presencia, como huyeron estos hijos del Adán terreno, imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á tu presencia como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedas entero perdón de ellas.

Y considera, por último, cómo estos desventurados fariseos, aunque habían venido unidos

contra Cristo, no se fueron juntos, sino uno á uno; porque cada uno se confundió tanto de sus pecados, que sin hacer caso del otro, le dejó y se fué, y comenzaron los más ancianos; porque como eran mayores pecadores, así cayó en ellos más presto la maldad y la confusión para irse de allí. De donde sacaré cuán grande será la confusión que tendré en la hora de la muerte y del juicio, y cuán poca parte serán para ayudarme y consolarme los que tuve por compañeros de mi maldad. Y con esta consideración atenderé al negocio de mi salvación, apartándome de cualquiera mala compañía por juntarme con Cristo N. S., de quien depende mi remedio temporal y eterno.

Punto III

De cómo Jesús perdonó á la adúltera.

Considera cómo Cristo N. S. se levantó dos veces de donde estaba inclinado para escribir en la tierra: una, para mirar á los fariseos y confundirlos como Juez terrible; otra, para mirar á esta mujer y darla por libre con su misericordia. Medita cómo los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; y en ambas cosas es Dios recto, justo y santo, pero después que miró á los fariseos, se tornó á inclinar para no verlos, como indignos de su vista; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. ¡Oh dulcísimo Jesús! mírame con estos ojos de misericordia, y nunca los apartes de mí, pues de tu

vista misericordiosa pende que yo nunca me aparte de Ti.

Estando, pues, la adúltera libre de sus acusadores y viéndose sola delante de Cristo N. S., se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero El la consoló diciéndola: «¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te condenó?» Como quien dice: De mí has recibido este bien; que tus acusadores se vayan y te dejen libre. Y pues ellos no te condenaron, no seré Yo más cruel que ellos; y así, ni Yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto, vete de paz; con las cuales palabras la libró, no solamente de la muerte temporal, sino de la eterna, perdonándole todos sus pecados; porque las obras de Cristo N. S. fueron perfectas, y en decir que no quería condenarla entendió, que ni la condenaba con la condenación temporal ni con la eterna, sino que la absolvía de la causa por la cual merecía una y otra condenación.

Ultimamente, pondera aquella postrera palabra que Cristo N. S. dijo á esta mujer: «No quieras más pecar». Como quien dice: Pues te he librado de este peligro, entiende que no es para que vivas en la libertad de la carne que hasta aquí has tenido, sino para que vivas con templanza, limpieza y castidad, no volviendo más á pecar como solías. Y es de creer que así como sus acusadores nunca más se atrevieron á proceder contra ella, porque Cristo N. S. así lo quiso, también ella nunca más volvió á sus antiguos pecados, sino que perseveró en servicio de Dios N. S., no ya por temor de casti-

go, sino por amor del mansísimo Jesús, que tanto bien le hizo.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores! ¿con qué te pagaré, Señor, el amor y cuidado que conmigo tienes? ¿Quién se atreverá á acusarme ó condenarme si tú me justificas y das por libre? ¿Cómo no me fiaré de tu misericordia, pues en tu presencia se deshace toda mi miseria? Tú me libras de las calumnias de los hombres y de las acusaciones de mis enemigos, perdonándome liberalmente la culpa para que no tenga lugar la condenación á la pena; y pues es tan copiosa tu misericordia, nunca cesaré de alabarte ni me cansaré de servirte por ella. ¡Oh Maestro del cielo, esclarece los ojos de mi alma para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos, y aviva mi espíritu para que atienda á las amarguras y amenazas que escribes contra mí en esta vida, de modo que me enmiende y alcance la vida eterna!

Propósitos.—Huye de acusar á tus prójimos, ni de juzgarlos temerariamente. Harto tienes en qué ocuparte, pensando en tus propias faltas y miserias.

23 DE OCTUBRE

Sobre las palabras de Jesús á la adultera: «No quieras pecar más.»

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De las reincidencias en el pecado.

Considera que al decir Cristo N. S. á la mujer adúltera aquellas misteriosas palabras: «No quieras más pecar», le indicó, para nuestra enseñanza, los terribles peligros de la reincidencia en el pecado. El, que tan fácilmente había absuelto á la adúltera, parece ame-

nazarla con la mayor dificultad del perdón si continuaba en su vida de recaídas en el mal y en el escándalo. Medita sobre estas palabras, para que tiembles de los peligros á que te expones cuando, después de perdonado por Dios en el tribunal de la penitencia, vuelves fácilmente, y sin enmienda ninguna, á reincidir en lo mismo que has confesado.

Y, ante todo, mira si no hay motivo para pensar que tu arrepentimiento no ha sido tan sincero como era preciso para la validez del sacramento. Para esto hacía falta un arrepentimiento verdadero, esto es, debías haber prometido á Dios sinceramente no volver á caer en el pecado. Esta promesa que debió ser firmísima ha tenido que ser hija de una voluntad también sincera y firme, porque no es creíble que un hombre haya tenido un propósito concreto y absoluto de renunciar al pecado, y que inmediatamente después, cobardemente y sin resistencia alguna, vuelva á caer en él; pues como dicen San Bernardo y Tertuliano á este propósito, una voluntad bien resuelta es más eficaz que todo eso, como lo mostramos mil veces en las cosas materiales. El que cayó enfermo por su culpa, ¿qué no hace una vez curado para no volver á caer en la misma enfermedad?

Ciertamente que tu voluntad puede mudarse; pero aunque esta mudanza es posible, hay que tener presente que, cuando las recaídas son inmediatas y frecuentes y en cosas graves, no hay motivo racional para suponer que sean consecuencia de una mudanza de la voluntad, por más frágil que sea, sino más bien falta de verdadero arrepentimiento; y esto

puedes comprobarlo en ti mismo sin más que considerar que en los démás actos de tu vida no has dado muestra de una veleidad tan sorprendente.

Tampoco puedes decir, para disculpar tus recaídas, que eres débil y que, á pesar de la sinceridad de tus resoluciones, la violencia de tu pasión te arrastra á recaer en el pecado; porque aunque es cierto que las pasiones son poderosos enemigos, si la promesa que has hecho á Dios de perseverar en su gracia hubiera sido sincera y firme, poniendo los medios prácticos para no recaer, tu resolución ha debido ser más fuerte que esos supuestos enemigos, pues la firmeza del propósito incluía el querer y poder vencerlos. ¿Cómo podrás hacer creer á nadie que tu arrepentimiento ha sido verdadero cuando sus efectos no duran casi nada, y apenas te levantas del confesonario vuelves á la ocasión y al peligro, ó á caer en el pecado? Juzga por ti mismo. Cuando sales de una enfermedad y temes recaer en ella, ¿qué no haces para evitarla? Pues ten en cuenta que el propósito que has hecho de no recaer en el pecado ha debido ser más eficaz que el deseo natural de conservar tu vida. ¿Te atreverás á decir que ha sido así? Si esas mismas pasiones, á las que con tanta frecuencia sucumbes, atacaran tu fortuna, tu salud, tu honra ó cualquiera otro de tus intereses materiales ¿no las resistirías hasta vencerlas?

Quizá digas, por último, que has gemido y dado muestras de dolerte de tus culpas hasta derramar lágrimas, y que esto prueba la sinceridad de tu arrepentimiento. Te engañas

miserablemente. Todo lo más esos son deseos de penitencia; pero no es la penitencia verdadera. Los judíos creían en Jesucristo y le seguían, viendo los milagros que hacía. Pero el Salvador, según hace notar San Juan, no se fiaba de ellos, porque penetraba en el fondo de sus corazones. Esto, tal vez turbe tu conciencia; pero bueno es que se turbe, para que salga del sopor en que quizá se halla.

Saca, pues, de aquí, que mientras no huyas la ocasión y no pongas los medios todos que la conciencia y el confesor te aconsejan para no volver á caer, corres mucho riesgo de que tus confesiones sólo te sirvan para hacer mayor tu responsabilidad en el acatamiento del Señor.

Punto II

La recaída en el pecado es un obstáculo para el arrepentimiento verdadero en lo futuro.

Considera atentamente que hay cuatro cosas que hacen el verdadero arrepentimiento muy difícil después de la recaída frecuente y habitual en el pecado. 1.ª La recaída en el pecado aleja á Dios de nosotros; velo si no en Sansón, el cual, después de haberle cortado Dalila los cabellos, se creía tan fuerte como antes; y es que no sabía, según dice la Sagrada Escritura, que el Señor se había retirado de él. 2.ª La recaída en el pecado fortifica la inclinación que tenemos al mal y hace que por la fuerza del mal hábito, el vicio se trueque en una segunda naturaleza y corrompa y pervierta la voluntad con la costumbre del pecado. 3.ª La recaída en el mismo pecado debilita

la virtud de la gracia, hasta el punto de que las más terribles verdades apenas hacen mella en el corazón del pecador. Mil veces las oye el pobre reincidente y otras tantas se aferra á sus primeras abominaciones, y el alma que en principio miraba el pecado como un monstruo, á fuerza de recaídas se familiariza con él, hasta cometerlo sin escrúpulo, convirtiéndose en su esclavo, desesperanzado ya de poderlo vencer. 4.ª La recaída en el pecado es en sí misma y por su naturaleza, esencialmente opuesta á la gracia de la conversión, porque añade á la malicia del pecado, la ingratitud para con Dios y el desprecio de sus dones. Ingratitud que consiste, no sólo en olvidarnos de las misericordias de Dios en lo pasado, sino en aprovecharnos de ellas para pecar con más atrevimiento en lo sucesivo. Si estuvieras seguro de que el perdón de tus culpas te ha sido concedido por última vez y que en adelante las puertas de la misericordia divina han de estar cerradas para ti, ¿no harías todos los esfuerzos imaginables para evitar una recaída que indefectiblemente te habría de acarrear la condenación eterna? Cesa, pues, de hacer del remedio mismo de la penitencia un motivo para reincidir en la culpa, y considera despacio que ser malo precisamente porque Dios es bueno y emplear el medio único que te ha dejado para volver á El y entrar de nuevo en el camino de la salvación, como cebo y razón para entregarte á los extravíos de la pasión y á la corrupción de tus costumbres, es un pecado horrendo y el mayor obstáculo, por tanto, para volver á la gracia de Dios.

Encierra, además, ese pecado, aparte de su malicia, un desprecio manifiesto de la soberanía y majestad divina; porque, ¿qué es lo que hace el pecador al convertirse la primera vez? Según la expresión de Tertuliano, destruir en su corazón el imperio del demonio para hacer reinar en él á Dios. ¿Y qué hace al recaer en el pecado? Desterrar á Dios de su corazón y restablecer en él el imperio de Satanás. El hombre, en estas alternativas de penitencia y de recaída, parece como que quiere comparar á Dios con Satanás, y como la penitencia es un acto satisfactorio, la recaída viene á ser una especie de arrepentimiento de la penitencia y satisfacer al demonio á costa de Dios.

Mira, pues, el terrible peligro en que te ponen tus constantes recaídas, tiembla por ti, y pues aún te da Dios tiempo, procura con la gracia divina tomar todos los medios para permanecer fiel á tu Dios y Señor.

Punto III

La conversión de los que recaen con facilidad en el pecado, es sumamente difícil.

Considera con gran temor las palabras de San Pablo, acerca de los pecadores reincidentes, de los que dice que «es imposible que aquellos que han sido iluminados una vez con las luces de la salvación y han vuelto á caer en las tinieblas de la culpa, puedan levantarse por medio del arrepentimiento y la penitencia». Y aunque esta imposibilidad de que habla el Apóstol, debe tomarse, en opinión de los doctos, en el sentido de suma dificultad, mira si te importa no recaer en un pecado cuya repa-

ración es tan difícil, que el Apóstol la llama imposible. Redobla en este punto tu vigilancia y escarmienta en cabeza de tantos pecadores, cuyas almas se perdieron y se pierden todos los días por sus constantes recaídas. Considera que alguna vez ha de ser la última en que tus culpas te sean perdonadas, y que si desde entonces hasta la hora de tu muerte, que no sabes cómo ni cuándo te sorprenderá, recayeres en el pecado, tu pérdida será segura é irremediable.

Examina cuidadosamente tu conciencia para conocer las flaquezas de tu alma, las inclinaciones y pasiones que la dominan, y, lejos de contar con tus propias fuerzas, desconfía de ellas, porque en esa saludable desconfianza de ti mismo está tu mayor seguridad. Ten siempre presente que la mejor manera de evitar los peligros que te cercan, es, con la gracia divina, la fuga, y por esto debes tener especial cuidado en huir de las malas compañías, de las malas lecturas, de los peligrosos espectáculos y de toda ocasión de pecar.

Y si por desgracia te encontrases tristísimamente sumergido en el pecado á causa de tus muchas recaídas, no por eso desesperes, porque si la conversión del pecador reincidente es sumamente difícil, para la omnipotencia de Dios y para su infinita misericordia no hay nada imposible. Redobla, pues, tus esfuerzos para salir del miserable estado en que te hallas y anímete la consideración de que si por ti solo no puedes hacerlo, la gracia de Dios todo lo puede. Recurre para obtenerla á la oración, solicítala por intercesión de la santísima Virgen, que es la Madre de los pecadores, y busca

un guía fiel, un director espiritual, docto y desinteresado; exponle tu situación sin temor de que conozca toda la extensión de tus culpas, antes por el contrario, temiendo que no lo conozca bastante; y siguiendo con docilidad sus consejos, te mantendrás en el camino del arrepentimiento y la penitencia si ya has entrado en él, ó entrarás con paso firme si no has penetrado en él todavía. De no hacerlo así, corres el riesgo de endurecerte en el pecado hasta llegar al miserable extremo de dejar del todo á Dios, hasta cansarte de su servicio y sacudir por último el yugo de su ley, llegando á hacer realmente imposible el levantarte de la culpa por medio de la penitencia, porque tras las recaídas en que se incurre por sorpresa y debilidad, vienen luego esas otras recaídas premeditadas, que después de conversiones edificantes y públicas, deshonran y hacen llorar á la Iglesia y escandalizan á las almas piadosas.

Coloquio.—¡Oh Señor y Dios mío, y con qué terrible claridad veo el triste estado de mi alma! Si no fuera porque confío en vuestra infinita misericordia, se apoderaría de mí la desconfianza y la desesperación. Mi vida entera es un tejido de culpas, de caídas y de recaídas tantas y tan graves, que al ver mi poca enmienda después de tanta frecuencia de sacramentos, dudo si los he recibido ó si los he profanado. ¿Dónde ha estado mi dolor? ¿Dónde mis propósitos? ¿Dónde la huída de las ocasiones? ¿Dónde el recurso á Vos en mis peligros para no caer? Señor, perdonadme, que en adelante no será así. Este mismo deseo prueba que aún no me habéis abandonado al endurecimiento de mi corazón. Pero si para convertirme hace falta un milagro de vuestra gracia, lo espero, Señor, de Vos. Yo bien sé que no lo merezco; pero también sé que vuestro Hijo santísimo lo mereció por mí.

Propósitos.—Resuélvete á evitar toda culpa, sobre todo la grave; pero está cierto que no la evitarás si no huyes antes de las ocasiones en que tan ciega y desatentadamente te precipitas.

24 DE OCTUBRE

Sobre la conversión de Zaqueo, príncipe de los publicanos.

Preludios.—Imagínate á Jesús recibido en Jericó por una muchedumbre inmensa, y después en casa de Zaqueo, perdonándole sus pecados, y pídele que te conceda su gracia para que seas tú siempre de los que oigan su voz y salgan á recibirle, y que venga á morar en tu alma como se hospedó en casa del príncipe de los publicanos.

Punto I

De cómo Zaqueo recibió á nuestro Señor.

Considera cómo Zaqueo, hombre rico y poderoso, pero gran pecador y el principal de los codiciosos arrendadores del tributo, que en el pueblo hebreo eran tenidos por grandes pecadores, tuvo el deseo, inspirado por Dios, de ver á Jesús, imaginando que esta sola vista le dejaría medrado, y este fué el principio de su conversión; porque el principio de nuestro remedio está en ver con viva fe á Cristo. Pero Zaqueo no se contentó con el deseo, sino que puso en cumplirle extraordinaria diligencia, atropellando la honra mundana y el qué dirán, y siendo hombre rico y principal corrió como un niño, y se subió á un sicomoro, donde es de creer que los pasajeros se reirían de él, y más viéndole tan pequeño, y por este ejemplo entenderé que cuando Dios me inspirare buenos deseos he de atropellar, por cumplirlos, la honra del mundo, y hollar sus regalos

y sus riquezas y honras, abrazando lo que el mundo tiene por locura, que es la cruz de Cristo.

Considérese la infinita caridad y misericordia de Jesús S. N. colmando los deseos del publicano, no sólo dejándose ver de él, sino ofreciéndosele por convidado. Le llamó por su nombre, Zaqueo, para que entendiese que, aunque nunca le había visto, le conocía bien; le dijo que se diese prisa á bajar del árbol, para significar que no quiere perder un punto de tiempo, ni la ocasión que se le ofrece de justificarle, antes que se enfríe su buen deseo; y añade, por último: «hoy quiero entrar en tu casa», no mañana ú otro día, sino hoy; porque no gusta que se dilaten los buenos propósitos para el día siguiente, pues el de hoy es seguro y el de mañana incierto.

Considérese, finalmente, la obediencia de Zaqueo, puntual, justa y gustosa en cumplir lo que le dijo Cristo N. S., y aunque teníase por indigno de convidarle, oyendo las palabras tan amorosas que le dijo, lleno de gozo y perdido el temor, le obedeció y hospedó. Y véase con cuanta ignorancia y malicia murmuraron algunos de este hecho de Cristo N. S., juzgándole temerariamente por indiscreto en hospedarse en casa de un pecador, porque no sabían el fin que le movía, y tenían por indigno de la persona de Cristo lo que era propio de su oficio, pues no es indigna cosa del médico que vaya á casa del enfermo á curarle. ¡Oh médico soberano, que vinisteis del cielo á llamar á penitencia, no á los justos sino á los pecadores! Venid á visitar mi alma, que está enferma, para que la sanéis con vuestra gracia.

Punto II

Confesión de Zaqueo.

Considera la confesión perfectísima de este pecador, y sus propósitos tan eficaces, que daba ya por hecho lo que se proponía hacer. No dice: «Daré y pagaré», sino «Doy y pago»; y luego lo ejecutó. Con esta eficacia he de procurar la enmienda de mi vida con la divina gracia, de modo que empiece á renovarla desde luego; porque si de verdad digo que ahora quiero comenzar, inmediatamente se seguirá la mudanza del corazón, accediendo la mano de la divina omnipotencia á favorecerme con su gracia.

Y aún hay que ponderar más la eficacia de este propósito de Zaqueo, siendo no de cosa fácil, sino muy dificultosa, y no de cosa obligatoria, sino voluntaria y de consejo; porque con ser muy rico y haber estado muy pegado á sus riquezas, de repente divide su hacienda en dos partes, y la mitad quiere darla á los pobres, haciendo limosna por sus pecados, y de la otra mitad quiere pagar lo que debe de justicia, volviendo, no sólo lo que tomó, sino cuadruplicado por más asegurarse, y, por consiguiente, le quedaba tan poco, que era como deshacerse de todo su caudal para seguir á Cristo con perfección.

Considérese, finalmente, que Zaqueo dió á Cristo N. S. esta cuenta, no por vanidad, sino con humildad, para que le enderezase en lo que debía hacer y aprobase aquel propósito, si era bueno, enseñándonos con este ejemplo á dar cuenta á nuestros confesores de semejan-

tes resoluciones para proceder con más acierto y seguridad en lo bueno; y en especial he de presentarlos al mismo Dios, diciéndole: Señor mío, estos propósitos tengo por vuestra gracia; si os agrada que los cumpla, ayudadme á ello, pues quien comenzó la obra, la ha de acabar y poner en perfección.

Punto III

Aplicación de esta historia á la sagrada Comunión.

Considérese que la historia de Zaqueo se puede aplicar á la comunión en esta forma: Zaqueo deseó mucho hospedar á Cristo en su casa, pero no se atrevió á pedírselo teniéndose por indigno de tanto bien, y este deseo provocó al Redentor para que se le diese por convidado; porque más gusta de ser convidado con deseos que con palabras, y así he de tener yo grandes deseos de recibir á Cristo N. S. en este sacramento, y procurar, como Zaqueo, verle primero con los ojos de la fe, ponderando los incalculables bienes que hacía en este mundo, dondequiera que entraba. Y luego me subiré sobre el árbol de la cruz, abrazando algunas mortificaciones que provoquen á este Señor para que guste de entrar en mi alma.

Después he de imaginarme que me dice aquellas amorosas palabras: «Date prisa y baja, porque me conviene estar hoy en tu casa», ponderando cómo, antes de entrar, quiere que yo con gran prisa y fervor entre en ella y la prepare, barra y limpie con la confesión y la aderece y adorne con virtudes, como conviene para recibir tan alto huésped, admirándome de que un Señor tan grande diga que le impor-

ta hoy estar en mi casa siendo yo tan vil y miserable. De donde sacaré, que aunque en este sacramento viene á convidarme, comunicándome los dones de su gracia, también viene para que yo le convide, como Zaqueo: y el convite de que El gusta es hacerle grata su presencia con encendidos afectos de amor, agradecimiento, alabanza y gozo, con esperanza grande de quedar sano y salvo con su entrada.

Ultimamente he de hacer grandes ofrecimientos á este Señor, con propósitos muy eficaces de servirle en obras de misericordia y de justicia, no sólo en las de precepto, sino en las de consejo, y ofreciéndole cuanto tengo, y á mí mismo, pues El se me da á sí mismo, y, presentándole estos propósitos, le pediré que los apruebe.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío, daos prisa á justificarme y á justificar á todos los pecadores que habéis tocado con vuestra inspiración! ¡Oh Hijo del Padre Eterno, con el cual venís al alma que os ama y hacéis morada en ella; venid, Señor, á la mía y estad en ella con firmeza, de modo que nunca la dejéis ni ella dé en tal locura que os eche de sí! ¡Oh dulce Jesús: pues entráis por este divino sacramento á estar en mi pobre morada, decidle con vuestra omnipotente palabra: «Hoy se ha hecho salud en esta casa», santificando todas sus potencias, para que gustéis de morar en ellas por todos los siglos.

Propósitos.—Preparar siempre que hayas de comulgar tu corazón y tu alma con el esmero con que prepararía Zaqueo su casa para recibir al Señor.

25 DE OCTUBRE

Sobre las palabras de Cristo N. S. á Zaqueo: «Baja pronto, porque me conviene morar hoy en tu casa».

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Sobre la pronta correspondencia á la gracia de Dios.

Considera cómo Cristo N. S. invita á Zaqueo á que baje *pronto* del árbol, porque quería aquel *mismo día* ir á su casa para llevarle la salvación y la vida. Fíjate en todas las circunstancias, porque todas ellas te indican cuánto te conviene oir la voz de Dios, no hacerte sordo á las inspiraciones, bajar pronto de la altura de tu soberbia, porque hoy quiere Cristo generosamente ir á tu alma, y no sabes si querrá ir mañana, esto es, no sabes si volverá á llamar á tu corazón con el golpe dulcísimo de su gracia abundantísima. Deduce de esto cuál ha de ser tu fidelidad en corresponder á ese llamamiento, y ve las razones que te obligan á ser fiel á las inspiraciones de la gracia.

Y, en primer lugar, considera que la gracia es la voz de Dios que nos llama, es una visita que Dios nos hace, es una amonestación y recuerdo suyo. Pues si no queremos escuchar á Dios cuando nos habla, ¿qué desaire le haremos? Si no quisiésemos recibirle cuando nos visita, si le arrojásemos cuando nos busca, ¿cuál sería nuestra insolencia é ingratitud? Pues esto es lo que hacemos todas las veces que no somos fieles á la gracia. ¡Y cómo vengará Dios este desprecio! Si nosotros no le que-

remos escuchar, El callará; pero su silencio es más digno de temer que todas sus amenazas. Si nosotros no le recibimos, El se retirará de nosotros; mas este apartarse Dios de nosotros, es el mayor castigo y la peor de todas las penas. No ceséis, Señor, de hablar, porque aquí tenéis á vuestro siervo que desea escucharos; no os canséis de buscarme, pues conozco que ya vuestra gracia se va haciendo dueña de mi corazón.

Considera, en segundo lugar, cuánto merece la gracia que le seamos fieles, porque es el precio de la sangre de Dios y el fruto de su muerte. Pues si es el precio de la sangre de Dios, ¡qué gran valor tendrá! ¡Qué estimación deberemos hacer de ella! Si es el fruto de su Pasión y muerte, ¡qué virtud divina no encerrará! ¡Qué cuidado debemos tener para no dejarla perder y que no sea inútil para nosotros! Ser infiel y resistir á la gracia de Dios, según el Apóstol, es pisar la sangre de Jesucristo. ¡Qué horrible profanación! Esterilizar por culpa tuya la divina virtud de la sangre de Cristo y de su cruz, ¡qué ingratitud tan espantosa! Esta sangre pisada por mí clamará más alto que la de Abel, no para pedir misericordia para nosotros, como lo hubiera hecho si la hubiésemos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan. Y si yo soy de este número, ¿cómo no tiemblo? Porque si el principio de nuestra salvación y el fundamento de nuestra esperanza se vuelve para nosotros y por culpa nuestra, ocasión de nuestra condenación é instrumento de nuestra ruina, ¿adónde podremos acudir?

Considera, por último, que la gracia es el

principio de todos nuestros méritos, el origen de nuestras virtudes y la semilla de nuestra eterna bienaventuranza. Si soy fiel á la gracia, no hay méritos que no pueda juntar; no hay virtud que no pueda adquirir, ni certeza de la eterna bienaventuranza en que no pueda confiar. Pero, al contrario, menospreciar la gracia, es menospreciar ó abandonar al mismo Dios, que es el valor y precio y premio de la gracia. Ser infiel á la gracia es privarse del único medio de juntar tesoros inmensos de merecimientos eternos, y resistir á la gracia es renunciar la esperanza de la bienaventuranza del cielo. ¡Ay de mí! Si abandono la senda de la virtud, si pierdo el cuidado de juntar méritos para la gloria en las frecuentes ocasiones que se me ofrecen, si abandono la esperanza de la bienaventuranza eterna, de quien la gracia es prenda segura, ¿qué puedo ser, sino un mal cristiano ahora, y después un infeliz y un condenado?

Pide al Señor luz para conocer cuánto te conviene no hacerte sordo jamás á los llamamientos de Dios, sino, como Zaqueo, oir inmediatamente la voz divina y no negar al Señor nada de lo que te pida.

Punto II

De la medida de las gracias de Dios.

Considera que es doctrina del Apóstol que hay una cierta medida de las gracias divinas, y, sobre todo, de las más eficaces y poderosas, y que en llegando á la medida señalada por Dios, es por demás esperar otras. Dios, dice el Apóstol, nos dió su gracia «según la medida determinada por Cristo». Y es natural, porque

Dios, infinitamente sabio, hace todas las cosas con número, peso y medida; y si no se cae una hoja del árbol sino por orden de su providencia, ¿cómo podemos creer que abandonará sus gracias, preciosas sobre todo cuanto existe, al azar ó al acaso? Además, si conforme á la doctrina de la Sagrada Escritura hay una medida para los pecados, por igual razón la debe haber para las gracias con que aquellos se perdonan. Aunque estaba Dios muy irritado contra los habitadores de Sodoma, dice que no les puede castigar todavía, porque aún no habían llenado la medida de su iniquidad. Así también promete perdonar tres géneros de pecados á la ciudad de Damasco; mas le amenaza que si pecare la cuarta vez, colmará su medida y pondrá término y fin á su misericordia. Habiendo, pues, una medida para los pecados, no hay duda que habrá también medida para las gracias. La una está llena, cuando la otra está vacía. San Pablo llama á la primera tesoro de ira y á la otra la llama tesoro de misericordia. ¿El abuso que has hecho de las misericordias, y de tantas gracias como Dios te ha concedido, no te hace temer que tu medida esté vacía y tu tesoro agotado? Pues mira, que la gracia que te hace ahora Dios N. S. puede ser la última de que te puedas aprovechar.

Esta medida no es igual para todos, y Dios es el único dueño absoluto y repartidor de las gracias. La medida de los pecados de Saúl se llenó con uno solo, y éste, al parecer, no muy grande. La de David no se llena con dos pecados mucho mayores. Manasés, después de una vida abominable durante cuarenta años de reinado, se convierte y alcanza el perdón

de sus culpas; su hijo imita sus desórdenes, y no su penitencia; pero se halló su medida llena en sólo dos años que reinó. Pero ¿por qué esta diferencia? *Oh homo, tu quis es, qui respondeas Deo.* ¿Quién eres tú, hombre, para preguntar á Dios el por qué de estos terribles misterios? Su divina Majestad es el dueño de la gracia, obra contigo según su misericordia, cuando te la concede; y obra según su justicia, cuando te la niega, para castigo del abuso que de ella haces. Quiere con eso hacerte humilde, y obligarte á ser fiel á la gracia que te diere por el temor que debes tener de que sea la última la que te da ahora.

El colmo á esta medida se pone ordinariamente con una gracia extraordinaria de que el pecador abusa. Los grandes efectos de la justicia suelen seguir á los grandes abusos de la misericordia, y la abundancia de gracias, cuando se abusa de ellas, suele ser seguida de un alejamiento y abandono del Señor, que deja al hombre en poder de sus pasiones y apetitos. ¿Puede darse mayor gracia de predilección que la que tuvo Dios con Saúl eligiéndole con preferencia á tantos otros para ser el primer rey de su pueblo? Pero no correspondió con fidelidad á esta gracia, y Dios le abandonó justísimamente en su vida y en su muerte. ¡De qué gracias no fué colmada la ciudad de Jerusalén mientras estuvo en ella Jesucristo! Era este el tiempo de su visitación, como él mismo lo dijo; mas no lo supo conocer, y mira las consecuencias que se le siguieron. Tu obstinación y resistencia á tantos auxilios y gracias que te solicitan para que te conviertas, ¿no es justo castigo del abuso que de ellos has

hecho? Dichoso si sientes aún las saludables inspiraciones de la gracia, y más dichoso todavía si correspondes á ellas fielmente; pero eres infinitamente desgraciado si las resistes y obras contra ellas; puede ser, que con esta obstinación pongas el colmo á la medida de tus gracias. Este solo pensamiento te debe hacer temblar y obligar á corresponder fielmente á las gracias del Señor.

Punto III

De la substracción de la gracia de Dios.

Considera que la substracción de la gracia es la más justa pena del menosprecio que de ella hacemos. La gracia es una visita del Señor, mas si tú le cierras la puerta y no le quieres recibir, el Señor se retira y no tienes motivo para quejarte, ni puede castigarte más justamente. La gracia es un don que Dios te ofrece por su liberalidad gratuita, pero un don que encierra todos los bienes; si tú le desechas, cesa de ofrecértela. ¿Qué puede haber más razonable? Sólo te debes quejar de ti mismo. La gracia es además, una luz divina, el sol nace para alumbrarte; si tú cierras las ventanas y te quedas á obscuras, ¿quién tiene la culpa? Dios te ha enviado muchas veces sus luces, mas tú has cerrado los ojos; si Dios se retira y tú te quedas ciego, bien merecida tienes tu ceguedad.

Pero mira que la substracción de la gracia es la más terrible pena con que Dios puede castigar el menosprecio que de ella se hace. Cuando nos impone este castigo, nos trata como enemigos suyos. Porque Dios nos cas-

tiga algunas veces como Padre y entonces el castigo es de misericordia, pues es para nuestro bien y nos ama cuando nos castiga. Otras veces nos castiga como Juez, queriendo que se satisfaga á la justicia, y entonces quiere castigar la culpa, pero no al culpado. De esta manera castiga en el purgatorio. Pero alguna vez castiga como enemigo, vengando la ofensa y condenando al que la cometió. De este modo castiga á los réprobos en el infierno, y de este modo nos castiga cuando nos priva de sus gracias. Entonces nos castiga como enemigos. Los otros males pueden ser para nosotros grandes bienes; pero este es puro mal, que no puede terminarse sino con nuestra pérdida y reprobación. ¡Ay, Señor! Yo me sujeto voluntariamente á las otras penas como no me castiguéis con ésta; todas las demás serían para mí verdaderas gracias si me preservaran de tan funesto castigo.

Por último, considera que la substracción de la gracia es la pena con que Dios castiga más frecuentemente el menosprecio que de ella hacemos. Murmuramos algunas veces de la paciencia que Dios tiene en sufrir á los pecadores; pero piensa que ejerce Dios con ellos una justicia secreta que, aunque haga menos ruido, no deja de ser sumamente severa, esto es, retira sus luces á los que las resistieron, y los deja en la más funesta ceguedad! ¡Qué frecuente es este castigo entre los cristianos! Y verdaderamente, si la mayor parte no fueran ciegos, ¿vivirían en tan grande olvido de Dios? ¿Con tanta negligencia de su salvación? ¿Con tan poco temor de los juicios divinos? ¿Con tan poco cuidado de prevenirlos, expo-

niéndose todos los días á las consecuencias de una eternidad infeliz por un placer de un momento, por un vil interés, viviendo años enteros con profunda tranquilidad en gravísimos pecados, que los hacen objeto de la ira de Dios y de sus más terribles castigos, seguros de ir al infierno si mueren en este estado, y no teniendo un día seguro de vida? Cierto que esta ceguedad en un cristiano parece increíble, y con todo esto, ¡cuántos están en ella! ¡Y quién sabe si tú eres de ese número! Si temes vivir en tan espantosa ceguedad, tienes menos causa de temer.

Coloquio. — Señor, castigadme con cualquier pena, como no sea con la privación ó disminución de vuestras gracias. No me hagáis, Dios mío, blanco de vuestras secretas justicias, permitiendo la ceguedad en mi entendimiento y la dureza en mi corazón. No me arrojéis de vuestra presencia, ni me quitéis vuestro espíritu, ni permitáis que me haga sordo á vuestras divinas inspiraciones. Yo os prometo seros fiel, y por esta fidelidad merecer que cada día crezca y se aumente en mí el tesoro de vuestras divinas misericordias.

Propósitos.—Estudia qué sacrificio pide de ti la gracia del Señor, y no se lo niegues.

26 DE OCTUBRE

De la conversión de la Magdalena.

Preludios.—Mira á la santa penitente á los pies de Cristo y pide para ti una chispa del amor á Jesús que abrasaba el pecho de María Magdalena.

Punto I

La Magdalena á los pies de Jesús.

La conversión de Magdalena es uno de los grandes milagros de la gracia. No es difícil, sin embargo, averiguar la causa. Las nubes

se elevan sobre la tierra porque las atrae el sol; la llama se desprende de la materia que la nutre porque vuela á su centro, y la penitente Magdalena vuela á los pies de Cristo porque Jesús es su sol y su centro. Magdalena es el corazón más amante que ha existido y Jesús el objeto más amable que puede existir. Jamás se vió mayor atracción entre dos almas. Magdalena no podía encontrar un objeto más digno de su amor, ni Jesús un corazón más digno del suyo. Medita la narración evangélica, que ella en su admirable sencillez te dice más que todas las consideraciones humanas.

Considera que estando Jesús convidado por Simón «una mujer pecadora, como lo supo, fué á casa del fariseo á buscarle». Pondera las calidades de esta pecadora; porque en llamarla con este nombre se da á entender que sus pecados eran escandalosos, y por lo que después dijeron San Lucas y San Marcos que Cristo «echó de ella siete demonios», se saca que tenía innumerables pecados, significados por los siete pecados mortales. Saca de ahí dos afectos: uno de temor de tu flaqueza, escarmentando en la Magdalena, que por males pequeños vino á caer en pecados muchos y muy graves; y lo que pasó por ella puede pasar por ti. Otro de confianza en la misericordia de Dios, en quien halló remedio esta pecadora, confiando que tú también lo hallarás, si como imitaste á la que pecó, imitas á la que se arrepentió.

Pondera luego la ocasión que tuvo esta mujer de acudir á Cristo N. S., que fué oirle algún sermón y saber la mansedumbre con que

recibía á los pecadores, y sobre todo la inspiración del cielo que la tocó con una grande luz, no por temor, amenazándola con castigos, sino por amor, descubriéndole las obligaciones que tenía de amar mucho más al Criador que á las criaturas. Mira la obediencia á la inspiración de Dios, porque no aguardó á que Jesús se recogiese á su posada, sino en sabiendo dónde comía, aunque era en casa ajena y en medio de un gran convite, luego fué á buscarle, para que aprendas á no dilatar los buenos propósitos y á corresponder á las divinas inspiraciones, especialmente en materia de tu conversión. Entrando Magdalena donde estaba Jesús, llegó y postrada á sus pies, comenzó á regarlos con lágrimas y á limpiarlos con sus cabellos, besándolos y ungiéndolos con un ungüento precioso que llevaba consigo en un vaso de alabastro.

En este hecho tan insigne se ha de ponderar la perfecta penitencia de esta mujer, y las virtudes excelentes que aquí mostró. La primera fué una grande fe y estima de la divinidad y misericordia de Cristo N. S., porque creyó que era Dios á quien sólo pertenece perdonar pecados, y creyó que sin hablarle palabra, como no se la habló, la entendía y penetraba el corazón, y sabía á lo que venía y lo que le pedía. Medita cómo otros venían á Cristo para pedirle remedio de enfermedades corporales: de esta sola mujer pecadora leemos que hubiese venido por sólo el remedio de las espirituales y por el perdón de sus pecados. La segunda virtud fué una heroica humildad, despreciando su honra, y el qué dirían los convidados viéndola de aquella

manera. Nicodemus vino á consultar con Cristo N. S. su duda, «pero vino de noche» y lleno de temor humano; la Magdalena vino á pedir á Cristo la salud de su alma, pero de día, y llena de amor divino, atropellando temores humanos, y lo que dirían los hombres, porque todo su corazón tenía puesto en aplacar á Dios. Y no sólo tuvo el grado de humildad para con los hombres, ofreciéndose á ser despreciada de ellos, sino también el otro grado de humildad para con Dios, no atreviéndose á parecer delante del rostro de Cristo, por vergüenza de sus pecados, sino llegándose por detrás, y echándose á sus pies. La tercera, fué un dolor interior amorosísimo, junto con grandes afectos de oración y devoción declarados por aquellas señales exteriores: regaba los pies de Cristo con lágrimas, llorando sus malos pasos y suplicándole que la lavase con su gracia; limpiábalos con sus cabellos, pidiéndole que la limpiase de sus culpas; besábaselos, pidiéndole que la reconciliase consigo y la diese beso de paz y perdón; ungíaselos, suplicándole la ungiese con sus virtudes, quitando de ella el mal olor de sus pecados, y sin hablar palabra derramaba su corazón mucho más que el ungüento en la presencia de Cristo, y le manifestaba todas sus miserias con grande sentimiento y dolor de ellas. La cuarta virtud fué la penitencia exterior, convirtiendo en instrumentos de satisfacción las cosas que habían sido ocasión de su perdición, empleando en servicio de Cristo sus ojos, cabellos, labios, olores preciosos, y á sí misma toda, olvidada de sí y de todo lo que no era aplacar á su Señor. Cumpliendo lo que des-

pués dijo el Apóstol San Pablo: «Como empleasteis vuestros cuerpos en servir á la inmundicia y maldad para vuestra perdición, así empleadlos ahora en servir á la justicia para vuestra santificación». ¡Oh penitente fervorosa! ¡Oh eficacia de la divina inspiración! Tócame, Señor, con tal eficacia, que todas mis entrañas se estremezcan y todas mis potencias y sentidos se ocupen en aplacarte, convirtiéndome á Ti diez veces más que me aparté de Ti.

Punto II

Defiende Jesús á María Magdalena.

El fariseo que convidó á Jesús, viendo lo que pasaba, decía dentro de sí: «Este, si fuera profeta, supiera quién y cuál sea esta mujer que le toca, porque es pecadora». Entendiendo Jesús los pensamientos del fariseo, le dijo: «Simón, una parábola tengo que decirte». Respondió Simón: «Maestro, di».

Ponderaré la sabiduría de Cristo N. S., Juez universal de todos los hombres, el cual, mirando á esta pecadora y á este fariseo, penetró sus pensamientos, así los buenos de la penitente, como los malos y temerarios del fariseo, y entre ellos ejercitó un juicio admirable, justísimo y misericordiosísimo, aprobando los unos y condenando los otros, y todo para bien de ambas personas. Porque con soberana prudencia volvió por aquella mujer para honrarla, anteponiéndola al fariseo, y reprimió la temeridad del fariseo para curarle, dándole á entender que era Profeta, y que conocía quién era aquella mujer.

La parábola del Redentor fué ésta: «Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo de qué pagarle, perdonóles la deuda. ¿Cuál de los dos te parece que con razón le ama más?» Respondió Simón: «Pienso que aquel á quien perdonó mayor deuda». Díjole Jesús: «Bien has respondido».

Sobre esta parábola se ha de considerar primero, que el acreedor es Dios, que es ofendido por nuestros pecados, y tiene contra nosotros la escritura de obligación, como dice el apóstol San Pablo. Carta y obligación fundada en el decreto de Dios, por el cual los pecadores quedamos obligados á pagar la pena temporal y eterna que nuestros grandes pecados merecen. Y como es infinitamente sabio y poderoso, ni el deudor le puede engañar, ni tampoco se le puede escapar. Los deudores somos los hombres, entre los cuales unos deben más que otros, porque han hecho más graves pecados. Estos deudores no pueden pagar su deuda, porque es imposible con humanas fuerzas satisfacer á Dios por nuestras culpas, ni merecer que nos las perdone ni que rasgue la escritura de obligación que tiene contra nosotros, la cual siempre estuviera entera si el mismo Dios, por su infinita misericordia no se hiciera hombre, y con su Pasión y muerte la rasgara.

De aquí es, que quien ha sido mayor pecador, después que Dios le ha perdonado, queda por esta parte obligado á amarle más, porque ha recibido mayor beneficio en haberle esperado á penitencia, perdonándole mayores injurias y librándole de más graves penas, y si tiene luz del cielo para conocer esta merced,

así lo hace, mostrándose agradecido á quien se la hizo, y á esto va enderezado el intento de la parábola; porque amar mucho ó poco á Dios no depende tanto de haber sido mayor ó menor pecador, cuanto de tener mayor ó menor conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y como los soberbios, cual era este fariseo, en su estima deben poco á Dios y tienen poco conocimiento de sus culpas, pareciéndoles pequeñas, así aman poco á Dios, porque tienen por pequeño el beneficio de haberles perdonado; pero los que se tienen por grandes pecadores y tienen profundo conocimiento de la muchedumbre y gravedad de sus pecados, aman mucho á Dios cuando se los perdona, porque reconocen este beneficio por muy grande.

Luego consideraré, cómo Cristo N. S. aplicó la parábola á la mujer que se tenía por grande pecadora, y al fariseo que se tenía por justo y menos pecador, porque vuelto á la mujer, dijo á Simón: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies para que yo siquiera me los lavase; pero ésta los regó, no con agua, sino con lágrimas, y los limpió, no con toalla de lienzo, sino con sus cabellos; no me diste beso de paz, y ésta desde que entró no ha cesado de besar mis pies; no ungiste con óleo mi cabeza, y ésta ungió mis pies con ungüento precioso. Por tanto, Yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho; y al que menos se le perdona, menos ama»; que es decir: Esta mujer siente de sí que debe mucho, y así espera de Mí mayor beneficio en que la perdone. Y por eso me amó mucho, como se ha visto por

las obras, y Yo la he perdonado muchos pecados, porque con este amor se ha dispuesto para el perdón de ellos; pero tú piensas que debes poco, y así esperas pequeño beneficio en que te perdone, y, por consiguiente, también amas poco.

Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo con el ejemplo de los grandes pecadores convertidos suele Dios confundir á los que presumen de justos; y así, nos aconseja que los miremos y consideremos despacio, diciendo: «¿Ves esta mujer?» ¿Ves sus lágrimas y suspiros, su humillación y confusión, y las invenciones que halla para aplacar á Dios? ¿Ves todo esto? Pues considéralo bien y confúndete de lo poco que haces para que Dios te perdone; «porque de verdad os digo, dice Cristo N. S., que muchos publicanos y pecadores han de preceder en el reino de los cielos á los que presumen de justos».

Lo segundo ponderaré que un gran pecador, con un acto fervoroso, suele subir á más excelente caridad y santidad que un justo tibio con muchos actos y en muchos años, como la Magdalena en este caso. Y juntamente veré cuán generoso modo de alcanzar perdón es amar mucho á Dios, porque el amor dispone para el perdón de los pecados, anda con él y con él crece y se aumenta, viéndose obligado á amar á quien le perdona.

Punto III

«*Perdonados te son tus pecados.*»

Luego dijo Jesús á la mujer: «Perdonados te son tus pecados». Y turbándose los circuns-

tantes de esta palabra, decían dentro de sí: «¿Quién es este que perdona los pecados?» Pero Jesús dijo segunda vez á la mujer: «Tu fe te ha hecho salva; vete en paz».

En lo cual se ha de considerar la eficacia de aquella palabra: «Tus pecados te son perdonados»; con la cual la absolvió á culpa y pena, y la comunicó muy copiosa gracia, regocijándose grandemente la Magdalena en oirla. Y también nosotros hemos de regocijarnos, pues también ahora por medio de los confesores, cuando nos absuelven, nos dicen la misma palabra, y tendrá en nosotros el mismo efecto si llevaremos la misma disposición.

También resplandece la modestia de Cristo N. S. en este caso; porque viendo que reparaban en que perdonaba los pecados, quiso atribuir este perdón, no á su liberalidad, sino á la fe de la pecadora, diciéndola: «Tu fe te ha hecho salva», esto es, la fe viva que has tenido de mi divinidad y potestad, y la confianza amorosa que has tenido de mi misericordia ha sido causa de tu salud.

Finalmente, ponderaré cuán asida estaba la Magdalena á los pies de Cristo, pues con haber alcanzado el perdón que pretendía, no se quería apartar de allí hasta que le dijo Cristo: «Vete en paz», pues ya estás pacificada con Dios, y dentro de ti con la plenaria indulgencia de tus pecados y con la cumplida victoria de tus pasiones sensuales, porque todo esto se puede presumir que concedió la liberalidad de este Señor á la que tanto amó. Quizá por esto no le dijo como decía á otros pecadores, no quieras más pecar, como quien conocía la grande firmeza que en esto tenía,

por la mucha gracia y amor que le había dado. ¡Oh, dichosos los que se llegan con humildad y caridad á los pies de Cristo, pues tan bien despachados se levantan de ellos! Llégate, ¡oh alma mía! á aquéllos con grande confianza; abrázalos con grande amor; propón seguir sus pisadas con gran firmeza, y no te apartes de ellos hasta que diga: «Vete en paz».

Coloquio.—¡Oh Dios liberalísimo y misericordiosísimo! Con todo mi corazón deseo amarte, pues en lugar de castigarme porque te ofendí, quieres perdonarme para que te ame. Reconozco ser muchos y muy graves mis pecados, y por ellos deseo volverte muchos y muy grandes servicios. ¡Oh Redentor mío! Confuso estoy en presencia de esta penitente tan fervorosa, viendo mi extremada tibieza. Lava, Señor, las manchas de esta hija de Sión, mi pobre alma, «con espíritu de juicio y con espíritu de ardor», dándome espíritu de justicia y fuego de caridad para que te ame mucho, pues me has perdonado mucho.

Propósitos.—No tener jamás respetos humanos cuando se trate de demostrar tu amor y tu agradecimiento á Cristo N. S.

27 DE OCTUBRE

Sobre el amor del mundo, sus pompas y vanidades.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

El mundo es diametralmente opuesto á Dios y á Jesucristo.

Considera cómo el ejemplo de María Magdalena debe moverte á odiar con toda tu alma un mundo que de ella hace una insigne pecadora, y amar intensamente á Jesús, que de

una pecadora hace tan pronto una insigne santa. Para que detestes y huyas del mundo como Magdalena, considera, en primer lugar, que así como en la Santísima Trinidad adoramos á un Padre que engendra á un Hijo que es la verdad misma, de igual modo Satanás, que es padre de toda mentira, engendra un hijo que es también la misma mentira, según la expresión de San Agustín.

Este hijo del diablo, esa mentira, no es otra cosa que el mundo engañador y engañado, y del mismo modo que Dios engendra por medio de su Hijo, que es la palabra de verdad, á sus predestinados y funda sobre la verdad y con la verdad gobierna la Jerusalén celestial, así el diablo forma á los réprobos y funda su Babilonia mundana sobre la mentira. Esta es la república maldita por Dios que el mismo santo Doctor llama la ciudad de Satanás, opuesta á la ciudad de Dios, y que, fundada en el amor al mundo, se eleva hasta el desprecio del mismo Dios. Llámanla los Santos Padres Babilonia, porque como en ella no rige la ley divina, sino el desarreglo de las pasiones, todo es allí confusión y desorden bajo la dominación de sus gobernantes, que, como dice San Pablo, son los mismos demonios.

La maldad intrínseca del mundo la puedes ver con fijarte en que allí sólo imperan un completo olvido de Dios, de la eternidad, del alma y de todas las cosas santas, una negligencia grosera en lo que toca á la salvación de las almas, y una persistencia continua y práctica constante del orgullo, la molicie, la ira, la vanidad y de todos los demás pecados elevados á la categoría de divinidades en el

altar de un mundo paganizado: reinan allí máximas completamente opuestas á las del Evangelio, y por eso San Juan prohibe á los fieles cristianos amar al mundo, porque el amor del mundo es incompatible con el amor de Dios; y Santiago áfirma, que así como el efecto formal de la blancura es blanquear, del mismo modo el efecto del amor al mundo es hacernos enemigos de Dios; y el mismo Jesucristo nos enseña que el mundo le aborrece, porque El da testimonio de que sus obras son malas.

Y realmente, ¿qué puede haber más opuesto á la santísima y adorable Trinidad que ese monstruo de tres cabezas al que ofrecen diariamente sus sacrificios todos los mundanos? La avaricia, que todo lo toma y no da nunca nada, es esencialmente opuesta al Padre Eterno, que nos comunica todos los tesoros de su divinidad, de naturaleza y de gracia, y que por su divino Hijo distribuye sus bienes entre todas las criaturas; la concupiscencia de la carne, toda podredumbre y corrupción, se opone al Hijo á quien la Sagrada Escritura llama la blancura de la luz eterna, y cuya generación temporal, lo mismo que la eterna, es esencialmente pura; y, por último, el orgullo, que es el manantial de las querellas, de los odios, y de las divisiones, es opuesto al Espíritu Santo, autor de la paz y Dios de la unión.

Esa misma oposición entre Dios y el mundo existe también, particularmente, entre el mundo y Jesucristo; porque Jesucristo, como Dios, es la oposición esencial á todo lo malo; como Verbo, es la luz de todas las luces; como Dios hecho hombre, es el manantial inagotable de la verdad, y como ungido del Señor y

enviado del Padre, es el destructor del pecado; al paso que el mundo es lo mismo en sus máximas que en sus obras, todo malicia, tinieblas, vicio, y el defensor y partidario de todos los crímenes.

Piensa, por tanto, que si en tu cualidad de fiel cristiano perteneces á Jesucristo; si eres su discípulo, soldado suyo é imitador de su doctrina y de sus ejemplos, siendo tan evidente la contradicción que existe entre Jesucristo y el mundo como la que hay entre la verdad y la mentira, la virtud y el vicio, Dios y el demonio, no puedes ligarte al mundo sin abandonar á Cristo.

Dolor grande causa considerar, conocida la solidez de esta doctrina, que haya quien al escuchar la palabra de Dios, que clama contra los odios, las calumnias, las divisiones y las venganzas, y que enseña la necesidad del perdón de las injurias, que todavía haya quien responda: «Pero ¿qué dirá el mundo?» Y que cuando se hace ver la inconveniencia peligrosa de los espectáculos mundanos, sus riesgos de todo género, la desenvoltura y poca honestidad de los vestidos, la licencia en las palabras y aun en las obras, se excusen muchos diciendo que así lo quieren la moda y las costumbres del siglo. Semejantes respuestas y excusas son otras tantas burlas hechas á la ley de Dios, á Jesucristo y á su Evangelio; es también olvidarse de que, al recibir de manos de la Iglesia el glorioso título de cristiano, queda el que lo recibe obligado, por medio de juramentos solemnes, á renunciar al mundo, á sus pompas y sus vanidades, de igual modo que al diablo y á su malicia.

Procura, pues, con todas tus fuerzas huir del mundo para que no seas del número de esos réprobos, cuya pérdida eterna, por medio de una mala muerte, predice Jesucristo en el Evangelio.

Punto II

La profesión de cristiano es incompatible con el amor del mundo.

Considera que para merecer el título de cristiano es necesario profesar la fe de Cristo, amando lo que El ama, aborreciendo lo que El aborrece, y siguiendo en un todo su doctrina y sus preceptos. Esto sentado, mira que Jesucristo dijo á todos los cristianos, y no sólo á sus Apóstoles: «Os he entresacado del mundo»; y para dar más fuerza á esta expresión, añade: «que ha venido al mundo á separar al hijo de su padre». De aquí se deduce que la gracia de la vocación al cristianismo nos acerca á Dios y nos separa del mundo, á fin de que Dios pueda decir á sus escogidos: «Os he escogido para ser santos, porque os he separado de los demás pueblos profanos».

Ahora bien: si la gracia del cristianismo significa de parte de Dios una vocación que separa al hombre del mundo, es evidente que la correspondencia á esta gracia exige del hombre esa separación, pues la correspondencia debe ser proporcionada á la gracia. Por esta razón jamás serás verdaderamente cristiano ni corresponderás á la gracia de tu vocación, si no haces lo que Dios quiere hacer en ti; y como en el bautismo Dios te separa del trato malo con el mundo y de sus pompas para ha-

certe cristiano, preciso es que de tu parte hagas lo mismo.

Para mejor convencerte de esta verdad, has de pensar que por el amor se aproxima el hombre al objeto amado y por el odio huye y se aparta del objeto aborrecido; luego, estando como estás obligado á separarte del mundo, debes aborrecerle, y aunque tu condición, como enseña San Agustín, te obligue á permanecer corporalmente en el mundo, debes alejarte de él con el entendimiento y la voluntad.

¿Pero de qué mundo, dirás tal vez, debo separarme? Debes separarte del lujo, de la ambición, de las intrigas, de las diversiones pecaminosas, en una palabra, de las vanas pompas y principios y máximas del mundo; pues desde el momento en que recibiste el título de cristiano, debes separarte de todo eso, ó de lo contrario has de renunciar á las promesas hechas en el bautismo y ratificadas mil veces después.

Y este es el motivo por el que los antiguos Padres de la Iglesia procuraban apartar á los cristianos de los espectáculos paganos, sin darles otra razón sino la de que eran cristianos y, por consiguiente, separados del mundo. Así lo declara terminantemente Tertuliano: «Sois cristianos, dice, y por tanto estáis separados del teatro profano». Y el mismo autor, queriendo persuadir á las matronas cristianas la necesidad de ser modestas en el vestir, les decía: «Sois cristianas, y, por consiguiente, estáis separadas de las malas modas del mundo; no pertenecéis á esas asambleas soberbias y mundanas, ni á esas reuniones, ni á esas dan-

zas, donde reinan el orgullo, el amor profano y las demás pasiones desordenadas del siglo».

Piensa, por último, que es absolutamente imposible que un alma cristiana se convierta á Dios, si no se resuelve á divorciarse del mundo, y que yerran grandemente los que procuran llegar á un acuerdo quimérico é imposible con Jesucristo y con el mundo, como lo vas á meditar ahora.

Punto III

Ceguedad de los falsos prudentes del siglo que quieren concertar al mundo con Jesucristo.

Considera que el mundo se compone de tres clases de personas: de cristianos fervorosos y celosos de su salvación, que según dice San Agustín, no se han dejado arrastrar por las aguas del río de Babilonia: de impíos abandonados á toda clase de vicios y que tienen á gala el pertenecer al mundo: de los prudentes y sabios del siglo, que se llaman gentes honradas, según el mundo, y que pretenden adoptar un término medio entre el mundo y el Evangelio; esto es: que no quieren ser enteramente del mundo, pero que no tienen el valor suficiente para seguir en todo las máximas de Jesucristo.

Es cierto, dicen, que no tenemos ese espíritu de fervor ni ese despego de las cosas de la tierra que pide el Evangelio; pero no hacemos daño á nadie; es verdad que la honestidad y pureza de nuestras costumbres dejan bastante que desear, pero ni atentamos contra el pudor ni contra el honor de mujeres honradas; no somos de los violentos desenfrenados que se de-

jan arrastrar por la ira á insultar y maltratar á sus semejantes, pero por nada del mundo sufriríamos una afrenta, ni toleraríamos una injuria; sabemos, en una palabra, que no debemos caminar por la ancha senda de los grandes pecados, pero el estrecho camino de la virtud nos causa espanto.

Así hablan esos semicristianos á los que muy bien puede decirse lo que San Agustín á Pelagio, á propósito de otro asunto: «Créeme y apártate de ese término medio tan peligroso y además quimérico é imposible; pues cuando Jesucristo nos habla del juicio, no establece más que dos categorías; la de los que están á su derecha y la de los que están á su izquierda, y no habla de una tercera que se encuentre en medio de estas dos. El, que conoce tan bien todos los caminos del cielo, no habla más que de un camino ancho y de otro estrecho; no de uno que no sea ni muy estrecho ni muy ancho. Y no me digas que en el medio está la virtud, porque eso es bueno para la doctrina de Sócrates y de Platón, pero no para la de Jesucristo; bueno para la moral, pero no para la fe cristiana. Necesario es creer todas las verdades reveladas y no dudar de ninguna para tener fe; y es necesario para tener caridad, guardar todos los Mandamientos y evitar todos los pecados mortales; porque no hay término medio: ó amar á Dios con todo tu corazón, ó no amarle de ninguna manera».

Esto no quiere decir que para ser cristiano sea necesario imprescindiblemente tener todas las virtudes en grado heroico; pero sí que esos sabios del siglo, esas gentes mundanas

no tienen una sola virtud verdaderamente cristiana, ni una mediana caridad, porque en ese término medio en que se quieren colocar y en ese pacto que quieren hacer con el mundo y con Jesucristo, hay casi siempre pecado mortal, pues la Ley de Dios resulta violada sin que sea preciso para ello cometer gravísimos y enormes pecados.

Ten presente, por último, que el que guarda los mandamientos de la Ley de Dios no puede ser del mundo, porque ese marcha por el camino estrecho; y como eso no lo hace el que busca un término medio entre Dios y el mundo, su posición no puede ser más peligrosa, pues aunque no quiera ser del todo malo, el hecho es que cesa de ser bueno.

Trabaja, pues, seriamente en tu conversión en este punto. Huye de ese peligroso término medio y comienza desde ahora por renovar las promesas y renuncias hechas en el Bautismo, diciendo con voz firme á los que quieran apartarte de la práctica del Evangelio estas palabras de Jesucristo: «Vosotros sois de este mundo, pero yo no soy de este mundo».

Coloquio.— Arranca, Señor, de mi corazón el amor del mundo, de mi mente sus máximas erróneas opuestas á tu Evangelio; que todo lo vea yo, no á la luz engañadora de las ilusiones mundanas, sino á la de los severos principios de la verdad. Así viviré separado del mundo y unido á Ti; viviré en la paz, en la pureza, en el retiro y soledad, y Tú me amarás porque no soy del mundo, perpetuo enemigo de tu Evangelio y de tu cruz.

Propósitos.—Ser todo de Dios, y no partir tu corazón, ni tu tiempo, ni tus obras entre Cristo y el mundo, su enemigo irreconciliable.

28 DE OCTUBRE

Del milagro de la resurrección de Lázaro.

Preludios.—Contempla á Cristo llorando ante el cadáver de su amigo, presencia la maravillosa resurrección y pide á Jesús que resucite tu alma si está muerta ó la despierte si está dormida.

Punto I

Antes de la resurrección de Lázaro.

Considera cómo cayendo enfermo Lázaro, sus hermanas enviaron á Jesús un recado, diciendo: «Señor, mira que el que amas está enfermo». En estas palabras se nos enseña un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figurados por Marta y María: y con él tengo de decir á Jesús á menudo: «Señor, el que amas está enfermo»: Señor, el que amas está triste, está desconsolado, tibio, seco é indevoto; está tentado de ira, de impaciencia y de soberbia, está desterrado de tu cielo, está con peligro de muerte y de condenarse para siempre.

Recuerda cómo respondió Jesús al recado de Marta y María: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella»; y detúvose dos días en donde estaba, y en este tiempo murió Lázaro. Trazó Cristo N. S. esta respuesta para consolar por una parte á estas devotas mujeres, y por otra parte para probar su virtud fuertemente, porque se viese cuál era la fe y resignación que mostraba su oración.

Pondera el modo cómo Cristo consuela á estas hermanas afligidas, con la razón de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decirles, que la enfermedad de Lázaro y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo como del espíritu, todas son para gloria de Dios y suya, y que sabe el suceso que han de tener antes que vengan, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos, con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosa paciencia y maravillosos dones de su gracia.

Mira luego la grande prueba y aflicción de estas hermanas viendo que su hermano murió, habiéndoles Cristo enviado á decir que su enfermedad no era de muerte; lo cual hizo nuestro Señor para probar su fe y rendimiento de juicio en sujetarse á lo que no entendían, y para probar su paciencia y resignación, viendo por la obra lo contrario de lo que deseaban. En estas dos cosas prueba Dios á los grandes santos, como probó á Abraham cuando le mandó sacrificar á su hijo, de quien le había prometido sucesión innumerable, y como dice San Pablo: «creyó en la esperanza contra la esperanza», pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Y lo mismo pretendió Cristo N. S. que hiciesen estas hermanas de Lázaro; y lo mismo he de hacer yo cuando nuestro Señor me diere lo contrario de lo que pido, como si le pido salud y humildad, y permite que crezca la enfermedad, y sea más tentado de soberbia, entonces le he de decir: ¡Oh Salvador dulcísimo, en tus manos me arrojo, á Ti rindo mi juicio y mi voluntad y

me ofrezco á pasar por todo lo que ordenares! Aunque me mates no perderé la esperanza de que me puedes resucitar; y si dijeres que tengo de morir y me viere morir, creeré en la esperanza contra la esperanza, porque entenderé que esta muerte será para darme mejor vida.

Pasados dos días, dijo Jesús á sus Apóstoles: «Volvamos otra vez á Judea». Y diciéndole ellos: «Maestro, poco ha que te querían apedrear los judíos en Judea, ¿y quieres volver allá?» El, sin embargo de esto, dijo que sí, porque en atravesándose la gloria de su Padre, rompía por todas las dificultades del mundo; y para animarlos á otro tanto, les dió dos razones maravillosas. La primera: «¿Por ventura el día no tiene doce horas?» Que es decir: como el día tiene doce horas y es imposible que no las cumpla, así el día de mi vida y el de la vuestra, y el de la vida de todos, tiene tasadas las horas por la divina ordenación, y ninguno podrá cortarlas antes de tiempo. La segunda razón fué: «Quien anda de día y con luz, no tropieza, porque ve la luz». Que es decir: Quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librará de caer y de morir mientras Dios quisiera que viva. Con estas dos razones he de animarme á no dejar las cosas del servicio de Dios por temor de los hombres y de sus persecuciones; pues como no pueden añadirme un día, ni una hora de vida á las que Dios ha señalado, tampoco me la podrán quitar contra su ordenación; y si soy hijo de la luz, agradable á Dios, no hay por qué tema á los hombres.

Dicho esto, declaró Cristo N. S. á sus Apóstoles la muerte de Lázaro, poco á poco y con palabras muy misteriosas, diciéndoles primero: «Lázaro, nuestro amigo, duerme; voy á despertarle de su sueño». En las cuales palabras llamó sueño á la muerte de Lázaro, no solamente porque le era tan fácil resucitarle, como lo es despertar á un dormido, lo cual es común á la muerte de buenos y malos, sino también para significar la diferencia que hay entre la muerte de sus amigos y la de sus enemigos; porque como el dormido con el sueño descansa, y luego vuelve á vivir la vida que solía, así los amigos y queridos de Dios mueren para descansar de sus trabajos y para resucitar á vida que, por excelencia, merece nombre de vida, cual es la vida eterna, en que se les da la herencia de la gloria. Pero los enemigos mueren para quedarse muertos para siempre, porque su resurrección no será para vida, sino para muerte eterna.

Punto II

El milagro de la resurrección de Lázaro.

Llegando Jesús á Betania, halló que Lázaro estaba muerto y enterrado hacía cuatro días, y saliéndole á recibir Marta, le dijo: «Señor, si estuvieras aquí no muriera mi hermano».

En lo cual se representa, que como Lázaro enfermó y murió en ausencia de Cristo, así también cuando nuestro Señor se ausenta de nosotros, escondiendo su rostro y cesando de hacernos los favores del espíritu que suele, suelen brotar las pasiones y tentaciones y las enfermedades de tibiezas y flaquezas espiri-

tuales, las cuales alguna vez suelen parar en muerte de culpa; pero cuando El está presente, todo cesa, y con su presencia lo ataja.

Luego añadió Marta: «Sé que te dará Dios cuanto le pidieres». En lo cual mostró tener muy corta fe de la divinidad de Cristo N. S., creyendo ser menester que pidiese á Dios lo que había de hacer; y así, antes de hacer el milagro quiso curar su imperfección, diciéndole entre otras cosas: «Yo soy resurrección y vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y cualquiera que vive y cree en Mí, no morirá para siempre». Que es decir: Yo soy autor de la resurrección de las almas muertas por la culpa, dándoles la vida de la gracia y después la de la gloria. También soy autor de la resurrección de los cuerpos muertos, restituyéndoles cuándo y como quiero la vida que perdieron, y muy mejorada de como antes la tenían; y el que con fe viva creyere esto, no quedará muerto para siempre. ¿Crees esto que te he dicho? Ella, con gran fervor, como quien corregía su corta fe y estaba corrida de la cortedad que había tenido, respondió: «¡Oh, Señor, sí que lo creo y he creído que Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, que viniste al mundo!» Por consiguiente creo que eres resurrección y vida, y que puedes resucitar á mi hermano, no sólo rogando como hombre, sino mandándolo como Dios. Por donde se ve cómo los verdaderos discípulos de Cristo son dóciles y fáciles en corregir sus yerros, y de ellos toman ocasión para hacer nuevos actos en la virtud que faltaron, por recompensar con ellos las faltas pasadas.

Considera luego las cosas señaladas que

hizo Cristo N. S. antes del milagro. La primera, fué llorar ó gemir con señales exteriores de dolor, turbándose á sí mismo y sollozando; luego mandó quitar la losa que cubría el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto. Quitada la losa, levantó Cristo N. S. los ojos al cielo, de donde había de venir la vida de Lázaro, enseñándome que mi remedio consiste en ver mis miserias, no á bulto y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de mis pecados; y luego he de levantar la vista á Dios, de quien me ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. Luego dijo: «Padre, gracias te hago porque me oiste; bien sé que siempre me oyes; pero digo esto por los circunstantes, para que crean que Tú me enviaste».

Esto fué especial en Cristo N. S., dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese. Y á este gusto y conformidad de voluntades llama ser oído. Pero también nos enseña que, quien desea recibir de Dios nuevas mercedes, ha de comenzar dando gracias por las recibidas, porque con este agradecimiento se dispone para recibirlas.

Después de esto, levantó Jesús la voz, como quien hablaba con persona que está muy lejos, como lo estaba el alma de Lázaro, representando también con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio, y con gran imperio dijo: «Lázaro, sal afuera». Y al mismo punto el alma salió de donde estaba y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro atado como estaba con su mortaja y cubierto

el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y la salud perfecta y el movimiento con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino mandó que le desatasen y le dejasen ir, para que los mismos que le desataron fuesen testigos del milagro. Saca afectos de admiración y de gozo por la virtud y omnipotencia de este Señor, y pídele te resucite á ti también y te saque del sepulcro del pecado y levante de tu corazón la losa de tus tibiezas é imperfecciones, proponiendo tú cooperar eficazmente á la voz y gracia de Cristo.

Punto III

De las maravillosas consecuencias de este milagro.

Considera en la persona de Lázaro á un pecador que antes había sido justo, y ausentándose de él Dios N. S. para probar su fervor y constancia, no supo corresponder á la gracia del Señor, sino que primero enfermó de tibieza, luego murió por consentimiento en la culpa; fué enterrado, porque se rindió á las aficiones de las cosas terrenas y se sumió en ellas; después cayó sobre él la losa de la dureza de corazón por la costumbre de largos días en pecar, y, últimamente, estuvo hediondo por el mal ejemplo que dió de sí á otros á quienes escandalizó. De donde procede, que ni él llama á Cristo para que le ayude, ni tiene cuidado de esto. Pero luego ponderaré cuán propio es de los justos, con afecto de hermanos, rogar á Dios por los pecadores, y cuán propio es de Cristo oir sus oraciones y venir á

resucitarlos para gloria de su Padre, descubriendo la eficacia de su palabra interior, que es la inspiración, en sacarlos con vida del sepulcro, manifestando la eficacia de su palabra, sacándolos de sus abominables pecados, para que con esto no desesperemos de la conversión de ninguno por malo que sea. Mas así como Lázaro salió del sepulcro vivo, pero atado con sus mortajas, las cuales le quitaron los Apóstoles, así suelen los pecadores resucitar á la vida de la gracia, atados con muchas reliquias de los pecados y costumbres viciosas de la vida vieja, de las cuales se van desatando después con la industria y dirección de los confesores, á los cuales también dejó Cristo N. S. sus veces como lo prometió á San Pedro, para que con la voz de la absolución sacramental desaten á los pecadores, á quienes El mismo, con la voz de su inspiración, despierta para que confiesen sus pecados.

Coloquio.—¡Oh poderosísimo Salvador, pues tus obras son perfectas, sácame del sepulcro de mis culpas y líbrame de las ataduras viciosas que resultaren de ellas! Tú eres, Señor, mi resurreción y mi vida, mi salud y mi fortaleza, mi consuelo y única esperanza. Si por alejarme de Ti enfermé de tibieza y morí con la muerte de la culpa, en adelante viviré á tu lado, para que te dignes contarme entre tus amigos. Mándame salir fuera de todas mis miserias é imperfecciones para que por mi conversión muchos te conozcan y crean en Ti, como creyeron los judíos por la resurrección de Lázaro.

Propósitos.—No alejarte nunca del Señor en la oración y demás ejercicios espirituales, si no quieres primero enfermar y luego morir miserablemente.

29 DE OCTUBRE

Lázaro en el sepulcro, imagen de un alma en pecado mortal.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

El pecado mortal muerte del alma.

Considera que, según dice el Espíritu Santo, el pecador se bebe la iniquidad como agua, pero es el pecado un veneno tan fatal que mata el alma del que lo comete, pues la priva de la gracia de Dios que es su vida. Los bienes mal adquiridos, los lazos pecaminosos, las pasiones desenfrenadas son, según la Escritura, leones cuyas crueles garras despedazan el alma, ó como espada de dos filos con la que el hombre pecador mata á la vez su alma y su cuerpo. Su alma, por la pérdida de la gracia, y su cuerpo privándole de los derechos de una resurrección gloriosa y á veces de la misma vida material. A este propósito recuerda que San Gregorio dice que el alma es inmortalmente mortal y mortalmente inmortal. Según su vida física y natural, no puede morir, pero según su vida sobrenatural, muere con frecuencia, y aunque muera para Dios, es de tal manera inmortal, que sobrevive á su misma muerte y eternamente siente y padece.

De aquí se sigue que el hombre pecador, aunque vive para la naturaleza, está muerto para la gracia. Para que comprendas bien cuál es la naturaleza de esta muerte espiritual, considera los estragos y la mudanza que

la muerte temporal hizo en la persona de Lázaro. Era rico, noble, bueno, pues que fué amigo de Jesús; tenía, en una palabra, todas las cualidades que hacen amable á un hombre. Míralo ahora en el sepulcro. Es un cadáver infecto, un saco de podredumbre. Sus ojos apagados y vidriosos, su boca lívida, su rostro ajado, su frente cubierta por las sombras de la muerte, causan horror á todos cuantos le miran. Sus hermanas, que tanto le quieren, no pueden soportarle un día entero en su casa y quieren encerrarle lo más pronto posible en un sepulcro. Momentos antes poseía magníficos castillos y era seguido por un lucido cortejo; ahora está solo y no posee más que un sudario. ¿De dónde procede esta mudanza? De que está muerto, responderás sin duda. Te engañas, sólo está dormido, según lo afirma Jesucristo. Y es que esa muerte del cuerpo que tanto horror te causa, no es propiamente muerte, sólo es su imagen, porque la verdadera muerte es la muerte del alma, esto es, el pecado.

Penetra si no dentro de un pecador con los ojos de la fe, y verás aquella alma sin vida y sin movimiento para Dios y para el cielo, y más cambiada todavía que el cuerpo de Lázaro después de muerto. Aquella alma antes tan hermosa, con la hermosura de la gracia divina, está ahora más negra que el carbón, según la expresión del profeta Jeremías; su deformidad es tan horrible que los ángeles no pueden mirarla, y Dios que la mira, la considera como un objeto de abominación. Era antes esposa del Altísimo, templo de Dios vivo, asiento de la sabiduría, trono de la santísima Trinidad y heredera del paraíso: ahora

no es otra cosa más que la adúltera de Satanás, una esclava del demonio, un vaso de abominación, una caverna de todos los espíritus inmundos; en una palabra: una triste y funesta víctima del infierno. Los cielos han visto esta mudanza y se han estremecido; los ángeles se han admirado; los santos han llorado; sólo el pecador se ríe de ella á pesar de que pregona su muerte.

Considera cuántos Lázaros andan por el mundo, muertos vivos y vivos muertos. Están vivos con la vida común á las bestias; vivos en la parte más baja de sí mismos; pero están muertos en el alma, muertos á la vida divina de la gracia. A ellos habla Jesucristo en el *Apocalipsis*. «Os conozco bien, dice Dios». Aunque seas sabio, elocuente, rico y poderoso entre el pueblo; aunque lleves una vida fastuosa y brillante, si estás en pecado mortal, Dios dice que estás muerto, mucho más muerto que Lázaro. Sólo tienes de vivo una falsa apariencia; y ese cuerpo que llevas tan adornado, y del que estás tan envanecido, no es otra cosa que un sepulcro corruptible que encierra un alma muerta.

¿Qué horror no sentirías, como dice San Juan Crisóstomo, si tuvieras que llevar durante algunos días un cuerpo muerto entre tus brazos? La infección de esa carga te haría muy pronto morir, y ahora mismo, con sólo la representación de esa escena, tu corazón se oprime con angustia y tu estómago se levanta con asco. Y, no obstante eso, hace ya mucho tiempo que tal vez llevas á todas partes un alma muerta y más infecta que todos los cadáveres, á los ojos de Dios.

Saca de aquí verdadero horror al pecado mortal, y en su comparación no temas ningún mal de la tierra ni á nadie que pueda quitarte la vida del cuerpo. Teme sólo á Aquel que puede arrojar tu alma y tu cuerpo en los abismos del infierno.

Punto II

El alma del pecador está sepultada y corrompida.

Considera, con San Agustín, que hay tres muertes de cuya resurrección se habla en el Evangelio. La primera, es la de la hija del príncipe de la sinagoga en la casa de su padre; el cadáver estaba aún caliente, pues la hija de Jairo acababa de expirar. La segunda, es la del hijo de la viuda de Naim, cuyo cuerpo era ya conducido á la sepultura, y representa á los que han cometido pecados, pero que no pecan por costumbre. La tercera, es la de Lázaro sepultado, el cual representa al pecador acostumbrado á cometer el pecado. Lleva ya cuatro días de muerto. El primero, cuando consintió en el pecado; el segundo, cuando lo ejecutó; el tercero, cuando reincidió, y el cuarto, cuando se acostumbró á pecar. Está ya en la tumba. «¿Y cuál es esa tumba, pregunta San Ambrosio, sino vuestras malas costumbres?»

Tumba del hombre pecador es su avaricia ó su gula, y todas y cada una de sus pasiones desarregladas; y á esa tumba es á la que el Espíritu Santo llama profundidades de iniquidad.

Examina bien, siguiendo al santo Doctor citado, las maravillosas semejanzas que se encuentran entre el cuerpo de Lázaro en la tumba y el pecador empedernido. Primero, Láza-

ro está ligado de pies y manos; el pecador empedernido está agarrotado con las cuerdas y cadenas de sus malas costumbres. Segundo, Lázaro tiene el rostro cubierto con su sudario, y el pecador que cae en el abismo de sus malas costumbres está rodeado de tan espesas tinieblas, que no ve ni la fealdad del vicio, ni la hermosura de la virtud, ni las terribles desgracias que le amenazan. De su ceguedad procede su insensibilidad, que es la tercera semejanza con el cadáver de Lázaro, que no siente ni los gusanos que le roen el cuerpo, del mismo modo que el pecador endurecido por la costumbre no se cuida de las amenazas de la justicia de Dios.

Pero hay más todavía. Ese pecador empedernido, no sólo está muerto y sepultado, sino que hiede, como el cuerpo de Lázaro. Este hedor, como dice San Bernardo, representa el mal olor de un pecador escandaloso, cuyo cadáver hay que enterrar apresuradamente para que no inficione á cuantos á él se acerquen. Tus desenvolturas permanecieron, en sus comienzos, secretas, y sólo dañaban á tu alma; pero ahora *hieden,* porque han llenado las casas de tus amigos y conocidos con el mal olor de tu vida escandalosa, y por dondequiera que vas exhalas ese olor pestilente de muerte eterna.

Y si por desgracia tuya has llegado al libertinaje, del cual al principio te ruborizabas, ahora que estás sepultado en el crimen y el vicio, haces de ello gala y te vanaglorias, y como esos cadáveres que arrojan sangre corrompida, sólo despides olor de iniquidad y de muerte eterna. Por eso mira cómo el pecador

impenitente, sepultado y corrompido, se halla también cubierto con una piedra que da entrada á su sepulcro, y que no es otra cosa que el endurecimiento de su corazón. De este endurecimiento es del que habla San Pablo, y al que acompaña la impenitencia que le hace atesorar la ira de Dios en el día de su venganza. ¡Oh Dios mío, y cuán difícil es que el hombre se levante cuando se halla debajo de esa piedra!

Punto III

Del milagro de la resurrección del pecador.

Considera las semejanzas entre la resurrección de Lázaro y la de un pecador endurecido. Para comprender cuán funesto es el estado en que se halla ese pecador, mira los esfuerzos que hizo Jesucristo para resucitar á Lázaro. A los otros dos muertos los resucitó Cristo N. S. con la mayor facilidad y sin preparativo alguno. A la hija del príncipe de la sinagoga le dijo dulcemente: «Levántate», y la niña se levantó. Detuvo al paso el cadáver del hijo de la viuda de Naim, pone la mano sobre su féretro y sólo pronuncia estas palabras: «Joven, levántate», y queda resucitado.

Considera ¡de qué manera tan diferente procedió en la resurrección de Lázaro! Por tres veces, Jesucristo tembló, Jesucristo se turbó, Jesucristo lloró; habla á su Padre; hace quitar la piedra del sepulcro y emplea la fuerza de su pecho para clamar con voz fuerte: «¡Lázaro, sal fuera!»

Esto ha de darte idea de lo que es preciso hacer para convertir á un pecador contumaz.

Para resucitar á los que están liados y envueltos en sus sudarios, se necesitan grandes gracias, auxilios abundantes, socorros milagrosos. El mismo Jesucristo se turba, se estremece, vierte lágrimas de sangre de todo su cuerpo. ¡Qué misterio y cuántos esfuerzos que muchas veces son inútiles! Porque el Lázaro del Evangelio, sale del sepulcro cuando se le manda, mas de aquellos de quienes es la figura, pocos son los que obedecen.

No; no pienses que la vista de un Dios trémulo, de un Dios lloroso, sea capaz de conmover á esos pecadores contumaces. ¡Ah! ¡cuánto tiempo hace que la Iglesia por medio de sus ministros les grita: ¡Lázaro, sal fuera! ¡Lázaro, pecador empedernido, en nombre de Dios Padre que te ha creado, de Dios Hijo que ha muerto por salvarte, de Dios Espíritu Santo que tantas veces te ha justificado; por los sudores, por las lágrimas, por la sangre, por los últimos suspiros de un Dios moribundo, por los intereses de tu eternidad, sal de la tumba de tus pecados! Todo es inútil; el desgraciado no se mueve; porque más fácil es hacer salir á los muertos de un cementerio por orden de Dios, que á los pecadores contumaces de la fosa de sus pecados.

Pídele á Dios fervorosamente la conversión de esos pecadores, y si tú perteneces á ese número, obedece sin más dilación á la voz de Cristo y de su Iglesia, y sal del sepulcro de tus vicios antes de que la muerte de tu alma sea eterna.

Coloquio.—Señor y Dios mío; no permitas que se endurezca mi corazón hasta hacerte derramar lágrimas y necesitar de tus divinos esfuerzos para

resucitarme. Que conozca los peligros de la enfermedad, de la tibieza y del pecado venial que poco á poco me lleva á ese sueño mortal del que sólo tu voz poderosa puede despertarme. Que me horrorice de los espantosos estragos que el pecado puede causar en mi alma, para que cada vez sea yo más fiel y fervoroso en tu santo servicio.

Propósitos.—Odiar al pecado mortal sobre todos los males, y huir más que de la muerte de sus ocasiones y peligros.

30 DE OCTUBRE

De la resurrección de la hija del príncipe de la sinagoga y del hijo de la viuda de Naim.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. haciendo uno de estos dos milagros estupendos, y pídele que resucite á todas las almas muertas por el pecado.

Punto I

De cómo un príncipe de la sinagoga fué á Jesús y le suplicó que pusiese sus manos sobre una hija suya que había muerto.

Considera la calidad de esta difunta y la causa de su muerte, porque aunque era hija única de padres ricos y nobles, y, por consiguiente, muy querida y regalada de ellos, sin embargo de esto la salteó la muerte sin que pudiesen atajarla ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad; para que yo entienda que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad para mi vida, sino que de repente me sorprenderá la muerte. Pondera luego que la muerte de los jóvenes, unas veces sucede por castigo de los padres, otras por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y

quiere Dios atajarles esos pasos porque no se condenen. Otras veces es un gran favor de Dios, arrebatándolos, como dice el Sabio, «antes que la malicia mude su corazón y el fingimiento engañe su alma». Otras veces por causas secretas de la gloria de Dios que no alcanzamos. De donde sacaré temor de la culpa por la cual entra la muerte, y me arrojaré en la providencia paternal de Dios suplicándole me envíe la muerte en aquel tiempo y coyuntura que conviniere más para mi salvación y para su gloria.

Considera después cómo en oyendo Jesús la petición del archisinagogo, se levantó de donde estaba y se fué tras él, y llegando á su casa, viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres Apóstoles, Pedro, Diego y Juan. Mira la benignidad de Cristo N. S. que no reprendió al príncipe porque le vió humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone.

Luego consideraré la omnipotencia del Salvador, pues con sola una palabra, mandando con imperio, da vida á los muertos; y al punto el alma del difunto, dondequiera que estuviere, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo sin que pueda resistir ni haya quien pueda detenerla. Gózome, Salvador mío, de que seáis tan poderoso «que llaméis á las cosas que no son como si fuesen», y los muertos oigan vuestra voz y la obedezcan. Llamad, Señor, á todos los que están muertos por la culpa con la voz de vuestra inspiración para que resuciten á la vida de la gracia; y si ellos, por su libre

albedrío resistieren, porque á nadie queréis forzar, tornad á llamarlos con más eficacia, porque si queréis usar de vuestro poder, ¿quién habrá que no se rinda á vuestra voluntad? Lo segundo, ponderaré la causa por qué tomó de la mano á esta difunta y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con los otros difuntos. Todo fué para significar que los pecadores que mueren y pecan por flaqueza figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer su flaqueza. Pide al Señor te dé su mano para no caer, y tú propón asirte siempre de ella para que su poder supla tu debilidad y flaqueza.

Punto II

De la resurrección del hijo de la viuda de Naim.

Pondera la caridad y providencia de Cristo N. S. en venir á Naim en tal coyuntura que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso, sino sabiéndolo, y con deseo de resucitarle, ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese. A la hija de Jairo resucitó á petición de su padre; á Lázaro por petición de sus hermanas; pero á éste por sola su bondad, para significar la grandeza de su misericordia en buscar las almas muertas, salirles al encuentro y ofrecerles el remedio, aunque no se lo pidan, movido de la compasión que tiene de ellas.

Considera luego cómo el Señor tuvo misericordia de la triste madre, cuyas tiernísimas lágrimas movieron á compasión á Jesús, y así le dijo: «no llores»; y luego tocó las andas, parándose los que las conducían. Mira cómo las

lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo N. S. á que resucitase á su hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, ó por los ajenos, son un modo de oración poderosa con Dios para moverle á remediar nuestras miserias. Llora, pues, tus pecados; llora los de tus prójimos; llora por tantos motivos como hay de lágrimas, que tu llanto enternecerá el corazón de Jesús.

Pondera cómo Cristo N. S. se llegó á las andas y las tocó, y se pararon los que las llevaban, para significar que antes de resucitar al pecador toca su corazón con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el ímpetu de las pasiones que le arrastraban, las cuales, por más bravas que sean, se rindan al toque é imperio de Cristo.

Considera cómo Jesús dijo al muerto: «levántate»; y al punto el joven resucitó, y Jesús se lo dió á su madre.

Admira la omnipotencia del Salvador en este milagro, porque no tuvo necesidad, como Elías y Elíseo, de tenderse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro y ojos con ojos; ni aun le tocó con la mano, como á la hija del príncipe de la sinagoga, sino con sola su palabra omnipotente, hablando con el muerto como si estuviera durmiendo.

Pondera cómo este mancebo no comenzó luego á andar como la hija del príncipe, sino sentándose en las andas comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados de sus pasiones van sanando de

ellas poco á poco; primero reciben la vida de la gracia y apartan el afecto desordenado de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de afición que les pega el corazón con ellas, pero después vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Luego comienzan á hablar confesando sus hierros, pidiendo perdón de ellos, proponiendo la enmienda y alabando á Dios por las mercedes que les hace. De donde sacaré aviso para no indignarme contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja; pues aunque la justificación se hace en un momento, la perfección de ella va poco á poco.

Finalmente, pondera la caridad de Cristo N. S. en devolver el hijo á su madre viuda, aunque pudiera tomarle para sí; pero no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez y para que su consuelo fuese cumplido, para significar que es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo, que salió de casa de su madre muerto y llevado de otros, se volvió á ella vivo por su pie con alegría de su madre, así el pecador que sale de la congregación de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella vivificado por Cristo, con libertad del espíritu y alegría de la Iglesia. Alaba la infinita bondad y compasión de Cristo y pídele que por su sangre preciosa resucite y vuelva al amor y al seno de la Iglesia tantas almas como yacen muertas por haberse alejado de Jesús, que es la única vida de ellas.

Punto III

Resurrección del alma por la gracia de la justificación.

Pondera que el Evangelio sólo habla de tres resurrecciones visibles operadas por Jesucristo; pero son infinitas las que ha obrado invisiblemente, según dice San Agustín, y éstas son mucho más gratas que aquéllas á su divino Corazón Todo lo que la muerte del pecado había arrebatado á un alma, hermosura, méritos, dignidad, derechos adquiridos, todo le es devuelto con la gracia santificante, cuando tiene la dicha de recobrarla. Es como un rey cautivo que consigue restablecerse en su trono. Si la resurrección de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naim y de Lázaro, fueron ocasión de grande alegría para sus familias, ¡cuánto mayor es el júbilo que causa en el cielo la conversión de un solo pecador! Imitando á aquel jefe de la sinagoga cuyo dolor y consuelo nos recuerda la Iglesia, puede todo cristiano ser instrumento de esa santa alegría. Jairo ve á su hija en el último extremo, y recurre con ardor al dueño de la vida. Aproximándose al Salvador, lo adora, y sin temor á interrumpirle, pues su aflicción le sirve de excusa, pronuncia estas palabras llenas de fe: «Señor, mi hija ha muerto; pero venid, poned vuestra mano sobre ella, y vivirá». Según San Marcos, Jairo rogó mucho. Aproxímate tú también á Jesús, y pídele la conversión de todos los pecadores, diciéndole con fervor lleno de celo: «Señor, muchos de nuestros hermanos han muerto; el pecado los ha separado de Vos,

¡oh principio de la verdadera vida! pero venid, esparcid sobre ellos el soplo de vuestro espíritu, y saldrán de sus tumbas».

Considera, por último, cuán vivamente desea Jesús la resurrección de las almas muertas por el pecado. Admira con qué condescendencia atendió el Hijo de Dios la súplica de Jairo. Siguióle, y en el camino fortificó su fe curando á la mujer que se acercó á pedirle la salud tocando la orla de su túnica. Entró en la casa, y aunque los extraños que en ella había le faltaron al respeto, no por eso dejó de hacer el milagro que se le pedía. ¡Ah! si sólo por lástima de las lágrimas de un padre, Jesús resucita un cuerpo que habrá de morir de nuevo, ¿cuánto más le moverá el deseo á resucitar las almas que han de vivir eternamente?

Acudamos al templo á postrarnos ante el trono de su misericordia, reanimemos allí nuestra fe, despertemos nuestro celo y roguemos con instancia por todos los muertos en el alma, cuya resurrección pide la Iglesia, y muy especialmente por aquellos cuya salvación, por razón de los vínculos que á ellos nos unen, más nos interesa. No olvidemos que Dios mide su misericordia por la extensión y firmeza de la esperanza con que la solicitamos.

Coloquio.—¡Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el bien que haces á tantas almas resucitándolas á la vida de la gracia! ¡Oh, si todos los pecadores se volviesen á juntar con la congregación de los justos, para que la Iglesia se goce de tener muchos hijos vivos! Pues Tú, Señor, puedes darle este gozo, no la prives de él para que tu nombre sea glorificado, y todos los hombres le conozcan y amen, y

digamos lo que dijo la gente que vió este milagro: «Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo».

Propósitos.—Orar constantemente por la conversión de los pecadores.

31 DE OCTUBRE

De la educación de los hijos.

PUNTO I

Dios hace partícipes á los hombres de su paternidad para que procuren á sus hijos el sér de la naturaleza y el de la gracia.

Considera la inmensa prueba de bondad que ha dado Dios á sus criaturas haciéndolas partícipes de su omnipotencia y escogiéndolas para ser causa de maravillosos efectos, pues pudiendo hacerlo todo por sí mismo, quiere templar su poder infinito y moderar la actividad de su virtud, comunicándonos la gloria de sus obras y haciéndonos ejecutores de los designios concebidos por El. Dos clases de poder, uno natural y sobrenatural el otro, distingue en Dios la teología. El primero, mira á las producciones comunes y ordinarias de la naturaleza, y el segundo, á los milagros y á los efectos de la gracia y del orden sobrenatural, y de estas dos clases de poderes ha hecho Dios partícipe al hombre llamándole á cooperar con El, no sólo en la obra de la creación, sino también en la de la redención. De esta verdad vemos un ejemplo en la viuda de Naim, de la que no sólo se sirvió Dios para dar la vida temporal á su Hijo, sino que quiso que contribuyera á su resurrección con su fe y sus oraciones.

Este ejemplo puede ser aplicado á todos los padres y á todas las madres, á los que Dios honra queriendo que cooperen á la generación de sus hijos, cuando pudo haber poblado de una vez toda la tierra como pobló el cielo y producir al mismo tiempo á todo el género humano como produjo á los ángeles. San Agustín dice á este propósito, que Dios quiso dar fecundidad á los hombres, á fin de que estas alianzas de padres é hijos fueran un motivo poderoso para unir al género humano. San Juan Crisóstomo afirma que la causa de esto fué enseñar á los padres por el amor que tienen á sus hijos, el amor que Dios nos tiene, y á los hijos, por la obediencia que deben á sus padres, la sumisión debida á Dios.

Debes, pues, considerar al matrimonio bajo tres aspectos, que incluyen tres providencias de Dios para con los hombres; á saber: la providencia natural, la política y la sobrenatural. Por la primera, el matrimonio ha sido instituído para la propagación de la especie; por la política, para dar ciudadanos á la república, súbditos á los príncipes, magistrados al Estado, y por la providencia sobrenatural, para que los padres sean los instrumentos de la salvación de sus hijos. Por esto es el matrimonio un sacramento, no sólo destinado á consagrar el fuego del amor conyugal, sino para inspirar también á los padres el deseo de transmitir la santidad á sus hijos, haciéndolos partícipes de los bienes de la gracia en esta vida para disponerlos á la gloria.

De muchas maneras contribuyen los padres y las madres á los designios de Dios en orden á la salvación de sus hijos, y la primera de

ellas es procurándoles el Sacramento del bautismo, que los libra de la esclavitud del demonio y los engendra á la vida de la gracia. Pero no deben concretarse sólo á librar á sus hijos del pecado original, pues mayor cuidado todavía, si cabe, deben poner en librarlos del pecado actual que los hace incomparablemente más criminales, y si con tanto celo procuran sacarlos cuanto antes del estado de hijos de cólera en que se hallan antes del bautismo, ¿será pedirles mucho que empleen ese mismo celo en librar á sus hijos de la esclavitud del demonio, si ha llegado á poseerlos por el vicio?

Un ejemplo te hará comprender más claramente esta obligación que tienen los padres de evitar á todo trance que sus hijos caigan en pecado, ó de procurar por cuantos medios están á su alcance que salgan de tan miserable estado, si han tenido la desgracia de caer en él. Si por permisión de Dios el demonio se apoderase visiblemente del cuerpo de uno de tus hijos, y le vieras retorcerse en las convulsiones de furor propio de todos los poseídos, ¿qué no harías para librarle de tan triste situación? Seguramente que te apresurarías á llamar á los sacerdotes y religiosos para que, con sus oraciones y sacrificios, libertaran á tu hijo de semejantes tormentos. ¡Qué de ofrendas no llevarías á los altares del Señor! ¡Cuán fervorosas serían tus plegarias! Nada omitirías para salvar de las garras del demonio al cuerpo del hijo de tus entrañas. Y, sin embargo, la posesión del cuerpo por el demonio no siempre se opone á la gracia, al paso que la posesión del alma lo es siempre, y, no obstan-

te esto, un padre sabe que el demonio de la impureza ó de la gula se ha apoderado del alma de su hijo; una madre ve que su hija está poseída por el demonio de la concupiscencia ó de la vanidad, y el padre y la madre, que nada omitirían para librar á sus hijos de un peligro temporal, permanecen muchas veces inactivos ante este peligro, cien veces más terrible para sus almas. ¿Puede darse mayor ceguedad?

Punto II

El amor de los padres hacia sus hijos debe ser una expresión del amor de Dios.

Considera aquí, que así como los hijos deben á sus padres honor, servicio y obediencia, los padres deben á sus hijos amor. Pero, ¿cómo debe ser este amor? Para que sea una derivación de la paternidad de Dios, ese amor debe ser necesariamente una expresión de la caridad con que este soberano Padre nos ama. Sentado esto debes considerar que el amor y la providencia de Dios respecto de sus hijos mira principalmente al bien espiritual y eterno, y de una manera secundaria al bien temporal. Y en verdad que al llegar á este punto hay motivos de admiración al leer las magníficas promesas que ese bondadoso Padre hace en la Sagrada Escritura á los justos. Dice que les proveerá abundantemente de todo, que los conservará como á las niñas de sus ojos, y, no obstante esto, vemos con frecuencia á los más queridos de sus hijos reducidos al hambre y á las mayores miserias. Y es que Dios da testimonio del amor que tiene á sus santos por esa

providencia sobrenatural que protege al alma, que la consuela y enriquece con bienes espirituales, negándoles, cuando esto conduce á su santificación, los bienes materiales, y probándolos con la tribulación como se prueba el oro en el crisol.

Con este amor deben los padres y madres amar á sus hijos, puestos en sus manos por Dios como depósitos de su providencia, según dice San Juan Crisóstomo; y como, según las leyes, debe mirarse un depósito como una cosa sagrada, debes tener presente que Dios, que ha engendrado á tus hijos á la gracia en las aguas del Bautismo, te los ha confiado en depósito, y tú serás responsable del estado en que se los devuelvas. Si eres fiel en la conservación de un depósito tan precioso, y correspondiendo á los designios de Dios é imitando su amor se los devuelves agradables por medio de una santa educación, te honrará con una triple corona, según lo declara el Sabio al decir que el buen hijo es la corona de su padre. Corona de gloria en el tiempo, pues el padre que ame á sus hijos según el espíritu de Dios, será coronado de honor y lleno de consuelo por la virtud y santa vida de sus hijos; corona de gracia, pues la buena educación de los hijos es la causa de la salvación de los padres; pues San Juan Crisóstomo y Teofilacto, explicando estas palabras de San Pablo: «Se salvará por los hijos que dará al mundo», dicen que en la palabra generación está comprendida la educación, y que la salvación de los padres está muchas veces fundada en el cuidado que ponen en la salvación de sus hijos; porque habiéndolos llamado Dios al estado

del matrimonio, al obligarlos á trabajar en la santificación de sus hijos, les da también gracias más abundantes para su salvación.

La tercera corona será una corona de gloria en el cielo, pues así como los Doctores aseguran que los pueblos convertidos darán una gloria accidental á los Apóstoles, lo mismo puede decirse de los padres, que la buena educación dada á sus hijos ha contribuído á que éstos alcancen la vida eterna.

Punto III

Tremenda responsabilidad de los padres que no educan santamente á sus hijos.

Considera en primer lugar, que si el buen hijo es corona de su padre, el malo tiene que ser, por el contrario, motivo de oprobio y de dolor para los autores de sus días. Testigos de esta terrible verdad son muchos padres y madres que, atentos únicamente á la salud temporal y al bienestar material de sus hijos, no se cuidaron de su salvación eterna, dejándolos crecer en el vicio, con su debilidad unas veces, con su indiferencia otras, y algunas con su mal ejemplo y aun con sus abominables consejos. Padres hay que creen excusarse diciendo que ruegan á Dios por sus hijos, que les dan buenos consejos, que les ponen en colegios donde pueden recibir una cristiana educación. Bueno es todo eso, pero no es bastante.

Sabed, padres y madres, dice á este propósito San Agustín, que sois en vuestras casas como los doctores y predicadores, y que, como ellos, estáis obligados á anunciar á vuestros

hijos la palabra de Dios, á fin de ganar y conservar sus corazones para el cielo. Pero has de tener en cuenta, además, que la predicación por sí sola es estéril, si no va acompañada del ejemplo, cuyo lenguaje elocuente es el que persuadirá á tu familia á obrar como Dios quiere. Si tus hijos ven, por ejemplo, que nunca doblas la rodilla para orar; si saben que no te confiesas más que una vez al año y que eres el primero en reirte de las cosas que atañen á la devoción, ¿cómo quieres hacerlos santos, como Dios desea?

Otros padres hay que por procurar á sus hijos brillante posición en el mundo comprometen á sabiendas la salvación de sus almas, ya torciendo su vocación, ya negociando enlaces matrimoniales con personas sin religión ó de malas costumbres; padres, en fin, que tientan á sus hijos con todas las tentaciones con que Jesucristo permitió ser tentado por el demonio. Y no faltan, por desgracia, otros padres que en lugar de ser los instrumentos de la salvación de sus hijos, lo son del infierno para procurar su eterna condenación. Esos padres son los que no solamente con sus malos ejemplos, sino con sus consejos y á veces abusando de su autoridad, pervierten á sus hijos encenagándolos en toda clase de pecados y vicios de los que sólo pueden salir milagrosamente, llevándolos á espectáculos escandalosos, permitiéndoles malas lecturas y peores compañías, y, en una palabra, descuidando por completo el alma de aquel hijo de cuya salvación son los padres responsables ante Dios.

Tremenda es la responsabilidad de esos padres desnaturalizados ante los ojos de Dios;

sus mismos hijos depondrán contra ellos en el terrible día del juicio, pidiendo el castigo que sus omisiones y faltas en la educación que debieron darles merecen; pues esos hijos clamarán contra ellos, como dice San Cipriano: Nuestros padres han sido nuestros parricidas, pues su impiedad y sus vicios, más aún que los nuestros, nos han condenado. Sus perniciosos ejemplos y sus abominables máximas nos han impedido seguir la doctrina de la Iglesia, tributar á Dios la debida obediencia y salvarnos, como debíamos.

Tiembla, pues, si por desgracia te hallares en el caso de esos padres y de esas madres que no educan á sus hijos como Dios quiere que sean educados, y pide á su divina misericordia te dé las luces de la gracia que te son necesarias para que, siendo el salvador de tus hijos, seas también un día coheredero del Salvador del mundo en la gloria.

Coloquio.—Piadosísimo Criador, conservador y Redentor del linaje humano, que honraste las bodas con la presencia de tu precioso Hijo, y con el primer milagro que por nosotros hizo, y con haber instituído el matrimonio por uno de los sacramentos de su Iglesia, y por el apóstol San Pablo nos enseñas el amor, la paz y unión que los casados deben tener entre sí: yo te suplico, pues, Dios y Señor mío, que ya que has sido servido de darnos hijos, los cuales son tuyos, y de tu liberalísima mano y benignidad los conocemos, guárdalos tú, Señor; críalos para ti, y danos tu favor, para que con nuestro buen ejemplo, con nuestras palabras, consejos, amonestaciones y cuidados crezcan en toda virtud y resplandezcan en tu obediencia y santo temor, y ellos y nosotros gocemos para siempre de ti. Apártalos, Señor mío, de cualquier peligro de alma y cuerpo, de todo pecado mortal, de tu desgracia y ofensa, y pierdan antes la vida temporal que la eter-

na. Alúmbralos para que sigan el camino que tú les enseñares, y te sirvan en el estado que tuvieres por bien. Tuyos son, Señor, y no míos, y como cosa tuya yo te los encomiendo y ofrezco.

Propósitos.—Vigilar la educación cristiana de tus hijos como cosa de que depende tu salvación y la suya.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DE LOS MESES DE SEPTIEMBRE Y OCTUBRE [1]

SEPTIEMBRE

Fiesta del dulcísimo nombre de María.

Dominica infraoctava de la Natividad de la Santísima Virgen.

Preludios.—Escucha á los ángeles entonando himnos al dulce nombre de María, únete á ellos en espíritu, y pide que ese nombre se grabe siempre en tu memoria y en tu corazón.

PUNTO I

Excelencia del dulcísimo nombre de María.

Considera que de los nombres con que la Escritura sagrada y los Santos Padres celebran á la Madre de Dios para significar sus excelencias y prerrogativas, el nombre propio es el de María, y juntamente el más principal; porque está lleno de misterios, y siendo uno solo, significa en compendio todas las grandezas de María santísima, que se representan por los otros nombres. Pondera, pues, la excelencia y santidad del nombre de María, porque este dulcísimo nombre, pronunciado, consagra

1 Ponemos aquí las meditaciones siguientes que, ó por ser de fiestas movibles, ó por coincidir con otras fiestas, no se han podido poner en su lugar propio.

los labios; escuchado, recrea los oídos; pensado, alegra el corazón; y ni se puede escribir de él sin provecho, ni hablar sin fruto, ni discurrir sin ganancia; y como dice San Bernardino de Sena: «Ya que no podemos alabar á María como merece, debemos ensalzar su nombre cuanto nos fuere posible».

El nombre de María, desde la eternidad se escribió en el libro de la vida, después del nombre de Jesús: el nombre de Jesús fué el primero, y el nombre de María el segundo. Y si creemos lo que dicen graves doctores, el nombre de María fué revelado á Adán, el primero de los hombres, por el mismo ángel que en nombre de Dios amenazó á la serpiente que una mujer le había de quebrantar la cabeza. El nombre de María fué revelado á Elías cuando vió levantar del mar aquella nubecilla pequeña que era imagen y figura de la Reina del cielo y estrella del mar; y también entre los maestros antiguos de los judíos había noticia de que se había de llamar María la Madre del Mesías. El nombre de María, particularmente fué revelado á sus padres Joaquín y Ana por medio de un ángel, que les mandó pusiesen á su hija este dulcísimo nombre.

En efecto, considera que sólo Dios podía dar conveniente nombre á la Virgen, no sus padres ni alguna criatura, porque sólo quien conoce las cosas puede darles nombre que les convenga: y como sólo Dios conocía la excelencia de aquella niña que nacía, sólo Dios podía ponerle el nombre que significara sus excelencias. Y nota que María santísima fué la primera de las mujeres que recibió el nombre, por revelación divina, antes de su concepción; y

muchos doctores afirman que el mismo arcángel San Gabriel, que anunció antes á Zacarías la concepción y nombre del Bautista, y después á María la concepción y nombre de Jesús, anunció á Joaquín y Ana la concepción y nombre de María; de manera, que podemos acomodar á la Virgen lo que dice el Evangelio de su Hijo: «*Vocatum est nomen ejus Maria: quod vocatum est ab angelo, priusquam in utero conciperetur*». Y así este nombre no es inventado de hombres, sino dado de Dios; no es nacido en la tierra, sino bajado del cielo; no fué puesto por elección de sus padres, sino por providencia del que había de ser su Hijo. Primero pronunciaron el nombre de María los ángeles que los hombres; y verdaderamente, es menester que sean los hombres ángeles, para pronunciar con labios bastantemente puros el santísimo nombre de María. Por eso no mudó la Virgen el nombre de María en otro cuando subió á la dignidad de Madre de Dios, como á Simón le mudó Cristo el nombre en el de Cefas ó Pedro cuando le levantó á la dignidad de cabeza de su Iglesia; porque el nombre de María se le había dado Dios á la Virgen, y por eso nunca le había de dejar.

El nombre de María significaba la dignidad de Madre de Dios, y así no pedía otro nombre su dignidad: el nombre de María era el mejor nombre que podía tener la Madre de Dios, y así no había otro nombre en que poderle mudar. Por eso el ángel, al anunciar á la Virgen el misterio de la Encarnación, la confirmó el nombre diciéndola: «No temas, María, porque hallaste gracia delante de Dios». Y ¿qué gracia halló María? La primera gracia que halló

fué el nombre, en que se significaban todas las gracias que había de recibir nuestra dulcísima Madre. Da mil parabienes á la Virgen sacratísima por haber recibido nombre tan excelso y glorioso, y ofrécele invocarlo siempre con el amor y la reverencia que nombre tan augusto se merece.

Punto II

Significación del dulcísimo nombre de María.

Considera que dan los Santos Padres y doctores diversas significaciones á este nombre de María. En ellas se explican las innumerables excelencias de María santísima, para que digamos de ella: «*Secundum nomen tuum, sic et laus tua*»; como tu nombre es tu alabanza. Pondera, en efecto, que si los nombres de Adán, Eva, Abraham, Sara, Isaac, Israel, Juan, Pedro y Pablo no carecen de misterio, y les fueron puestos con singular providencia y sabiduría divina, ¿qué hemos de decir, ó qué hemos de pensar del nombre de María, Madre de Dios y Reina del cielo y de la tierra? El nombre de María, según San Ambrosio, se interpreta: «Dios de mi linaje», que es decir: «Dios nacerá de mí», y vínole ajustado el nombre, pues se hizo Dios hombre en sus purísimas entrañas, y haciéndose Dios del linaje de María, también se hizo María del linaje de Dios.

El nombre de María significa en lengua siriaca lo mismo que señora, y cuadróle este nombre á la Virgen porque fué constituída universal Señora de todas las criaturas cuando fué hecha Madre del Criador de todas ellas. El nombre de María, según muchos santos

doctores, significa «estrella del mar», entendiendo unos por estas palabras que es luna, otros que es lucero de la mañana, otros que es norte, y todo lo es María: Luna, que alumbra nuestras tinieblas; Lucero de la mañana, que nos anuncia el día eterno de nuestra felicidad, y Norte que guía á los que navegan por el mar tempestuoso del siglo. Sin esta estrella del mar, todo es tinieblas; sin esta luz, todo es bajíos; sin este astro, todo son tempestades; mirando á María y mirándonos María, descubrimos los rumbos, alcanzamos las alturas y sabemos adonde hemos de enderezar la proa y tender las velas para llegar seguros al puerto de la bienaventuranza.

El nombre de María significa «mar amargo», y lo fué María santísima en la Pasión y muerte de su Hijo, por los ríos de amargura que entraron en su alma y olas de tribulaciones que combatieron su corazón. El nombre de María se interpreta «Esperanza», porque parió á Cristo, que es esperanza de todo el mundo, y porque María, con su intercesión, da esperanza de perdón á los pecadores, de acrecentamiento de la santidad á los justos, y de conseguir la bienaventuranza á todos los que viven desterrados en este valle de lágrimas. El nombre de María significa «maestra y doctora», y con mucha razón tiene este nombre, porque fué doctora de los doctores y maestra de los Apóstoles.

Pondera también la interpretación del bienaventurado Alberto Magno, el cual, hablando del nombre de María, dice «que Dios llamó á la congregación de todas las aguas *maria*, y á la congregación de todas las gracias Ma-

ría», para significar que, como el mar es el lugar de todas las aguas, María es el lugar de todas las gracias. Y conforme á esto, dice Dionisio Cartujano: «María se interpreta mar, porque como ninguno puede contar las gotas de agua del mar, así ninguno puede explicar la excelencia de la gracia y gloria de María». Con más elegancia, en este mismo sentido, lo dice San Buenaventura, acomodando á María aquello del *Eclesiástico:* «*Omnia flumina intrant in mare*»: todos los ríos, dice, entran en el mar, como todas las excelencias de los santos entran en María. El río de la gracia de los ángeles entra en María: el río de la gracia de los patriarcas y profetas entra en María: el río de la gracia de los Apóstoles entra en María: el río de la gracia de los mártires entra en María: el río de la gracia de los confesores entra en María: el río de la gracia de las vírgenes entra en María: finalmente, todos los ríos entran en el mar, esto es, todas las gracias entran en María. Mira, pues, cuán convenientemente se llama María, Mar, pues es mar de gracia en quien se recogen todas las gracias de los ángeles y santos; sólo con esta diferencia, que el mar no redunda, como advierte el *Eclesiástico*, aunque entren en él todos los ríos; pero en María, misterioso mar, entran todos los ríos de las gracias y redundan en nosotros. Venga á mi alma, ¡oh dulcísima Madre mía! el torrente de gracias que brota de tu dulce nombre para que con ellas, animado y recreado, empiece á servirte y á amarte con el fervor con que mereces ser amada y servida.

Punto III

Poder del dulcísimo nombre de María.

Considera que se pueden decir del nombre de María, con la debida proporción, casi todas las alabanzas que se dicen del nombre de Jesús; porque aunque el nombre de Jesús sea mucho más excelente que el de María, con todo eso ha querido el Hijo, en orden á nuestra salud, dar semejante virtud al nombre de su Madre que al suyo. Y aún dice San Anselmo, «que algunas veces se alcanza más presto la salud, invocando el nombre de María que invocando el nombre de Jesús, único Hijo suyo y S. N.: no porque la Madre sea más poderosa que el Hijo, pues no es grande y poderoso el Hijo por la Madre, sino la Madre por el Hijo; sino porque Cristo, llamado por su nombre, no oye luego al punto, por justas causas que tiene para ello; pero invocado en nombre de su Madre, aunque los méritos de quien le invoca no merezcan que sea oído, interceden los méritos de la Madre para que sea bien despachado».

Pondera que no es maravilla que quiera Dios hacer mayores favores, ó más presto, por el nombre de su Madre que por el suyo; pues quiso hacer mayores milagros por medio de sus siervos que por sí mismo. Y en nuestro caso hay conveniente razón, porque, cuando invocamos el nombre de Jesús, no sólo invocamos con este nombre á nuestro Padre, mas también á nuestro Juez; con que su justicia suele detener á su misericordia, para que, ó no nos oiga, ó dilate el despachar nuestra pe-

tición; mas cuando nombramos á María, sólo invocamos á nuestra Madre, y á la Madre de Misericordia, en quien no hay título que embarace el interceder por nosotros con su Hijo; y si intercede María, ¿cómo le negará su Hijo lo que pidiere? ó ¿cómo ha de embarazar su justicia á su misericordia, pues atiende antes á los méritos de la Madre que intercede, que á los deméritos del siervo que suplica?

Lo cierto es, que los santos y doctores atribuyen semejantes efectos más al nombre de María que al nombre de Jesús. San Germán afirma que el nombre de María destierra todo temor; San Buenaventura, que los que invocaren á María no temerán en el punto de la muerte, y que no tiemblan tanto los enemigos visibles de un copioso ejército, como los demonios del nombre de María, y que tienen mucha paz los que veneran este nombre. Santa Brígida dice que al nombre de María le veneran los ángeles, le temen los demonios, y trae salud á los hombres que le invocan con propósito de no pecar más. San Alberto Magno, que el nombre de María apaga las llamas deshonestas é infunde castidad: San Anselmo, que el nombre de María es seguridad de los que se hallan en algún peligro: San Antonio de Padua, que el nombre de María trae alegría á los tristes, porque es júbilo en el corazón, miel en la boca y música en el oído. A los que invocan con fe y devoción el nombre de María, favorece Dios en todas sus necesidades, socorre en todos los peligros, consuela en todas las aflicciones, y no hay ninguno tan miserable que no halle consuelo, alivio y socorro en este dulcísimo y poderosísimo nombre.

Por esto nuestra principal devoción después del nombre de Jesús, ha de ser con el nombre de María; y si pedimos al Padre en nombre de su Hijo para alcanzar lo que deseamos, pidamos al Hijo en nombre de su Madre para conseguir lo que pedimos. Dijo Cristo que todo cuanto pidiésemos al Padre en su nombre, nos lo concedería; así podemos creer que no nos negará nada el Hijo que le pidiéremos en nombre de su Madre. Invoquemos en todas nuestras necesidades y aflicciones el nombre de Jesús, porque es un nombre sobre todo nombre, y no hay otro nombre debajo del cielo, en que haya salud, sino este nombre; pero después del nombre de Jesús invoquemos el nombre de María, porque después del nombre de Jesús es nombre sobre todo nombre, y por medio de este nombre quiere Dios concedernos la salud que nos viene del nombre de Jesús. Por eso el dulcísimo San Bernardo, después de haber dicho que el nombre de María se interpreta estrella del mar, añade: «¡Oh, tú, cualquiera, que te miras fluctuar en el mar de este siglo, combatido de olas y cercado de tempestades, no apartes los ojos de esta Estrella si no quieres ser anegado de las ondas! Si se levantan vientos de tentaciones, si das en escollos de tribulaciones, mira á la Estrella, llama á María. Si eres combatido de olas de soberbia, de ambición, de detracción, mira á la Estrella, llama á María. Si la ira, la avaricia ó la tentación de la carne acometiere la navecilla de tu alma, mira á María. Si turbado con la grandeza de tus delitos, confuso con la fealdad de tu conciencia y atemorizado con la terribilidad del juicio divino estás para caer

en una profundidad de tristeza y en un abismo de desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las cosas dudosas, piensa en María, invoca á María. No falte de tu boca, no falte de tu corazón María, y para alcanzar el sufragio de su oración no dejes pasar el ejemplo de su conversación. Siguiendo á María, no vas descaminado; rogando á María, no desesperas; pensando en María, no yerras; teniéndote María, no caes; defendiéndote María, no temes; siendo tu guía María, no te fatigas, y siéndote propicia María, llegas al puerto deseado y experimentas en ti mismo con cuánta razón se llama esta Virgen María».

Coloquio.—Dióte, ¡oh dulce Madre mia! toda la santísima Trinidad, un nombre que, después del nombre de tu benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se arrodilla toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confiese la gracia, gloria y virtud de este santísimo nombre; porque no hay otro nombre, después del nombre de tu benditísimo Hijo, que sea tan poderoso socorro; ni hay otro nombre dado en la tierra á los hombres, después del dulce nombre de Jesús, del cual se difunda tanta salud á los hombres; porque sobre todos los nombres de los santos, alivia á los que están fatigados, sana á los enfermos, alumbra á los ciegos, penetra á los duros, recrea á los cansados, unge á los luchadores y libra á todos del yugo del demonio. Pues que sea ¡oh Madre mía! este dulcísimo nombre tuyo mi gozo, alegría y fortaleza, y consuelo en la vida y mi esperanza en la hora de la muerte.

Propósitos.—Invocar en todos nuestros peligros con fe y verdadera devoción de buenos hijos el dulce nombre de María.

FESTIVIDAD DE LOS DOLORES GLORIOSOS

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Domínica tercera de Septiembre.)

Sobre los dolores gloriosos de la Santísima Virgen María.

Preludios.—Mira á la Santísima Virgen sufriendo con admirable constancia dolores incomprensibles al pie de la cruz, y pide saber sufrir como Ella para sacar de los dolores la gloria que Ella te enseñó á sacar.

Punto I

Los dolores de la Virgen, gloriosísimos en sus causas.

Considera que el mayor de todos los dones y el más señalado favor con que Dios puede honrar á sus amigos es el martirio. Desde que Jesucristo murió en una cruz, no hay gloria como sufrir por El y con El, porque la mayor prueba de amor que la criatura puede dar á su Dios, es morir por su amor. De ahí se sigue que esa es también la mayor muestra que el hombre puede recibir del amor que Dios le tiene. Y en efecto, Dios no ha podido hacer más que dar su vida en una cruz por nosotros. Pero ¿quién puede gloriarse de haber dado á su Dios esta prueba suprema de su amor más y mejor que María, la Reina de los mártires? Nadie, seguramente, y de aquí que San Bernardo ponga los dolores de la bienaventurada Virgen entre las doce estrellas que componen su gloriosísima diadema. Porque si consideras las causas de esos dolores hallarás que son dos. Primera y principal, el amor singularísimo que tiene á su Hijo, y segunda, que puede lla-

marse causa instrumental, su propio Hijo, ya bajado de la cruz y puesto entre sus brazos, y por consiguiente ningún martirio tan glorioso en sus causas como el de María.

Respecto de la primera causa, considera que de todos los amores, el de los padres á sus hijos es el mayor que existe. Es el que en otro tiempo y sin consuelo, experimentó David con la muerte de su hijo Absalón, aunque éste fuera rebelde y desnaturalizado. Pero el amor de las madres es aún más fuerte y más entrañable que el de los padres, y esto está confirmado por el mismo Dios que queriendo declarar la ternura de su amor á los hombres, lo compara, en Isaías, con una madre apasionada. Y si esto puede decirse de todas las madres en general, muy especialmente debe pensarse de María que ama á Jesucristo, su único Hijo, con un amor más puro, más tierno y más fuerte que el que todas las madres del mundo puedan tener á sus hijos.

Cuatro cosas hacen ver, en efecto, la grandeza de este amor de la bienaventurada Virgen á Jesús: Primera, era el amor de la Madre más perfecta al Hijo más perfecto que haya podido existir. Segunda, como María, en la generación temporal de Jesús, era Madre sin padre, sentía por El el amor paternal y el maternal al mismo tiempo. Tercera, la concepción de este Hijo fué realizada en el seno de la santísima Virgen por obra del Espíritu Santo, que es el amor personal de Dios de un modo singular, y por consiguiente, el amor de esta Madre á su Hijo tenía que ser singular también. Cuarta, á esto has de añadir que como la simpatía produce el amor, este divino Hijo y

su santísima Madre eran en todo semejantes y había entre ellos una unión admirable, que era la causa de un amor tan perfecto, que puede decirse que entre los dos no tenían más que un solo corazón, de tal modo que lo que traspasaba el corazón del uno tenía que penetrar necesariamente el corazón del otro.

Hay que añadir, que María no amaba solamente á Jesucristo como á su Hijo único y natural, sino que además, le amaba como á su Dios, empleando para ello la plenitud de gracia que el Espíritu Santo había derramado en su corazón. Por otra parte, como según dice San Dionisio, el amor perfecto es estático y transporta al amante al objeto amado, el amor de la santísima Virgen á su Hijo, la transportaba fuera de sí, haciendo que no viviera más que en su Hijo, ni respirase más que por su Hijo, y que sufriese lo que su Hijo sufriera, sintiendo en su alma todo lo que veía padecer en su cuerpo sacratísimo á Jesucristo.

Tres diferencias principales, según hacen notar los Santos Padres, se encuentran entre los dolores de la santísima Virgen y los padecidos por los demás santos mártires. Los mártires sufrieron en una carne mortal, pero la Virgen padeció en su alma inmortal y purísima. Además, los demás mártires no sufrían más que en sus cuerpos, á los que odiaban como á una fuente de pecados; la santísima Virgen padecía en la carne inocente é inmaculada de su Hijo, á quien amaba infinitamente más que cualquiera pueda amar á su propio cuerpo, pues sabía que aquella carne estaba hipostáticamente unida al Verbo de Dios. Por último, los demás santos fueron mártires

muriendo por Jesucristo, pero la santísima Virgen lo fué muriendo con Jesucristo, y por eso San Jerónimo no la llama mártir, sino *conmártir*, que es incomparablemente más que ser mártir, pues equivale á participar del martirio de Jesucristo.

Ahora, si consideras la causa instrumental de los dolores de María, verás en primer lugar que el martirio es tanto más doloroso cuanto el instrumento que lo ejecuta es más cruel. ¿Y qué instrumento más cruel podía inventarse para el martirio de María que la Pasión de Jesucristo? Ella fué la cortante espada que traspasó el Corazón de la santísima Virgen, según la profecía de Simeón.

Esa espada, esto es, todo el cúmulo de tormentos que componen la Pasión de Jesús, fué lo que hirió el alma de María, traspasándola, es decir, no dejando la más pequeña parte de su sagrado corazón maternal que no fuese herida por aquella espada. Pero hay más todavía: esa espada no consistió solamente en la Pasión del Salvador, esto es, en sus azotes, en sus clavos, en sus espinas, en la hiel y vinagre, ni en la cruz, sino en la misma persona de su Hijo, bañado en sangre, cubierto de llagas, agonizante, y, por último, muerto entre dos ladrones. Aquel Hijo destrozado, ensangrentado, pálido y muerto en la cruz, fué lo que más dolor causó en María, de tal modo, dice San Juan Damasceno, que si la santísima Virgen le parió en Belén sin dolores, en el Calvario le dió á luz á costa de tormentos inexplicables. ¡Oh Reina de las vírgenes, Madre de mi Dios! ¿Dónde podré encontrar almas afligidas cuyos grandes dolores puedan compararse con los vuestros?

En ninguna parte; porque como el amor que habéis tenido á vuestro Hijo, que es el varón de dolores, no tiene igual, tampoco vuestros dolores pueden tener otros semejantes.

Punto II

Los dolores de María, gloriosísimos por sus circunstancias.

Pondera las circunstancias más sensibles y aflictivas de los dolores de María, y hallarás desde luego que no ha habido dolor como su dolor, y, por consiguiente, ni gloria como su gloria. Considera que en los planes de Dios fué preciso que María asistiese en persona á aquella sangrienta tragedia, obligada á contemplar con sus propios ojos á aquel Hijo amado, cuya grandeza é infinitos méritos conocía tan perfectamente, arrastrado por las calles de Jerusalén con una cuerda al cuello, manchado de salivas, herido por mil oprobios, y clavado, por fin, en un afrentoso patíbulo en medio de dos ladrones. Se vió obligada á oir á los pies de aquel madero todas las injurias, maldiciones y blasfemias que el ingrato populacho y sus verdugos, ebrios de furor, vomitaban contra Jesús.

Agar no fué tan cruelmente tratada, pues cuando se vió en la imposibilidad de socorrer á su hijo, dejóle al pie de un árbol, del que pudo alejarse diciendo que no tenía corazón para ver morir á su Ismael. Cierto es que á Abraham le fué mandado asistir al sacrificio de su hijo Isaac; pero se dispensó de asistir á la madre, de cuyo tierno corazón sólo se pidió el consentimiento, segun dice San Gregorio

Niseno. Mas para María no hubo esas condescendencias, y Dios quiso que estuviera presente al sacrificio sangriento y real, y no figurado, de su Hijo único, mil veces más querido por Ella que Ismael é Isaac por sus respectivas madres. Además de esta circunstancia, hay otra que hacía más aflictiva la presencia de la santísima Virgen al pie de la cruz, y era la imposibilidad en que se hallaba de aliviar en lo más mínimo los tormentos de su querido Hijo.

¡En qué estado se hallaría aquel amantísimo corazón, viendo á Jesús cubierto de sangre y extenuado de fatiga y dolor sucumbir bajo el peso de aquel afrentoso madero! ¡Qué no sentiría luego al ver desnudo y llagado aquel hermosísimo cuerpo, con tanto cuidado tratado por ella, expuesto á todas las miradas de aquel populacho desvergonzado y á todas las molestias de la intemperie sin poder aproximarse á El para cubrirle con su manto! ¡Que aflicción verle cubierto de llagas sin poder vendárselas! ¡Qué dolor al verle inclinar la cabeza sin podérsela sostener, verle llorar y no poder enjugar sus lágrimas, y, por último, expirar sin poder reclinar en su seno la sagrada cabeza!

Pero, sobre todo, ¡habrá quien pueda expresar el dolor inmenso de María, al oirle decir: «Sed tengo», y ver que sus enemigos, en vez de aplacarla con agua, le daban en una esponja hiel y vinagre! Pero todavía, aunque esto excede toda comprensión humana, hubo de sufrir más, cuando, al recomendarla al discípulo amado la llamó «mujer» en vez de madre, que fué lo mismo que decirle: Ahora

vas á perder temporalmente á este Hijo único y natural objeto de tus amores, el que sólo puede consolarte; pero resígnate á tener en su lugar á uno de sus discípulos, esto es, á un hombre que tendrá cerca de ti el lugar que hasta ahora ha tenido tu hijo, que es Dios.

Después de esto, ¿crees que aquí terminaron los dolores de María? Te engañas, porque aún le quedó que sufrir otro más acerbo, que fué el ver á su Hijo muerto, traspasado con la lanza del Centurión que atravesó al mismo tiempo el corazón de María, para que sus dolores no terminaran con los de su Hijo.

Para penetrarte de tan acerbo dolor, di á la Virgen santísima con San Bernardo: «Entonces fué ¡oh Madre la más afligida de las madres! cuando la espada profetizada por Simeón atravesó vuestra alma. Cuando esta lanza cruel atravesó el costado de vuestro Hijo, su alma no se hallaba ya en su cuerpo, pero sí la vuestra; por eso no fué El, sino Vos, quien sintió el dolor de ese último golpe, á fin de que pudiéramos decir que el martirio de vuestra compasión sobrepujó en duración al martirio de la Pasión de vuestro Hijo».

Punto III

De la participación de los dolores de María santísima.

Considera á la más afligida de todas las madres, á quien no se había permitido acercarse á su Hijo vivo para aliviar sus penas, cómo lo tiene ahora en su regazo después de muerto, á fin de que continúe y aumente su dolor con el objeto más aflictivo que ante los ojos de una madre se puede presentar.

Esto te enseña que debes imitar á la santísima Virgen, principalmente en tres cosas: en subir como ella y con ella al Calvario; en colocarte al pie de la cruz de Jesucristo y mantenerte allí en pie, esto es, con valor y con constancia; y por último, en participar por la fuerza del amor de la cruz del Salvador y reflejar en todo tu sér la imagen de un Dios crucificado, que es el modelo de todos los predestinados.

San Pedro ni tenía aún la plenitud del Espíritu Santo, ni sabía lo que se decía, según San Lucas, cuando aseguraba que estaba bien en el monte Tabor; porque las glorias y goces del Tabor están reservadas para la eternidad, mas durante la vida es necesario subir con Jesús y María al Calvario. Dios, dice San Jerónimo, no tiene dos paraísos que darnos, y por tanto el que quiere tener su paraíso en la tierra renuncia al del cielo. Hay, pues, que cosechar la mirra en el Calvario con todos los predestinados, dejando el falso Tabor del mundo, con sus falsos resplandores y sus prosperidades engañosas, para herencia de los réprobos.

Toma puesto con la Virgen María y todos los bienaventurados al pie de la cruz, y allí, abriendo los ojos de la fe, dirige una mirada amorosa al autor y consumador de tu salvación, en el estado en que se propone como tu modelo. Escucha la voz del Padre que te dice que imites el ejemplo que te ha sido mostrado en el monte. Mira á todos los santos, que obedientes á esa voz se colocan todos en el Calvario al pie de la cruz; y allí con el pincel en la mano, trabajan incesantemente en copiar á Jesucristo crucificado, persuadidos de que

los cristianos en esta vida no tienen otro oficio que el de hacer crucifijos en sí mismos, según la doctrina de San Pablo.

Mira si has adelantado mucho en esa obra y piensa que tienes, hace diez ó veinte años, el pincel en la mano, que Dios te ha suministrado el lienzo, dándote un alma inmortal, y Jesucristo nos ofrece los colores con su preciosísima sangre. ¿Has copiado durante ese tiempo en tu alma, reflejándolas en tus costumbres, la paciencia, la dulzura, la pobreza, la mortificación, en una palabra, todas las grandes virtudes que aparecen con caracteres resplandecientes de sangre sobre Jesucristo crucificado?

Piensa que el empleo especial de un cristiano debe ser ocuparse en este estudio profundo, cuyas enseñanzas debes grabar en tu corazón, para que habiendo llevado en esta vida la imagen de sus dolores, puedas en la otra recibir la semejanza de su gloria.

Coloquio.—¡Oh madre del amor y del dolor! Veo por ti misma que no hay cosa más gloriosa que sufrir al lado de la cruz contigo, porque por ese dolor se llega á la gloria de imitarte y de ser soldado de quien por la cruz venció y salvó al mundo. Yo no quiero ya gloriarme sino en ser hijo de la cruz y de tus dolores. Haz, madre mía, que yo sepa sufrir con gloria como tú, para que mis penas y trabajos me produzcan, á imitación tuya, un peso inmenso de gloria eterna.

Propósitos.—Amar cada día más y más la cruz porque en ella está la gloria, la salvación y el triunfo de nuestros enemigos.

FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO ROSARIO

(Dominica primera de Octubre.)

Sobre la devoción al santísimo Rosario.

Preludios.—Represéntate en el cielo á María santísima en su trono de gloria, acogiendo con bondad los homenajes que se la tributan con el rezo del santo Rosario, cuyas oraciones son como otras tantas preciosas coronas que los ángeles depositan á sus pies, y pide tú ofrecerle todos los días esta hermosa devoción con el afecto y piedad de un buen hijo.

Punto I

Qué sentimientos debe hacer nacer en nosotros el rezo del santo Rosario.

Considera, en primer lugar, que el título de reina del santo Rosario con que es honrada la santísima Virgen, trae á nuestra mente los más conmovedores recuerdos de nuestra fe, pues el santo Rosario es como un memorial de los diferentes misterios de amor, de dolor y de gloria que Jesucristo realizó por nosotros y en los que la Virgen María tuvo tanta parte.

En la primera de las tres partes de que consta el santo Rosario, te hace considerar sucesivamente á la excelsa Señora, como madre de Jesucristo, como instrumento de sus primeros beneficios en la casa de Zacarías, como trono del Hijo de Dios á quien lleva al templo para ofrecerle al Eterno Padre, y á quien busca y encuentra también en el templo para enseñar á los hombres dónde han de hallar á Jesucristo.

En la segunda parte te recuerda al Salvador del mundo sudando sangre en el Huerto, azotado y coronado de espinas en el Pretorio,

llevando el pesado madero de la cruz en la calle de la Amargura y crucificado en las cumbres del Calvario, moviéndote á compasión á la vista de los dolores de Jesucristo, de que participó el corazón amorosísimo de tan tierna Madre y excitando en ti el aborrecimiento del pecado que fué la causa de la Pasión de Jesús.

Recuérdate la tercera y última parte del santo Rosario, la gloriosa resurrección de nuestro adorable Redentor, su majestuosa Ascensión á los cielos, la venida del Espíritu Santo y el glorioso triunfo de María en su Asunción y al ser coronada por la santísima Trinidad como reina de todo lo creado.

Piensa que en cada una de esas partes hay diferentes y muy santos pensamientos; de confianza y de amor la primera; de dolor y arrepentimiento de tus pecados la segunda, y de aliento y excitación para que te ejercites en la práctica de todas las virtudes, la tercera.

Con estos sentimientos debes rezar el santo Rosario, que es como el resumen y compendio de todo lo que puede obrar muy poderosamente en tu corazón para afirmar en él el imperio de Jesús y de María. Procura, pues, penetrarte de esos sentimientos que tantos misterios de amor deben despertar en tu alma.

Punto II

Gracias que deben esperarse del rezo del santo Rosario.

Considera á este propósito, que si el rezo del santo Rosario es el más propio para excitar en ti los sentimientos de amor y de grati-

tud que debes á Jesús y á María, te ofrece al mismo tiempo un medio poderosísimo de salud y de santificación. ¡Cuántas victorias se han conseguido, qué de peligros se han evitado, cuán innumerables las gracias que se han obtenido con ayuda de esta devoción saludable!

A poco que lo consideres verás que no puede suceder de otra manera, porque siendo la oración la palanca más poderosa para forzar, por decirlo así, las puertas del cielo y el medio más eficaz para conseguir el favor de Dios, en los asuntos espirituales y aun en los temporales, en la proporción y medida que más convenga al fin último para que fué criado el hombre, en el Rosario se encuentra además de la sublimidad de la oración mental por los santos recuerdos que evoca, todas las excelencias de la oración vocal, pues se compone de las tres plegarias más hermosas que pueden existir. Del Padrenuestro, que brotó de los labios del Hijo de Dios hecho hombre; del Ave María, salutación que el arcángel San Gabriel aprendió en los cielos para felicitar á Nuestra Señora y añadida por la Iglesia para impetrar la protección de la Madre de Dios, y del *Gloria*, cántico de los serafines ante el trono del Eterno.

No es, pues, de extrañar que esta celestial devoción haya salvado al mundo de la herejía albigense y de la esclavitud musulmana, ni hay para qué admirarse de las infinitas conversiones que ha obrado, ni de las gracias de todo género que ha derramado, y derrama, sobre los que, con las debidas disposiciones, lo rezaron y lo rezan.

Corona de María es llamado el santo Rosa-

rio, y esta expresión metafórica da la medida más aproximada del agrado con que ha de ser recibido por María, pues siendo la corona el emblema del don más estimado que pueda recibir una persona, con relación á ese don ha de ser la recompensa que por él recibas, cuando la encargada de dártela es la Reina de cielos y tierra, y por añadidura, Madre amantísima tuya.

¿Qué madre niega á su hijo lo que éste le pide humildemente para su bien? ¿Acaso al hijo que pide pan, su madre tierna y amorosa le castigará con enojo? Seguramente que no; y tratándose de María, la más amorosa y tierna de las madres, ¿cómo puedes dudar de que te concederá lo que cincuenta veces repetidas le pidas, si lo que le pides ha de ser para tu verdadero bien?

Piensa que, según autorizadas opiniones, el rezo diario del santísimo Rosario, con las debidas disposiciones, puede confiadamente tomarse como señal de predestinación para la gloria, y aunque sólo esto obtuvieras de tan hermosa y sublime devoción, ¿no podrías tenerte por suficientemente recompensado?

Pero aun en orden á los intereses temporales, la devoción del santo Rosario es decisiva para obtener aquellos que sean compatibles con la salvación de las almas. San Juan de Dios, siendo soldado, se vió en un grave peligro de muerte por haber abandonado tan santa devoción, pero fué libertado de él así que invocó á la Santísima Virgen, que se le apareció reprendiéndole su olvido y asegurándole su protección si volvía diariamente á tan piadosa práctica. Reza, pues, todos los

días el santo Rosario con las debidas disposiciones y con los sentimientos que requiere cada una de sus partes, y ten por seguro que serán innumerables las bendiciones y favores que atraerás sobre tu alma y aun como remedio de tus necesidades materiales por medio de tan excelente oración.

Punto III

El rezo del santo Rosario motivo de consuelo á la hora de la muerte.

Considera que la Providencia divina que cuida de las aves del cielo, de los peces en el mar y de las florecillas en el campo, tiene un cuidado más especial del hombre, al que asiste por sus ángeles y auxilia por medio de sus santos, sobre todo en las grandes tribulaciones. Reina de los ángeles y de los santos es María santísima, Madre de los pecadores y consuelo de los afligidos; mira, pues, cuánto te importa tenerla de tu parte en todas tus angustias, y muy especialmente en el duro trance de la muerte.

Anticípate á él con el espíritu y contémplate entre los estertores de la agonía. ¡Qué de dolores en lo presente! ¡Qué de temores y zozobras respecto de lo por venir! Próximo á comparecer ante el Juez supremo, ¿qué podrás decirle en tu descargo? ¿Quién se encargará de defender tu causa si no tienes siquiera, entre tantas malas, alguna obra buena en que pueda basarse tu defensa? ¿Quién intercederá por ti si no supiste con tiempo granjearte amigos en el cielo, en previsión de lo que pudiera ocurrirte en tan tremendo trance?

Estas reflexiones son muy bastantes para que comprendas la importancia temporal y eterna que tiene el rezo diario del santo Rosario, y la conveniencia de rezarlo en familia á modo de consagración de todos sus individuos á la Santísima Virgen; porque siendo María Reina de los ángeles y de los santos, teniéndola propicia puede decirse que tienes á todo el cielo en tu favor, pues no han de oponerse tan buenos súbditos, como son los del cielo, á los deseos de su soberana, y si Esta te distingue con su protección, te tendrán en grande estimación todos los bienaventurados. Además, es María la Madre del que te ha de juzgar, es decir, la mejor y más influyente mediadora que un reo pueda encontrar para ablandar á su Juez, y así por muchos y muy grandes que sean los crímenes de un hombre, no habrá juez que no se incline á la misericordia, si aquel hombre puede decirle: Soy, efectivamente, un gran criminal, pero siempre he honrado y reverenciado á vuestra madre y ella misma viene á deponer en esta causa en favor mío, ¿cómo no se ha de ablandar Jesucristo que tanto ama á su Madre, y que, por añadidura, nos la dió á los hombres como Madre nuestra, precisamente para que nos defendiese y amparase en la vida y en la muerte?

¿De cuánto consuelo no te servirá, pues, en la hora de la muerte haber practicado una devoción que tan grata es á la Santísima Virgen, según la misma Señora lo ha repetido muchas veces en innumerables apariciones? Ten por seguro que la Reina de los ángeles y de los santos confortará tu espíritu en aquel

supremo trance con la luz de la fe, con la dulce aurora de la esperanza y con el fuego suavísimo é inextinguible de la caridad. Si estás bien dispuesto para la muerte, aumentará tus buenas disposiciones, y si, por desgracia tuya, no lo estuvieras, la excelsa Señora hará nacer en tu alma tales sentimientos de contrición, que por sí solos bastarán á suplir las disposiciones que te falten.

Ejemplos mil hay de enemigos de la Iglesia que obtuvieron en los últimos momentos de su vida la gracia de la conversión, sólo por no haber dejado de rezar el santo Rosario, más que por devoción, por no abandonar una costumbre adquirida desde la infancia. Y si una práctica piadosa tan imperfectamente ejecutada produjo conversiones tan maravillosas, ¿qué no ha de poder esperar en la hora de la muerte el que la practica con las debidas disposiciones, entre la que es la principal el horror al pecado y el decidido propósito de salir de él, si en él, por desgracia suya, hubiera caído?

Coloquio.—Me postro á vuestros pies, ¡oh bienaventurada Virgen María! para ofreceros los homenajes de veneración, de amor y de gratitud que os son debidos, y para pediros perdón de las negligencias y tibiezas de que me he dejado llevar en el rezo del santo Rosario. Dignaos, ¡oh Madre mía! darme la piedad y el fervor necesarios para recoger todos los frutos que van unidos á tan santa devoción. Que así como vuestro rosario es para Vos la más hermosa corona de gloria, la joya más preciosa con que vuestros hijos pueden ceñir vuestras sienes, así sea siempre la dulce cadena de mi voluntad para con Vos; que sea el áncora de mi esperanza; que sea mi consuelo en las penas y trabajos, y la prenda segura de vuestro amor y de mi predestinación.

Propósitos.—Inquebrantable resolución de rezar, y á ser posible en familia, según la antigua costumbre española, el santo Rosario todas las noches.

FIESTA DE LA MATERNIDAD

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Dominica segunda de Octubre.)

De la divina maternidad de María Santísima.

Preludios.— Contempla a la Virgen Santísima en un trono esplendoroso de gloria, vestida del sol, coronada por doce estrellas, la luna es el escabel de sus plantas, y los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres la aclaman por su Reina y Señora, por Madre de Dios y de los hombres. Pídele que se muestre siempre madre tuya en la vida y en la muerte.

Punto I

Que la Virgen Santísima es verdaderamente Madre de Dios.

Considera que la Virgen santísima, nuestra Señora, es real y verdaderamente Madre de Dios, y no sólo Madre de Cristo, nuestro bien, en cuanto hombre, según enseñó el pérfido heresiarca Nestorio; porque en la persona adorable de N. S. Jesucristo andan tan juntas la divinidad y la humanidad santísima, que no es posible separarlas, por constituir ambas una sola persona, la persona del Verbo humanado; y así, al ser nuestra Señora Madre de Jesucristo, Madre es, no sólo del Hombre, sino de Dios, y como Madre de Dios hemos de reverenciarla y amarla.

Considera con cuánto gozo, y con qué profundos y tiernísimos sentimientos de gratitud, reverencia y amor saluda la Iglesia entera á

nuestra Señora, como la saludaron los PP. del santo Concilio de Efeso, diciendo: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros», y repiten todos los días, muchas veces, aunque no tantas como merece tan excelsa Señora, los cristianos en todas las partes del mundo, protestando de este modo de su firmísima fe en la divina maternidad de la Santísima Virgen, y contra todos los herejes é infieles que niegan á la Reina de ángeles y hombres tan hermosa prerrogativa.

Considera que en esta dicha prerrogativa de Madre de Dios se cifra la mayor grandeza que es dado imaginar; pues la Virgen, nuestra Señora, por ser tal Madre de Dios, tiene una dignidad, en cierto modo infinita; como infinito es Dios que es su Hijo. Y así, cabe afirmar, no sólo sin irreverencia, sino con certeza y exactitud, que ni el mismo Dios, con ser, como es, omnipotente, puede hacer cosa mejor, ni encumbrar á ninguna criatura á más excelsa dignidad que esta de Madre de Dios á que exaltó á la Virgen María. Pudo Dios crear un universo más grande y más hermoso que éste que creó; pudo hacer á la misma Virgen santísima más perfecta en su sér natural, y aun en su sér sobrenatural, concederle mayores gracias que las que le concedió, pero lo que es en esta dignidad de Madre de Dios no cabe ni el aumento de un quilate; en ella se ha agotado el poder divino, y no hay más allá. ¡Oh grandeza incomprensible de María! ¡Oh dignidad, á la que ya no puedes llamar alta, ni más alta, ni altísima, sino verdaderamente suprema, única, infinita como infinito es el Hijo que la da! ¡Oh cumbre de las

perfecciones, que desde la tierra se levanta hasta el trono de la Trinidad Beatísima! Ahora comprenderás por qué la Sagrada Escritura nos presenta á María ceñida del Sol, y calzada de la luna, y por otro lado nos dice que su divino Esposo «la hará sombra»; aquella luz tan grande, significada por el sol y la luna, es la de esta dignidad inenarrable, y esta sombra que «le hace su Esposo» es la del misterio que envuelve á la misma dignidad soberana. ¡Oh Dios, que tan grande hiciste á María! ¡Oh María, á la que hizo Dios tan excelsa! Dame, oh Señor, luz de fe para entender este misterio, y fuego de caridad para encenderme en tu amor, y ¡oh Señora! pídele á tu divino Hijo que abra mis ojos á esa luz, y encienda mi corazón en ese fuego; porque sin la gracia divina ni la luz se ha de encender, ni se ha de prender la lumbre, y sin la intercesión de María, es imposible que se me conceda la divina gracia.

Punto II

En qué consiste la divina maternidad.

Considera que la divina maternidad es prerrogativa tan eminente que sólo podemos, no explicarla, ni comprenderla, puesto que es incomprensible, pero sí entrever algo de ella, comparándola con la misma divinidad. La divina esencia es ese poder fecundo con que Dios eternamente produce, el Eterno Padre al Hijo Eterno, y ambos al Espíritu Santo que por la eternidad reina con el Padre y con el Hijo, siendo las tres inefables personas un solo Dios verdadero. Pues la divina maternidad es

también un poder fecundo, cuya fecundidad se manifiesta, como la de Dios, en dar á luz á una persona divina; porque el Verbo humanado, Cristo nuestro bien, es verdadero Dios.

¡Oh gracia incomparable! ¡Oh gracia por encima de todas las gracias! ¡Oh grandeza, comparada con la cual son bajezas y miserias las grandezas todas! ¡Oh criatura humana, que por este atributo de la maternidad, haces en el tiempo lo que en la eternidad hace Dios, y siendo criatura, produces al Creador, y siendo hija de hombre llegas á Madre de Dios!

Pero considera que el Eterno Padre produce á su Hijo unigénito, y Padre é Hijo producen al Espíritu Santo; porque tal es la naturaleza divina; nada hay en ello de extraordinario. Pero en María semejante operación es sobrenatural y extraordinaria, sobre toda ponderación sobrenatural, porque Ella de su naturaleza es criatura, y ¿cómo la criatura ha de dar vida al Creador? ¿Cómo el efecto ha de ser causa de la que es su causa? ¿Cómo lo finito ha de engendrar lo infinito? ¿Lo mortal á lo eterno? ¿Lo perecedero á lo que no puede perecer? Nada de esto puede acontecer naturalmente, sino por modos singularmente extraordinarios, por un prodigio, para cuya explicación no basta decir que fué obra de la omnipotencia de Dios, sino que es menester añadir que esta omnipotencia fué toda ella empleada en causarlo, que se agotó, por decirlo así, en El, y que ya no cabe hacer otro mayor. ¡Oh privilegio superiorísimo á todos los privilegios! ¡Oh María, yo me abismo y me confundo en la consideración de tu digni-

dad! ¡Yo quisiera tener entendimiento de ángel para ver algo más claro en ese océano de luz de tu gloria! ¡Eres Madre de Dios! ¡Eres fecunda como Dios! ¡Como el Padre Eterno engendró á su Hijo unigénito, engendraste tú al tuyo, y tu Hijo y el Hijo del Padre, son uno mismo, son el Hijo de Dios!

Punto III

Cómo Dios es glorificado por la maternidad divina.

Considera cómo María es deudora á las tres divinas personas del glorioso título de Madre de Dios. El Padre Eterno le comunica realmente su divina fecundidad, el Hijo le da realmente su propia persona; el Espíritu Santo la llena realmente de gracias incomparables, y le da el poder de producir un Dios y de ser la Madre de Dios. Y ella de su parte, en el colmo de la grandeza, da al Padre un cetro y un imperio sobre su Hijo que antes no tenía; al Hijo, un cuerpo que le sirve para hacer prodigios de poder y de bondad, y al Espíritu Santo una fecundidad divina y una autoridad sobre el Hijo de Dios que antes no podía tener.

Pero para aumentar nuestra devoción y amor hacia María, hemos de considerar que todos esos fulgores de gloria se reflejan sobre nosotros para colmarnos de honor, de ventura y de consolación, ya que es imposible que se encuentre una sola alma que no arda en amor de María si considera estos misterios. ¿Qué ha recibido la Virgen santísima que no sea para nosotros? Si es madre de un hijo Dios, ¿acaso ese hijo Dios no nos lo da Ella totalmente á

nosotros? Y al darnos á ese hijo Dios, ¿no nos da más que si nos diera todas las riquezas del mundo? Y lo que no puede menos de llenar el corazón de gratitud: cada uno de nosotros puede considerar las veces que de María lo ha recibido, porque cuantas nos hemos llegado á la sagrada comunión, otras tantas se lo debemos á María, nuestra Madre, que lo revistió de carne para darnos el medio de que pudiese ser nuestro alimento y vida. No es esto sólo. Si el Hijo da á María su propia persona, ¿por qué le recibe Ella si no es para dárnosla á nosotros? Si le viste de carne mortal y le hace capaz de morir, y de enternecerse y llorar sobre nuestras miserias, ¿no es, acaso, por nosotros también? Y cuando se considera que nos da todo eso, no en cuanto nace eternalmente del seno del Padre, sino en cuanto nace del de María, y que en él encuentro á mi Salvador, Redentor, Maestro, camino, verdad y vida, ¿cómo no exclamar: ¡Oh Virgen María! quién podrá explicar cuánto te debe la naturaleza humana por haberla sublimado infinitamente, dándole de tu substancia un Salvador? Y si el Espíritu Santo le da una divina fecundidad, ¿para quién son los frutos de ese seno virginal? Toda la Iglesia lo dice: *Propter nos homines*. Por nosotros, hombres pecadores y gusanos de la tierra, por nosotros Ella lo dió á luz, y lo alimentó y vistió. Y si comprendiésemos qué abundancia de bienes se encierra en los sacrificios de María por nosotros, no habría corazón ninguno que no se ablandase á los rayos de su amor como blanda cera. Después de tantos beneficios, no se debía encontrar en el mundo quien, llevando el nombre de cristiano, no

profesase singular afecto de gratitud y de amor hacia María, Madre de Dios.

Coloquio.—Dios te salve, ¡oh Señora admirable! y después de Dios entre todos los santos santísima, que con virginidad de Madre y con maternidad de Virgen maravillosamente engendraste á Jesucristo, Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Santo, tú recámara gloriosa de la santísima Trinidad. Por tu Hijo, Señora, vive la redondez de la tierra; contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las almas de los finados. Inclina, Señora y fiel abogada mía, los ojos de tu misericordia á este tu vil siervo, é impétrame entero perdón de mis culpas, y la perfecta abnegación y mortificación de mis vicios, y un corazón puro, humilde, benigno y herido del amor de tu dulcísimo Hijo, para que El more y descanse en mí, y yo sea contado entre los hijos que tú como Madre amas, enseñas, enderezas y amparas, pues después del Señor tú eres y siempre serás la esperanza y suave consuelo de mi alma.

Próposito.—Acuérdate siempre que eres hijo de la Virgen y no hagas nada indigno de tan gran Madre y Señora.

10 DE OCTUBRE

Festividad de San Francisco de Borja.

Preludios.—Imagínate ver á este humildísimo santo, antes tan grande en el mundo, sirviendo en los más bajos oficios domésticos, ó postrado con maravillosa modestia á los pies de todos, y pide aprender de él á ser verdaderamente humilde de corazón.

Punto I

Humildad de San Francisco de Borja.

Considera que Borja era un gran señor de la primera nobleza de España, el cual por amor de Cristo y por seguir la voz de la gracia que

lo llamaba á una vida perfectísima, se anonadó y humilló á sí mismo, renunciando la corte, las grandezas y dignidades del siglo, para entrar en la más humilde religión que entonces había, en la naciente Compañía de Jesús. Cuanto había amado los honores mundanos, si es que alguna vez los amó, otro tanto los aborreció y despreció después que conoció los tesoros que se encierran en la cruz de Cristo. Cuanto había sido grande, otro tanto se abatió, considerándose siempre como basura y queriendo ser tratado como el mayor pecador del mundo. Empleaba las dos primeras horas de su oración en el conocimiento y desprecio propio, y en concebir odio contra sí mismo. Se tenía por un condenado que había salido del infierno y que estaba todavía ennegrecido del humo de aquellas llamas. Se maravillaba cómo podían tolerarle sobre la tierra. Todo cuanto veía y oía era para él otras tantas lecciones de humildad. Cuando viajaba, solía decir, que llevaba siempre un criado delante, que le preparaba el hospedaje, y este era el conocimiento de sí mismo. Se consideraba puesto á los pies de Judas, pero llegando en la meditación á la última noche de la cena, y viendo que en este lugar estaba próximo al Señor, se tuvo por indigno de ello, y exclamó: «¡Ay de mí! Yo no encuentro otro lugar donde meterme más que en el infierno. Es demasiado honor para mí el estar á los pies de Judas; debo ponerme á los pies de Luzbel». ¿Tienes tú estos sentimientos de humildad? ¿Piensas que no hay lugar ó empleo sobre la tierra que no sea para ti demasiado honroso? ¿Desprecias los honores como los despreciaba este santo, quien tenía

todo su consuelo en hacer aquello que le hacía despreciable á sus ojos?

Punto II

Pobreza de San Francisco de Borja.

Era el duque de Gandía un magnate del siglo y que poseía grandes riquezas. Pues pondera con qué generosidad, abandonando su ducado y todas sus grandezas, se abrazó con la pobreza de Jesucristo. Luego que se hizo religioso no manejó ya jamás ni plata ni oro, ni hubo mendigo más pobre que él. No había una cosa más miserable que su lecho, su vestido, su comida y su aposento; y si puede excederse alguien en el amor á la virtud, se puede asegurar que Borja se excedía en el que tenía á la pobreza. Cuando iba de puerta en puerta pidiendo limosna, se tenía por muy dichoso si le daban un pedazo de pan, el que comía con un placer increíble. Muy difícil es para aquellos que han vivido en la abundancia sobrellevar la pobreza, mas esta era el consuelo único de San Francisco, quien siguió maravillosamente el ejemplo de Jesús, que fundó su Iglesia sobre la pobreza, dando á los pobres el primer lugar en la predicación de su Evangelio y consagrando para ellos la primera de las ocho bienaventuranzas. Mas ¡ay! qué pocos son los que imitan á San Francisco en su amor á la santa pobreza. ¡Cada cual busca sus intereses, dice el Apóstol, y no los de Jesucristo! ¡Vino nuestro divino Maestro desde el cielo á la tierra para enseñarnos con su ejemplo y doctrina cuánto vale el tesoro de la pobreza: mas no hay quien quiera ven-

der lo que posee para comprar este tesoro! ¡Llamamos bienaventurados á los pobres, y el que es pobre se tiene por infeliz! Examina tu corazón y mira si está apegado con exceso á las cosas terrenas. Si así es, está seguro de que no llegarás á la perfección que Dios pide de ti, porque el primer paso para ella es el desasirse de todo lo criado para no amar más que á Dios, y á todas las cosas por Dios.

Punto III

Abnegación y mortificación de San Francisco de Borja.

San Francisco de Borja, por su nacimiento y por su estado, parecía que estaba obligado á tomar parte en los placeres del mundo; pero admira lo que es la santidad; aun en el siglo se privaba hasta de las satisfacciones más inocentes. Si por su destino tenía que ir á la corte, ó á cualquier festín y regocijo, joven como era y caballero, se ponía el cilicio á raíz de la carne: cuando era virrey de Cataluña tenía una cajita, y en ella encerraba, no sus joyas y piedras preciosas, sino sus cilicios y sus disciplinas, y los paños con que enjugaba la sangre que salía de las llagas que se hacía con los azotes. Y esta fué la única cosa que de todos sus tesoros llevó para sí á la religión, y de la que se sirvió hasta su muerte. No se puede bastantemente explicar el aborrecimiento que tenía á su cuerpo; le trataba como á su mayor enemigo, y tenía por amigos á cuantos le maltrataban: el sol ardiente del estío, el frío, la nieve y lluvias del invierno; los dolores más agudos, y las enfermedades,

y hasta los que le perseguían y afligían, eran los objetos más caros de su amor y de su gratitud. Las medicinas más amargas las gustaba y las saboreaba con deleite, y solía decir que no moriría contento si la muerte le cogiese en un día en el que no hubiese hecho alguna penitencia.

Era muy de Cristo, y los que son de Cristo crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias. ¿Tienes tú la carne crucificada con Jesucristo? ¿No eres del número de aquellos que hacían llorar á San Pablo, por ser enemigos de la cruz de Jesucristo, y no tener otro Dios que á su vientre? ¿Consideras á tu cuerpo como á tu mayor enemigo? ¿No sacrificas tus pensamientos y deseos á esta profana divinidad? ¿Qué penitencia haces? ¿Con qué espíritu? ¿Con qué fervor y por cuánto tiempo?

¿Y quién podrá explicar y concebir las gracias de que Dios llenó el corazón de Borja por estar desnudo de sí mismo, y del afecto de todas las criaturas? San Pablo decía, que Dios glorificó á su Hijo y le dió un nombre sobre todo nombre, porque se humilló, y se hizo obediente hasta la muerte. No dudes, pues, que este mismo Señor colmará de gloria, de bienes y de espirituales consolaciones á aquel que por su amor se privó de las temporales. Mira, si no, cómo enriqueció de gracias en el tiempo de su vida á San Francisco de Borja; lo elevó al más alto grado de contemplación, de tal modo, que las horas que pasaba en oración le parecían minutos. Admira cómo le ensalzó después de su muerte, colocándole en un trono de altísima gloria entre sus santos.

Alma cristiana, humíllate y Dios te levanta-

rá; renuncia á todos los bienes del mundo, y Dios te dará todos los tesoros de su gracia; mortifica tus inclinaciones, y colmará tu corazón de espirituales consuelos. Humilla tu soberbia; arranca de raíz tu orgullo; trabaja por hacerte como si nada fueras á tus ojos, y no quieras otra cosa más que parecer también nada á los ojos de los hombres. Este es el modo de llegar á ser pronto perfecto; de adquirir todas las virtudes; de gustar las alegrías del paraíso, y de ganar la corona de la gloria que Dios tiene preparada á los que se humillan en su presencia.

Coloquio.—Alcánzame del Señor, oh santo gloriosísimo, espejo de humildad y de todas las virtudes, el propio conocimiento: así sabré alentarme y despreciarme como tú, así lo abandonaré todo, incluso á mí mismo, por ganar á Jesucristo, y podré llegar al grado de perfección que Dios N. S. pide de mí. Consígueme la gracia de grabar en mi corazón la imagen de Cristo crucificado, para que muriendo como tú á mí mismo, al mundo, al demonio y á la carne, solamente viva para Dios y para mi santificación y salvación.

Propósitos.—Imitar la profundísima humildad de este santo glorioso.

FIN DEL TOMO QUINTO

ÍNDICE

SEPTIEMBRE

PROSIGUEN LAS MEDITACIONES SOBRE LAS PARÁBOLAS DE CRISTO N. S., Y SUS APLICACIONES

1 *Parábola del sabio que edificó su casa sobre piedra, y del necio que la fundó sobre arena.* . . 5

I. Explicación de la parábola.—II. Los flacos en la virtud edifican sobre arena.—III. Los sabios y perfectos levantan el edificio de su perfección sobre piedra viva.

2 *Sobre la debilidad ó solidez de las virtudes.* . . 11

I. De la debilidad y flaqueza de las virtudes.—II. De la fortaleza y robustez de las virtudes.—III. De la diferencia entre la sólida y la falsa virtud.

3 *Parábola del buen grano y la cizaña.* 20

I. Explicación de la parábola.—II. "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene tanta cizaña?„—III. "Dejad crecer el trigo y la cizaña hasta el tiempo de la siega.„

4 *De la compañía de los justos con los pecadores.* . 29

I. Debemos vivir entre los malos sin contaminarnos.—II. Podemos tratar con los malos para buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.—III. Podemos vivir entre los malos evitando sus malos ejemplos.

5 *Parábola del grano de mostaza.* 38

I. Explicación de la parábola.—II. de la grandeza y

magnificencia del árbol de la parábola.—III. De la dilatación y extensión de las ramas del árbol de la parábola.

6 *Sobre el aprecio y estima de las cosas pequeñas*.. 46

I. Cuánto daño se sigue de menospreciar las faltas pequeñas.—II. Bienes grandes que se siguen de hacer mucho caso de cosas pequeñas.—III. Del gran mérito que se encierra en practicar actos de virtudes al parecer insignificantes.

7 *De la perfección cristiana en toda clase de estados*. 55

I. Es posible y obligatoria la santificación en toda clase de estados.—II. La Providencia del Señor exige nuestra santificación en cualquier estado.—III. La gracia de Cristo pide nuestra santificación en cualquier estado en que el Señor nos haya puesto.

8 *Fiesta de la Natividad de María Santísima*. . . 65

I. Nacimiento de María.—II. De algunas circunstancias de este glorioso misterio.—III. De las gracias con que el Señor adornó en su natividad á la Virgen santísima.

9 *De la verdadera devoción á la Virgen Santísima*. 73

I. Del nacimiento de la Virgen santísima por la devoción, en nuestros corazones.—II. De la verdadera devoción á la Virgen santísima.—III. Motivos de nuestra confianza en María santísima.

10 *Parábola del mercader que buscaba perlas*. . . 82

I. De cómo todos los hombres buscan en el mundo perlas preciosas.—II. Cómo se buscan estas perlas preciosas.—III. De otra perla más preciosa hallada por muy pocos.

11 *Del infinito valor de la perla de nuestra alma y de la salvación*.. 89

I. Sobre el valor de nuestra alma.—II. Del valor de la salvación de nuestra alma.—III. Cómo se adquiere la perla preciosa de la salvación.

12 *Parábola del Pastor que busca la oveja perdida.* 96

I. Del Pastor divino de las almas.—II. De cómo el buen Pastor, hallada la oveja perdida, pónela sobre los hombros, y la trae á su redil.—III. Del gozo que hay en el cielo por un pecador que se convierte.

13 *De la bondad y amor de Jesús para con los hombres.* 103

I. De la misericordia de Jesús en buscar al pecador.—II. De la bondad y amor de Jesús para con los pecadores.—III. De los afectos de amor y de confianza, frutos de esta divina parábola.

14 *Festividad de la exaltación de la Santa Cruz.* . 112

I. La cruz es la bandera de los predestinados.—II. Hay que recibir la cruz que el Señor nos manda con fe viva, respeto y agradecimiento.—III. Debemos llevar la cruz con valor, alegría y perseverancia.

15 *Parábola del buen samaritano.* 120

I. Del hombre robado y herido.—II. Del buen samaritano.—III. De otras obras de misericordia del buen samaritano.

16 *Del amor al prójimo representado en el buen samaritano.* 126

I. Del precepto del amor al prójimo.—II. De las reglas del amor del prójimo.—III. De la práctica de la caridad para con el prójimo.

17 *Parábola del siervo que debía diez mil talentos.* 135

I. Primera parte de la parábola.—II. Segunda parte de la parábola.—III. Conclusión de la parábola.

18 *Del perdón de las injurias.* 143

I. Motivos para perdonar á los enemigos.—II. "Perdonad y seréis perdonados."—III Pretextos para no perdonar las injurias.

19 *Parábola del mayordomo infiel.* 152

I. Quién era el hombre rico, y quién el mayordomo.—

II. De la cuenta que pidió el Señor al mayordomo.—III. De la conclusión de la parábola.

20 *De la limosna.* 159

I. Obligación de la limosna.—II. Materia de la limosna.—III. Premios de la limosna.

21 *Parábola de la viña.* 169

I. De la providencia de Dios con su Iglesia y con las almas figuradas por esta viña.—II. De la horrible ingratitud de los criados para con su amo y señor de la viña.—III. Conclusión de la parábola.

22 *De la ingratitud del hombre para con Dios.* . . 175

I. Cuán injurioso es á Dios el pecado de la ingratitud.—II. La ingratitud es perniciosa y dañosísima para el hombre.—III. Medios de evitar los daños que causa la ingratitud.

23 *Parábola de los convidados á las bodas y á la cena.* 183

I. Del convite.—II. De cómo se llenó la sala del banquete.—III. Del que no tenía vestido de boda.

24 *De la preparación que exige el banquete Eucarístico.* 189

I. De la preparación al convite Eucarístico.—II. De la práctica de la preparación para la comunión.—III. De la acción de gracias después de la comunión.

25 *De los afectos con que nos hemos de disponer á la sagrada comunión.* 197

I. De los afectos con que hemos de comulgar.—II De los pretextos para apartarnos de la sagrada comunión.—III. De las malas comuniones.

26 *De los designios de Dios en la Eucaristía.* . . . 207

I. De los designios de Jesucristo en la Eucaristía.—II. De los obstáculos que ponemos á los designios de Jesucristo en la Eucaristía.—III. De los frutos y efectos de la fervorosa comunión.

27 *Pardbola de las diez vírgenes.* 215

I. De las cualidades de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes —II. De la súbita venida del Esposo.—III. Lo que hicieron las vírgenes á la llegada del Esposo.

28 *Del santo temor de Dios.* 222

I. De los frutos del santo temor de Dios.— II. Necesidad del santo temor de Dios para emprender el camino de la virtud.—III. El temor santo de Dios es necesario para perseverar en la gracia final.

29 *Pardbola de la higuera infructuosa.* 231

I. Esterilidad de la higuera.—II. Castigo que amenaza á la higuera infructuosa.—III. Misericordia del amo de la higuera.

30 *Del abuso de las gracias.* 236

I. Gravedad que encierra el abuso de las gracias.— II. Cómo castiga Dios en esta vida el abuso de las gracias.—III. Del juicio y penas del abuso de las gracias.

OCTUBRE

1 *Pardbola de Lázaro el pobre y del rico avariento.* 243

I. De Lázaro el pobre. — II. Del rico avariento. — III. De las penas del rico en el infierno.

2 *De las riquezas espirituales del alma en oposición con las de los ricos del mundo.* 251

I. Sólo merece llamarse rico el que posee á Dios.— II. Utilidades de las riquezas del alma en oposición con las de la tierra.—III. Felicidad de las riquezas del alma en oposición con las del mundo.

(De algunas meditaciones sobre obras milagrosas que hizo Cristo N. S. sanando enfermos, resucitando muertos y convirtiendo pecadores.)

3 *De la mujer cananea, cuya hija libró Cristo N. S. del demonio.* 259

I. De cómo la cananea salió al encuentro de Jesús.—II. De cómo Jesús probó la fe de la cananea.—III. De cómo Jesús premió la fe de la cananea.

4 *Sobre la necesidad de la oración.* 265

I. La oración es necesaria para conseguir la divina gracia.—II. La oración es necesaria para obrar el bien.—III. La oración es necesaria para evitar el mal.

5 *Sobre las condiciones de la oración.* 273

I. Dios no escucha nuestras oraciones porque no oramos como debemos.—II. Dios no escucha nuestra oración porque no pedimos lo que debemos pedir.—III. Dios no nos escucha porque no le pedimos con las condiciones con que es necesario pedir.

6 *Del centurión cuyo criado sanó Cristo N. S.* . . 282

I. De cómo el centurión pidió á Jesús la curación de su siervo.—II. De cómo el Señor prometió curar al siervo del centurión.—III. De cómo Jesús premió la fe y piedad del centurión.

7 *Sobre la virtud de la humildad.* 287

I. Bienes que acarrea al alma la humildad.—II. Necesidad de la humildad.—III. De la práctica de la humildad.

8 *De la mujer á quien sanó Cristo N. S. del flujo de sangre.* 295

I. Cómo la hemorroisa tocó la vestidura de Jesús N. S., y quedó sanada.—II. De cómo Jesús proclamó el milagro que había hecho.—III. De cómo el Señor despidió á la hemorroisa.

9 *Sobre la fe como principio de nuestra salvación.* 302

I. La fe, principio de nuestra salvación.—II. La fe nos condena.—III. Debemos escoger entre que la fe nos salve ó nos condene.

10 *Del espíritu de fe, como principio de nuestra santificación* 308

I. En qué consiste el espíritu de fe.—II. La vida de fe es necesaria para evitar el pecado.—III. La vida de fe es necesaria para adquirir la perfección.

11 *Del enfermo á quien sanó Cristo N. S. en la probática piscina*. 317

I. De la probática piscina.—II. Del milagro de Jesús.—III. Del agradecimiento del paralítico.

12 *De la paciencia que hemos de tener en las enfermedades y demás tribulaciones*. 328

I. De cómo debe el cristiano mirar las enfermedades y tribulaciones.—II. De cómo debemos aceptar las enfermedades y tribulaciones.—III. De las consideraciones que nos ayudan á sufrir con paciencia las enfermedades y tribulaciones.

13 *De la curación del leproso*. 332

I. De cómo un hombre cubierto de lepra se prosternó ante Jesús y le dijo: "Si quieres, puedes limpiarme„.—II. De cómo el Señor se compadeció del leproso y lo sanó.—III. Por qué Jesús envió el leproso al sacerdote.

14 *Sobre la confesión*. 337

I. De la misericordia de Dios en este sacramento.—II. De las disposiciones para recibir bien y con fruto este sacramento.—III. De la sinceridad de la penitencia y del propósito de la enmienda.

15 *Festividad de Santa Teresa de Jesús*. 345

I. Santa Teresa, prevenida por el amor de Jesucristo.—II. Santa Teresa herida por el amor de Jesucristo.—III. Santa Teresa transformada en el amor de Jesucristo.

16 *Del ciego que curó Cristo N. S. camino de Jericó*. 354

I. Oración del ciego de Jericó.—II. Petición del pobre ciego á Jesús.—III. De cómo el Señor curó al ciego.

17. *De la ceguedad espiritual*. 360

I. En qué consiste la ceguedad espiritual.—II. La ce-

guedad espiritual efecto del pecado.—III. La ceguedad espiritual castigo del pecado.

18 *Del milagro que hizo Cristo N. S. calmando la tempestad del mar.* 367

Del sueño de nuestro Señor en la barca.—II. De cómo hay que acudir á Jesús en la tribulación, y cómo Jesús acude á nuestro llamamiento.—III. Del imperio de Cristo sobre los elementos.

19 *De las turbaciones y borrascas que se levantan en nuestras almas.* 372

I. La tempestad se levanta en presencia de Jesucristo y por su mandato.—II. Jesús duerme en medio de la tempestad.—III. Medios de que es necesario servirse contra las tempestades que se levantan en el alma.

20 *Sobre la conversión de la samaritana.* 378

I. De cómo Jesús llegó fatigado al pozo, se sentó junto á él á la hora de sexta, y llegó allí la samaritana.—II. Cómo dispuso nuestro Señor á la samaritana para que fuese recibiendo su divina gracia.—III. Conversión de la samaritana.

21 *De tres propiedades de las aguas de la gracia ofrecidas á la samaritana por Cristo N. S.* . 386

I. Las aguas de la gracia se sacan con facilidad y se reparten con abundancia.—II. Los que beben las aguas de la gracia no tendrán jamás sed.—III. Las aguas de la gracia son aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

22 *De la mujer adúltera á la que Cristo N. S. perdonó los pecados y libró de los acusadores.* . 394

I. Presentan á nuestro Señor una mujer adúltera y le preguntan si debían apedrearla. — II. "El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra."—III. De cómo Jesús perdonó á la adúltera.

23 *Sobre las palabras de Jesús á la adúltera: "No quieras pecar más".* 399

I. De las reincidencias en el pecado.—II. La recaída en el pecado es un obstáculo para el arrepentimiento verdadero en lo futuro.—III. La conversión de los que recaen con facilidad en el pecado, es sumamente difícil.

24 *Sobre la conversión de Zaqueo, príncipe de los publicanos.* 407

I. De cómo Zaqueo recibió á nuestro Señor.—II. Confesión de Zaqueo.—III. Aplicación de esta historia á la sagrada Comunión.

25 *Sobre las palabras de Cristo N. S. á Zaqueo: "Baja pronto, porque me conviene morar hoy en tu casa".* 412

I. Sobre la pronta correspondencia á la gracia de Dios.—II. De la medida de las gracias de Dios.—III. De la substracción de la gracia de Dios.

26 *De la conversión de la Magdalena.* 419

I. La Magdalena á los pies de Jesús.—II. Defiende Jesús á María Magdalena.—III. "Perdonados te son tus pecados."

27 *Sobre el amor del mundo, sus pompas y vanidades.* 428

I. El mundo es diametralmente opuesto á Dios y á Jesucristo.—II. La profesión de cristiano es incompatible con el amor del mundo.—III. Ceguedad de los falsos prudentes del siglo que quieren concertar al mundo con Jesucristo.

28 *Del milagro de la resurrección de Lázaro.* . . . 437

I. Antes de la resurrección de Lázaro.—II. El milagro de la resurrección de Lázaro.—III. De las maravillosas consecuencias de este milagro.

29 *Lázaro en el sepulcro, imagen de un alma en pecado mortal.* 445

I. El pecado mortal muerte del alma.—II. El alma del pecador está sepultada y corrompida.—III. Del milagro de la resurrección del pecador.

30 *De la resurrección de la hija del príncipe de la sinagoga y del hijo de la viuda de Naim.* . . 452

I. De cómo un príncipe de la sinagoga fué á Jesús y le suplicó que pusiese sus manos sobre una hija suya que había muerto.—II. De la resurrección del hijo de la viuda de Naim.—III. Resurrección del alma por la gracia de la justificación.

31 *De la educación de los hijos.* 459

I. Dios hace partícipes á los hombres de su paternidad para que procuren á sus hijos el sér de la naturaleza y el de la gracia.—II. El amor de los padres hacia sus hijos debe ser una expresión del amor de Dios.—III. Tremenda responsabilidad de los padres que no educan santamente á sus hijos.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DE LOS MESES DE SEPTIEMBRE Y OCTUBRE

SEPTIEMBRE

(Dominica infraoctava de la Natividad de la santísima Virgen.)

Fiesta del dulcísimo nombre de María. 469

I. Excelencia del dulcísimo nombre de María.—II. Significación del dulcísimo nombre del María.—III. Poder del dulcísimo nombre de María.

(Dominica tercera de Septiembre.)

FESTIVIDAD DE LOS DOLORES GLORIOSOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.—*Sobre los dolores gloriosos de la santísima Virgen María.* 479

I. Los dolores de la Virgen, gloriosísimos en sus causas.—II. Los dolores de María, gloriosísimos por sus circunstancias.—III. De la participación de los dolores de María Santísima.

OCTUBRE

(Dominica primera de Octubre.)

FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO ROSARIO.—*Sobre la devoción al santísimo Rosario.* 488

I. Qué sentimientos debe hacer nacer en nosotros el rezo del santo Rosario.—II. Gracias que deben esperarse del rezo del santo Rosario.—III. El rezo del santo Rosario motivo de consuelo á la hora de la muerte.

(Dominica segunda de Octubre.)

FIESTA DE LA MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.—*De la divina maternidad de María santísima.* . . 495

I. Que la Virgen santísima es verdaderamente madre de Dios.—II. En qué consiste la divina maternidad.—III. Cómo Dios es glorificado por la maternidad divina.

10 *Festividad de San Francisco de Borja.* 501

I. Humildad de San Francisco de Borja.—II. Pobreza de San Francisco de Borja.—III. Abnegación y mortificación de San Francisco de Borja.

A. M. D. G.

246.71
G199
44974
GARZÓN, S. J., FRANCISCO DE P.
AUTHOR
Meditaciones Espirituales.
TITLE
Segunda Edición. Tomo V.
DATE DUE
BORROWER'S NAME
STORAGE - CBPL
44974
NO
PRINTED IN U. S A